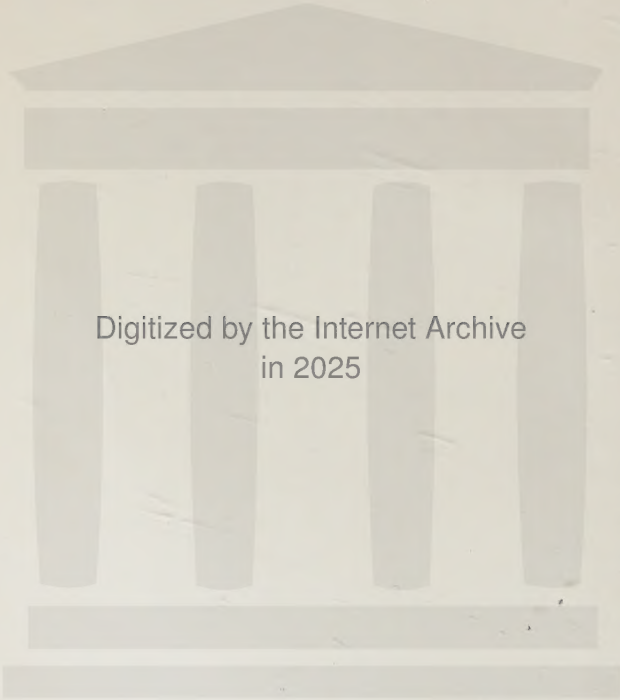
INTERNATIONAL CENTER


Digitized by the Internet Archive
in 2025

https://archive.org/details/laobradetrajano0000ramo

RAMON DE BASTERRA

LA OBRA DE TRAJANO

CALPE

LA OBRA DE TRAJANO

Imprenta Artística, Sáez Hermanos. Norte 21. Teléfono 17-65 J. Madrid.

Busto del Emperador Trajano, conservado en el Capitolio, Roma.

LA OBRA DE TRAJANO

RAMÓN DE BASTERRA

CALPE
1921

ES PROPIEDAD
Copyright by Calpe, 1921.

949.8
B296s
203185

Papel fabricado expresamente por LA PAPELERA ESPAÑOLA.

PRÓLOGO

EL RECUERDO DE PIEDRA

Foro y columna de Trajano en Roma.

Roma.

«Tu regere imperio populos Romane, memenți,
Hac tibi erant artes, pacisque imponere morene,
Parcere subjectis et debellare superbos.»

VIRGILIO.

Quien explora las ruinas de Roma, halla un signo que apunta al Oriente.

Hollando el marchito seno del Imperio, la mente emigra hacia las dilatadas tierras de su parto. Empero fácil es de no alcanzar, en la imaginaria travesía, las riberas del Mar Negro.

El Palatino ofrece, como fondo a sus populosas soledades de espectros, panoramas de evocación, en los que, a la luz de los orígenes, se ve a los etruscos artificiando sutilezas, a los celtíberos, ariscos, amontonando piedras, y vagando en los bosques a los celtas. Yace abajo el Foro Romano, que es, para los descendientes de los padres selváticos, acueducto que allegó lucidez a las selvas opacas.

Mas en la prole de pueblos no se advierte a los románicos de Levante. Entonces, la columna de Trajano, con justiciero ademán, remedia un olvido indicando a los dacios de la parte en que el sol nace.

Es, en efecto, en las mañanas de abril del Foro Viejo,

acompañadas por un ruiseñor confidente, cuando el occidental no recoge sino su herencia. Por aquella mortal quietud, la paloma que trasvuela de un arco de triunfo a la torre de un templo toca la piedra de las dos leyes que Roma le prolongó: del Olimpo y del Calvario. No en vano el Foro Romano pronunció el *fiat* de sus ciudades.

Del malbaratado recinto partieron los latinos a fraguar la domesticidad del mundo. Cuando las frondas del collado octaviano, que junto al Foro descuella, albergaron majadas de pastores, en los mares y las tierras de Ulises pululaban las maravillas y los terrores. Los rincones umbríos los esclarece la anécdota romana: ama en Egipto Marco Antonio, en el África portentosa cae Escipión y por las soledades pobladas de cíclopes se cruzan las literas de los funcionarios de la Urbe.

Roma, amiga de la quilla y la rueda, buscó sin tregua a los occidentales. Hacia nosotros, su pensamiento andariego escapaba por ilustres Puertas. Por la Capena se alongaba en la Vía Apia, entre acueductos como dinosauros de piedra, hasta que a las losas humedecían las olas. Por la Salaria subía a otear las cimas apeninas, y descendiendo a la ribera se embarcaba en naves errabundas. Acudía por la del Janículo a la Vía Aurelia para cruzar los olivos de Provenza y penetrar, por el Norte de las Galias, hasta Britania, «última tierra», y por el Sur, hacia Hispania adusta y el Atlántico pavoroso.

Fieles a los abatidos escombros del Foro, trasparecen en lueñes comarcas calzadas que ornan las lluvias con el verdor grato a las abejas lascivas. Por encima

de sus reliquias, Roma condujo el documento y la urbe, que desconocían nuestros bosques.

Para transportar su ilustre carga necesitó jornadas de siglos. Tres centurias antes de nuestra Era, las discordes razas italianas recibían el mensaje, y sobre el pavimento del hogar y la plaza gravitaban en el derecho. Cincuenta años después, el latino emisario saltaba a Hispania. De la pisada de Escipión armado brotó el empeño que franqueará las columnas de Hércules en los bajeles de Colón, cuyas quillas desfloran mares ingenuas. Casi tres siglos después César regenta las tierras vaporosas de la Gran Galia.

Cuando los bronces no disturban el aura del Foro Viejo, alucina al oído el rumor que asciende de las comunidades primitivas hablando el latín rústico a los bordes del Arno, el Ródano y el Tajo, riberas por las que las aguas continúan manando so las arcadas de los puentes románicos.

De nada está el pensamiento, entonces, tan remoto como del naciente. En cambio, en mitad del Foro Nuevo, la columna de Trajano alude a las costas orientales. El Foro Viejo es asamblea de clásicos: Cicerón y Augusto, César y Septimio Severo, con todos los pueblos bautizados por Roma. El Foro Nuevo es diálogo en soledad de un hombre y una tierra: Trajano y Dacia.

El orden romano no cundió hacía el Levante dacio sino doscientos años después de establecidas las Galias y casi cuatrocientos después de Hispania e Italia. Frisaba con tan avanzada edad el Imperio, que se encumbraban al solio descendientes de las antiguas colonias. Entre sus numerosas provincias, a una separaban los hados para concursos de esfuerzo. El lote de

España en el mundo fué abastecer de hombres a las grandes empresas.

De tal suerte, la fundación levantina es la obra personal de un provinciano de España, que acometió la más arriesgada y la postrer hazaña de Roma y de quien la península occidental añora el nacimiento en las palabras de la inmortal elegía andaluza:

> Aquí nació aquel rayo de la guerra,
> Gran padre de la Patria, honor de España,
> Pío, felice, triunfador Trajano,
> Ante quien muda se postró *la tierra*
> *Que ve del sol la cuna.*

A la manera de un mástil que saliendo a flor de agua indicara el lugar de un naufragio, la renombrada columna de Trajano era el único vestigio que, mostrándose a la luz, proclamaba un inmenso pasado desaparecido.

Suele el presente adolecer de la atroz petulancia de juzgarse suficiente, único e imperecedero, como si cada instante no fuera a aumentar el caudal del pasado y en la víspera no luciera el sol, brincara el agua, brillara la estrella y se afanara el pecho, de la manera que luce, brinca, brilla y se afana en el día. Mas, con un poco de cortesía hacia las edades, un rasgo, un signo a veces, basta a ponernos en diálogo con ejércitos y muchedumbres, con plazas y asambleas cuyas pasiones no fueron menos vivas que las que en la actualidad nos restriegan ojos y oídos.

Así, pues, atravesando el Foro Nuevo, en presencia del marmóreo mástil que en él se yergue, ilusionábame conocer el cargamento de peregrinas historias que a su pie yacía, sepultado en un mar de olvido.

Zabullíame, a modo de nadador que se sumerge, en ese mundo oculto, y me era dulce contemplar, en el seno espacioso del recuerdo, la Roma del Emperador Trajano. Porque la Ciudad Eterna ofrecía entonces ejemplar espectáculo de arrepentimiento, saboreando el reinado a la manera de su luna de miel con las virtudes.

Trabajada por amargas experiencias, después de celebrar el mediodía glorioso con César y Augusto y de padecer tenebrosos eclipses con Calígula, Claudio y Nerón, tras el desierto de deshonor, en que se abre almoneda de las dignidades, con Galba, no hay respeto a las personas con las persecuciones de Otón, ni a los bienes con los pillajes de la soldadesca de Vitelio, y de gustar, breve oasis, el reinado de Tito, al recomenzar la locura de Domiciano, confiriéndose tratamientos de dios, la capital acudió a la sublevación, el 96, para salir, al fin, de la desolada perspectiva de crímenes. Mostró el pueblo su vengadora fatiga malbaratando arcos y estatuas del soberano insensato.

Sintió Roma, quizá como nunca, ambición de pureza. Fué a la sazón cuando el Senado vino en socorro de la salvación pública y nombró para ocupar el solio imperial a un anciano apacible y prudente, el Emperador Nerva, encargado de corregir el rumbo al precipicio que habían al Estado impreso los atolondrados mozos de la aristocracia romana. Hallábase el Príncipe, de setenta años, «tan descaecido por la edad y las enfermedades», que sentía que «el Imperio se desplomaba sobre su cabeza» y constituía su angustia el pensar en «el peligro extranjero».

No parece sino que la decrépita sociedad cortesana

sacó fuerzas de su flaqueza, intentando salvarse con un golpe hacia la cordura dado al timón por aquella mano senil. Cuando en esto, al cansancio que testimoniaba la sangre italiana, acudió de la provincia hispánica el renuevo de energía que apuntaló el quebrantado edificio.

Ocurrió que el virtuoso Nerva, sintiendo rondar de cerca a la muerte, solicitó consejos para descubrir, en donde se hallase, el varón capaz de restaurar la disciplina y el orden en la vacilante Unión imperial del Occidente. Quiso Nerva imponer la Corona al mérito, y, tras de maduro examen, no eligió a nadie del corro cortesano, que le envolvía en los bullicios de la lisonja, sino que, «prefiriendo el interés del Estado al amor de sus deudos», de lo alto del Capitolio declaró: «Por el bien del Imperio, del pueblo y del mío propio, adopto por heredero e hijo a Ulpio Trajano.»

¿Quién era aquel al que «ningún parentesco recomendaba?» ¡Cuán extraña y nueva manera de encumbrarse a la dignidad suprema! No sólo no había sido jamás visto en palacio, pero ni aun siquiera había nacido en la península italiana; primer caso, en suma, de un extranjero llamado al Trono. Era un General de intachable fama por su valor juicioso y su modosa entereza, que a la sazón pacificaba la que Tácito apellida «tierra del áspero cielo», la Alta Germania.

Ulpio Trajano, nacido en familia más honrada que ilustre, puesto que su padre fué el primero de ella que se elevó hasta las dignidades mayores, mediante el ejercicio de las armas, natural era de la provincia meridional de Hispania, llamada a la sazón la Bética, conocida en nuestros días por la Andalucía, y vió la luz

en las inmediaciones de Sevilla, el 18 de septiembre del año 52 de nuestra Era, en el pueblo llamado Itálica, colonia más de trescientos años hacía fundada por Escipión el Africano, durante la segunda guerra púnica: planta, por tanto, de origen titular romano, pero, en el curso de tres siglos, arraigada en el suelo y nutrida de la sangre lugareña. Según se deduce de una cita de Elio Espartiano, relacionábale el parentesco con familias de Cádiz. El celtíbero Emperador, a quien algunas inscripciones llaman *Ulpius Trajanus Crinitus*, o sea *Ulpio Trajano, el Peludo*. era, pues, un español antiguo.

Destinábale la herencia, según vimos, al trajín de las armas. A los catorce años, recién cumplidos, acompañaba al autor de sus días a los campamentos, y con él compartía las rudas jornadas marciales. «Adolescente fué con él a las guerras contra los partos y los germanos: del Eufrates pasó al Rin», dice Plinio. Dócil al ajeno consejo y exigente para consigo, fué tan feliz la coincidencia de sus dotes con las exigencias de su carrera, que a los treinta y tres años estaba ya al frente de una de las Legiones de España. Señálase su trato con oficiales y soldados por la sencilla afabilidad, que a la acendrada cortesía en la forma aliaba severo amor de la disciplina; hacíanse todos lenguas de su buen natural y de su raro temple, pues gustaba de compartir la vida, las privaciones y hasta el alimento de sus hombres, siendo el postrero en retirarse a descansar en la tienda.

Su famosa virtud granjeábale idolatrías en los inferiores; estaban su atención cuidadosa y su solicitud por todos servidas por felicísima memoria, la cual le

permitía, en cuanto se distinguía alguno, diferenciarle sin error, llamándole por su nombre.

Necesitado el Imperio de sus talentos, envióle de Gobernador de la Alta Germania; allí desarrolló con ardor el plan de fortificar el Rin contra los bárbaros. Halláronle enfrascado en su obra los emisarios que, a mediados del año 98, fueron a participarle su encumbramiento al Trono; entrevistáronse en la ciudad de Colonia con el General, de cuarenta y dos años de edad, que gozaba «de gran vigor de cuerpo y de espíritu», el cual, agradeciendo el mensaje con sentida modestia, recabó el que se le permitiera dar cima al trabajo emprendido, delegando en el Senado la regencia del Estado y permaneciendo sobre el lugar, a fin de montar la trinchera occidental, presidiendo las labores, estableciendo puestos militares, fundando colonias, alguna de las cuales lucirá después su nombre, organizando, en fin, la apertura de vías y la fragua de fortalezas. Con este retardo dió Trajano la primer medida de su alma, posponiendo el clemente cielo de Roma por el desabrido de la Germania, el cetro por la espada y las comodidades palaciegas por las asperezas de la choza de campaña.

Venciendo halagos de fortuna, no se encaminó a la corte sino al dejar a sus espaldas la empresa consumada: un baluarte bien forjado y un puente que, señoreando al Rin, se abría al trasiego del ejército.

Ante esta virtuosa indiferencia de las pompas, a las que la capital, con bajeza, se rendía, sintieron tal admiración la milicia y el pueblo romano que, después de trasladarse, a mediados del año 99, el nuevo Emperador, capitaneando un reducido cuerpo armado, de

Alemania a la capital, sin fasto alguno en el transcurso, al entrar en Roma, con el sobrenombre de *Germánico,* por las victorias obtenidas, y hacerlo a pie, al frente de sus soldados, con aire aguerrido y circunspecto, vigoroso y modesto, mostrando en la tez impresas las asperezas de la brega, vino a romper el entusiasmo de la escéptica corte en estentóreos vítores y placenteros alaridos.

Caminaba «con marcha apacible y modesta», con «lentitud majestuosa». «¡Cómo los ojos, el porte, el gesto, la persona toda, anunciaban la franqueza!» Comparaba el gentío, que cubría los muros y hasta los tejados, además de las calles, en que era tan nutrido que apenas dejaba al Príncipe estrecho sendero para el paso, comparaba aquella entrada a pie con la de otros Soberanos, rodeados del fasto oriental de los Césares deificados, en su carro de oro, tirado por cuatro caballos blancos, o en el Solio, encumbrado sobre los hombros serviles, y era tal el gozo de presenciar aquella ingenuidad forastera que, según la inolvidable frase de Plinio, todos, hombres, niños, mujeres y ancianos, sentían viendo a Trajano que «era dulce el vivir». ¡Justísimo regocijo! Trajano era la imagen de la virtud que pasaba; en verdad que se podía decir que «le había hecho Emperador el Cielo, reconciliado con la Tierra».

Al ir a penetrar en el palacio de los Césares y pasar junto a la Guardia pretoriana, los alabarderos de Roma, acercándose a su jefe y haciéndole entrega de su espada, le dijo: «Defendedme con ella si gobierno bien, y volvedla contra mí si lo hago mal». Su esposa, Plotina, dirigiéndose al pueblo, al subir las gradas del alcázar, exclamó: «Tal cual entro ahora, así quiero vol-

ver a salir.» Encaja aquí bien el comentario de Plinio: «¡Cómo su simplicidad, su franqueza, su candidez se reconocen en ella!»

La entrada de Trajano en la sabia y usada sociedad cortesana es la llegada de la buena fe de un provinciano. A fuer de tal, o sea a fuer de ingenuo, Trajano tomó en serio su oficio. ¡Santa ingenuidad, una y trina, compuesta de simplicidad, franqueza y candidez, que cuando en un ambiente se agotan las esencias puras acudes de lejos, de la provincia, a traer el renuevo de entereza! Sobre este punto de la provincialidad de Trajano la Historia paró pocas mientes, e incumbe a nosotros, los españoles, el subrayarlo, para hacer más nuestro al «gran padre de la Patria, honor de España».

Trajano entró como un provinciano en la desencantada capital; pero lo admirable de él es que en los casi veinte años que dura su reinado no dejó de ser el íntegro y sencillo provinciano. Nunca comprendió bien la corte ni gustó de sus complicados regalos, prefiriendo la inclemencia de un trabajo al que consagró su juventud y del que la Corona no le aparta. Artífice de la fortificación romana, él, que subió al Trono siendo organizador de la defensa germánica, acudirá en persona a los lugares amenazados, y después de estar en el Rin irá al Danubio, a levantar allí otro malecón contra la barbarie, la defensa dácica, para agotar a la postre su esforzada vida hundiéndose hasta el Eufrates y el Tigris, queriendo amurallar el Imperio con la defensa pártica.

Cumpliéronse en él los votos de Nerva; recogió su exhortación de vigorizar la sociedad interiormente y de ampararla en sus bordes contra el peligro extranjero:

así, consiste su vida en la ciclópea aventura de sostener al desfallecido Imperio, a pique de ruina.

En el Trono, mancillado por tantas impurezas, sentóse, milagrosamente, la austera integridad de una tierra grave y elegante, sobrado apartada de la cortesanía. Pero Trajano, por extranjero, no era bárbaro. Lejos de ello, había calidades de refinamiento tan deliciosas en su alma, como para impresionar al mundo cortesano. Además del valor, acreditado con hartas pruebas, había en Trajano un equilibrio, una moderación, una digna y cortesísima modestia, una afabilidad llana y benévola, una elegancia, en resumen, que es en lo que se cifraba su carácter, capaces de hacer de él, no ya un romano de distinción, sino un griego de los mejores tiempos.

¿De dónde había recibido aquellos dones el extranjero de mérito? La Bética de entonces, o la Andalucía de ahora, es aquella tierra que, por la feliz postura del suelo, las luces, los aires y los meteoros, afina los corazones como el artífice las piedras preciosas. Son cabrilleos de la dureza diamantina del andaluz la finura, la moderación, el ingenio. Andalucía es uno de los parajes más profundamente elegantes del Globo. Con ser de la Bética, Trajano era tan cortesano, es decir, tan pulido y discreto, como si hubiera sido de Roma.

La sutileza de Trajano, «la delicadeza de nuestro Príncipe», en decir de Plinio, era tan genuinamente bética o andaluza, que por los mismos rasgos descollaron los compatriotas del Emperador que a otras empresas consagraron sus bríos: así Séneca, fénix de los sabios, lo mismo que Lucano, águila de la poesía.

Cabe pensar que, en un cierto momento, la Bética se

impone misión de fortificar, en todos los órdenes, a la sociedad romana, pues lo que el Soberano acomete con el cetro, lo emprenden con plumas y palabras sus compatriotas: que no fué azarosa y personal la lozanía salvadora de Trajano, sino brote del mismo empuje, que vigoriza, de igual suerte que las plazas fuertes, la filosofía, la elocuencia, la poesía, y equivale a la entrada en acción de España en los destinos de Roma.

A tal punto estos hombres son hijos de su tierra, que el riguroso dueño de sí mismo que fué Trajano, si de algo no supo salir completamente vencedor fué de la tentación frente a una caña de dorado vino; la única dulzura que le cosquilleaba era el generoso jugo de las vides andaluzas. Sobre este punto procuran pasar de corrida los panegiristas, enamorados de sus virtudes; no así, en cambio, nosotros, que hacemos gustosos hincapié en el rasgo, timbre de su casticismo bético. Declárase alguno de los cronistas con explícitas palabras: «Sé bien que amaba el vino; pero gozaba de temperamento que soportaba en tal forma la bebida, que cuando bebía con exceso parecía no haber pasado los límites que la sobriedad impone.» Hasta en su sola flaqueza Trajano es hijo de la tierra que el jerez y el málaga ilustran.

¿Quién ganó tan de lleno el corazón de la Ciudad, el del Imperio todo y luego el de la posteridad, como esta figura, que es de las más hermosas de los Anales La virtud que ambicionaba para lo público comenzaba en su privado. Apenas tomó posesión de la regia morada, cuando envió a los templos los ornamentos que alhajaban sus estancias. Todos los que de él solicitaban justicia tenían acceso a su alcázar. «Lo que antes era una

fortaleza fué palacio público.» «Estamos como en nuestro domicilio en su alcázar, que antaño el más horrible de los monstruos rodeó de una muralla de espanto.» El solo reparo que le ponían los consejeros áulicos, encanecidos en las prisiones cortesanas, era el de excesiva llaneza. Pero Trajano respondía, con un trazo de ingenuidad que fuerza a la admiración: «Procuraré ser con los demás como hubiera deseado, de continuar siendo particular, que los Emperadores fuesen conmigo.»

No alteraron su firme cabeza ni el fasto, que embriagó a tantos soberanos, ni las dulzuras de la risueña Naturaleza italiana, que saboreaban las quintas romanas. De suerte que, al enumerar en las ceremonias los brazos del Estado, anteponía el Senado y el pueblo a su propia persona. Nunca olvidó que era un magistrado electo para el servicio público, y reputaba la buena conducta tan esencial al mantenimiento de su Corona, que en las rogativas del culto oficial, en que los sacerdotes impetraban de los dioses, según costumbre, la prolongación de su reinado, hizo intercalar esta cláusula: «En tanto que lo merezca.»

Fué Trajano uno de esos hombres que hacen honor a la humana familia. La fortuna había amputado de aquel carácter toda la parte fea de nuestra barrosa naturaleza: los celos, el resquemor y la envidia. Por eso resulta un goce y un ejemplo el frecuentar su memoria.

Mantenía en medio de la grandeza palatina sus hábitos de recogimiento y de labor silenciosa: al vacar en sus altos menesteres veíasele por las calles de Roma sin escolta; entraba en casa de sus amigos y se senta-

ba a su mesa sin anuncios ni ceremonia; al tornar en litera, como simple particular, en compañía de otros asistentes, ni siquiera iba sentado en el lugar de preferencia.

Con encantadora equidad, recogía su mando para dejar se prolongaran libres, en la vida ciudadana, las energías civiles. Hizo sinceramente partícipe de autoridad al Senado, en forma que uno de los portentosos rasgos de Trajano soldado es la respetuosa y exquisita cortesía con que trató siempre al mérito civil. Con las familias patricias, herederas de históricos renombres, el Príncipe forastero y desconocido, no sólo no se mostró esquivo o indiferente, sino que procuró hurgar las cenizas ilustres para que exhalaran nuevas llamas de mérito. Su fibra nativa de caballerosidad, su benevolencia, su caridad, su culto de la modestia son flor de un natural de oro: ternuras hay en él que son casi cristianas. Juzgo tan alto el corazón de Trajano, que no le hallo par sino en el de Cervantes.

Los miramientos con los ajenos poderes nacían de su urbana dulzura; pero rudo y exigente consigo, habíase impuesto el cometido de acordar la destemplanza que aquejaba al Imperio; ambicionaba someter a éste a la disciplina de una ciudadela; daba con máno fuerte la sacudida que la administración exigía, transmitiendo vigorosas resoluciones por el nervio de autoridades: dilatábase, en resolución, la entereza de su pecho a todos los ámbitos del Estado.

Trajano es un constructor, un maese de obras de Estado, que quiere restaurar los servicios públicos y rebordar de castilletes las fronteras. Vigilaba, pues, con atención despierta. Desde el año 80 hacíase notar en

Oriente, en la región comprendida entre el Danubio y los Cárpatos, un pueblo bárbaro, el de los dacios, levantado a una pujanza formidable, que de flanco amenazaba a la ciudadela romana. Durante el reinado de Domiciano, el hirsuto autócrata danubiano Decebal derrotó a los generales del Imperio, arrebatando a las legiones los estandartes del Estado, en que se cernía el águila, y llevándolos, como trofeo, a la capital, erigida en una alta encañada de los Cárpatos.

A conjurar el peligro y a vengar la afrenta, la primavera del año 101 Trajano abandonó Roma, y al frente de las tropas acudió a dar la batalla a las huestes bárbaras, «subiendo de colina en colina», hasta que, «por las hazañas de un valor extraordinario», desbarató la resistencia, escaló la escarpada capital, recobró los trofeos y recibió los homenajes de «los principales del país, que usaban gorros», a diferencia del popular, que aparecía descubierto, presenciando la humillación del Rey Decebal, quien ante Su Majestad hundió la cabeza en el polvo.

Bastóle un año para consumar la empresa, saliendo y regresando a Roma, la cual, alborozada, le saludó con el sobrenombre del *Dácico*.

A poco llegaron nuevas de la infidelidad de los vencidos, a quienes faltó tiempo para escarnecer los acuerdos del pacto de armisticio. Labró en su mente el Príncipe, durante los tres años que continuó en Roma, el designio de cimentar en el Danubio igual fundación que la implantada en el Rin. Ordenó, en consecuencia, la apertura de calzadas hacia la Monarquía bárbara. A ejemplo del puente con que domó al río germánico, dispuso la construcción de otro sobre el Danubio a su

arquitecto Apolodoro de Damasco, obra admirable que se sostenía en veinte pilastras de piedra.

Dispuestas así las cosas, entró por segunda vez en la rebelde Dacia, el año 105, capitaneando el ejército, resuelto a alterar los destinos de una raza que, de su parte, sintiendo su fin próximo, se le oponía, inmolándose en inmensas hecatombes. Aparece el dacio en la Historia como uno de los pueblos que con heroísmo supieron fenecer.

Cuando a caballo, empuñando su lanza en la diestra, penetró el caudillo en la capital del reino, llamada Sarmisagetusa, se apoderó de un sepulcro en el que el soberano, con todos los principales, se habían dado muerte voluntaria. Afincó Trajano sobre el lugar; esparció sus tropas para que tomaran posesión del dilatado y hermosísimo país; hallaron los legionarios a las mujeres, los niños y los ancianos compungidos y maltrechos por la pérdida de sus deudos varones. Manifestó entonces, a la faz del Imperio, su plan el César: menester era dilatar hasta la nueva tierra las fronteras de Roma; necesario surcar aquellos montes y llanos vírgenes por las calzadas que partían del Miliario Aureo, del Foro; había que imponer la lengua latina a las bocas hirsutas; finalmente, necesario era edificar en aquel paraje un bastión contra las asechanzas escitas.

Para lo cual ordenó entre los soldados la repartición de tierras, aconsejándoles el tomar estado en el país, casándose con las naturales y fundando en cada punto de su estancia colonias y municipios. A poco, desde la capital, hizo un llamamiento a todas las provincias del Imperio, mediante un edicto *urbi et orbe,* a fin de que los colonos romanos necesitados de tierra acudieran a

la repartición que dejaba decretada en la nueva provincia de Oriente, la Dacia, por él fundada.

La empresa era de grandes alientos; jamás, en todos los siglos de Roma, habíase ocurrido la idea de acometer tal fundación lejana; un hombre solo la acomete. Acudirán, con el tiempo, a su voz, muchedumbres arrancadas a todos los cabos del Imperio; encanecerán sobre el lugar los soldados que el caudillo condujo jóvenes a la aventura, trocados ya en veteranos propietarios de las tierras y abuelos de criaturas a mitad romanas y a mitad indígenas; impondrán las autoridades, transferidas de Roma, el habla, los usos y costumbres de Occidente; explotarán los mineros las minas; se desbrozarán las selvas; se fundarán, al cabo, ciento sesenta y cuatro capitales populosas y florecientes, y en medio de los campos que rinden opimos frutos se alzará, con palacios de piedra, templos y estatuas, sobre la antigua corte bárbara, la nueva capital, que lucirá el nombre del fundador, Ulpia Trajana, enclavada en torno a un magnífico Coliseo, a cuyo anfiteatro concurrirán sesenta mil espectadores.

Entrando Trajano en la Eterna Ciudad el año 106, con el sobrenombre del *Dácico,* en conmemoración de la victoria, traía en despojo los tesoros de la Monarquía malbaratada. Senado y pueblo manifestaron uno de los entusiasmos más vivos que jamás agitaron las entrañas de Roma. Fué Trajano el último César que a Roma sirvió el manjar glorioso de una hazaña de gran estilo.

Otorgábanle las monedas a la sazón acuñadas el título que por aclamación le confirió el Senado, hasta entonces no otorgado sino a Júpiter, título que, por su devoción y llaneza, rechazaba; las piezas de plata no le

llamaban el buen Príncipe ni el muy bueno, sino que le daban el apelativo de la bondad suma: *Óptimo Príncipe.*

¿Cómo, en verdad, no sentirse embargado de admiración? Razonaba Plinio el entusiasmo del pueblo por el Soberano, durante el segundo regreso dácico, de esta suerte: «Nos mostráis puentes tendidos sobre ríos indómitos, ejércitos que asientan sus campamentos en alturas inaccesibles y el espectáculo de un Rey bizarro y decidido (Decebal) abandonando su capital, y con ella la vida».

Acordó entonces el Senado, por propia iniciativa, erigir una corpulenta columna en el centro de Roma, alrededor de cuyo fuste el mármol asemejara un pergamino escrito con esculturas de bajorrelieve, narrando a los ojos las proezas de la hazaña trajana en los Cárpatos. Encargósele la construcción a Apolodoro de Damasco, conocedor del lejano país, puesto que en él residió al tender el puente sobre el Danubio. En lo alto de la columna, que mide ciento cuarenta y cuatro pies de altura, y cuya anchura apenas conseguirían ceñir seis hombres tomados de las manos, erigióse la estatua, fundida en oro, del provinciano ilustre.

Cambió de lugar Trajano, y con él de trabajo, volviendo a Roma, en la que de nuevo procuró no rozar con la espada a la toga. Perseveró en su laboriosa sencillez, lejos del honroso vocerío de la fama. Complacíase la opinión en razonar su conducta, con comentarios que Plinio recoge: «No es un tirano, es un ciudadano; no es un amo, sino un padre.» «Se cree uno de nosotros.» «No es sino el más justo de los Senadores.»

Reanudó su propósito de consolidar la sociedad ro-

mana: prestaba su atención a la administración y la economía; interesábanle los pormenores de la burocracia provincial; instruía a los Gobernadores de invertir todos los rendimientos en obras públicas; reprendía afablemente a las ciudades que gastaban sin tasa, aconsejándoles el invertir sus sobrantes en sostener a los pobres; fundó la institución de Estado para la educación a expensas públicas de los niños indigentes; sostuvo las obras de la construcción de puertos, a veces de su propio peculio; no aumentó en los casi veinte años de su reinado ningún tributo, a pesar de realizar empresas considerables, como el fundar una nación, que, sin embargo, nada costó a los contribuyentes.

Mostrábase corto en lo privado, y en lo público, largo; embelleció a Roma como Napoleón I el París de sus días; construyó un nuevo Foro, con un arco de triunfo, dos bibliotecas-palacios, la una de libros griegos y la otra de latinos, y bellos pórticos y avenidas.

Cundió en provincias el ejemplo que la corte esparcía; semejaba el recinto del Imperio taller afanoso; restaurábanse los edificios; edificábanse otros nuevos; empedrábanse las calzadas; construíanse diques y baluartes, con brío que, a fuer de universal, dejó huella de obra en los más apartados parajes, al igual del puente de Alcántara, mantenido en pie desde Trajano, sobre la corriente del Tajo.

Sangre fresca bullía en las fatigadas venas del Estado. Trajano llevó a Roma—carcomida a la sazón de intrigas, en un pugilato en que los peores triunfaban, por achaque de la autoridad decrépita, sin instinto denunciador de los hombres de honor y de talento—el candoroso culto al mérito. Lo que durante los reinados

anteriores fué causa de desgracia y aun destierro, como en días de Domiciano, que arrojó de la República a los sabios, fué para él vía a la excelencia y la honra. A la probidad y buena conducta «ofrecía dignidades, sacerdocios y provincias; florecía el valer al abrigo de su amistad». «A mí me han elevado las bellas letras», decía Plinio, nombrado Gobernador de Bitinia. Los mejores, en fin, de la época conocieron una de las raras venturas terrestres, el «premio asegurado».

Por espacio de siete años absorbió al Príncipe la regencia apacible del Imperio, cuando al avecinarse a la senectud hizo en él acto de presencia el guerrero. Fiel al empeño de su vida, deseando redondear las fortificaciones del Rin y el Danubio, se trasladó el año 114 a Atenas, con propósitos de edificar entre el Eufrates y el Tigris el torreón de muralla que defendiera al Imperio en Oriente: cerrada la levantina grieta, creía legar al Estado invulnerable coraza.

Es ésta su tercera y postrer aventura; entre todas, la más arriesgada y temeraria; su dificultad se mide por lo inusitado del tiempo que le cuesta: tres largos años, coronados de inútiles lauros. En 114 salió de Antioquía, con dirección al valle del Eufrates, parajes en los que rindió la altiva cabeza del Rey de los armenios, «Rey de los Reyes», y recibió los homenajes de los reyezuelos del Cáucaso al Carpio. En lucha con los arsácidas, avanzó por los vacuos arenales. El héroe sexagenario, siguiendo las huellas de Alejandro muchacho, penetró en Babilonia, con el título del *Pártico*, y en el palacio en que falleció el inmortal macedonio sacrificó a sus manes, embarcando a continuación en el Eufrates, para irse hasta la orilla del golfo Pérsico, adonde,

al llegar, vió levar anclas a un bajel que zarpaba a la India, exhalando en esta exclamación lo ilimitado de su aliento: «¡Pluguiera a los dioses que yo fuera más joven, para dar a Roma las fronteras del Imperio de Alejandro!»

Alborozábase la Ciudad Eterna con las conquistas de la Mesopotamia, la Armenia y la fabulosa Asiria; mas la lucha en los inhóspitos arenales contra el parto taimado, fuerte en la huída; el cansancio de las tropas, la abrumadora distancia a que ocurrían las operaciones, motivaron la retirada, con antifaz de victoria, durante la cual hubo el Emperador de reponer la Corona pártica en la frente de un arsácida que le rindió homenaje. Aunque podía decirse que Trajano ceñía el laurel en las sienes pensativas, las desazones y quebrantos habían arruinado su naturaleza de suerte que, después de pasar por Antioquía descaecido, falleció a poco, el 11 de agosto del 117, en Selinonte de Cilicia. Lo mismo que a Alejandro, la expedición al Oriente asiático le costó la vida.

No mayor vestigio que el del agua derramada en la arena quedó de la tercera y gloriosa excursión trajana. Devoró en todo tiempo el inasequible Oriente, a la manera de un abismo, cuantos bloques fueron llevados a él de construcción occidental. Socavaría también el Occidente germánico, con sus embestidas de raza, las fundaciones trajanas. En consecuencia, de los tres títulos que sucesivamente se otorgaron a Trajano, de *el Germánico*, *el Dácico* y *el Pártico*, solamente con el segundo permanece en la Historia. De sus tres obras en el Rin, el Danubio y el Eufrates, sólo quedó en pie, junto al Danubio, la Dacia romana: Rumania.

Subido interés ofrece el reinado de Trajano. Mientras el imperial maese de obras revoca los desgarrones del Estado, acrecen los bárbaros en las selvas fecundas y en el seno del Imperio cunde la fe, que desde las catacumbas mina los cimientos del edificio. El movimiento cristiano, «contagioso mal que ha invadido, no ya sólo las ciudades, sino las aldeas», según comenta Plinio, era tenido por el mundo oficial en el concepto que la magia o brujería mereció a las autoridades en la Edad Media. Considerábase su propaganda revolucionaria, ya que los adeptos al nuevo credo se negaban a sacrificar ante los altares de la religión al uso; acudía con igual solicitud el Príncipe a defender al Estado contra la amenaza extranjera que contra el amago de sedición intestina: en ese espíritu está concebido el edicto prohibitorio de reuniones privadas, el cual, al cumplirse, equivalía a la persecución de los cristianos. «No recibáis acusaciones anónimas ni condenéis por sospechas», ordenaba a sus Gobernadores, cumplidores del edicto. Esto es cuanto se puede decir de su animadversión contra la fe que al cabo de los siglos es nuestra.

Tema de preocupación fué para mí, hallándome en Roma, el hecho de que, habiendo dado España al Imperio quizá su más generoso y grande Emperador, dejara la figura de Trajano escasa huella de gloria en los anales hispanos, no mentando apenas su memoria sino algunas calles y ruinas andaluzas. Ni Cervantes, ni Quevedo, ni Góngora movieron con sus plumas adecuado concierto de alabanzas; mas ¿se debió esto acaso al cristiano desvío del Príncipe? Hubiera sido someterle a un rigor que no mantuvo con él la Iglesia Católica.

Harto sabido es que el Papa Gregorio el Magno imploró con sus penitencias y oraciones la salvación de su alma, que por gentil se hallaba sufriendo las penas del Infierno, y que, a decir de la tradición, lo consiguió, pues hasta Santo Tomás de Aquino supone a Trajano gozando de las bienaventuranzas celestiales.

Cuando aquel que realizó el viaje a la otra vida, Dante Alighieri, recorrió el Purgatorio, halló esculpida en una roca «la alta gloria del Príncipe»: asida al freno de su caballo estaba en el bajorrelieve una viuda bañada en lágrimas y a quien el Emperador consuela por la muerte de su hijo. Vagando en el Cielo descubrió allí, en persona, a Trajano, quien conoció el hondo Infierno por cinco siglos, hasta que de su seno le sacó la piedad del Pontífice. Por eso describe con estas palabras su presencia en el Paraíso:

Colui che più al becco mi s'accosta
La vodevella consolo del figlio.
Ora conosce quanto caro costa
Non seguir Cristo per l'esperienza
Da questa dolce vita e dell'opposta.

Acontece con la fama imperecedera de Trajano, que un hecho ocurrido en nuestros días viene a redorar sus brillos. En un cabo de Europa, los descendientes de un pueblo abandonado y misterioso comenzaron a principios del pasado siglo a elevar su voz romance, revelando con su presencia la duración de la empresa trajana en Oriente, anhelo del que brotó a la postre una nación nueva, que se dice hija de Trajano: Rumania.

Ilusionábame en los atardeceres de Roma el recabar para la provincia española la figura de quien defendió los intereses de Italia antes que sus Dux, sus Repúbli-

cas y la Casa de Saboya, de la misma suerte que el Rin, para la civilización romance, mucho antes que el Mariscal Foch, contra los eternos alemanes.

No borró el tiempo el recuerdo de su provincial origen en Trajano, quien, pensando en la muerte, decía: «Si me acontece una desgracia, te recomiendo las provincias», y procuró mantener en la cima del imperio el refinado influjo de Andalucía, adoptando por heredero del Trono a su sobrino Adriano, el cual lució el ingenio elegante, abrillantado en Grecia, luminosa hermana de la Bética.

¡Nubes de antaño, las glorias idas! Exterminó el gusano las páginas que a Trajano dedicaron Mario Máximo, Vero y Valente. En prueba de cuanto conmovió a Roma su gloria, aun brota del antiguo suelo imperial la afamada Columna, que es el monumento mejor conservado de la antigüedad.

En el aire de la Eterna Ciudad, ella es la proeza del primer colonizador hispano antes de ser descubierto el Nuevo Mundo. Al sol de nuestros días, sus legionarios trepan por las volutas de mármol, vadeando el Danubio, desbrozando el bosque, derrotando a los peludos dacios, hasta que en el remate se queman las hecatombes y recibe el Caudillo triunfos, homenajes y tributos.

Envolvían silencio y olvido al trofeo que conmemora una de las más vivas algazaras de Roma. Por la victoria que la piedra recuerda dispusiéronse fiestas que, sin interrupción, durasen ciento veintitrés días, durante los cuales diez mil gladiadores combatirían en el Coliseo, cuya arena regaría la sangre de once mil fieras. Ya Trajano de regreso, acampaba en las inmediaciones. ¿A qué se atendía para inaugurar el descomunal

Arranque de la columna de Trajano.

regocijo? A que llegara al campamento, desde los caminos de Hispania, la madre del pío guerrero, quien puesta, como una Emperatriz, a la derecha mano y a par del hijo, figurara, entrando en Roma, en el desfile de la victoria. De las andas que transportaban a la viejecita de España, suspenso estuvo un punto el orbe romano.

Transcurrieron las fiestas; tornóse la anciana a las estrelladas noches andaluzas; fenecieron luego los protagonistas; disipáronse unos pocos Emperadores, y a la obra de Trajano la sepulta el olvido.

Fué so los vuelos de las golondrinas romanas donde apuntó mi afición por el misterioso pueblo para el que no tenían palabra nuestros antiguos Anales.

Animábame a la excursión a Levante, recorriendo la Ciudad Eterna, el haber parado mientes en que, a pesar de los descalabros de su memoria, que ni de la Panonia ni de la Mesia se acuerda, mantenía, con lucidez bastante, el recuerdo de la Dacia.

¿Predilección senil por el pueblo últimogénito? Cuando más de veinte naciones queramos refrescarnos en los manantiales del nacimiento, millones de italianos, de españoles, de portugueses, de franceses, con los habitantes de las Marcas románicas, Bélgica y Suiza, unidos a toda la América romance, nos encontraremos en el Foro Viejo. Pero existe un pueblo que cuenta en Roma con un Foro dedicado a sí propio, y que es su postrer nacido, llevando, por ende, su nombre, el *román*, o *rumano*, quien, a semejanza de los hijos de la carne, se gana en el tratamiento favores de Benjamín.

Decidíame, finalmente, a la empresa el pensar que los restos de Trajano no desaparecieron, según preten-

de la leyenda, sino que se conservan en el Levante. En efecto: se relata que, junto al plinto de la columna afamada, había una caja de oro que contenía los despojos del Emperador, y que el precioso cofre fué hurtado por una invasión de bárbaros.

No estaban allí los restos perdurables de Trajano, por fortuna, sino en su obra, en los montes y los llanos del Oriente, en que millones de hombres viven de la memoria del Caudillo, a quien la piedad medieval entreabrió la puerta del paraíso como al pagano merecedor de salvarse.

La sombra de su columna me trazó en el suelo, como un índice, el camino del viaje.

CAPÍTULO PRIMERO

RUMANIA ANTIGUA

LA TIERRA EN QUE EL SOL NACE

Pío, felice, triunfador Trajano,
Ante quien muda se postró *la tierra*
Que ve del sol la cuna.

(Elegía a las ruinas de Itálica.)

I

Giraba, en lobreguez, el tren por el país esculpido en la columna de Trajano, cuando, alcanzando Orsova, frontera entonces austriaca, coronó un resplandor tímido la sombra de una montaña. El canto de los gallos se impacientaba ya, pidiendo la aurora.

Esperándola insomne, en el vagón sin fanal, revisaba en la imaginación el reino que abordaba, viéndole con su rara forma fronteriza de antes de la guerra grande, que remedaba una herradura, y, aun mejor, el testuz de un cornúpeto, aposado en la orilla del Mar Negro, del que brotaban hacia tierra dos astas. Harto divulgado estaba que este trazado no recogía la íntegra raza rumana. De no ser la política, sino la sangre, la que delimitara a esta nación, la media luna de su mapa se haría luna llena. Los cien mil kilómetros cuadrados y siete millones de habitantes, en el cuarto menguante, trocaríanse en trescientos mil kilómetros y quince millones de hombres, en el plenilunio. Porque el pueblo

rumano formaba un cerco o corro, casi perfecto, alrededor de los Cárpatos.

El ideal de cerrar el arco de la unión acababa de precipitar en la guerra a la Rumania libre, para emancipar a la Rumania cautiva. El desfallecimiento de Rusia acarreó a los rumanos el desastre. Ocupaban los germanohúngaros las regiones de la Valaquia y la Dobrucha, y sojuzgaban la Transilvania. Habíase refugiado la soberanía real en un retazo del suelo del antiguo principado de Moldavia: residían el Rey y el Gobierno en Yasi.

Trabé conocimiento, pues, con una achicadísima Rumania.

Ya en Varciorova, medró el alba hasta descorrer una mañana de los postreros días de mayo de 1918. La cortesía del sol me presentó a un país de verdes y suaves colinas; ésta era, según la llama la inmortal elegía andaluza, «la tierra que ve del sol la cuna». Al paisaje nacional prestaba guardia el invasor. Topábamos por las cunetas de la vía con vigías alemanes, de esmerado equipo, o con centinelas austriacos, que se habían encajado en la gorra un ramo de verdura. Al fondo, entre ondeantes llanos, el Danubio mostraba, por el resquicio de los altozanos, su majestuosa corriente enlodada.

En grupos medrosos, no afrontando sino juntas las soledades, brotaban las moradas aldeanas, tan diminutas que podían rivalizar con las del Japón en liliputienses. Parecían zahondar sendos hoyos debajo de sus tabiques y embolsar la vida bajo tierra, como en el Mediodía mediterráneo. Estaban llenas de gracia, debajo de las grandes capotas de sus techumbres, fabricadas

con láminas de metal, escamas de madera o rimeros de paja.

Madrugadoras campesinas asomaban con sus trajes de gayas tintas, en los que el rojo, el blanco, el verde, casaban deliciosamente, conforme a un gusto exótico y oriental, que a una fantasía española evocaba las gamas de la morería. Pasaban tocadas con un velo a semejanza del jaique, de luengos cabos, sujeto a la cabeza por un cintillo o correa, e iban algunas arrebujadas en él, no descubriendo sino los ojos, vivaces.

Esparcíanse a su vez los labriegos, y no parecía sino que vagaban por los campos blancos fantasmas, pues con sus ropas de lino diseminaban en arboledas y vegas albas notas, que por su novedad suspendían. Usaba el aldeano una especie de hopalanda blanca, que se encapillaba como una camisa, dejando las faldas fuera y las piernas al aire a partir de las rodillas, que se enfundaban en estrechas calzas, blancas asímismo. Algo sugería en ellos el recuerdo de la abolida vestimenta clásica.

Rayaban los rasgos del arado llanos y colinas con trazo dilatado, que, indiferente a los relieves, montaba por la falda de un collado y se continuaba de la otra ladera, arremolinándose alguna vez sobre el otero, en graciosas coronillas. En los caracteres agrarios se leía una escritura dictada por grandes terratenientes.

Hacía por un camino su jornada un viandante: su barjuleta colgaba de un palo, aposado en el hombro, a la guisa de Oriente; vestía parda estameña, que debajo la breve chaqueta se abria en anchas bragas turquescas; tenía en la cabeza un gorro singular, la *cachula*, cono de piel velluda no muy desemejante del frigio.

Las carretas aldeanas iban tiradas por bovinos con el testuz emancipado de yugo, encajados los mansos cuellos en unos collarones de leño que se ajustaban al pértigo del carro. En presencia del viejísimo invento rural se iluminaban, en el recuerdo, los atardeceres de la campiña de Roma. Por las rutas que van a los castillos romanos cruzaban las bestias uncidas exactamente como en la montaña rumana. ¡Ah orgullo de los Imperios! ¡De Roma no subsistía aquí sino la lanza de un carro!

Pasábanse estos cuadros en el seno de una naturaleza fresca e idílica, llena de agraciados recodos, herbosos montículos y bosques esmeraldinos, que por estar casi desguarnecida de la presencia humana ofrecía, a la manera del mar, virginal aspecto. En el semblante del campo juvenil, la feracidad de los cultivos eran lozanías de adolescente.

En verdad que el postrer episodio de la Historia podía ocupar el cauce de la ferrada vía, con la presencia en ella de los centinelas germanos: a partir de las cunetas, yacía, adensada sobre el suelo, su herencia secular. No en balde atravesábamos poblados que ostentaban nombres clarísimos de filiación romance, como el de *Turnei Severini, Torre de Severo*. No en balde en los viñedos las alegres vides alzaban sus hojas en regulares pirámides de verdor, entre guiones de caña, del jaez en que se ofrendan los pámpanos en Italia al cielo latino.

¡Rumania, a quien acudo en sazón de desventura, un viajero desconocido te desea que, entre los pueblos libres, luzcas un día tu ánimo, llama de tu tierra, ardiendo con toda tu sangre!

Como encarnando la raza, que a la invocación acudiera, en una estación de tránsito se situó en la otra banqueta del vagón una muchacha del pueblo, engalanada con traje fabuloso. Blanco era su justillo, recamado de doradas borduras; las luengas tocas de un cendal le colgaban a los lados del rostro, y del talle a los pies se envolvía en un brocado cuajado de lentejuelas que centelleaban. Pareciera una princesa de cuento si no fuera por la aspereza de las manos, con las que asía las de su vecino, un señorito patán, gallo de aldea, que iba a gastarse los cuartos a la capital en compañía de su raptada morena. Esta escena de una fuga amorosa no ofrecía ningún interés a los viajeros rumanos, quienes asemejaban contemplarla con la indiferencia que se tiene para lo consuetudinario. Llegado de la adusta España, ya en el tren, creía respirar por todas partes un efluvio de aromas galantes.

Escuchábase en tanto el habla local. Quien conoce otros romances, sorprende en los labios rumanos sones ignotos para el Occidente. Al rumano, escollo del océano eslavo, mojan exóticas sonoridades. *Asculta*, oíase, sin embargo, a cada momento, como en Cataluña. Con todo, a lo que más se asemejaba era al italiano. Como brincando de trecho en trecho por las reliquias de una calzada, por las frases que interpretaba, seguía, no sin fatiga, la ruta de un sentido. Enteras locuciones, en los periódicos, transparentaban su fondo cual si escritas en provenzal estuviesen.

Flameaban los resplandores en las ventanillas. Cruzábanse enjutas y espaciosas riberas, por las que discurría un hilillo de agua en el cauce huero, que el sol colmaba de lumbre ofuscante. Debe de ser esta tierra,

de momentos intermedios, el ocaso y el otoño. En el verano y en el mediodía, la reverberación abrasa. La crudeza se trueca a la caída de la tarde en fundidas tintas y gamas deliciosas. El otoño, a su vez, será un suntuoso crepúsculo que dura tres meses.

Resbalando a nuestros pies una plana monótona, entramos en Bucarest. La capital, sin los Reyes, obedecía al militar tudesco. Mas ¿qué emisarios del tostado Indostán nos recibieron? Vagando en el arrabal de entrada había buhoneros, vendedores de dulces otomanos, mulatos harapientos, mujeres ceñidas de andrajos: gitanos, en suma, nietos de abuelo esclavo.

Cartelones germánicos, con recias flechas disparaban los rumbos. Por doquier se leía: *Está prohibido*. Eran los grandes edificios: cuarteles, hospitales, prisiones y casinos militares. Así desfigurada la fisonomía de Bucarest, nos internábamos hacia el centro de una ciudad de área espaciosa y llana, en cuyas entrañas levantinas improvisó el siglo XIX sus arquitecturas ambiciosas.

Al ingresar en una estrecha y larga avenida, llamada Calea Victoriei, mediaba la tarde. A lo que se ve, adora este pueblo el callejeo. Colmaba las aceras un gentío que sonreía y galanteaba. Oficiales y soldados alemanes se codeaban con la concurrencia. Tiendas, cafés, restaurantes, ostentaban majestuosos nombres germánicos: uno decía aquí: *Al oro del Rin*; otro, allí: *Al Palacio del Káiser*. Por todas partes veíanse, pulcros, irreprochables, los uniformes homicidas de este distinguido pueblo europeo, descarriado momentáneamente de la mayoría. Por detrás de la falange de guerreros, entraron, de Viena y Budapest, bandadas de

palomas de Venus. Los donjuanes luteranos, rubios muchachos, parecían ingleses de automáticas maneras. Cortaban a su sabor esta hoja galante del laurel de la guerra.

No tan bien se comprendía que compartieran con ellos esta cosecha amorosa jóvenes que ostentaban uniformes de oficiales del ejército rumano. Había entre estos efebos algunos asaz bellos, que parecían iconos de alcoba para la adoración de cortesanas.

La boga del besamanos era tal, que doquiera se veía imponer en las manos, o en las muñecas si aquéllas estaban enguantadas, ósculos largos y golosos.

Traicionábase el préstamo de un ficticio refinamiento que sabía a Occidente falsificado. ¿Se extravió aquí la naturalidad de una raza que gusté tanto en los campos, harto más elegantes, en verdad, que la villa?

El sahárico resplandor del ambiente hacía plegar los párpados. No era sólo la luz nueva, sino la vida. El Levante es otra latitud humana.

Resultaba Bucarest istmo entre dos mares: tan pronto se creía uno en Occidente, tan pronto en Oriente. No había, desde luego, mezquita alguna en su poblado. Sentíase bajo las plantas un fondo baldío, huraño, de incuria secular, sobre la que, como un tapiz, estaba tendido un haz aristocrático. Transparentábase a cada paso la gran base inculta. Junto a una bella casa, un antro; al lado de coches arrogantes, las carretas campesinas, cuyas cuatro rústicas tablas zarandeaban los caballejos hirsutos, sin arreos y por la mayor parte ciegos.

Del espeluznante mendigo y el servidor casi desnudo, de la humanidad obtusa que trajinaba abajo, a

nuestra esfera pulida, mediaba distancia de abismo. Jamás en el Occidente se distancian los extremos tanto.

Las primeras tintas de Bucarest eran de claroscuro.

Del comienzo me agobió una adversidad a la que algunos temperamentos son susceptibles. Debió de nacer el caserío bucarestino, siglos atrás, a la orilla de frecuentadas rutas, o de una encrucijada de ellas que surcaba los llanos. Casi a principios del siglo XVIII se transportó la corte del principado valaco a esta posada y lonja, concurrida de mercaderes. A principios del XIX es un poblachón enlodado e insano alrededor del pantano febricitante de Cismigiú. Con las ocupaciones rusas, el renacimiento nacional y, especialmente, con la unión de los principados, en 1858, la ciudad se pule, embellece y ornamenta. Empero, ¿quién puede transportar cimientos? Nació en un llano, y ahí queda. Bucarest no tiene montaña. ¿Medís ya la desgracia? Bucarest es una ciudad que nadie puede dominar, excepción hecha del argonauta, a cerco de ojo. El viajero en Bucarest está ciego para las perspectivas. No había sino la inmediata visión, con la que se chocaba a cada paso.

A pesar de la guerra, se evidenciaba, copioso, un acarreo al calvo suelo levantino de materiales de Occidente. Me parecía rozar una cierta civilización corporal. Cruzaban vistosas mujeres; tupidos rastros de perfumes las seguían como un velo.

El artificioso pulimento de maderas labradas, vidrios y dorados, ¿penetraba muy hondo? En mi sentir, debajo de su correcta urbanidad brotaba insumiso, virginal, el envés de rusticidad a que ya aludimos. En el

restaurante, sobre el pavimento de encerado leño, caminaba una sierva, envuelta en blanco telamen, en piernas, con unos pies desnudos que son los curtidos y duros que, desde el tren, veía rozarse con las hierbas del campo.

Había edificado un Bucarest arrogante, rico; un flamante Bucarest, gemelo de las repentinas Américas. Lo que no se hallaba por parte alguna eran unidades. En nuestro Occidente, fraguado por la Realeza y la Iglesia, suelen hacer un ademán prócer las torres, capitanas de poblado. No hay torres en Bucarest. Entre los rumanos, el Príncipe debió de ser pobre y la Iglesia impotente.

Huérfana, pues, de un padre rey la villa, medró a capricho del azar el caserío, sin orden ni concierto, sin plan ni ordenanza; y, transitando junto a sus muros, el occidental siente el ahogo de no topar jamás con el pecho y la testa del pueblo, o sea con la plaza y el templo. Asímismo, el enojo de caminar por pavimentos desnivelados y en medio de la incuria que sudan las cosas, mátanle el deseo de salir al encuentro de la naturaleza que los bordes de la villa baña; naturaleza, de otra parte, que es seca y abrumadora, por consistir en peladas y monótonas llanuras. De suerte que con la sola potencia pura que el hombre tiene contacto en Bucarest es, a través la zanja de las calles, con el cielo, el cual está con frecuencia caliginoso y polvoriento.

Búscanse, y no se hallan, palacios del pasado. En cuanto a los templos, en vez de avasallar se acoquinan en los recuencos, sin inspirar ni siquiera respeto al caserío desbordante que los intimida.

La gracia de la ciudad estaba fragmentada en la va-

riedad de fisonomías que ofrecen sus casas. Cada una, a su guisa, con un adorno en una sobrepuerta, o con unas estatuillas en sus nichos, o con las cariátides de un balcón, o con unas columnitas gentiles, traicionaba un alma coqueta, como la de una muchacha de la capital, que cautiva con sus dengues y procura retener la ojeada del pasajero. Tales antiguas casas levantinas eran la flor del suelo: violetas por la modestia; por su recogimiento, prietos claveles blancos. Conquistaban harto más que las plazas y avenidas, en las que la gran urbe aniñada tiene humos de capital, entre estatuas que conmemoran su infancia patriótica.

Golosina del gusto era, ahora aquí y luego allá, un templo ortodoxo. Habíalos exquisitos. De tamaño no eran mayores que una ermita. Viéndolos tan pequeños y tan bonitos, sepultados en los rincones por gigantes manzanas de casas, se querría ser Hércules para darse a la faena de abrir un ancho cerco de respeto a estos joyeles desdeñados.

Lucían unos, pintados al fresco, figuras evangélicas en el atrio, que ensalzaba un diminuto columnario; otros eran chicos e inmaculados como palomas; existían algunos cuadrangulares, teñidos de un ocre claro, y casi todos remataban en dos torrecillas livianas, con que absorbían la luz para la bóveda. Desprovistos de campanas, parecían cofrecillos para guardar imágenes. Junto a ellos, por un segundo, se revivía el ayer local, con sus vislumbres bizantinas.

A la capital rumana surcaba, émulo del Manzanares, de Madrid, un flaco arroyo llamado Yamboviza, detrás de cuya agua, exigua, pero dulce, según reza el proverbio, hay una barriada antigua, con basílicas va-

lacas, poco desemejantes de las griegas, y patios revueltos en las casas, a la guisa del Bósforo.

Hacía merced de una bella emoción el Oriente. Las casas no excedían con mucho la talla del hombre. Resultaba, por la reducción de proporciones, la existencia modesta y armoniosa. No en vano la Hélade ejerció influencia por estas regiones. Comparado a nosotros, el Oriente es más clásico y conforme a los antiguos griegos. Si Rumania fué fundada por Roma, fué educada por Bizancio. Parecía que su vida tenía más que del progenitor del pedagogo.

Acompañado de tales pensamientos se abandonaba el centro. A medida que esto ocurría, las moradas distanciaban su vecindad de muros, campeando en el cercado de un huerto. Detrás de sus vallados, que alineaban la calle, fruncían los blancos hogares un mohín gracioso con su enano pórtico y su columnario. Saludándolas bajo el cielo ofuscante, sentíase el Oriente.

¡Cuánto, en el desamparo de fuego, se agradecen unas hojas verdes! Pues por las barriadas de Bucarest pasó una mano benigna repartiendo verdura al por menor. Carecen las moradas del parasol de un árbol, mas ninguna del abanico de un arbusto. ¡Hogares arraigados en tierra, un alma extranjera que pasa os concedía mayor respeto que a la Sodoma de las avenidas céntricas, pobladas de idólatras del becerro de oro!

Porque el surcar la Calea Victoriei costaba derroches de comprensión. La escena que allí se presenciaba era extraña. Había que suspender el juicio, pensando que en el seno de la raza rumana no existía unidad de sangre, y si algunos elementos, misteriosamente

hostiles, que se complacían del desastre. ¿Cómo se explicaba? En parte alguna se hallaban, en presencia del enemigo invasor, los semblantes adustos que anubla la tragedia. Los que permanecieron en la capital, ¿no sentían afinidad con los desterrados en Yasi? ¿No tenían familiares en el ejército? Parecía que no. Leíase en las miradas indiferente sed de delicias. No había atención sino para seguir la pista a las damiselas. ¿Quizá el ideal nacional no penetró en el pueblo? ¿Es el patriotismo fruto de siglos? No lo sé. La escisión política para elegir beligerancia, ¿duraba después de la guerra? ¿Era un triunfo germanófilo? No lo sé.

El placentero semblante del centro resultaba impúdico. Verosímil era que la ciudad decantó sus elementos puros en la capital moldava, no conservando ostensible sino su poso viciado de disfrutadores incapaces de holocausto. Calculaba respirar en Yasi atmósfera moral más pura.

Los alemanes que ocupaban a Bucarest marcarían estas horas con piedra blanca. En una terraza mostrábase un oficial a quien atendía, solícita, una bella muchacha. Algunas casas en que se alojaban los del Imperio preparaban a cada punto danzas y reuniones. Divertíanse las casquivanas; se bailaba, en resolución, a más y mejor; se bebía en consecuencia; taponeaba el champaña: los tudescos tenían bolsillo fácil.

La noche recargaba las tintas. Restaurantes inundados de quejumbres gitanas, teatros al aire libre, bañados en resplandor eléctrico, cinematógrafos y salas con Música invitaban a sacrificar a Baco o a Venus. El Mando alemán hubo de clausurar temporalmente varios locales de goce porque la orgía comprometía el

orden público. Según su significado en rumano, Bucarest quiere decir ciudad de la alegría.

En un teatro al aire libre, cuyo nombre de Arena Pacei no echaré al olvido, se ejecutaba una revista del tiempo, no ofreciendo nada de especial sino el sacar a las coristas de los bastidores para que desplegaran las acostumbradas piernas. Mirábanlas algunos militares teutónicos y buen número de austriacos, habituados éstos a que en la dulce Viena empujen a la vida brisas de canciones. Con ellos sentábase un auditorio de paisanos, señoras y caballeros, de no sé qué nacionalidad, pero a quienes se escuchaba conversar en rumano.

Resonaban extrañamente las bufonadas de los actores. La comadre de la obra agitábase con brusquedades aldeanas que pretendían ser desenvolturas francesas. Un cómico que representaba un camarero, y a quien se le llamó, en francés, por su oficio, respondió, jugando con la cadena: «Ya no soy *garçon,* ahora soy *Kellner.*» Finalizó la obra con simulada zarabanda, en que mujeres y hombres, tomándose del talle, corearon un canto báquico.

Allende el foco luminoso del teatro, sentía en el aire entenebrecido de la noche sin luna el ambiente trágico de la guerra. Las calles, al exterior estaban a obscuras. Flotaba en ellas el fabuloso dolor que agobiaba a los humanos. De ser yo rumano, hubiese notado que les faltaba algo. ¡Les faltaba el resplandor de un acero blandido por un brazo temblando, que refrescara su incendio patriótico en un poco de sangre!

De mañana, bajo un cielo que el temprano estío abrasaba, en los muros de un flamante edificio, que era la Posta, campeaba el emblema de la dominación de

Roma, el manojo de proas de Anzio derrotado, que la Urbe inmortal colgó de la tribuna del Foro con el nombre de Rostras. Tal evocación de virtud civil y de patriotismo, cerniéndose sobre el gentío de Bucarest, asemejaba manos proféticas blandiendo rayos de ira.

En resolución, la presencia alemana se tomaba con mucha flema. Ya que el comercio en las grandes vías tenía bastante del camaleón por ser israelita, adquirió el color de las circunstancias. Desbordaban los escaparates de los libreros obras góticas. Pegado con obleas en los vidrios, aparecía desplegado el mapa de Rumania, según la paz germánica. El trazado de la frontera recortaba al antiguo reino por el Occidente un festón de bosques, y por el Oriente le despojaba de la Dobrucha, adjudicándole a trueque la Besarabia, con el resultado de que el reino tenía la forma más estrambótica que se pudiera imaginar, pues la lengua de tierra valaca penetraba, asfixiándose, en ajenas regiones, sin respiro al mar. Pero a las pasajeras damiselas, los cristales con el mapa no les servían sino para gozar del espejeo, compulsando sus hechizos, y empurpurar, de pasada, los labios con sus barritas de minio.

Visité a una familia rumana. El interior de la casa hablaba de un dolor serio. Los hijos se ausentaron empuñando las armas. Las mujeres que permanecieron en la ciudad no transponían el umbral de la puerta. El oficial prusiano alojado cumplía el ruego de servirse de otra entrada, para ahorrarles la pena de verle. Un tupido crespón de duelo colgaba en el ambiente.

En camino hacia Yasi, los soldados alemanes imponían el orden al roto gentío que se agolpaba en la estación. Cubríanse unos con puntiagudo casco; otros

llevaban el yelmo de trinchera. Del cuello de algunos pendía un collar de hierro basto, que sostenía una chapa indicando el servicio. Tenían aspecto de guerreros merovingios.

Las jornadas del viaje traían a nuestro lado a grupos de campesinos. No es de olvidar la primera impresión en presencia de su inmovilidad majestuosa. Brindaba su continente admirables trazos rústicos, aquilatados con siglos y siglos de fidelidad al campo. ¿Qué extraño respeto, qué rara simpatía inspiraban los humildes, ante cuya seriedad pensativa y serena se sentía afluir un pasado grande y misterioso? Estos hombres llevaban miles de años en sus venas. Frondas de errores y de frivolidades podrán encubrir la raíz campesina de Rumania: nada impedirá que la nación guarde en las entrañas los elementos para hacer un gran pueblo. Confieso que a esta emoción he sido fiel en el curso de estas páginas, y que cuando el corazón vacilaba explorando, recobró su confianza a la vista del fondo incólume de la raza, su entraña campesina.

Trasunto de las pampas argentinas, ofuscaban y aburrían las soledades del itinerario, tan penoso, que para el reposo de la noche hubo que descender a tierra.

Ramnicul-Sarat era una granada de casas pigmeas a la orilla de anchísimas vías. Cuadro habitual durante las hostilidades, no había por sus calles hombres, y sí mujeres, ancianos y niños.

El rosicler que suspendió el alba en el jardín a que daba el aposento, la anunciaba como a una muchacha ceñida en tapices levantinos. Una muda iglesia bañábase cerca, beatamente, en la mañana de Oriente. Dentro de sus muros fuí presentado al bizantinismo.

La fecha era de las grandes de la ortodoxia: festividad de San Constantino. Era el interior del templo policromo, desde el plinto de las columnas hasta lo más alto de la bóveda. En rangos superpuestos estaban pintadas las figuras de la Santa Escritura, con rigidez hierática. En el doble cuenco que ahuecaban las torrecillas claraboyas anidaban la Virgen María y el Salvador; éste, con griega barba, las manos abiertas, con las palmas simétricas, y grandes ojos en forma de almendra. Carecía la basílica de altares, y no tenía, frontero a la puerta, sino el retablo central, que se llama el iconostasio, por estar en él figurados los iconos, o imágenes santas. No era precisamente la desnudez de mezquitas y sinagogas, pero se le avecinaba en la ausencia rigurosa de estatuas. El eterno instinto figurativo del hombre se desquitaba de la omisión del relieve por el despliegue superlativo del color. Encontraba que los templos ortodoxos se tomaban revancha con lo pintado de lo no esculpido. La ausencia del bulto suponía transición de muchos grados hacia el Oriente. El Occidente es plenitud de artes rendidas a lo divino. En el próximo Levante ortodoxo perdíase la escultura. Finalmente, en el Oriente hebreo y mahometano el templo se despoja de todo atributo y queda en el vacío inane de un monoteísmo supremamente racional, pero inhumano.

En el centro del iconostasio se abría una puerta, por cuyo vano se destacaba una cruz lisa, sin cuerpo pendiente, de lúcidos oros, a la que un sacerdote de barbas blancas, cabellera luenga y capa pluvial se aproximaba con el turíbulo y la incensaba haciendo genuflexiones, entre los cantos de un coro sin otros sones que

los de la voz humana. Sabio fué el arte de perspectivas que había presidido a la composición del rito. Al fin, la tramoya piadosa había sido montada por los archicultos griegos de Bizancio.

Admirábanla conmigo, diseminadas ellas por el suelo, detrás de sus amarillentas cerillas, que chisporroteaban, viejecitas enlutadas que tendrían cuitas tantas que verter al oído de Dios. Persignábanse con frecuencia y celeridad, comenzando por un trazo vertical de la frente al pecho y siguiendo por otro transversal al revés del católico, que iba de la derecha a la izquierda. Habían traído unas tortas de harina para que se las bendijera San Constantino.

Al reanudar la marcha, con el débil resuello de la locomotora, nos eternizábamos por los llanos de abiertos horizontes.

Marasesti es el paraje en el cual los rumanos, hincando talón en tierra, opusieron con sus pechos dique a la invasión alemana. Fué el Marna rumano.

En el caserío vecino a la estación, el roce de las granadas desgarró la techumbre y boqueteó los muros. Un puente por allí tumbado mantenía los pilotes de las cabezas, y entre sus ruinas yacentes se arremolinaban las aguas. Oponíanse, en ambas márgenes, las trincheras rivales. La de una margen estaba cubierta con su tejado, tenía ventanas y aparecía como obra perfecta; la de la otra consistía en una zanja ahondada en el suelo, sin nada más; sencilla fortificación que en términos militares españoles se denomina trinchera carlista. Las fachadas de Marasesti estaban picadas de la viruela de los proyectiles. Había trágicos harapos de ruinas. Horadaban las paredes de los edificios boquiabiertas grie-

tas, que mostraban las habitaciones interiores, como en un juguete, encuadrando el desgarrón de los tabiques un panorama del paisaje.

Puede que aquel fuera el solo lugar de la nación rumana en que los escombros alcanzaban la sublime desolación de las ruinas de Occidente. Casi medio año hacía que se resquebrajaron las grietas atroces. Embebí, oralmente, de la fantasía local una página de historia.

A fines de julio de 1917 —me decían— comenzó el bombardeo teutón, que apenas se extingue por espacio de quince días. Durante la hecatombe, los rumanos no tenían sazón favorable sino al llegar al cuerpo a cuerpo. De la resistencia enloquecida fueron artífices los miles de pastores y campesinos que se alistaban en las filas rumanas. Relátase que se abalanzaban al enemigo como fieras acuciadas, con desprecio de la muerte. Abundaba, como el suelo en proyectiles, la imaginación en pormenores. Sofocaban, por los días de la batalla, los grandes calores. Varios grupos de soldados rumanos despojáronse de sus guerreras, según lo acreditaron sus cadáveres, y medio desnudos arremetieron, el arma en la mano. De ellos, algunos se servían de sus fusiles blandiéndolos en el aire a modo de pastoriles porras, que hendían las sienes del enemigo. Declaraban los oficiales alemanes que habían visto a un pueblo en Europa combatir como los salvajes.

La mayor batalla rumana librada durante la guerra grande dejó burlado el empeño alemán de romper el frente que amurallaba el asilo de los Reyes y el Gobierno en Moldavia. En consecuencia, de hecho durante la guerra y de derecho durante el armisticio, que

a nuestra entrada regía en el país, Marasesti trazaba la frontera entre dos regiones: la una, usurpada por el ejército alemán, que abarcaba el antiguo señorío de Valaquia; la otra, propiamente independiente, que se confinaba en parte del señorío de Moldavia. Entre ambas servía de lazo el Gobierno de Su Majestad, cuyos Ministros iban y venían a las capitales en que se hallaban el Real Palacio y el Alto Mando germánico. Por su parte, la autoridad de las fuerzas ocupantes tenía una Delegación militar acreditada en Yasi. Los correos de gabinete de las dos soberanías se agitaban entre ambos retazos del suelo rumano, de igual suerte que las lanzaderas.

El obscuro paraje inmortalizado por el coraje de los humildes resultaba etapa decisiva en el viaje. En rigor, Rumania, acoquinada, encogida, empezaba desde esta marca.

Transpuesto el umbral del refugio, sobrecogía el general aspecto de miseria. No se era ya espectador, sino partícipe de las comunes desgracias. El tren del transbordo era un espectro de hierro y madera: barruntábase la vecindad de Rusia, presa del pillaje revolucionario. A extremo tal nos vimos reducidos, que por parte alguna hallábamos bocado de alimento y el agua era de adquisición precaria.

Nos rodeaban harapientas muchedumbres que, a juzgar por los vestigios de su ropa, fueron combatientes. Mostraban en sus rostros selvática rusticidad, sobre la que miserias y hambres sellaron sus estigmas. ¿Qué distancia mediaría de ellos a sus oficiales? Notábase en Rumania un desnivel humano pariente del de la Rusia del Imperio.

Viajaban en un tren militar los soldados a la manera de los animales de establo. Sonaba entre ellos una flauta, que originaba apretujados brincos. Allí estaban los artesanos trágicos de una Historia que no comprenden.

Tras de la helada, ciega y hambrienta noche, entramos en una llanura que joroban las colinas. Sobre ellas reposaba Yasi.

Bordeaban el barroso pavimento hileras de casitas tan chaparras, que parecen fraguadas en previsión del terremoto. Cerca de la estación, magna como un Hospodar, había zaquizamíes, tenduchos, tejavanas, barracas, en los que hierve un gentío andrajoso. La incursión de las juderías polacas desperdigaba tipos barbitaheños y encorvados, embutidos en negros balandranes, que al andar balanceaban sendos bucles en las sienes. Henchía el tránsito la sobrecarga del refugio. Desde primera hora se apretujaba la parroquia en las puertas cerradas de las tiendas. Abriéndonos paso entre la muchedumbre, nos alojó la autoridad en una mansión Goliat que descollaba en una plaza que apenas medraba del suelo.

La memoria del fundador de Rumania estaba omnipresente en su tierra. Los billetes de Banco lucían el busto de Trajano. Usaban los niños, los teatros y los vapores que en días normales zarpaban del Mar Negro el nombre del hijo ilustre de Hispania. De igual suerte, nuestro albergue titulábase el Gran Hotel de Trajano.

No le hacía honor al compatriota. Entrábase en él por entre puertas apesuñadas, vestíbulos de rotos espejos, sobre peldaños carcomidos del trasiego, y pavimentos amasados con madera, lodo y vestigios de

hule. El hedor que en los sombríos corredores levantaban las harpilleras, yacijas de los ordenanzas, el tufo ratonil que se exhalaba de los rincones, las vistas por las ventanas a los patios interiores, atestados de pudrideros, guiñapos y papeles, herían como aspectos de una miseria tan sin par, que cabe apellidar sublime.

Fuí por seis meses ciudadano de Yasi. En días del terror en París, la existencia no aventajaría en privaciones a la que aquí condujimos.

El Bucarest trasplantado de Ministerios, Legaciones, oficinas y dependencias públicas se acoquinaba en locales impropios y casas privadas.

Nuestro infortunio frisaba con lo pintoresco. El improvisar un ajuar forzábanos a adquirir escudillas de barro y prehistóricos utensilios, a suspender por las paredes alacenas fraguadas con cajones, a convivir entre valiosos paquetes de azúcar, te y fideos, a perseguir, en amenas peripecias, un pobre puchero o una usada sartén; finalmente, una vez todo aparejado, a escuchar el bufido de los infiernillos de petróleo, lugartenientes del hogar, en el que rendíamos culto a Parmentier, introductor de la patata, asidua concurrente a nuestras mesas.

¡Pues las tragedias del guardarropa! ¡Cuán amargo despertar el del refugiado al abrir su ropero y comprobar que su calzado se aja, que caducan sus calcetines y que se desgarran sus lienzos! Conocía a un maligno cuya diversión en los paseos consistía en tomar nota de las prendas de indumentaria, inefables en realidad, que asomaban a la intemperie. Consistía una segunda distracción en ojear los escaparates. Parecían puestos de ropavejeros. Aquí había un par de botas usado,

por seiscientas pesetas; allí, a sesenta, unos resobados sombreros, cargados de ajenas memorias.

¡Beata armonía la de la paz, conforme a un diapasón que la guerra despedaza! No olvido que, en la primera visita que efectué en Yasi, una bondadosa dama me hizo regalo de un bote de polvos insecticidas. Aprendí en esa ocasión que la conversación de sociedad durante el pasado invierno, atestado de epidemias, fué la de diferenciar en peligrosos o inocentes a los piojos, según se les marcara o no en su interior un puntilio negro.

El aspirar a un poco de agua, de azúcar, de leche, de tabaco, suponía animosos esfuerzos, en los que nadie os secundaba. Un coche costaba tanto, que se prefería meter con resolución el pie en el lodo. ¡Qué mucho, si para alumbrarse de noche el hallazgo de un cabito de vela era precioso!

En medio de la gente, cada uno llevaba la existencia del anacoreta que residía encima de una columna. Mal alojados por igual, entornaba el pudor las puertas. Algunas señoras que recibían, distribuían a sus visitantes sobre los contados taburetes, el lecho y los cofres, enmascarados so levantinas telas. Patios chabacanos y tuertas escaleras introducían en los cuartos en que residía gente principal, entre las cataduras ariscas de los servidores, ya de por sí zafios, con puntas y ribetes a la sazón de bolcheviques rusos.

Sacábanos a los vidrios del balcón el rumor de los entierros. Pasaba el cortejo según el rito ortodoxo. Rompían marcha unos sayones enarbolando banderolas en las que iban pintados los iconos. Traían en pos al portador de una abultada cruz y a cuatro enlu-

tados, transportando redondas tortas en anchos azafates. Acompañaba a la comitiva una escolta de agrestes soldados dacios, sonando turbias trompetas.

Más de una vez me suicidaba durmiéndome en pleno día. Al despertar, Yasi, ciudad pequeña de las cúpulas de cinc, se elevaba bajo el tórrido cielo del triste estío. La pensativa cabeza de Moldavia tenía agraciadas facciones. Antes de la guerra, pespunteaban sus calles las espigas de hierba. Los camiones y carros sacudían hogaño su caserío. Distinguíase, sin esfuerzo, al Yasi afanoso y bullente del refugio encaramado sobre el otro tácito y comarcano. En éste, por doquier, collados dulces, ramos verdes, torrecillas pías.

Yasi asemejaba en lo esencial a la capital valaca. Una piña pigmea de moradas, comprendiendo media docena de calles, se dilataba en extensas barriadas de mansiones con huerto. Subía en ellas, por columnatas y muros, el instinto de la tierra, como por los tallos de los arbustos delanteros. ¡Cuántas veces pensé, por aquellos rincones arcaicos, que la corriente de civilización que fraguó lo rumano venía en dirección de pueblos que están al Sur y al Este! No ofrece duda que las entrañas rumanas son levantinas.

En los jardines descollaban, entre las plantas, bastones con virolas de esmaltado vidrio, azul, cobalto, violeta, rosa, de las que rebotaba la luz, quebrada en irisados reflejos.

Puertas adentro, los tapices de elaboración popular desplegaban, vistosamente, motivos geométricos. Excluían sus dibujos lo vivo, tema por excelencia de Occidente.

Anegada en la sangre exótica que derramaba por

los cielos el atardecer, el alma, acogida al recuerdo acompañador de Ovidio, por estas latitudes desterrado, sentíase tan alejada del patrio poniente que, queriendo interpretar la melancolía silenciosa y desacostumbrada que leía en las cosas, lo atribuía a encontrarse en los umbrales del Asia. Tupidas bandadas de cuervos nadaban en las ráfagas frescas del ocaso. Aguzábase el sentimiento de prisión tropezando con el opaco gentío, mientras seguían los ojos el rumbo de las palomas de azabache.

Deplorable cometido el de ajusticiar a una reluciente quimera con corona y cetro, para ensalzar sobre su cadáver a una verdad desgreñada y huraña. Nuestros poetas del otro cabo tejieron cendales y fundieron aureolas para engalanar al Oriente. Ahora bien: en el suelo invocado con tan sugestivo encanto por los líricos, la palabra prestigiosa del *Oriente* se aplicaba para explicar las mil y una congojas que padecía en la jornada el occidental: de la incuria que irritaba su sentido, decíase: «¡Es el Oriente!»; «¡es el Oriente!», se decía de la imprecisión que despilfarraba sus horas; «¡el Oriente!», del desacato haragán del siervo, y, en suma, con esa expresión se rubricaba la pobreza polvorienta, vacua de obra humana, en los campos, como la incuriosidad frívola de bastantes almas que no escucharon las campanas occidentales. Sólo cuando en los balcones del alba o en los pórticos de la puesta del sol colgaban los crepúsculos sus tapices podíase prorrumpir, con el entusiasmo de Lord Byron, Víctor Hugo y Zorrilla: «¡Es el Oriente!»

La curiosidad, trayéndome a él, adjudicábame una parte de dolor en la repartición del mundo. Hojeando

crónicas, vi entonces que la sangre y las lágrimas que vertía esta raza, siendo de ellas yo testigo, se fundían con las que de todo tiempo derramó antaño.

Hambriento y en la miseria yacía el pueblo; en las aldeas las pestes diezmaban los vecindarios; durante los fríos de los dos últimos inviernos veíase morir a los soldados por las calles de Yasi, a la manera de pájaros sin abrigo; carros con carga de cadáveres enrielaban la nieve.

Mostrábase la catástrofe irremediable. La paz firmada con Alemania era el despojo de las riquezas rumanas. Mordía la cólera tudesca el Trono de los Hohenzollern rumanos.

El acto del Rey Fernando de Rumania, alemán de sangre, que declaró la guerra a Alemania, capitaneando los destinos de su pueblo, opuestos trágicamente a los de su afecto privado, es uno de los bellos títulos que esmaltan en la Historia los prestigios del real oficio. El Soberano, puesto a elegir entre su patria de progenitura y la de su soberanía, resolvió como Rey sus congojas de hombre. Elevó el pueblo hacia la Corona su patriótica ansia, que el Monarca tomó en sus manos.

Huellas de esa acerba disensión consumada en el real ánimo son unas revelaciones del Soberano divulgadas en abril de 1917, y que dicen así: «Cuando tomé posesión del Trono, la preocupación del papel que había de desempeñar Rumania en el gran conflicto absorbió los instantes todos de mi existencia. Era éste el gran deber, del cual no me podía ni me debía zafar. ¡Cuántas luchas, qué de íntimos combates! Desde el principio me impuse esta regla de conducta: hacer abstracción de mí mismo, no tener cuenta ni de mis orí-

genes, ni de mi familia, ni de mis sentimientos personales; no ver sino a Rumania, no pensar sino en ella y para ella. ¡No se reina sobre un pueblo para sí mismo, sino para ese pueblo! Esto me parece que es la honestidad de un Rey. Esforcéme, pues, en serle fiel. Cuando poco a poco, a fuerza de meditaciones, de reflexiones, hube adquirido la convicción de que el campo de Rumania estaba del lado de los aliados, que Rumania era de raza y vocación latina, que su interés (y no su interés provisional, sino su interés permanente histórico) debía situarla del lado de Francia, de Rusia, de Inglaterra y de Italia, que en descuidando esa misión se convertía en lo que fué por tan largo tiempo, vasalla de otra potencia, aniquilando, en suma, cuanto hace el valor y la nobleza de una nación: la unidad nacional, la libertad de acción, la independencia..., entonces experimenté un gran consuelo, porque percibí con certidumbre el derrotero a seguir. Pero al mismo tiempo sentía grandísima pena, porque comprendía de cuántas cosas me apartaba esa ruta para siempre: de mi familia, de mis amigos de antaño, de mis cariños de infancia. Libróse entonces en mí (perdónenseme estas grandes palabras, de las que no me gusta usar de ordinario), libróse en mí la batalla entre mi conciencia y mi corazón. Ganó mi conciencia; exigí que así fuese; mi corazón quedó algo triste... No hay por esto que quererle mal...»

La lealtad del sacrificio le valía al Rey, durante los principios del año 1918, el que resbalara la Corona de sus sienes.

En tales aciagos momentos, una mañana de junio la Reina María me confirió el honor de permitirme elevarle mis respetos.

Recordaba el palacete de refugio una de las residencias de Carlos Augusto de Weimar, en las que una hábil escribanía o un cortinón discreto recataban el pudoroso privado. Un biombo, enhiesto en zigzag sobre la queda alfombra, ostentaba sus bordados de claros girasoles. Al fondo, la Soberana estaba en pie.

Era Su Majestad la dama blanca y rubia, esbelta, de ojos azules, que a nuestros morenos países del Mediodía acostumbra llegar, con rubicunda majestad, de las razas del Norte. Nació Princesa de la Gran Bretaña. Aparecía coronada con la natural diadema de sus cabellos.

—Sigo, invariablemente, esperando—dijo la Reina—. Nuestra guerra ha sido un calvario. En carencia de todo, hubimos de combatir no sólo contra los enemigos, sino contra millares de aliados rusos desmoralizados por la caída del Imperio. ¡Qué negros días!

Como cambiara el giro de la conversación, Su Majestad, que pasaba con la diestra los granos de un rosario de perlas, que de su cuello pendía, agregó:

—¡La grandeza de Rusia, disipada como un sueño! ¿Qué ha demostrado la revolución? Que la única forma de que tantos millones de hombres obraran de acuerdo era la vida de un pobre y pequeño hombre que han abatido. Es lo que digo siempre: han cortado el hilo del collar de la Rusia, el Zar, y todas las perlas han caído y las han pisado.

A la salida, dos fornidos gañanes, brotes de los humeantes hogares de la tierra, tenían en sus puños las espadas desnudas, en honor de su patrona suprema, que, años ha, vino de lejos.

Fortuito huésped era el reino, de la antigua Molda-

via. Los años de un hombre hacía que este país tuvo su corte, que patriarcalmente rigió la vida señorial y aldeana. Buscando el semblante local, salía algunas veces al campo, por desiertos senderos.

El otoño lluvioso hacía respirables los caminos moldavos, que turban, de otra suerte, las polvaredas. Arrebujan entonces a la Naturaleza irisados vapores: al encuentro de las nubes en el cielo la luz se escurre por los resquicios con la agilidad de unos brazos bruscos de claridad que corrieran claros de sol a ras de los valles y los altozanos. En los anchurosos espacios no se levanta la copa de un árbol, ni a veces se agita una persona, y es a la sazón, para calentarse, cuando una columna inmensa de cuervos se pone a subir, a bajar, a girar en círculos; todo el paisaje no parece sino lugar de esparcimiento de los negros y croadores animales.

En otras ocasiones, caminando se llega a una eminencia, desde la cual el pasajero, acompañado por el viento, no presencia otro movimiento en tierra que el de la hierba menuda. Sin embargo, la soledad moldava acompaña, porque las vicisitudes de luz por que el campo pasa, así como la suavidad matizada de sus tintas, sonríen con mohín dulce y casi femenino: La Moldavia enseña la más discreta apostura para quien encubre una pena.

En las inmediaciones de Yasi existía sobre el suelo un maleficio. ¿Hizo a la tierra mal de ojo la média luna de la hegemonía turca, que por siglos escaló el cielo?

Cerca de la ciudad, unos tablones tendidos vadeaban pútrido regato. Mordisqueaban con belfos ávidos, en los llanos, piaras de caballos sarnosos, que un raro ac-

cidente cegaba emblanqueciéndoles las pupilas muertas, globos de porcelana. Hedía la carroña de los rocines exánimes. Guiaban los carros campesinos miserables, de hirsutas barbas, que tenían, con sus anchas bragas marrones, aspecto turquesco. Iban delante del primitivo vehículo los caballejos, sin otro jaez que unos tirantes de tela de harpillera. Para amenidad de los arrieros, el camino prolongaba a sus orillas hileras de casuchas, las más, tabernas, cuyos rótulos decían: *Bun vin, bun vin dulce.* Ni la sombra de una hoja en parte alguna. En el despoblado de los prados, cuando aparece una vivienda, está rodeada de arbustos, que se codician de lejos, al igual del agua profunda que yace en la cisterna, señalada por el mástil arrogante de la polea. A la vera del fangoso regato no hay otra compañía que la de una cigüeña, que camina con prosopopeya estrambótica.

Encima de la miseria del valle puso un Príncipe, en un collado, su tesoro de fe: una iglesia amurallada de almenado recinto, que se llama la Ciudadela. Reposan en ella cenizas de algún Hospodar moldavo. Un dragón pintado en el atrio devora a los protervos, y está el interior de la ermita policromado con figuras de apóstoles hasta en el alféizar de las ventanas. Los cantores del coro, pobres como los pastores de Belén, se cubren con túnicas pardas y tienen rubias e hirsutas melenas. El péndulo del tiempo se detiene. Asemeja que abajo recaudan los jenízaros contribuciones para la Sublime Puerta, en aquel Yasi que esparcía ramos verdes por los suburbios.

Vivió el pueblo anacoréticamente en sus casitas de Liliput, mientras la riqueza de la tierra afluía a la corte

del Hospodar, y de ella al Sultán de Constantinopla.

Constituían el único ornato del panorama los discretos templos. Suplía la abundancia de su número a la unidad feudal de nuestras catedrales. Los cristianos Príncipes moldavos, a falta de medios con que fraguar una gran obra de una pieza, invertían sus ahorros precarios en levantar, a la postre de la batalla, torreones a la Cruz. El paladín Esteban el Grande, durante cuarenta y siete años de reinado fundó cuarenta y cuatro templos, relicarios de triunfos contra polacos, húngaros y turcos. Consignaba el Príncipe sobre los muros los nombres de sus capitanes y compañeros de armas. De suerte que el libro nobiliario moldavo son las paredes de las iglesias.

Novedad era para el occidental el mutismo de campanas que dormía sobre la ciudad, engalanada entonces con los colores densos y armoniosos de los atardeceres de Oriente.

De aquel callado caserío de Yasi, que nada decía al oído y todo a los ojos, a partir del siglo XVI, en que el Señor Lapusneano desciende de las montañas del Norte, su residencia, dependía la entera tierra moldava, aun no despojada de la Besarabia y la Bucovina.

Fué la Moldavia establecimiento medioeval de los rumanos. Los legionarios de Trajano no bebieron las aguas del Nistru. Desde el siglo XIII, los caudillos compañeros del fundador de Estado se alijararon las propiedades que hasta nuestros días retenían algunos herederos. Apegado a sus dulces valles y colinas, fué quizá el moldavo, entre todos los países rumanos, el silencioso tradicionalista, amigo de usos viejos. Con la constitución del reino, uno de los dos principados de-

bía sucumbir, y la víctima fué el encariñado del pretérito. Al fin, el Danubio pasaba cerca de Bucarest, y el carácter valaco, más osado, empuñaba la hegemonía. Se aposa entonces un ligero resentimiento en el corazón de esta tierra, que cuando se conduele o envanece llama al valaco *el gitano*.

Vélase entonces con la poesía del recuerdo. En arañentos cofres se arrumban las cartas señoriales en las que el Príncipe reconocía la propiedad de las tierras. ¡Qué pintorescas escenas exhuman esas reliquias sobre el bucráneo de armas que les sella el pie! En el arca está la queja, redactada en eslavón, que eleva a Su Grandeza el Señor un propietario por la fuga de un siervo gitano a quien tenía en aprecio en razón de que construía ruedas de carro; la transmisión de propiedad de un finado *(reposatu,* en rumano) que enumera sus alquerías *(mosie,* en rumano, como en catalán). ¡Al cabo del tiempo, aun a las heredades se llamaba *parte de batrin* (partes o porciones de veterano), en recuerdo de la repartición de los veteranos de Trajano!

¡Patriarcal Moldavia! Hay reunión del Señor con concilio de ricoshomes, o boyardos, para asistir a la venta de una tierra que cuesta en moneda de hoy siete pesetas. Para lo cual no dejaba el adquirente de exponer sus títulos de Copero de Palacio, o Tesorero, o Gobernador del distrito.

La alucinación del pasado brota al modo de un espejismo. El centro del panorama es la morada del boyardo local. En las habitaciones, bajas, zahondadas en tierra y paramentadas con telas de Oriente, aun está la pipa de culata argentina y larga boquilla, el *ciubuc*; el servicio de cristal sanguíneo, en el que se bebía el

agua clara, en pos de las golosinas otomanas, y el sombrero con que se cubría el boyardo, el *kalpak,* inmensa cúpula, un mongolfier rígido, robusto pregón, afirmación hinchada de su nobleza. La sombra de quienes estos utensilios fueron, veía pasar por las ventanas sus gentes de servicio, de tez broncínea. Tejían las damas telas y tapices entre sus mujeres, que hilaban. Allende esta mansión, pobre en el fondo como la de un campesino hacendado, cumplíase la faena humilde de los campos. En parte alguna, una voz agria; por todas, conformidad y canciones. Mirando sus valles y colinas empapó el moldavo su alma de suave indolencia. Los domingos reuníanse y bailaban los aldeanos igual que los pastores de la Arcadia.

Al emprender un viaje, el boyardo se ceñía su cinturón labrado, debajo del que iban las anchas bragas turquescas; cubríase con su manto, el *caftán;* requería su alto bastón, en cuya virola de plata se fijaba el grado de su cargo, y, mesándose la crecida barba, patrimonio de clase, entraba en la carroza, escoltado por la servidumbre. A menudo, la guerra rompía la costumbre. Forzoso era acudir a las murallas, a las torres de alarma, capitaneando sus hombres y cabalgando armado por los caminos. ¡Pobres rutas, en las que nadan los patos! ¡Pobres casuchas a las márgenes, en que se subsiste de unos puñados de maíz!

A la manera del santuario de la Ciudadela, el país moldavo, almenado por la guerra, guarda dentro un alma afable, dulce y resignada.

El éxodo al refugio agrupó en Yasi, con la primacía oficial, a los patriotas partidarios de la guerra, a los amigos de Francia, a lo más granado de la socie-

dad, y con ella, cortejo de actrices, cómicos y cortesanas.

La Prensa, inspirada en el sentimiento nacional, que atropelladamente trasplantó su sede, salía en hojuelas que dejaba en claro el tudesco censor. Obstruídos por la mano militar alemana el giro postal y el telegráfico, resultaba Yasi la sucursal del Limbo.

La divergencia polémica que agitó el ánimo rumano antes de las hostilidades había deslindado su residencia. Alojaba la Valaquia la tendencia neutralista, franca o sigilosamente amiga de Alemania. Clamaban los periódicos de Bucarest contra los malversadores de la riqueza nacional, que arrojaron al país a la aventura desastrosa de la guerra, afirmando que era necesario reanudar prestamente fecundas relaciones económicas con los naturales vecinos imperiales. Era esta la voz de Bucarest, próspera sede con entrañas bancarias. Sin embargo, el porvenir estaba en la pobre Yasi, que no vivía sino de esperanzas.

Satisfacía con ello su venganza el tudesco. En presencia del momentáneo desastre, se remordía el ánimo rumano. El Parlamento, electo durante la ocupación enemiga, del que estaban ausentes los patriotas adeptos a los aliados, cargaba de oprobio al Gabinete liberal de Bratiano, que declaró la guerra conociendo la impreparación militar. Por prevaricación y delitos comunes trataba de hacer comparecer a algunos de sus Ministros y autoridades ante los Tribunales ordinarios, previo encarcelamiento. En cuanto al jefe, iría a la barra de la acusación parlamentaria.

La adversidad, que zarandeaba al país, enturbiaba la vida al levantar su poso baldío de Oriente. Tornaba

esta tierra a ofrecer su catadura de siniestra desgracia.

A modo de sueño, disipóse la Rumania de Carlos I. La austeridad del gran Rey no trascendió del orbe cortesano. Sin sospecharlo, el caballeroso solitario ofreció a Europa espectáculo de apariencias. La ciudad no estaba afinada con su diapasón privado.

Ved transitar su gente. Yasi, a horas fijas, igual que Bucarest, reunía la aglomeración paseante que se convoca también en las ciudades de España. Movían holganza y galanteo el curso lento en las aceras. Mirad el gentío, con su brunez italiana o su clareza eslava; viejos perfiles romanos a las veces, vivas pupilas siempre, bajo párpados rústicos algunas; tipos, otras, con cierto encanijamiento entre senil y refinado; rapaces dulces y despiertos; la varia belleza femenina, que inquietaba al sentido. Transpuesto el cerco estrecho de la sociedad rumana, sorprendían los rostros poco trabajados por el pasado, de facciones agraces, que delataban la inmadurez de las reuniones urbanas. ¿De qué ignotos manantiales salía esta corriente, cuya novedad desconcertaba a nuestro instinto?

Muy moza era su experiencia; fascinaba por las calles, enfermizamente, la moda. ¿Tundían los dibujantes franceses en sus revistas la melena de las damiselas? Por todas partes aquí melenas cortas. Con precocidad infantil cundían atributos de reserva selecta en Occidente: así acontecía con besamanos y monóculos y coloretes y polvos y barritas de minio. En este taller de extraviado aprendizaje se iluminaba, telón de fondo mal pintado, el París de Montmartre.

Cincuenta años ha que Rumania bosqueja lo que nunca poseyó: su clase media. Impresionaba por su

avispamiento el fruto incipiente. Vivía a pleno antojo, sin linderos ni yugos. ¿No parecía que, detrás, en esos silenciosos parajes en que otras razas tienen como raíces de conservación el hogar, la iglesia, la tradición, eran débiles en ésta los profundos mandatos que constituyen el gran imperio del carácter?

Mediaba un siglo desde que se divulgó la nueva de la ascendencia romance, y la mitad de ese tiempo desde que los jóvenes, imbuídos de liberalismo, despedazaron las instituciones heredadas. Aquella juventud fué faquir que quiso extraer, igual que una flor del suelo, mágicamente, una clase. En el nacimiento de ésta, la Iglesia ortodoxa no puso en los pechos las semillas que hacen la salud de los pueblos. Cantaba entretanto el romanticismo político y literario, mezclando a la ignorancia multisecular un panegírico vago del latinismo. Hubo prodigioso empeño, que no faltó sino en templar el carácter dotando de un alma tradicional al súbdito del Estado recién nacido.

Ahora, entrad en el callejeo. ¡Paso a los entonados vehículos, arrastrados por voladores corceles! Porque jarifas y fantasiosas ruedan las cortesanas hijas del pueblo, que, como la de Sancho Panza, regocíjanse de poder levantar el pie del lodo. Ellas disponen de una situación comparable a la de sus congéneres en la Grecia antigua. No hay en la convivencia fronteras. El elegante pasa del saludo a la aventurera al de la dama, e impone igual buz en ambas diestras.

¡Por cuánto está en la hondura de la vida occidental la formación lenta en torno de la torre que llora a los muertos! ¿La súbita desventura había aquí suspendido un Carnaval? Cortesanas y gitanos filarmónicos

adobaban la miseria con músicas, perfumes y muecas de deleite, que reputaba macabros.

Herían los violines con doble dolor, de cabeza y de alma. La melodía, pertinaz sobre nuestra negra suerte, escalofriaba de horror, a la manera de la persona desaseada que enmascara su desaliño detrás de unas gotas de perfume.

Cierto es que los juglares sentían la armonía a su guisa. Exhalaban a ratos bocanadas de tristeza asiática. Pero brotaban de sus arcos también dejos y tonadas de los campos rumanos, por los que camina el pastor en soledad que no acompañan sino las pécoras. Sobre el llano, en el que no parpadea sino un lucero, el dulce silbo congrega el rebaño, y a la postre se extingue su nota con el último rayo de la puesta. Nada más. Luego, el silencio, a modo de una noche negra. ¡Sutil modestia, heroica resignación la del pueblo rumano!

Estábamos, por decirlo así, en casa, dentro de la catástrofe. En bastantes sitios se fraguaban teatros al aire libre. Las voces corales de los escenarios elevaban a media noche al cielo de Yasi alaridos de voluptuosidad, que tenían eco siniestro en el vacío mortal de mi vida. No conozco culto tan triste como el del goce.

Al menos, ¿sonreiría el amor? No sonreía. Muchas hermosas secuaces de Eva brindaban la manzana. Pero el niño ceguezuelo estaba muy seriecito, con los dos ojos sacados de la venda. El triste desencanto del uso le privaba de alas. La aljaba la tenía transformada en hucha. Para ensayar un vuelo prendíase a la espalda billetes de Banco; de esta suerte acudía a su madre insigne.

Venus no descendía entonces, cual en los países del sol, contorsionada por los celos, sino que, plácidamente, indolente y golosa, adoptaba a su sabor regaladas posturas para el sacrificio. Conjugaba parejas la brisa del capricho, en travesías de deleite que duraban cuanto el ardor estremecía las velas del deseo. Mas en cuanto gualdrapeaban éstas, el corazón advertía que no existían las profundidades a las que él arroja el ancla en los pueblos pasionales.

La vida era ligera, blanda. Nada pesaba en ella, ni tradición, ni reproche. Vivíase entre los humanos como entre los árboles de un despoblado. Quien residió en el Danubio romance echará de menos, dondequiera luego se halle, la independencia de sus orillas.

A sordina puesta, en el fondo el vibrar del gentío de Yasi era el mismo que el de Bucarest. ¿Cabía fuera de otra suerte, ya que de una a otra ciudad se había trasegado? Al destilar recuerdos, se confunden las dos capitales.

Escoltaban bastantes de nuestras horas la sota de bastos y el caballo de oros. Charlábase: juego y amor abastecían los temas. Teatros, cafés-conciertos, cinematógrafos, eran lugares de edificación. Porque el pueblo no se amparaba a sombra de cruz ortodoxa. Por puro rito, en un bautizo o un matrimonio acudían algunos familiares al antiguo santuario, iluminado por un ambiente de sarao. El bizantino decoro de las fiestas de Navidad o Semana Santa servía de ornamento a la galantería.

Había en la gente un tiro vehemente hacia arriba. El afán de parecer, la manía de ascender a los aires de la clase superior, desazonaban los ánimos. Difundíanse

las pretensiones, sin poda ni escamondo de la popular chacota. En ocasiones, los extravíos del gusto no eran sino desorientación en el noviciado del disfrute de los bienes de la vida. ¡Lastimoso descarriamiento del bello indígena, del incomparable aldeano, que sigue en la sencillez, sendero de la definitiva elegancia!

Las festividades, pobres empleados de cuarta clase vaciaban sus ahorros en las manos de un cochero que acababa de ungirles de buen tono.

Los locos traicionan las inclinaciones de un pueblo.

Conocí en Bucarest uno que no en balde era el loco de esta ciudad. Tratábase de un mozo astroso, vestido, no obstante, de casaca, viviendo en el ocio de una caridad chusca. En su altivo rostro de demente brillaba el cristal de un monóculo. Los accesos de locura consistían en allegarse a la Calea Victoriei y pasar, haciendo el señor, por entre la gente. ¡Tenían que ver sus aires! Deteníase ante la vidriera del café Riegler, paraíso, a su juicio, de la elegancia. Entonábase, y, no pudiendo vencer la tentación, penetraba a situarse en un velador, ocasionando la intervención del camarero, quien le arrojaba a la calle. Oyendo gritar a los golfillos de los periódicos: *Nebun (no bueno, loco)*, miraba al mártir piadosamente, con ganas de alegar en su favor: «Dejadle en paz, que él sufre por toda la calle.»

Componíanse las gatitas bucarestinas primorosamente. Un hada misteriosa esparcía la boga de París por la Calea Victoriei. Toda ella aparecía poblada de gentiles siluetas. Descifraba un diplomático, degustador insigne de lo femenino, la fruición menuda y golosa que inspiraba su encuentro comparándola a la de los bombones de chocolate, que, extraídos de sus forros de seda

y plata, se funden en la boca. En consecuencia, él las llamaba, genialmente, las *chocolatinas*. Diluíanse también estas bellas en el paladar, sin llegar más adentro.

Debajo de las lindas apariencias yacía una desconsolada soledad; dentro de la superficie no había existencia. Para el exterior iba el sutil esmero. A imagen de los huevos de Pascua, las cosas tenían la cáscara pintarrajeada. Arañando un poco de almidón, seda y colorete descubríase la oquedad del vacío sentimental. Apariencia es Levante, mariposeo del sentido, visos de sobrehaz. La vida interior era la cuarta dimensión, que casi nadie poseía.

Dirigíase la atención hacia algo que la solicitaba inagotablemente, al modo del espectáculo del mar, siempre idéntico y vario: el panorama de los enlaces y desenlaces matrimoniales.

Con esto, la afabilidad era una sirena, y la esplendidez impasible, del mejor tono, apenas metidos en el bureo y holgorio que nosotros llamamos *correrse una juerga,* y que aquí se decía, tomando a préstamo una palabra turca, *correrse un kief*. Se frisaba con la perfección mientras no cumpliera hacer un esfuerzo de trabajo.

La desmoralización que trajo la guerra mermaba, como en otras partes, las filas de los íntegros. Colgaba la murmuración a espaldas del pasante la cola de sus impuras hazañas. Hablábase de que no giraba una rueda sin el abuso de la compra de un funcionario. En suma, grande o pequeño, muchos arrancaban su pellizco del pastel de Midas.

Ceño de desolación, incuria y barullo asumían algunos recintos en que anidaba la burocracia. Siendo el

trabajo un mal, nuestros parientes latinos preferían el palique. Pero había en ellos algo de que carecemos nosotros: la incapacidad oriental de decir «no», en virtud de la cual se aplazaban, embrollaban y traspapelaban, finalmente, las pretensiones, en medio de corteses coloquios. Los dicterios injustos que corren en Occidente contra el rumano fueron alumbrados en los pasillos de sus administraciones.

Al extranjero de buena fe que entraba en las filas de una organización engañábanle máscaras laboriosas; sus proposiciones suscitaban homenajes halagüeños, apresuradas promesas, recriminaciones contra la masa amorfa e inútil de subordinados, elocuencia, en fin, que no le servía de nada hasta hallar el sendero escondido que llevaba a la fuentecilla productora, omisión hecha del protocolo, y que solía ser un funcionario obscuro en quien radicaba el poder de satisfacer el ansia. ¿Qué acontecería al desvalido que entrara con pie vacilante en el laberinto? Las dificultades de la guerra hacían que por horas y horas se apelotonaran ante las oficinas, pobres figuras austeras, los grupos de campesinos.

Cuando se hastiaba el alma de respirar lo marchito de la ciudad, al contacto con la frescura de los aldeanos recobrábase simpatía por la raza. En el aspecto de los semblantes rústicos, al igual de en sus pupilas, que escondían la sabiduría del Eclesiastés, transparecía una existencia honesta y antiquísima.

El primer término de una capital equivoca en la perspectiva de un pueblo. Salvóme la curiosidad de incurrir en un yerro de ligereza. El corro del gentío cortesano, vestido de obscuro, estaba sostenido por los

campos, en millones de campesinos arropados de blanco. Pronto comprobé que entre el fondo de la raza del campo y la sobrefaz urbana mediaba escaso parentesco. ¿Quién tan temerario de adelantar juicios sobre ese océano rural que compone Rumania, no conociendo sino el islote en que está el puñado de personas que tuvieron la nación en la mano, como en los retratos antiguos los santos y fundadores mantenían en la diestra su fundación en miniatura?

Existía, por primera, en Rumania un auténtico legado de aristocracia. Pero estos caracteres rectos, de armoniosa conducta, ya estaban arrinconados por el invasor gentío, a semejanza de los templos de Bucarest por la edificación exorbitante. La aristocracia nacional, forzada a unas doradas y tristes vacaciones, apenas tenía empleo en su Estado.

Conocía también, al calor de la Universidad, el hogar puro y valeroso. Veía en las profesiones honrosas, en los propietarios residentes en la ciudad, sostenerse asimismo, honesta, la familia.

¿De cuál suerte, en el seno de una raza campestre, se había formado un primer término de Pierrots y Colombinas? País siempre desventurado el rumano, su postrer calamidad consistía en que el mundo urbano no emanaba, en mucha parte, de raigambre patria. Tomad la lista de teléfonos de Bucarest, libro de oro de burguesía, y repasaréis hojas enteras de sutiles disolutores de nacionalidad, griegos, judíos y armenios. Sede de prosperidad balcánica, Bucarest es, en la mezcla de razas, el Buenos Aires de Oriente. Un rescate pagaba a la belleza esta feria de sangres, y era abonar arrogantes o delicados tipos femeninos que, merced a

su variedad, el extraño no se fatigaba de admirar en los salones rumanos.

Las dos últimas Cortes bizantinas que existieron en Europa estuvieron en este suelo, ya que al caer Bizancio en poder de los turcos el natural refugio de los cristianos griegos fué el país rumano, nutriendo, por consiguiente, de su sangre helénica, Constantinopla a esta cortesanía lugareña. La cima social rumana está bizantinizada. Reina en ella el espíritu sutil, escurridizo y sinuoso, heredado en línea recta del Bajo Imperio.

Finalmente, reposaba todo ello sobre un fondo neutro del carácter nacional, pasivo y apático. Por eso, puesto el oído sobre este pueblo, en plena fragua de historia, no le escuchaba resonar con el timbre penetrante de los demás latinos. Debíase la afonía en parte a infancia política y en parte a un como sentido difuso en la masa, que también observé en la gente de Roma, y que consiste en percibir bajo cierto aspecto de eternidad los desastres humanos. Subrayaba la indolente conducta una sonrisa de sabiduría oriental.

En efecto, presto movería fortuna su rueda. La cautiva soberanía en Moldavia iba a campear hasta el Danubio y las llanuras húngaras. Dilataba, con temeridad, el ejército de Mackensen su ocupación de la Valaquia cuando avanzaban las tropas francesas del general Berthelot a vadear el gran río. Amanecía en Yasi sombrío, con parpadeo lento, la victoria aliada. Ya sus calles se henchían de coros que entonaban himnos nacionales, arbolando otros grupos encarnados pendones que difundían la Marsellesa. Los manifestantes, al tomarse de las manos en una plaza para bailar la *jora*, reanudaban el afán que los precipitó a la liza, el ansia tardía de un

pueblo que, bajo el ala de las rojas percalinas de la Revolución francesa, aspiraba a unidad democrática.

Roían los hechos los pies de arcilla del coloso germano. A los omnipotentes de ayer custodiaban en su residencia soldados rumanos. El Gobierno del Sr. Marghiloman cedía el mando al de aproximación liberal del general Coanda. Decretada la movilización general, un ultimátum conminó a Mackensen a abandonar el territorio.

Clavada sentía en estos momentos la mirada de los venideros. ¿Se nos concederá un latido excepcional a los que anduvimos mezclados en la llíada moderna? Nuestra pulsación era la ordinaria. La brizna del cotidiano afán nos cubría la perspectiva. Aquello que verán los siglos como metal resplandeciente, para nosotros estaba oxidado de aburrimiento.

El 28 de noviembre salía de Yasi el primer tren en que retrocedía a Bucarest el Gobierno, con los diplomáticos. Cumplíanse en la fecha dos años desde que la dirección rumana abandonó la capital del reino.

La capital ofrecía otro rostro: transitábamos so arcadas de follaje. Apareció la villa en 1 de diciembre colgada de tapices y oriflamas. Henchía las calles el gentío; las hileras aniñadas de los colegios vitoreaban a los galoneados uniformes. A las diez entraban en la ciudad, que les ofrendó el pan y la sal, recibidos de lo alto de sus corceles, Sus Majestades los Reyes y el Generalísimo de los ejércitos del Danubio, Berthelot. Desfilaban a la zaga real las tropas rumanas, con banderas desgarradas y músicas rudas, seguidas por las francesas, al son de un trompeteo que gallardeaba secular elegancia. Levantábase del cortejo un delirio que estre-

mecía la enredadera de corazones que tupían las calles. Aguardaba, umbral abierto, la Iglesia metropolitana, a cantar el *Tedéum*, en su menuda cueva de azul estrellado de oro. Cuadróme entrar cuando, penetrando el General Berthelot, con su gozosa humanidad, como la de Enrique VIII de Inglaterra, comenzaba a decir a los sacerdotes, revestidos de capas bizantinas y coronas ortodoxas: «Soy muy feliz de...», no dejándole el Metropolitano rematar la frase, al estamparle en las mejillas dos sendos besos.

Montadas Sus Majestades a los tronos, nos arrodillamos un puñado de almas. Un occidental, en la iglesia, acostumbra a vivir en la democracia radical de la muerte; pero en Oriente la muchedumbre queda fuera del templo, fábrica de poder limitado, que acierta apenas a recibir el cortejo del Príncipe.

Parpadeaba la buena estrella. A la hora misma se congregaban en Alba Julia, ciudad de Transilvania, doscientos mil delegados de la raza rumana de tras los montes, quienes acordaban la unión de su tierra a la Corona de su pueblo y el envío de una Comisión a Bucarest que rindiera homenaje al Rey Fernando.

Cumplidos con el triunfo aliado y la unión nacional los vaticinios del partido liberal, asumía el Gobierno su jefe, Sr. Bratiano.

En resolución, acudían a Bucarest el 14 de diciembre de 1918 los emisarios del Ardeal, o sea de la nueva mitad rumana, hasta entonces sometida al Austria. Introducidos en el salón del Trono, el Presidente de la Comisión transilvana leyó ante la Corte, el Cuerpo diplomático y la representación del Ejército el Mensaje de fidelidad de los rumanos de allende montes

al Rey Fernando. La hora solemne que en pasados siglos sonó para las más de las naciones occidentales, la de la unidad de su raza en un solo Estado, por la azarosa existencia del Oriente, hubo de retrasarse tanto para la nación rumana, que acerté a ser de ella testigo. Separado por la cordillera, hasta entonces austriaca, el pueblo rumano acababa de tomarse de las manos, y allende el acto palatino me parecía verle danzar su baile nacional, llamado la *jora*, trazando inmenso corro, alrededor de los Cárpatos.

Celebróse, pues, la unidad de la raza, cuyos destinos alteró Trajano orientándolos hacia la civilización romance. Acabada la ceremonia, ¿cuál fué el primer paso del Presidente del Consejo, en presencia de todos los representantes extranjeros? El primer paso del Presidente, D. Juan Bratiano, fué acercarse a la Misión de España, para decir a su jefe, el Ministro de Su Majestad, D. Manuel Multedo, que en la solemnidad su patria tenía parte sobremanera, pues lo presenciado no era, al cabo de los siglos, sino consumación de la empresa de Trajano. A su vez, el ortodoxo Sr. Arzobispo que formaba parte de la Embajada de Transilvania, quien pasados unos meses sería el primer Papa nacional de la Rumania grande, acercándose a mí pronunció, cortésmente, las dos solas voces que conocía de nuestro romance: «¡Viva España!»

Repercutía en el siglo xx el eco de una acción del segundo siglo. Maravilla fué acoger gratitud que se pagaba a tan luengo plazo. ¿Encargóme el viaje la columna del Foro, para tomar esta acción de gracias destinada a llegar a conocimiento de mis compatriotas? Cumple saber que existe en el otro cabo del conti-

nente una raza animada hacia España de los mejores sentimientos, merced a que en el parto de la Historia fué engendrada por un hijo peninsular, a quien secundaron, para consumar la empresa, capitanes, soldados y emigrantes hispánicos.

Mas, de otra parte, ¿por cuál don imperecedero subsistía el pueblo rumano dentro de unas lindes trazadas por la sombra del caudillo español? El mapa de la antigua Dacia trajana coincidía con el de la Rumania unida. ¿A qué hondas raíces se asió el rumano para salvarse a través de casi dos mil años de desastres? El espontáneo aroma de gratitud exhalado hacia el fundador y su lejana provincia por la corola de la nación recién abierta excitaba a la curiosidad a desentrañar documentos y recorrer los campos misteriosos. Porque, en suma, ¿cómo mantenía sus efectos en Oriente la lejana empresa del occidental Ulpio Trajano? ¿Podía ser real la duración de su grande hazaña?

En verdad que si lo fuera, cabría dar entonces a la obra título de inmortal.

CAPÍTULO SEGUNDO

PERSPECTIVA HUMANA

II

Del humano origen, por las tierras en que está Rumania, heredamos certidumbres clásicas. Mana de Herodoto, fuente venerable de memorias, la nueva de que en sus días penetraron allí los getas y los dacios. El padre de la Historia dice que antes residían sobre el lugar los escitas, quienes, según tradición que mantenían y él alcanzó a recoger, acamparon a orillas del río Istros cuando en Egipto comenzaba la décimonona dinastía. Por tanto, miles de años antes de nuestro cómputo eran ribereños del Danubio.

Hipócrates los presenta en trazas de morar en carros forrados de fieltro, construídos a modo de casas, arrastrados por yuntas de bueyes, en cuyo interior residían las mujeres, escoltadas por los hombres, que iban fuera pastoreando los rebaños y disponiendo el alto en la región que brindaba pasto, así como cuando la ración de las bestias se agotaba ordenaban proseguir adelante.

¿Buena parte de las tribus escitas que trabajaban el oro en Transilvania afincaron sobre el terreno, mezclándose con los allegados dacios? Cabe que así ocurriera. Roma, sin hacer distinción, al principio llamará a este país la Escitia y a la parte de la actual Dobrucha, de todo tiempo, la Escitia Menor.

Sábese de los getas y los dacios lo que Estrabón nos lega, o sea que los dos pueblos hablaban la misma lengua. ¿De dónde procedían ambas ramas de una misma raza? Atenidos a la autoridad de los antiguos, los dacios eran un pueblo ilírico, de cuya familia son residuo los albaneses.

Residían quietos sobre la tierra los nuevos habitantes, albergados en cabañas de madera, consagrándose a la agricultura. Según asoman a la columna trajana, eran hombres de rústica apariencia: vegetaban en sus cabezas silvestres cabelleras, que no recortaban sino en la frente, para desembarazar de ellas los rostros; calzaban abarcas, anchos pantalones asomaban bajo una túnica que alcanzaba hasta las rodillas. En cuanto a los rasgos de sus semblantes, se puede imaginarlos con los mismos que aun levantan, sobre el polvo de sus huesos, miles de campesinos rumaños.

Guardaba este pueblo un culto religioso del que se puede conjeturar su origen sureuropeo, el del dios Sabazius, divinidad semejante al Dionisios griego y el Baco romano, personificando el poder de la vida, el entusiasmo que crea destruyendo. Era una deidad amiga de la danza y el mosto. Las razas clásicas impusieron estilo a tal linaje de exultaciones domando estelas de bacantes. Sobre la nueva tierra, que los nutría con opulencia, bailaban los dacios gozosas zarabandas, emparejando en el culto religioso cosas de por sí tan amables como el vino y el amor. Por un camino de excesos, el pueblo se deslizó alegremente a una degradación decisiva. Golosos de goce, los dacios se hicieron incapaces de sacrificio.

Relajados, sin embargo, por la sensualidad, al cabo

se impondrán una organización militar que, el año 690 de la creación de Roma, cincuenta años antes de nuestra Era, despierta la atención de los estadistas del Foro.

Operóse en su seno maravillosa palingenesia. En efecto, hubo en los principios de la empresa un hombre. Fué un solitario, nombrado por los griegos Zamolxis. La bacanal magna que era su patria acibaróle el ánimo de remordimiento, y huyó de su pueblo, resecados los labios del alma por un afán de pureza. Viéronle los discípulos de las doctrinas pitagóricas venir de lejos, en mendigo de la sabiduría, y los sacerdotes de Egipto premiaron su humildad ferviente con la recompensa de algunos misterios comunicados. Cuando Zamolxis encaneció de senectud y deliberó el recogerse a labrar un panal de sabiduría, prefirió a todos los parajes del mundo una cueva de las montañas natales. Una vez en ella, no tardó en formarse a su alrededor enjambre de catecúmenos. Del día en que el reyezuelo indígena se personó en la gruta para escuchar al oráculo no puso en obra sino sus advertencias. Oyó el pueblo hablar a su Rey en nombre del solitario, y Zamolxis empezó a pasar a sus ojos por un dios. Lo que no impidió que en su hora destinada falleciera el mesías de las montañas. La ausencia del dios, ¿no suspendería la naciente edificación popular? Temiólo quizá el Monarca, quien, inspirado por las circunstancias, decidió asociar al Trono a un sucesor en deidad. A dios muerto, dios puesto. Quedó así sentada entre los dacios la institución original de imponer a la cabeza del pueblo una pareja regiodivina.

En días del mayor Rey de los dacios, Boerebista, y del dios Deceneo, un siglo antes de nuestra Era, el

reino indígena se dilataba hasta la mitad de la Tracia, hasta la Iliria y el país Nórico. Elaboraba por entonces este pueblo una civilización asaz distinguida entre los bárbaros, de la que se conservan rudas estatuillas y bellas vasijas. En tanto, la reforma moral prendía en su muchedumbre y las montañas se poblaban de cenobitas, llamados *polistas*, quienes propagaban el oráculo del dios partícipe del cetro, que difundía un evangelio de temperancia y de valor. Ganado el ánimo popular al remordimiento, bandas de fanáticos recorrieron los campos descepando las viñas, con rigor tal que a la llegada de los romanos el cultivo de la vid era desconocido en la tierra. Las antiguas licencias del amor desaparecieron con los racimos; pero en este punto la reacción no fué rigurosa, ya que a ellos no impidió el continuar siendo polígamos y a ellas el otorgar las rosas antes de que entreabrieran el jardín los esponsales. Obtenía el Rey para su servicio buenos soldados, que al luchar contra Roma se precipitarán a la muerte, poseídos de santa vehemencia. La raíz de su arrojo era la predicación del dios, quien les inculcaba que el tránsito de la muerte no es para el guerrero sino un trueque de habitación. Según las palabras que a Trajano atribuye el Emperador Juliano, «aprestábanse a la muerte con más gozo que para ningún otro viaje». Dió por fruto, finalmente, la siembra de Zamolxis levantar un ejército que sazona en toda su fuerza durante el reinado de Decebal, que es el Viriato, el Vercingetorix o Casabeliano dacio, o más bien su Caupolicán.

Era Decebal bárbaro de atención tan despierta, que, comprendiendo la superioridad del imperio, procura

Ruinas de Itálica, lugar vecino a Sevilla en que nació Ulpio Trajano.

atraer a su reino cuantos romanos puede, ingenieros, legionarios y colonos, para servirse de los ejemplos de su conducta. Junto a las flechas y la honda, en las que los dacios eran duchos, adoptó nuevos utensilios de guerra, como el casco y el pavés; él pulimenta la espada curva, habitual de los dacios; somete a sus cohortes, haciéndose acompañar de instructores romanos, a recios ejercicios marciales. Al final de tales maniobras, profundas masas de hombres transcurrían ante él, enarbolando banderas que ostentaban un dragón por emblema. Enclavada estaba la capital del reino bárbaro, llamada Sarmisagetusa, en una formidable ciudadela natural, erigida en un nido montañoso al Sur de Transilvania. Las incursiones de Decebal amenazaban la Iliria, la Tracia y la Macedonia.

Durante el reinado del Emperador Domiciano en Roma, Decebal, encontrándose con las tropas romanas, las vence tan de lleno, que impone a sus generales un armisticio bochornoso: debía el Imperio facilitarle preceptores de las artes y las ciencias e instructores militares, no olvidando una cantidad pagadera anualmente, que el socarrón del bárbaro exigía con carácter de donativo. Roma fué tributaria del autócrata danubiano durante doce años, reinando Domiciano y Nerva.

Mas, para su mal y escarmiento, cuando iba a hacer un siglo del nacimiento de Cristo, aparece en el solio imperial «el rayo de la guerra», Ulpio Trajano. Su patria por ese tiempo, la Bética, o Andalucía, era provincia tan ilustre y romanizada, que podía parangonar sus timbres con los del propio Lacio.

Era el primer Soberano que España daba al Imperio, aunque no el postrero. En la cuna que balanceó al Tra-

jano niño sobre los mármoles de lo que es hogaño montón de escombros en la España meridional, las ruinas de Itálica, se labró el destino de Rumania.

Entre las provincias del Romano imperio, cumplió culminar a España. Sus naturales pugnaban, en pugilatos de talentos y honores, con los ciudadanos de la capital del orbe. El primer provinciano que se asienta en un escaño senatorial es un celtíbero, y momentos hay en que lo más selecto de la sociedad romana es de origen hispano, como cuando dominaba el gusto la peña de Séneca, el compatriota de Trajano. El postrer épico imperial, Lucano, era de tierras del Betis; Marcial, el epigramista, era también español, como tantos altos empleados del fisco, Gobernadores y Cónsules; el inmortal maestro de la elocuencia latina, Quintiliano, era de Hispania, de igual suerte que Lucio Anneo Floro, autor del *Compendio de Historia Romana*, y cuando obras de la más pura cepa romana quedan inconclusas, como las de un Catón o un Virgilio, quien osa continuarlas con éxito apreciable es un hijo de Cádiz, Columela.

De la misma suerte, Trajano es el primer Emperador forastero en el Trono, y la obra de su vida será mezclar a la civilizadora herencia occidental una raza que vivirá a sombra de su memoria. Desde esta perspectiva remota, complace la armonía de pensar que, mediante su brazo, el extremo Occidente, primogénito en la herencia clásica, España, se enlaza al Levante ultimogénito, Rumania.

Es creencia que, en tiempos anteriores a Trajano, numerosos colonos itálicos, favorecidos por la buena acogida que les dispensaban, ya antes de Decebal, los

dacios, y por la vecindad marina, obscuramente emigraron hacia la parte del Danubio, a lo cual los invitaba el esquivar las guerras civiles y los reclutamientos, tanto como su codicia de topar con tierras no señoreadas por grandes poseedores. Semejante inmigración clandestina facilitaría la organización posterior de Trajano, pero no amengua su mérito.

Así, pues, aquel a quien el Senado brindó el título que no se otorgaba sino a Júpiter, de *Trajanus optimus*, el andaluz alto, circunspecto y de prestancia marcial, arrostró la empresa de limpiar con sangre la afrenta infligida. La primavera del año 101, d. C., penetra en la Dacia, para atacar de flanco la capital, Sarmisagetusa, por el territorio en nuestros días conocido como Banato de Temesvar; parlamenta con Decebal y vuelve a Roma, no sin haber antes desgarrado el Tratado de éste con Domiciano, después de haber doblegado ante su majestad la cabeza díscola del dacio. Todos los acontecimientos se cumplieron en el transcurso de un año.

Terminaban apenas los regocijos del triunfo, cuando en Roma se recibieron las noticias de la doblez del reyezuelo oriental, a quien le faltó tiempo para violar los acuerdos del Tratado. Tres años contuvo su susceptibilidad Trajano, madurando en el ánimo el objeto de una nueva empresa en Levante. A la postre, el año 105, bien dibujado en la mente serena el proyecto, acometió la segunda excursión contra la monarquía danubiana, penetrando en la Dacia por la ruta que mandó abrir atravesando Drubetis, el actual pueblo llamado Turnu-Severin, con intención de subir a la capital remontando el curso del Olt. Por ese paraje, los legionarios im-

periales, entre quienes venían soldados de Hispania, atravesaron el Danubio espacioso a lomos de un puente que ordenó construir al arquitecto Apolodoro, puente del que las ruinas aun yacen en vecindad de una peña que ostenta grabada esta inscripción, en palabras latinas: «Aquí Trajano abrió una ruta que domeñó al río y la montaña.»

Progresando la excursión, destrozó la resistencia indígena que intentó entorpecer el avance, inmolando en sangrientas hecatombes miles de dacios, hasta apoderarse de Sarmisagetusa, la capital, en la que, horas antes, los supervivientes, tras de haber pasado a cuchillo a mujeres y niños, bebieron la muerte de unas ánforas que contenían ponzoña.

En previsión de una infidelidad, el ejército esta vez no se ausenta; Trajano quiere utilizarlo como obrero del proyecto elaborado en su ánimo, que no es otro sino el de construir sobre el lugar, con los bloques de una intensa romanización, un baluarte de frontera contra el océano escita. Su designio es apostar a un pueblo fiel, como vigía del Imperio, en el bastión de los Cárpatos. Su voz de mando es, en consecuencia, romanizar enérgicamente a los vencidos. El Senado, y luego los herederos del Imperio, continúan el empeño.

A comenzar de este momento, se produce la nueva colonización, con intensidad que, aun para Roma, es desusada. Pensad que en ciento sesenta y cuatro años que dura la ocupación romana aniquiló sin vestigio la lengua indígena. Cierto es que Roma tenía la experiencia de las colonizaciones anteriores y que, óptima administradora, se aprovechaba de la experiencia. Tenía colonizado ya el Occidente entero al realizar su inter-

vención postrera en este rincón oriental. Aun dentro de sus anales, se superó a sí misma en celeridad; considerando el poco tiempo que hizo falta a Roma para dar cima a la empresa, es de reputar la colonización de la Dacia su obra maestra en el género.

A fe de las crónicas del tiempo, Trajano llevó a la colonia muchedumbre infinita de hombres de toda la extensión del Imperio. Eran aquéllos oriundos del Levante y Occidente de España, en mayor número de Italia y bastantes de las Galias y provincias de Oriente. Fué caótica nebulosa que se condensó junto a los núcleos de legionarios, que se repartieron las tierras, sometiéndolas al cultivo que cantaron los hexámetros de Virgilio, y en las que, casándose con las mujeres del país, engendraban hijos que hablaban la lengua del padre. No es probable se aniquilara con la conquista, aunque por demás sangrienta, la población masculina de los naturales. En la suposición, infundada, de la desaparición viril, la raza dacia se salvó por sus mujeres, con las que se confundió el caudal de los invasores.

En conmemoración de la nueva época que abrió la victoria de Trajano, se alzó vecina al Mar Negro, en la parte hoy conocida con el nombre turco de Dobrucha, la fábrica rotonda de un gran monumento, trofeo de piedra en memoria del Emperador, ornado con metopas en las que luchan los legionarios con los indígenas, vestidos éstos con trajes dácicos.

Del primer intento, Trajano bipartió la Dacia en dos provincias, superior e inferior, según rutina de la Metrópoli, que tres siglos antes, colonizando su patria, la dividió en Hispania citerior y ulterior. A medida que el

tiempo pasa, siempre de acuerdo con las otras colonizaciones, fué dividida, de igual suerte que la Hispania en Tarraconensis, Bética y Lusitania, en Prolisensis, Apulensis y Malvensis la Dacia, gobernada por un Legado Imperial, con residencia en la antigua capital, reedificada, a la que se bautizó con el nombre de Ulpia Trajana, y que regía los territorios que componían la provincia comprendida entre el río Tisa al Oeste, el Danubio al Sur y alguna parte de las tierras de la Valaquia y la Moldavia, sin la Besarabia, al Oriente, o sea, poco más o menos, el área que delimita en la actualidad la raza rumana.

Diferente en su intensidad, la máquina administrativa era la acostumbrada; dividíanse los pueblos en dos clases: colonias (reunión de ciudadanos venidos de otra parte del Imperio) y municipios (congregaciones de naturales sumisos); a la cabeza de los pueblos había un *ordo decurionum* (un Ayuntamiento), presidido por el Alcalde, *Primus,* siendo todos los del Concejo ciudadanos romanos. Por tanto, cuantos documentos oficiales informaban la vida estaban redactados en latín, y cuando los campesinos, para ventilar sus asuntos o pagar sus impuestos, se presentaban a la ciudad, no podían expresarse sino en la lengua oficial.

Dispusieron los hados que, después del fundador, el Emperador que prestara mayor atención a la colonia fuera su sucesor, Adriano, quizá por tratarse de la empresa legada por su tío y compatriota, con lo cual bien puede llamarse a la Dacia «obra de Trajano y de Adriano», ambos a dos españoles y andaluces.

Rendía la fecundidad del país opimos frutos: henchían las mieses las trojes; los viñedos, las cubas,

Los encanecidos veteranos gustarían de chocar sus copas en el país de su fortuna. Como recuerdan las volutas finales de la columna trajana, los ocupantes disfrutaban de las prosperidades de la paz. En alguna moneda del tiempo aparece la *Dacia Félix* en matrona que simboliza la abundancia, blandiendo en una mano el sable retorcido de los dacios y en la otra un gozoso racimo. Una población compuesta de soldados propietarios, en las comodidades de un plácido armisticio; de inmigrantes saciados en un Canaam de promisión y de naturales que, en cuanto ocasión promedia, revelan sin hipocresía indómita inclinación al placer, harían de la feliz Dacia, por el transcurso de un siglo, una de las provincias más regocijadas de todo el Imperio. Ornan guirnaldas y cornucopias los sepulcros que se conservan de tales días. En los nuestros se ha topado con una inscripción tumular de ese tiempo, para la cual la primera luz que la iluminó fué la de la celebridad. El bloque, que conmemora los restos de un joven bailarín, evoca la existencia del muerto con estas palabras, nada lacrimosas: *Saltávit, cantávit, placuit;* o, como diríamos en nuestro romance: *Saltó, cantó y la gozó.* El difunto había disfrutado de la época.

¡Apresurado rescate de las desventuras que se precipitarán sobre el pueblo infortunado por cientos y por miles de años! En verdad, con elevado designio, Trajano había emplazado el malecón de la Dacia en paraje de unas rompientes tan poderosas de los pueblos bárbaros, que, a poco, lo socavan, desmoronan y derrumban. Empujaban ya los godos en la tercer centuria, impacientes por desbordar el obstáculo. El año 238 resiente la obra trajana el batir de la oleada que, tres lus-

tros más tarde, amaga la sumersión. Reinando el Emperador Aureliano, el año 270, Roma acordó el abandono oficial de la provincia, trasladando las legiones y la población que pudo seguirlas a la vecina Mesia, la actual Bulgaria, donde al menos tendrían para defenderse de los bárbaros la barrera de agua del Danubio. Oficialmente Roma desaprobaba la conducta de Trajano; la Dacia gobernante desertaba de la ciudadela fronteriza. Iríanse con las tropas los elementos oficiales y los bien acomodados; por el haz de la antigua provincia, del Tisa al Mar Negro, quedaron sobre la tierra los aldeanos en las aldeas, de suerte que se los halla en nuestros días trazando con su habla romance las fronteras de la fundación viejísima.

¡Hora aciaga la del éxodo! Al ausentarse los militares romanos, y el Legado con las autoridades, en suma, cuanto era la dirección, desapareció el *splendidissimus ordo*. La Dacia fué decapitada.

Hasta aquí el pueblo dacio vivió en los testimonios del clasicismo; en adelante, en su dramática y asendereada existencia se abre una era de misterio. ¿Qué es de la raza producto de la fusión daciorromana? Del trecho histórico en que la ilumina la luz de los hechos finales no reaparece a claridad de recuerdo sino nueve siglos más tarde. Para saber algo de ella hay que hurronear en los cronicones húngaros o rusos de principios de los siglos XII y XIII; hay que sorprenderla en alguna rara mención de los escritores bizantinos o del poema de los Nibelungos. Tales obras apellidan a sus naturales Vlokhs, Blakis o Vlachen, Valacos, nombre que nunca se dieron a sí mismos, fieles a seguir llamándose romanos. En tiempos de Roma, a los aldea-

nos latinos se les llamaba *villicus*, que equivale a villanos. Sostiénese que de aquí mana el origen etimológico de *valacos*, nombre con que los cronistas de Bizancio designaban a los pobres vestigios románicos, al igual de los eslavos y germanos, quienes si en Oriente al grupo de origen latino nombran valaco, en Occidente a parecida gente llaman velche. En razón de ser pobres y de carecer de ley, los cronistas les apellidaban «vagabundos, aventureros y bandidos». A semejanza del curso de nuestro patrio Guadiana, el pueblo rumano se subsume en la Historia durante el siglo III, y no sale a evidencia documental sino en pleno siglo XIII. Con lo cual se confirma que Historia no es sino urdimbre de dirección, mímica y expresión de minoría.

Obscuramente, pues, los pobres, chapurreando latín, quedaron perdidos en sus tierras, sobre las que el trasiego de las hordas homicidas pasa. Apegada al suelo, la población humilde se incorporará cien veces, aunque otras tantas la sieguen los aceros de los sanguinarios nómadas. En resolución, la masa amorfa de aldeanos no articula, por diez siglos, palabra en su desventura, laboreando en la esclavitud de las rapaces oligarquías de guerreros que en el lugar, a turno, se establecen, muriendo muchos, penando todos, y habitando en villorrios que conservaban su aspecto dácico, que aun hoy es visible. En donde gozaba de una relativa y miserable libertad era en lo escarpado de las montañas de Transilvania. Allí el mísero abandonado, bisnieto de mujeres dacias y de colonos o veteranos del Imperio, proseguirá por tradición siendo fiel a la organización imperial, aunque, en su cerrilidad, sea

incapaz de comprenderlo. Luengos siglos de pobreza en el hielo y el lodo, pastoreará entre los riscos. Guardando ovejas irá corrompiendo el verbo que dictó un orden occidental en el Foro. Mas, al afirmar su ser, dirá en su latín vulgar: «Soy romano». Sonidos del turbio eslavón empañarán la limpia vena de sus vocales. No obstante, al descender de su refugio, echando pie a tierra llana, nueve siglos después, su descendiente compulsará su ser como su antepasado, diciéndose: *Eu sunt român*, «soy rumano», ligera variante con la que nosotros, los occidentales, tratamos de reemplazar la mutación que se ha producido, y que no es fiel, pues, en rigor, el rumano al decir *Sunt român* lo que ha desfigurado es la *a*, trocando la latina clara por una gutural del alfabeto eslavón, una *â* que se escribe coronada con un acento circunflejo.

Sucesivamente, la antigua Dacia será la Sarmacia, Gocia, Gepidia, Avaria, Cumania, Hungría, Tartaria. Engaña la imaginación presentando a las dominaciones bárbaras como a establecimientos de una nación en el local de otra que lo abandona. La historia antigua se delimita por la presente. El que ante nuestros ojos la Transilvania haya sido húngara, no la vació de rumanos; igualmente cuando fué Gepidia o Avaria. Las dominaciones bárbaras no eran, por lo general, sino aventuras guerreras de una oligarquía errabunda, las más de las veces poco numerosa, explotando arma en mano a la muchedumbre de naturales del país enseñoreado. Por lo cual, si no se hubieran servido de una población indígena no hubieran podido subsistir, ya que raramente el guerrero ara y vendimia. Siempre debajo de la señoría errabunda, se encorvaba el indí-

gena quedo, y el caso más patente de esta verdad es Rumania.

Cuando, hacia el año 375, desbordaban la Dacia los godos, iban éstos, de tránsito, a remontar los Cárpatos y seguir adelante. Tras esta oleada que penetra por el Oriente, agólpase por el opuesto lado, y entra vadeando el río Tisa, otra de fiereza imponente, la de los hunos. Por donde pasó no dejó a la zaga sino solitarias cenizas. Promediaba el siglo v cuando los hunos, ahitos de rapiña, dejan campo libre a otra familia de errantes: los gépidas, a quienes lo reciente de la llegada afilaba la codicia. El paraje donde estaba enclavada la Dacia era la barra de la marejada bárbara. Siete años más tarde, la horda de los ávaros, resbalando por las estepas rusas y costeando el Mar Negro, avanzó hacia la Panonia, y de allí se derramó sobre los escombros de la Dacia. Sitúase en las remociones de ese tiempo constituyente el desborde hacia el Sur de una gran corriente de la raza eslava, entonces asentada en la Panonia, que se traslada a convivir, en hermandad de servidumbre, con los daciorromanos. Buena parte del caudal pasa hacia las antiguas provincias romanas de debajo del Danubio, aposando allí el fondo eslavo de Servia y Bulgaria, provincias en las que se deslíe el residuo latino, del que son epitafio los mármoles allí desenterrados.

Tocó un jirón del trasiego, asimismo, a la península italiana, los vénetoeslavos, quienes entraron en la nueva comarca ajenos a saber que conducían los albos y blondos a Tintoreto y Ticiano.

Fué la Dacia, entre las provincias romanas del Levante, la sola que resistió invicta a la sumersión esla-

va. Por los despoblados que en sus anchas y tristes tierras clarearon las invasiones fraguaron los blondos y pacíficos inmigrantes sus pobres aldeas, junto a los poblados arcaicos. Traían consigo un rudimentario orden, basado en la obediencia a los ancianos. Fundió la vecindad aldeana y la necesidad de defensa en las guerras a ambos pueblos, con un trueco en el que asume el eslavo el rústico latín lugareño y el rumano las designaciones, de que padecía ignorante carestía desde la retirada aureliana. Cuando en el siglo XIV aparecerán Estados rumanos, presentarán facciones eslavas. Tiñéndose la lengua de sonoridades extranjeras, en sus elementos esenciales el pueblo está ya formado según aparece en la Historia. Será el rumano un producto daciorromano que se eslaviza, como es el español un iberorromano que roza el árabe. Encima de esas transformaciones duraderas de las gentes sedentarias había una nación ficticia y quebradiza, la de los oligarcas aventureros. Los ávaros, extendiendo su dominación desde el Negro a la Panonia, tenían avasallada a la Dacia, hasta que en el siglo VIII el Emperador Carlomagno los aniquila con sus victoriosas armas. Alboreando el siglo IX, un primer rayo de paz doraba los yermos chamuscados.

Aspiraba a vivir inofensivamente, trabajando la tierra, en las artes de la paz, el pueblo rumano, que por ello mostrábase civil en medio de otras razas sañudas. Era, con probabilidad, cristiano, pues que en las provincias del Sur del Danubio florecía la Iglesia desde el siglo IV. Misioneros románicos, vadeando el río, pasarían a llevar la buena nueva, facilitándoles la ruta las relaciones que el Imperio sostenía con godos y gépi-

das, y encontrando la empresa fácil de ganar a quien tan necesitado estaba de consuelo. Tiénese por prueba de su evangelización, en una primera forma latina, el que todas las palabras esenciales de la religión continúan siendo románicas: así, Dios, *Domniceu,* de *Dominus Deus; altar,* de *altar; cruce,* de *crux; Sinta Scriptura,* de *Sancta Scriptura.*

Pero la inclinación que el cristiano lugareño mostraba a una vida pacífica se la malogra lo infortunado de su morada. Por entonces, el Occidente era cebo al que irrumpían las razas mal acondicionadas, habiendo de pasar bajo el dintel rumano. Impaciente por romper la tiranía de los ávaros, que le detenía en las bocas del Danubio, estaba entre los advenedizos el búlgaro, de mongólico origen, finlandés de casta, quien, recobrando la libertad de movimientos con el resquebrajamiento de la pujanza ávara, avanza a establecerse en la que fué Dacia de Aureliano, la Mesia. Entraron los búlgaros sometiendo a los eslavos allí residentes, y con ellos se funden; pero como el vencido eslavo aventajaba en número y rudimentaria civilización al vencedor, es el débil quien absorbe al fuerte. Las supersticiones y las tradiciones mongólicas, los recuerdos del búlgaro antiguo, son substituídos por la religión y el habla eslavona, llena de las memorias del vencido, quien en el corazón del vencedor se instala, arteramente, como en un castillete. El búlgaro mongol se hace el neobúlgaro eslavo. Constituído su primer Estado, fascinará a éste Constantinopla; de suerte que acomete una guerra que dura siglos con el Imperio bizantino. Políticamente, las regiones de sobre el Danubio no le interesaban: pesaba sobre ellas la noche bárbara, la pobreza y el fango;

resplandecía, en cambio, en el Sur el mago resplandor de Bizancio, irradiado de su corona imperial. Debióse a este accidente el que se ahorrara a los campesinos rumanos el trajín de las armas búlgaras. El influjo de la raza vecina se ejerció en materia religiosa. La fe ortodoxa de Rumania deriva de origen búlgaro. En el siglo IX, la evangelización de los apóstoles eslavos del Oriente, San Cirilo y San Metodio, organizó el cristianismo búlgaro. La Sagrada Escritura se tradujo al eslavón, redactada en caracteres que llevan el nombre del apóstol, caracteres cirílicos. Tan menesterosa es por entonces la situación del pueblo anónimo, que la sola luz que puede recibir es el vago claror que le presta la pobre civilización religiosa eslavobúlgara. Al organizarse en Iglesia el cristianismo rumano, hacia el año 1000, dependerá del Patriarca de la Iglesia nacional búlgara. La liturgia del servicio divino estará redactada en caracteres cirílicos y la lengua del rezo será el eslavón, a la manera que el latín ritual lo fué entre nosotros, mediante el cual no perdimos contacto con la Roma cesárea. ¿Quién, en la muchedumbre de campesinos, iba a elevar a civilización la lengua propia, la propia alma? Si el romance se conservaba en sus bocas, era como las silvestres flores del campo.

Inscribamos esta influencia entre una de las más señaladas desgracias con que la adversidad fustigó al rumano. Reparemos en el infortunio de no tener por espacio de seis siglos más intervención civilizadora que la religión ortodoxa búlgara. Aquí comienza el descarriamiento moral de Rumania de la comunidad románica. ¡Cuán larga, además, la era sombría, que no se cierra sino abandonando la lengua eslavona, a fina-

les del siglo XVII y comienzos del XVIII! Fortuna insigne fuera una orientación cristiano-católica para este pueblo, que se hubiera acercado al origen al oficiar en la lengua del Foro. Sepultado en la herencia búlgara, pasará sin sospecha, como si en el mundo no hubiera sido, el momento del humanismo, sostenido por nuestra Iglesia occidental, que tan bellamente floreció las almas romances. ¿Qué noticias pudo tener el rumano del Renacimiento? De otra parte, los occidentales, afines en origen, no tenían barrunto de su existencia. No era la distancia aquello que separaba; la popularidad de Polonia entre los del Poniente se debía a su comunidad religiosa. Si la Santa Sede se hubiera comunicado con el Oriente romance, la unidad del origen no tardara un punto en ser conocida. Mas los reproches ociosos al inexorable pasado nos distancian del siglo IX. Sirviendo a Cronos, tornemos al curso que él rige.

A la par que se organizaba la fe cristiana, con monasterios, parroquias y sacerdotes, dependiendo de los prelados de allende el Danubio, cristalizaba el rumano bosquejos de estructura. Había por sus tierras, según natural división de los valles, jefes toscos, vinculados a caudillos regionales, que a su vez acataban la supremacía de un rústico señor feudal de la comarca. Ninguno de sus cargos tiene nombre romance. Nombrábase Voevoda, de *voi*, guerra, y *voda*, jefe, en eslavón, al Dux o Príncipe de un territorio, especie de Conde feudal. De los Cárpatos al Tisa, parte a la sazón la más poblada de las rumanas, había varios de estos voevodatos o condados. Eran los *kneze*, los jueces, ancianos que administraban grupos de aldeas, según costumbre

que es común a casi todos los eslavos. En esta población los mayores propietarios eran los *boeiri* (singular *boier*), palabra también eslava, que significaba los boyardos o nobles. Desde la posesión de esos bienes precarios comienza su Edad Media, que se prolonga hasta el siglo XVIII, en que los ojos de unos jóvenes atraídos al catolicismo descubren, atónitos, en Roma la columna de Trajano.

Menester es subrayar una fecha decisiva en los destinos que perfilamos, y que, tanto cuando la Dacia es un reino indígena como durante la colonización romana, asimismo que en los años del abandono, gravitaron siempre, apoyados en los Cárpatos, hacia el Poniente. Durante la invasión de Atila, las llanuras aun no ocupadas por los húngaros se conocían con el nombre de «pastos de rumanos».

El año 896 penetró en el centro europeo la aguerrida raza húngara, mongólica de filiación; su nombre recuerda que tenía parentesco con los hunos, los ávaros y los antiguos búlgaros. El inmigrante, venido del corazón del Asia, costeó el Mar Negro, penetrando por las partes de la Besarabia baja, acampando algún tiempo entre los ríos Nistru y Seret, para subir luego hacia los montes de Galicia y, atravesando los Cárpatos de la parte de Maramures, derramarse en los llanos de la Panonia, que eligió, puede que con asiática predilección por la estepa, como residencia. Afincaban en esas regiones eslavos que caen en servidumbre, terminando a la postre por desvanecerse, absorbidos. A vecindad del Occidente debieron los nuevos moradores húngaros la conversión católica, con las acendradas ganancias de política y erudición que el hecho significa. Raza

jerárquica, amiga de trajinar armas, mézclase en luchas, merced a las que interviene con sus huestes hasta en el Danubio servio, por los países de croatas y dálmatas, y pasando el Tisa, en tiempos del Rey Santo, Esteban, el año 1000, se interna por un bello y montuoso país, centro de la Dacia maltrecha, al que dan el nombre de *Erdely*, que significa en magiar *selvas;* los rumanos de allende montes, tomándolo de prestado, llamarán a su patria *el Ardeal*. Antiguos testimonios acreditan lo que abona el buen sentido; la excursión magiar, penetrando en Transilvania, hallaba campos desiertos de la presencia de hombres. A ellos el pastor no descendía con su hato sino en las horas de bonanza. Haríase un secreto de mantener ocultos los parajes nutridamente habitados de rumanos, a resguardo de las rutas por que transitaban los bárbaros. Su presencia no ofrece duda documental, ya que uno de los primeros cronistas húngaros alude, al igual de otros testimonios escritos, a jefes y propietarios de esta raza; menciónase en ellos el ducado de Gelu, apelativo rumano que procede del romano Iulius.

Es luego, a consecuencia de la persecución, cuando el natural queda sometido al magiar, sin aristocracia que le ampare, sin peculio, trabajando la tierra, de la que era autóctono, como siervo de la gleba, para un señor foráneo. Los cronicones magiares no mentarán el nombre de valaco sin añadirle dicterios de vil, abyecto y ladrón. ¡Extraño espectáculo el de ver tratar así a quien está en casa propia por el que de fuera viene a decirle que su presencia es tolerada sobre el lugar, añadiendo a la rapacería de hecho el despojo del derecho!

Los historiadores magiares establecen, ocasionando

viva controversia rumanomagiar, que su pueblo halló la Transilvania desamparada, bien mostrenco, que tomó, en buena ley, como primo ocupante. Aunque no es el inventor de la teoría, sino más bien su expositor brillante, Robert Roesler, sabio austriaco, expuso la idea en su obra *Estudios rumanos*, aparecida en 1871. A campana herida se pregonó por el Imperio-Monarquía la «verdad histórica». Los advenedizos rumanos entraron en Transilvania en los siglos XI, XII y XIII, hostigados por las agitaciones balcánicas. Aducíase, en resolución, la prueba del cronista Eutrope, quien estableció que la Dacia desalojó, en su integridad, de la antigua habitación durante la retirada aureliana. Apelaba la réplica rumana a la fe del primer cronicón húngaro, en un pasaje que, por serles adverso, los magiares tachaban de apócrifo. Mas de ser cierta exclusivamente la teoría del trasiego balcánico, ¿cómo se explicaría la presencia documental de propietarios rumanos en el extremo opuesto al Danubio, en Maramures, a partir del siglo XII? ¿Es posible que los vagabundos miserables ascendieran en tan breve plazo a propietarios nobles en el otro remoto cabo? Reducido a términos de cordura lo superlativo de la pretensión magiar, parece contener porción de verdad contra la absoluta negativa rival, ya que, en la realidad de la composición rumana, sobre una parte de población queda y arraigada en el suelo, es posible se hayan remansado, del siglo X al XIV, los restos populares del Imperio romano de Oriente. La bondad de esta interpretación está acreditada por razones de filología que exhiben los germanohúngaros.

De hecho, el año 1000 comienza la Transilvania a ser una dependencia feudal de la Corona húngara. Falaz

espejismo aquel que pretende que los hechos del pasado ocurrían de diverso jaez de los que hoy acontecen. El número de magiares que desde el principio se establecen en Transilvania es escaso, y raro fué entre ellos el labrador del tercer estado. Los húngaros no formaron compacta nación sino en la llanura de aquende y allende el Tisa; apenas empiezan las montañas, desaparece la densidad magiar. Hungría no emitió hacia las montañas que Trajano eligió como ciudadela romance sino lo que acostumbraban a remitir las otras razas que ejercían la industria asiática de la domeñación aventurera: una minoría oligárgica que vivirá sobre los naturales, sometidos a servidumbre.

Como tras los montes, en la tierra baja en que después se asientan los principados de Valaquia y Moldavia, no cesaban las incursiones bárbaras, los Monarcas húngaros, guardando el vestíbulo montañoso de su reino, a guisa de vigía fronteriza, a comienzos del siglo XIII, invitaron a caballeros de Órdenes teutónicas dedicadas a defender la Cruz, y a familias campesinas del Bajo Rin, a establecerse en la orilla meridional de los Cárpatos, cuyos descendientes aun hablan en tales parajes, rodeados por un océano popular rumano, el alemán de la Edad Media.

Contra estos planes urdidos por la ordenanza húngara, las muchedumbres de campesinos rumanos no podían oponer defensa unitaria. Ayunos de Estado, los reveses de siglos habían diseminado su pueblo en varios rumbos: de una parte, los surdanubianos, vestigios del éxodo aureliano, los cuales, aguijados por las guerras que sobresaltan al Imperio bizantino, escalaron los montes de la Macedonia, del Epiro y la Tesalia,

donde hoy se los encuentra en crecido número. Cuando se identifica a estos pastores montañeses, declaran ser *arrumanos*. Durante los siglos XII y XIII había residuos latinos en Bulgaria, pues, según testimonio de los historiadores locales, el Zar Asen, fundador del segundo Imperio, en Tirnovo, el Toledo búlgaro, era rumano. Hasta en el Norte de Italia, por la región de Istria, viven hoy aldeas enteras de rumanos. Pero encima del Danubio estaba la densidad de la raza sobre el suelo de los antepasados. Agrupábanse sus míseras viviendas en las vecindades carpáticas. En cuanto al territorio oriental de los llanos al Mar Negro, sería cautiverio de los más pobres de entre ellos; ofrecían tales anchos campos ruta abierta a las correrías de asiáticos.

A comienzos del siglo X vagabundean por la Moldavia los pacenegos, pueblo turco de familia turánica. En el XI irrumpen los cumanos, rústicas fieras, emparentadas con las anteriores; los territorios que van del río Olt y los Cárpatos al Mar Negro, desde finales del siglo XI al XIII se llamarán la Cumania, o Cumania Negra. En el siglo XII llegan los mongoles, en su pureza agresiva, los tártaros; la orgía de destrucción culmina en la frenética aparición de Gengis Khan, en 1206. El aniquilador sublime, volviendo espaldas al Asia en cenizas, abrió sus huestes en un arco devastador, que tritura la Polonia, saquea la Silesia y malbarata la Hungría. Gengis establece su cuartel en Pest, mientras parte de sus hordas foguean la Transilvania y la Moldavia. Erraban degollando cuanto viviente se brindaba al acero, ahorrando a las mujeres de la muerte para gozar en ellas de la vida. Por el chamusco que ennegrecía el suelo podíase seguir la ruta que trazaron, y

que se hundió finalmente en el Mediodía de Rusia, estableciéndose como ribereños del Mar Negro.

Retíranse los errabundos sanguinarios, y queda, probablemente desde ese tiempo, desparramada por los países rumanos una raza singular, que se conserva casi pura actualmente. Los gitanos entraron en Europa sin dejar tarjeta de visita a la Historia. Verosímil es que la turba indostánica acudiera en misión servil, abasteciendo al campamento de esclavos músicos y aparejadores de instrumentos, al lado de una empresa señorial y combativa, partida del vecino continente. ¿Fueron los tártaros sus dueños, o bien los panacegos? ¡Extrañas decisiones de los hechos! Escapó el señor, acuciado por un riesgo que le mordió las plantas, y quedó el siervo, que aun guarda la vocación de sus orígenes, pagando la posada al pueblo que le hospeda con la servidumbre armónica de sus violines o reparando las llantas de las ruedas o las calderas de cobre.

Yacía cenicienta y ensangrentada la antigua Dacia. Acuita el pecho recorrer el calvario de todo un pueblo; mas la congoja se alivia presenciando que el desangre acrece su tesón y fecundidad. *Romanul nu pere* (el rumano no perece), se levantará diciendo entre escombros.

Precisamente en donde las invasiones han hecho correr «la sangre como agua», en las llanuras, se adensarán los dos primeros lagos nacionales. Los manantiales de la autoridad del primitivo Estado rumano están en los Cárpatos. En las pampas abiertas a la invasión no habían quedado sino los más pobres de los campesinos y pastores, gente simple, incapaz de cristalizar ni un rudimento de orden social. En cambio, en

la región alpina la población rumana era, además de más densa, más selecta; lo mejor de las muchedumbres de daciorromanos, durante las invasiones se refugió montes arriba.

Había, según tradición de las crónicas antiguas, en los montes al Sur de la Transilvania, en la parte llamada Oltenia, un señorío rumano, cuya autoridad encarnaba la familia Besarab. Por aquí quiere la tradición que fluyeran los orígenes del señorito independiente que se llama en rumano *Tara romaneasca*, *Terra romana*, y Principado Valaco en el extranjero. Ocurrió que los húngaros en el Ardeal mermaban las libertades antiguas de los rumanos, quienes, reunidos en buen número, con la presencia de varios jefes o caudillos, en la región o cantón de Fogaras, que gozaba de algunas autonomías, emprenden un descenso hacia el Sur y las llanuras que en rumano se conoce con el nombre de La Descabalgada, *La Descalecat*, y se someten a la autoridad de los Besarab. El Voevodato se llamará Ungro-Valaquia en los documentos extranjeros, y también Besarabia, en los siglos XIV y XV, siendo el Señorío o Principado Valaco. Debióse de realizar su fundación del año 1301 al 1308.

Fué evacuada la Moldavia por la oligarquía de tártaros, que la explotaron desde 1241 a 1345. La fundación de su Estado aconteció de esta suerte, y fué que en la región al Norte de la Transilvania, denominada Maramures, que gozaba de ciertas autonomías, contando con jueces propios y Señor, varios principales rumanos, descontentos del húngaro, descabalgaron de los Cárpatos a la Moldavia, fundando en ella un señorío bajo el Señor Bogdán.

De allende montes, Hungría pugnó por someter a los principados noveles; pero los Señores, que se sucedían en los Tronos por una sucesión mitad hereditaria mitad electiva, consiguieron mantener la independencia, cimentando un rudimentario orden agrícola y feudal, en el que el solo resplandor civilizado que penetra es el religioso. Las grandes propiedades de Rumania tenían por origen el que los campeones de la descabalgada se alijaran la tierra con la anuencia del Príncipe, que otorgaba, por su parte, estos lotes de propiedad a sus compañeros de armas.

Poco difieren en lo episódico las vidas de los dos principados. La dinastía que en Valaquia funda Besarab y la que Bogdán en Moldavia establece, se continúan hasta el reinado de Miguel el Bravo, en 1601, Príncipe que logró adunar en su cetro a toda la raza rumana, en un anticipo del año 1919. Pendía en ambos señoríos la vida de la autoridad del Príncipe, de quien se ensanchaba a la clase de grandes propietarios o nobles, los boyardos. El *boeir,* o noble, tenía una tierra que era un feudo de cinco o seis aldeas, cuyos vecinos y sus descendientes eran sus vasallos, pagándole el diezmo. Guerreando y residiendo en los campos, existían los boyardos a la manera de rústicos opulentos, presidiendo las vendimias y cosechas entre el gentío sumiso y sufrido de sus aldeanos. Estos señores, con el Señor compartían la autoridad, y en el feudo hacían sus veces, administrando justicia. Si llegaba la hora de tomar las armas, levantaban mesnadas. Sólo entre los señores repartía el Príncipe cargos de gobierno, considerados como dignidades, a las que cada vez se siente el boyardo máz atraído, hasta el punto de

que por codiciar ser Copero, depositario de los sellos o Tesorero del Príncipe abandonó su vivir de gran propietario lugareño.

Ninguna ley escrita fijaba límites: manaban las vidas en la costumbre, empujándolas en los duros trances los rugidos de voluntad de los poderosos. En consecuencia, los hijos del Príncipe son indistintamente llamados a reinar, legítimos o naturales, pues, como dirán los electores, «todos son por igual *brotes* de los huesos del padre». De igual suerte, las tierras carecían de jalones o bardales que evidenciaran sus bordes, y en caso de duda se recurría al testimonio de los hombres buenos del lugar.

Pocos años duran en paz los señoríos. Un invasor rezagado está en puertas: es el turco; a finales del siglo XIV la Media Luna se cierne sobre el Levante. El rumano de las tierras danubianas (porque el otro de allende montes permanece por siglos bajo el yugo húngaro), no se salva esta vez mediante el éxodo o la esclavitud, sino que aguarda al invasor a pie quedo. ¿A qué se debe el cambio de frente en la conducta? A que, al cabo de los siglos, esta raza había conseguido extraer de sí misma un sostén de autoridad, señores, capitanes y huestes. Los Voevodas valaco y moldavo reasumían la guía rota por Aureliano; entonces se libra el pueblo al combate con el coraje del Decebal antepasado.

Descubrían las desavenencias cristianas el flanco rumano a las gumías del infiel. Reinaba en la Valaquia Mircea el Viejo, desde 1386, en un afanoso reinado, disturbado por el trajín de las armas. En luchas con el Zar búlgaro había conquistado la Silistria y la Dobrucha, penetrando por el opuesto lado en el Banato de

Príncipes rumanos de principios del siglo XVI.

Temesvar, de modo que a justo título se podía llamar Señor de la Ungro-Valaquia, y de tras los montes, y de las dos riberas del Danubio al mar. Malogrando sus prosperidades, tropezó con el flamante poder del turco, y en 1391, de resultas de una batalla victoriosa para la Media Luna, fué hecho prisionero. Rescatando su libertad a peso de oro, volvió a su patria a levantar ejércitos, estrechando alianza con los húngaros, y a requerir la ayuda de Occidente, so color de cruzada cristriana, a lo cual accede el Monarca francés Carlos IV, quien envía en su ayuda una expedición de caballeros. A despecho del valor temerario de Mircea, de las aguerridas tropas rumanas, de los allegados recursos, entre los que está el Rey de Hungría, con parte de su ejército, y el Burgrave de Nuremberg, con tropas alemanas, los contendientes cristiano e islamita pactan un armisticio, comprometiéndose Mircea a pagar tributo al turco, el cual, por acuerdo de Mohamed, que lo declaró en un edicto, reconoce la independencia del rumano. Tales son los famosos pactos de Mircea, que, desnaturalizados por abusos del Sultán, acarrearon a la larga el vasallaje de los Principados.

Vuelven para la raza rumana los días de zozobra: lo confuso de la sucesión a la Corona agitaba a los hijos del Príncipe, que aspiraban todos a reinar, yéndose cada uno con su bandería de boyardos a reclamar ayuda al vecino, el húngaro, el polaco, el mismo turco. Cual insensatos espectros que se persiguen a mano armada transcurría el desfile de los Príncipes, no acertando casi ninguno a retener sus pies sobre el escabel del Trono. En períodos de tregua, un caudillo, seguido por los heroicos soldados de la tierra, acometía a las

huestes de la Media Luna. Son los aciagos días en que el tardío europeo se instala en la frágil Bizancio, que bautiza con el nombre asiático de Estambul. Ilumínase entonces en la Moldavia la atrayente figura de un paladín de la cristiandad.

El año 1457 subía al Trono el Príncipe moldavo, héroe de la raza, que queda en la permanencia, ajena al tiempo, de las grandes figuras tutelares de un pueblo: Esteban el Grande, *Stefan cel Mare*. Antes del Lepanto liberador y de la obra del Pontífice que guarda a Europa, el paladín moldavo se afana como un adelantado de la causa occidental. Porque es indudable que se daba cuenta del riesgo general que nos amenazaba al enviar emisarios a los Príncipes cristianos encareciéndoles el peligro del Creciente, implorando la unión, ganando a la causa la autoridad moral del Sumo Pontífice romano, para, allegados los medios, «cortar la mano derecha del pagano». El ardimiento de Esteban no logra la concordia del Duque de Lituania con el Rey de Polonia y de todos ellos con los húngaros, ni, lo que más es, de los principados rumanos entre sí: de suerte que sorpréndele desamparado de ayuda la batalla de Rasboieni, tan mortífera que el valle en que se libró se muestra con el nombre de Valea Alba, por los osarios que lo blanquean. El turco respeta, sorprendido, al menudo pueblo que con tanta resolución le hace frente.

Sentido imprevisto obtiene con Esteban el Grande la empresa de Trajano. El arriesgado designio del Emperador de cimentar la Dacia como malecón contra la barbarie del Norte, fallando, al resquebrajarse, en la prueba, sorprende que, reconstruída la obra deshecha,

por una misteriosa afinidad, al cabo de los siglos cumpliera su misión de baluarte contra un furor que amenazaba de nuevo a Roma y a todo el Occidente, pero no venido esta vez del Norte, sino del Mediodía. Chocando con el obstáculo, el turco palpa un límite y se habitúa a la idea de no poder pasar cómodamente por encima de los cristianos tenaces, contentándose con obtener de ellos provechos de lucro. La Santa Sede dió a Esteban título de «atleta de Cristo».

No fué vano su esfuerzo contra el agigantado Islam. En el pacto de armisticio, la Puerta exigía el pago de un tributo, reservándose otorgar su *placet* al nombramiento del Príncipe, pero respetando su independencia de fe y gobierno. La Valaquia y la Moldavia no serán un Bajalato, y aun está por alzarse en sus tierras un alminar que pregone la voz del almuédano. Sólo de la otra orilla del Danubio, frontera rumana, las mezquitas se reflejan en las aguas.

Mantiénese al principio la Sublime Puerta respetuosa de la independencia pactada; a medida que el cobrar los tributos la permite intervenir en el país vecino, tiende a asegurar su influencia en la esfera política por medio de intermediarios bizantinos.

Con una figura que es cúspide y remate de una era, la de Miguel el Bravo, Príncipe que la Valaquia puede emparejar a la figura moldava de Esteban el Grande, culmina sus destinos el pueblo rumano. La adversidad de sentir menguada la libertad de su Estado fragua su ánimo indomable; del 1593 a 1601 el señor valaco extenderá su reino por toda la herencia de los legionarios de Trajano.

Miguel el Bravo, hijo natural de Pedro el Bueno, *Pe-*

trascu cel bun, y de una religiosa ortodoxa. dejó de ser Ban de Craiova para ascender las gradas del Trono deudor de Constantinopla, en el que su primer cuidado es aliarse con la Moldavia y la Transilvania, que habían caído también bajo la influencia nominal de la Puerta.

En unión de Arón, señor de la Moldavia, y de Segismundo Bathori, Príncipe de Transilvania, contando con la ayuda del Pontífice Clemente VIII y del Emperador del Sacro Romano Imperio, mediante el Tratado de Bucarest, hirió en una ofensiva fulminante, en 1594, tan certeramente a los turcos, que el Sultán se resolvió a reemplazar la vecindad de los Príncipes levantiscos por la de tres Bajaes más sosegados. El Emperador de Estambul, alarmado por el arrojo de Miguel, capitula admitiendo el *statu quo* que reconoce la autoridad independiente del valaco, mientras éste le renueva su sumisión titular y tributaria.

Las cimitarras otomanas habían desmoronado el Oriente cristiano. El reino de Hungría perdió su existencia en 1526, en la batalla de Mohac. La Transilvania escarpada pudo evitar la invasión que anegó a Hungría. Cerca del Estado de Miguel, ella se constituye en un señorío independiente, regido por Príncipes hereditarios en parte, y en parte electivos, de sangre magiar y extranjera, o si de rumana, adeptos a la causa húngara. La oligarquía de propietarios y autoridades magiares soñaba con restaurar lo quebrantado; el Ardeal fué abrigo y rescoldo que mantuvo las tradiciones húngaras. Sin voz ni posible desarrollo, yacía abajo el pueblo, el indígena rumano. El esplendor vaticano y las humanidades occidentales anidaban en el se-

ñorío de los Cárpatos, para quien el popular era un contumaz y descarriado hereje.

Resultaría anacrónico prestar a Miguel el Bravo sensibilidad para estos dramas entre pueblos. Enemigo jurado del otomano, lo que en 1598 le inquietó es que, reinando la Casa Bathory en Transilvania y heredando la Corona de Príncipe el Cardenal Andrés, entró éste en tratos de alianza con el Sultán. Falto del apoyo de su antiguo aliado, advertía lo falso de su postura. Entonces concibe el proyecto de conquistar el Ardeal para el Emperador del Sacro Romano Imperio, jefe de Cruzada, poniendo así todas las fuerzas unidas de su raza al servicio de la defensa contra el turco. Pretextando fingidos peligros turcos desorientó la atención de quienes barruntaban las intenciones de sus tropas; salva los montes y cae sobre el ejército del Príncipe purpurado, quien se pone a salvo al primer encuentro, ocurrido el 28 de octubre de 1599. Internándose en Transilvania, Miguel el Bravo estableció su capital en la ciudad de Alba Julia, mientras los siervos rumanos, esclavos siglos hacía de señores extranjeros, saqueaban y quemaban los feudos de los magnates, envalentonados con la idea de tener a un Príncipe de su sangre en el Trono. Desde hacía cinco siglos los Cárpatos y los llanos condujeron vida aparte. Esta ascensión a las cordilleras originarias, con Miguel el Bravo, permite descubrir el panorama del curso transilvano.

Hacen los documentos magiares primitivos mención de los rumanos, que tenían Iglesia independiente, así como su nobleza, que por la magiar es absorbida. Condición era para que a los nobles rumanos se les reconociera la propiedad de su tierra el que abrazaran el

catolicismo, disgregando así a la aristocracia de la comunidad de su pueblo. Con los años, rumano y campesino viene a decir lo mismo; pero de algo más complejo que de pastores y siervos, según pretenden los húngaros, se componía la población rumana. Formábala en primer lugar el clero, que reemplazaba a la aristocracia disidente; topábase por las heredades, hasta el siglo XVIII, con una nobleza rumana campesina que, en recuerdo confuso del pasado, firmaba junto a su nombre, *boier*, boyardo, en caracteres eslavos. En los campos la existencia era arcádica y frugal, animada por los exquisitos trajes campesinos. Mostró aquí, como en los Principados, esta raza parecida incapacidad para el negocio y el lucro mercantil. Ocupaban el hueco que en su vida se formaba, los mercaderes griegos, que comenzaban a formar círculos burgueses.

Aspiraban a reinar sobre la Transilvania la Casa de Austria, el Sultán, los Príncipes electos por su Dieta y los señores de los vecinos señoríos rumanos. En estas condiciones, el más arrojado de ellos, el hazañoso Miguel el Bravo, se instaló en Soberano en Alba Julia.

Buscó su sostén el Príncipe, no en el apoyo popular de su raza, sino en el favor de los magnates; la acción de los siglos le privaba de una clase superior de su raza en que apoyarse en la nueva corte.

Habíase por entonces agotado la continuidad dinástica de los sucesores de Bogdán en Moldavia, que duraba desde la fundación del Principado; el que el nuevo Señor reconociera su vasallaje respecto a Polonia y Turquía sugirió al Bravo el deseo de unir esta comarca a su soberanía. En mayo de 1600 ejecutó la expedición de Moldavia, a la manera de un paseo militar; co-

locó 6.000 hombres de guarnición en Yasi y retornó a Alba Julia. La vuelta es hora decisiva del rumanismo: desde la evacuación romana no se había agrupado la Dacia en una autoridad unitaria. Latía aún harto imprecisa, por así decir, anónimamente, la obra de Trajano. El brazo de Miguel el Bravo es una cima de Historia.

Nombrándose, empero, el héroe rumano Señor de la Valaquia, de Transilvania y de Moldavia, no era precisamente Soberano de Rumania, idea a la sazón nonata. Presto caduca su empresa, falta de cimiento. La Casa de Austria, la Sublime Puerta, los magnates transilvanos conspiraban su ruina. El general Basta, un albanés italianizado al servicio del Emperador, tipo de aquella confusión de razas que era el Sacro Romano Imperio, le despojó, en una batalla adversa, del Ardeal, y a poco, en agosto de 1601, asesinos, a sueldo de Basta, dieron a traición fin a su hazañosa vida. Como en un símbolo, el cuerpo muerto de Miguel el Bravo quedó en el Ardeal, en la llanura de Torda, siendo conducida la cabeza al convento de Deala, en Valaquia, país en que residirá la jefatura que ha de reconstruir su obra en 1919.

Desapareciendo del opaco cielo este meteoro, se adensan las tinieblas de desventura rumana. La Transilvania vuelve a la órbita de la Casa de Austria, mientras los dos Principados de aquende montes al mar quedan sin dinastías. A título de cobrar el impuesto, el Sultán interviene en el nombramiento de los Señores; a trueque de que se le pague con largueza, entrega el Trono al mejor postor: hondo malestar corroerá los Señoríos danubianos.

Llevó este pueblo, hasta sus últimos Señores dinásticos, vida sobria, labradora y guerrera; apegaban los campesinos a la tierra el alma ingenua y obediente; los boyardos eran patriarcales labriegos y caudillos. Trocóse el cuadro, merced a la influencia de Estambul, en vistoso aparato cortesano cuajado de intrigas.

Desde las primeras pruebas que da de sí esta raza manifiesta una ductilidad poco común para tomar la forma que le den las manos de los hechos; cualidades y prendas de finura y lucidez inteligente, en detrimento de la robustez del carácter. Para el bien, para el mal, para el Baco de los primitivos, para Decebal y Trajano, el rumano es materia dócil. Casi el cuádruple de tiempo de la influencia romana dura en la mitad independiente de los rumanos el maleficio de la Media Luna, no pudiéndose pretender que en su ánimo no imprimiera resabios imborrables.

Fué el turco el caballero de Oriente; pero, por su desdén de granjear provechos temporales y su pretensión de recibir en señor los dones debidos a las armas, doquiera estuvo fué agente de corrupción. La indiferencia que testimonia por los pueblos que somete le priva de toda dote de colonizador. La tierra de los Principados ya no es su provincia; está en un crepúsculo de libertad y, a diferencia de las de debajo del Danubio, por las armas no había sido rendida.

Ocurrió con la muerte de Miguel el Bravo que desaparece la elección de Señor dentro de la continuidad dinástica de las familias reinantes, Besarab y Bogdán. Los Príncipes continúan siendo naturales del país, de raza rumana, pero de familias diversas. Con el tiempo, el Sultán elige, en vez de la Asamblea de boyardos.

Desde 1711 a 1821, para su mayor seguridad y provecho en los ingresos, la Sublime Puerta pasa las Coronas de Valaquia y Moldavia a otros cristianos de raza extranjera, los griegos, que la servían como agentes diplomáticos. La helenización de los Principados, que en el siglo XVIII es extremada, comienza mucho antes. El turco invadía el país por delegación, en forma de griego, quien si venía como funcionario o pedagogo, hallaba medio de mudarse en noble rumano, y si como monje, en prelado: de suerte que los dos conductos de invasión eran el Estado y la Iglesia.

A mediados de la décimoséptima centuria, Mateo Besarab, en Valaquia, y Basilio el Lobo, en Moldavia, ensayaron una reacción contra el mal, en realidad originado por la superposición de Estambul sobre Bizancio. Los inmigrantes helenos aventajaban en la concurrencia a los naturales, debido a su incomparable mayor educación y refinamiento. El movimiento de defensa rumano fracasó; ambos Príncipes terminaron por no conversar en sus cortes sino en griego. No existía, además, adhesión política entre ambos Principados; los dos Señores se acometen en varios encuentros, hasta que en 1653 el arrojado Basilio invade la Valaquia, donde es completamente derrotado, entrando su rival, el Besarab, en la corte de Yasi; pero la sublevación de los boyardos le expulsa.

Sobre la hermandad de los aldeanos en los Estados rumanos independientes, se desnacionaliza y enemista la aristocracia, que hablaba el griego en sus estancias pulidas, de igual modo que en la otra mitad de la Dacia de allende montes, la Transilvania, se había magiarizado y hablaba el húngaro de los castillos; de ru-

mano no había sino el pueblo, en el polvo y el fango.

Las influencias extranjeras despertaban en la raza gérmenes de ideas. El roce con los corteses griegos, la lucha de la Iglesia local contra la propaganda protestante, la necesidad de fijar principios y leyes, producen los primeros documentos: monjes y nobles articulan las palabras de la Santa Escritura o la voz de la Historia en el lenguaje de sus montañas, heredades y caseríos.

Hojeaba la Iglesia ortodoxa en sus ceremonias las páginas de los misales redactados en lengua eslavona; cuando vinieron los religiosos helenos, los Monasterios ricos comenzaron a oficiar en griego. El popular rumano no comprendía ninguna de las dos lenguas. Como de los hogares campesinos salían los novicios, menester era resolver la Babel litúrgica. Importados los caracteres de la imprenta, los Príncipes acuerdan la publicación de los Santos Testamentos en el habla vulgar, que el Arzobispo de Valaquia consideraba como «lengua pobre y estrecha, que reproduciría falsamente la palabra de Dios», grabada en letras eslavas. Tras del velo exótico está tan desfigurada la lengua, que difícilmente se reconoce su fisonomía romance.

La obra de la raza rumana, del vestigio de Trajano y Adriano abandonado en un confín de Oriente, radica en salvar su existencia. Sus primeras palabras originales son las Crónicas, como si por boca de sus cronistas, el pueblo, aterrado de su ayer, sintiera necesidad de confesar las peripecias inauditas de las que escapó con vida: las voces de tragedia, al levantarse a mil años de distancia, narran a las legiones aurelianas las mortales angustias de los abandonados.

Rompe el mutismo Juan Urequia, queriendo salvar «lo que hicieron los antepasados, para que no se crea fueron seres ininteligentes y mudos». Hay que añadir que este primer rumano que se expresa es contemporáneo de Cervantes.

De notar es que apenas nace la palabra local hay sentimiento de la unidad de la raza. Mirón Costin, discípulo de los jesuítas polacos, en 1661 se propone «salvar del olvido los comienzos del pueblo de la Moldavia, la Valaquia y los Países húngaros que llevan el nombre de rumanos». Cuán de veras puede decir que «el espíritu se espanta cuando piensa en las vicisitudes por las cuales ha debido pasar durante más de mil años». La idea de la descendencia directa de Roma se aclara decisivamente en su alma. Dentro de la crisálida de este pensamiento dormita el porvenir rumano, que volará un día hacia su origen occidental; pero entre los presentimientos y el porvenir pasa, lento y taciturno, el desfile de los hechos, forzados cargados de cadenas.

La Media Luna en Estambul estaba en fase creciente. Quedan por pasar dos terribles siglos de hegemonía turca. Durante ellos no harán los Señoríos sino trabajar para llenar las arcas insaciables del Sultán. Al tributo del Soberano contribuye el país entero. Para el Príncipe no era sólo cuestión de adquirir la buena gracia del nombramiento imperial, sino de una vez conquistada mantenerla, venciendo en torneos de generosidad a cada uno de los pretendientes ulteriores, que se insinúan en la corte con regalos y preseas al Jefe de los creyentes, al Visir, a los Embajadores en boga y a las odaliscas favoritas, para ganar por la secreta vía de

unos brazos suaves el imperial beneplácito. Iban a Estambul los raros diamantes y el oro conducido a lomo de seiscientas cabalgaduras.

El ejemplo de la corte otomana, dócil al dinero, cunde en la administración de los Señoríos: finaliza todo por hallarse en almoneda.

Apetecen los boyardos el entonarse y parecer; ataca a las familias conspicuas luciferino afán de grandezas, queriendo todas ellas ampararse del Trono. Presentarse con boato en las cortes era pasión tan fuerte que, rivales en ostentación, muchas familias se hundían. Vestían y enjoyábanse las damas con oriental donaire, asistiendo a saraos y convites en los que broncíneos y numerosos esclavos limpiaban el aire con flabelos de pluma, mientras lo perfumaban los sahumerios. Los caballeros seguían la moda turquesca. En las recepciones había los boyardos que se sentaban a la turca en los divanes, con las piernas cruzadas, en prueba de que no tenían que incorporarse ante superior; los que se colocaban a la occidental, aposando los pies en el suelo, para levantarse en acto de respeto; había, por último, quienes tenían que estar de pie, manifestando por sus posiciones el ser grandes, medianos o pequeños boyardos. Temía al Sultán el Voevoda, al Voevoda el boyardo, al boyardo el pueblo, y todos, del magno al chico, reverenciaban a ducados y piastras, que, vadeando el Danubio, acorrían al tesoro de Estambul.

El país era sombrío báratro: las invasiones removían catervas de fugitivos; no surcaban por él caminos desde la época romana, que borró el tiempo; eran los poblados amasijos humanos donde la incuria amontonaba pudrideros; diezmaban las epidemias a los vecin-

darios; descendían en el invierno los lobos a devorar a los transeuntes; los ladrones robaban a mansalva; en la canícula, cegadoras tolvaneras se arremolinaban; llegados en esta sazón los jenízaros, el montón de harapos ardía como hoguera de sanjuanada.

Habitaban la miseria polvorienta y fangosa millares de campesinos, desde cuyas cabañas veían el bosque, la iglesia y la casa del bayardo lugareño. Descubríanse viéndole ir o volver de la corte en su carroza tirada por varios pares de corceles. Carecían los poblados de una clase intermedia, a semejanza de la burguesía de Occidente. Atenido a sus usos y costumbres, apilaba el pueblo con sudores de sangre el oro para el despilfarro, y debajo de las sedas de Oriente, de las perlas y de los pebeteros sostenía, como un atlante en el lodo, el edificio de las cortes, en medio de agobios mortales.

Por los impuestos que el popular satisfacía se ve era apurado como fruto que se estruja: tenía unas vacas, pagaba el *vacarit;* unas ovejas, el *oierit;* por la hierba que aquéllas pastaban, el *ierbarit;* tenía unas colmenas, el *desetina;* una porqueriza, el *gostina;* unos toneles, el *comanarit;* por su vino, el *vadrarit;* por los lienzos de su traje, el *cotarit;* por sus puñados de tabaco, el *tuntunarit*, y, finalmente, cuando su compañera encendía en el hogar unos leños, apenas el humo empenachaba la choza, cuando a cobrar el *fumarit* el recaudador se presentaba en la puerta. Era frecuente que los aldeanos escaparan a residir en los bosques, escondiéndose en cuevas, cuyas braveras tapaban con ramaje para no ser habidos.

En una ocasión, el Príncipe Cantemir, descendiendo

una mirada piadosa hacia el pueblo, exclamaba: «Los aldeanos rumanos serían los seres más infelices de la tierra si la fertilidad del suelo no viniera en su socorro». En verdad, los bosques y las tierras, más benignos con ellos que los hombres, los ayudaban a reparar el despojo con sus minas, la pesca de los ríos, los ganados y animales óptimos, el vino, el trigo, el maíz, los frutos, la miel, la cera, que derramaban su agreste cornucopia a la avidez de Estambul.

Fuése el pasado sin legar vestigios, como en los otros países cristianos subyugados al turco, no dejando, como en ellos, otra excepción que las arquitecturas piadosas, los templos ortodoxos. Alzáronse por esta época algunas de las bellas iglesias rumanas; sus retablos, frescos e iconos dilataban el arte bizantino, según mandamientos del monte Athos. Acostumbramos los occidentales a rematar el proceso de lo bizantino en el siglo XIII. Con la cola del gentío florentino llevando a la iglesia de Santa María Novella, en Florencia, la imagen de la Virgen del Cimabue nos apartamos para siempre del esplendente y simétrico arte de Bizancio. Hay, pues, sorpresa en presenciar la prolongación bizantina, como en Rumania, por los siglos XV, XVI y XVII, hasta la edad contemporánea. Los templos eran la sola joya del pueblo.

Cabe decir lo mismo de los rumanos de tras los montes. La emigración de cristianos ortodoxos de la Transilvania a los Señoríos, en los cuales podían vivir libres según su credo, avivaba sentimientos de comunidad, pues de una parte y de otra de las montañas todo era *tara romanasca*, tierra rumana. Los pastores moldavos que entraban con grandes rebaños de bueyes

de sus praderas en el Ardeal, o los arrieros que transportaban en sus carros el pescado y las mieses valacas, no creían salir de su país, fundando así rudimentarias uniones, que la Iglesia local estrechaba más en alto por medio de sus báculos obispales.

Después de Miguel el Bravo, o, como los húngaros decían, después de la invasión y dominación del Faraón valaco, los sediciosos e incendiarios rumanos son perseguidos sin piedad; quienes militaron bajo las banderas de Miguel fueron ajusticiados en la picota y sus casas se arrasaron. Comenzando el siglo XVII, son políticamente aniquilados los rumanos en el Ardeal. La Iglesia ortodoxa era el refugio y apoyo, postrer reducto en que procuró guarecerse su espíritu nacional tras los Cárpatos.

Montes abajo, la hidalguesca indiferencia del turco por lo temporal abandonó la existencia rumana de los Principados en manos de la raza griega. Cerca del palacio del Sultán había, y aun sigue habiendo, un barrio en Constantinopla, llamado el Fanar, en el que, descendientes de Bizancio, residían opulentas familias griegas. Moraban en él banqueros y empresarios de la Puerta, que copaban la almoneda de los Tronos danubianos. Su unidad de religión ortodoxa les permitía establecerse en los Señoríos. Favorecíalo el que en el pueblo rumano se había agotado el arranque y se abandonaba a la deriva de su desventura, en tanto desembarcaban del Danubio los coronados por el Sultán, que llegaban con una nube de allegados, validos y protegidos, prontos todos a hacer fortuna. Apellidábaseles, en recuerdo del barrio bizantino de su origen, fanariotas. Los boyardos, lesionados en sus sentimien-

tos e intereses, reprobaban a la Puerta el que estos extranjeros repartieran entre sus familiares los puestos y funciones de gobierno, los bienes del país, las tierras y las ricas herederas, con lo cual, quienes subieron sin blanca Danubio arriba, yendo días y viniendo días, hacíanse dueños de destinos, influencias y propiedades. Desde entonces quedaron avecindados en los burgos rumanos patronímicos oriundos del archipiélago heleno.

Es de justicia anotar que entre las familias venidas de Estambul, muchas, prestamente rumanizadas, sirvieron a la causa nacional con celoso patriotismo. Pusieron tales fanariotas bellas dotes de inteligencia y prudencia al servicio del testarudo empeño de subsistir del pueblo rumano, y, aprovechando vicisitudes de la política de Oriente, la encaminaron a mejores días. El toque de su empresa consistió en sortear la perenne lucha del Levante; guerreaban los turcos contra los cosacos; los alemanes, contra los polacos, y contra el Sacro Romano Imperio, el de la Media Luna.

En el decisivo momento en que el Visir Cara Mustafá avanzaba por el corazón del continente, hasta aparecer el 17 de julio de 1683, con doscientos mil soldados, a las puertas de la ciudad que Marcial, mil años antes, tituló «Viena la bella», el Príncipe Duca de Moldavia y Cantacuzeno de Valaquia debían formar con sus huestes en los ejércitos del infiel; pero sus cañones dispararon cargados de paja contra sus hermanos cristianos, a quienes mostraban la cruz, en señas de inteligencia. El concurso del Monarca polaco, que acorrió a Viena, permitió rehacerse a los cristianos, que persiguen a las tropas del Sultán, libertando Pest, que ha-

El templo bizantino de Corte de Argés, edificado en 1517.

bía pasado ciento cuarenta y cinco años en el cautiverio; data de ese día el descenso de la marejada islámica, que termina en nuestros días descubriendo en la península de los Balcánes el mosaico de los pueblos cristianos, por tantos años encubiertos a la manera de un muro policromo debajo de un enlucido de cal.

Apuntaban en el horizonte las influencias liberatrices. Pero de las impaciencias prematuras de libertad se tenía buena noticia en las riberas del Bósforo, y para limpiar las insumisiones rastrillaba el Sultán las tierras con sanguinarias huestes de tártaros.

En las postrimerías del siglo XVII, el núcleo de la Moscovia se hace Rusia, y al calor de la afinidad religiosa, precaviéndose de que la Puerta quiere convertir los Principados en Bajalatos, los dos señores de Moldavia y Valaquia, en 1674, le envían un embajador secreto para suplicar el patrocinio del nuevo gran poder que se levantaba en el Este, mientras la pujanza de Polonia caía al ocaso. A trueque de la ayuda, los Príncipes prometen su sumisión; aceptó el Zar; sospechando de su fidelidad, la Puerta los destituye. Decidió el Sultán proclamar la Moldavia provincia vasalla en 1686. Pero el Príncipe Cantemir penetra en Yasi con ayuda de tropas polacas, y pasa por el fuego el documento imperial; el azote de las tropas tártaras se abate sobre el país, en castigo del ultraje. De este jaez son los episodios, que duran lo que la época de la liberación, dos siglos

Existía, en tanto, el estado de guerra entre el Sacro Romano Imperio y el turco, buscando los débiles Principados ayuda en los vecinos, celosos y rivales entre sí: los imperiales, de los polacos; los rusos, de ambos,

y éstos, de los rusos. La política de los Señores era contemporizar con los paladines, tramando a hurtadillas del Sultán sus planes de emancipación: único equilibrio para que un pequeño se tuviera en pie entre los tambaleos de los colosos.

Disputábanse la posesión de la Transilvania espadas y gumías; la guerra se conducía con cachaza oriental. El Sacro Imperio inflige una derrota terminante al turco en la batalla de Zenta, en septiembre de 1697, rematada por otra dos años más tarde, en Carlovitz, que trae la paz. Aprovechando el Tratado con el Sultán, en 1699 el Emperador unió a su Corona el reino de Hungría y, en previsión del ensanche del gigante moscovita, el país rumano de la Transilvania. El nuevo asentamiento partía a la raza rumana en tres jirones: allende montes, el Ardeal; aquende, dos Principados desunidos. Delimitóse el mapa del Oriente europeo para mucho tiempo, pues en realidad no lo alteran sino los siglos XIX y XX.

Por fuerza los Señores rumanos habían de cortejar la ayuda de los vecinos, ya vueltos al Oriente, ya al Occidente, como girasoles del poder. A quien se vuelven sobre todo es a Rusia, que espaciaba con Pedro el Grande el núcleo moscovita hasta el Mar Negro y el Báltico. Por su parte, los grandes eslavos comenzaban a reputar a los habitantes del Balcán como a parientes menores, sin excluir a los rumanos, a quien tenían no sólo por hermanos en religión, sino en raza, induciéndolos a error el alfabeto eslavón y las palabras de infiltración eslava. Esforzábase en la aproximación el gran Príncipe valaco Brancovano, en connivencia con Pedro el Grande, hasta que, descubierto el juego por

la Puerta, envía doscientos mil soldados, que someten la voluntad del Hospodar. Transportado a Constantinopla el heroico Brancovano, en las tardes del Bósforo apoyó en los barrotes de la prisión de las Siete Torres las sienes que habían ceñido la Corona; finalmente un día, a raíz de la peripecia inmortal de ver degollar a sus hijos por no admitir el perjurio de la fe, apareció su cabeza pendiente de la puerta del Serrallo.

Con ello el Sultán no detiene el fatal avecinamiento; al letrado Príncipe Cantemir de Moldavia confiaba Pedro el Grande, bajo secreto, su designio de iniciar la liberación del Balcán, comenzando por los Principados, siguiendo por los búlgaros, continuando por los servios, para finalizar por los griegos: obra vasta que abarcaba de Yasi a Sparta. La Puerta, para descoyuntar la continuidad de la empresa política, a la par que intensificar los provechos del tributo, aceleraba el cambio de Voevodas. Nombra para ocupar los Tronos a agentes diplomáticos griegos, siendo entonces el momento del apogeo fanariota. En Moldavia, en ciento diez años se sucedieron treinta y cinco Señores; en Valaquia, en ciento cinco años, treinta y ocho. Pagaba al Sultán por el nombramiento cada nuevo Príncipe elevado tributo, del que se resarcía en el pueblo. Trabajando éste para indemnizar al Señor, se agota. El siglo XVIII señala entre los rumanos de los Principados la saturación de helenismo. Abundan las cátedras griegas de Gramática, Retórica y Teología; imprimíanse los libros en caracteres griegos. Casi todas las grandes casas albergaban un pedagogo bizantino, que cuidaba de la educación de los jóvenes.

Pero un idioma extranjero pisaba ya las plantas al

griego, reclamando su herencia. Adoptábase por entonces el francés como lengua de las relaciones internacionales; su cumplido conocimiento era requisito para constituir un buen cortesano. Con ello, entre los boyardos se propagó el conocimiento de la lengua que con el tiempo sería el idioma de adopción de los rumanos.

Entablan el año 1735 contienda los tres Imperios de Oriente; Rusia y Austria acometen a Turquía, codiciosas de ampararse de sus despojos: Rusia apetecía el país de los tártaros; Austria, prolongarse en Oriente. Turquía, aconsejada por Francia, se anticipa a emprender las hostilidades, que se resuelven en su favor. Por la paz de 1739, firmada en Belgrado, el Austria, en vez de anexionarse la Muntenia y la Moldavia rumanas, tiene que devolver la Oltenia (comarca rumana que toma nombre del río Olt, y que, juntamente con el Banato de Temesvar, recibió de Turquía en 1718, en la paz de Pasarovitz). Cuanto a Rusia, vióse forzada a renunciar al protectorado sobre Moldavia. Tal contrariedad de los Imperios cristianos ocasionará una serie de guerras periódicas, en las que, desde el septentrión, Turquía será empujada hacia el mar.

En 1768 se renueva la lid, arremetiendo contra el Sultán los dos Imperios, el moscovita y el Sacro Romano, que obran de consuno, con el resultado de que los eslavos vadean el Nistra y ocupan los Principados. Un general ruso residía en Yasi, que a poco extendió su autoridad a la Valaquia. Por estos años, el capitán francés Valcroissant consignaba en las impresiones del viaje que realizaba por el Oriente: «La Valaquia está asolada, devastada, pillada, saqueada, chamuscada, y

tanto en ella como en Moldavia *no hay naaa de nada.*»

Por la paz de Koutchouk Kainargi, Rusia devuelve los Principados, y Austria, campeón de lides diplomáticas, consigue del Sultán la cesión de la Bucovina, un trozo de la Moldavia rumana, al que bautiza con el nombre de una selva de la comarca, la cual desde el 1775 hasta el 1919 será provincia austriaca.

Los Principados recobraban su independencia, sometida a la Puerta, mejorada su condición, empero, por la protección rusa, quien plantea en Estambul el derecho de aquéllos a recibir Cónsules, llegando el primero a Bucarest en 1795, enviado por la Francia revolucionaria.

En las pasajeras bonanzas intentaban recobrarse los Señoríos. Dominaba entonces en las cortes de Europa la pasión elegante del despotismo ilustrado; muchos de los Príncipes griegos, amigos del país, fomentaban su nacimiento a la industria y lo ordenaban en óptimos administradores.

La nueva edad de los señoríos acercábase de fuera, entre el tambaleo de los tres poderosos imperios. Los apetitos del Austria y la Rusia eran esta vez la Bosnia y la Crimea, respectivamente. Promovida la contienda el 1787, los austriacos no tienen éxitos, pero al menos ganan la ciudad de Orsova, mientras en la paz firmada el 92, Rusia, apoyada por Inglaterra, entonces rusófila, se extiende por la Crimea.

Producida a la sazón la Revolución francesa, los motines callejeros de París tendrían raro eco, igual en las riberas romances del Atlántico y el Pacífico que en las del Danubio. Napoleón estaba pronto a desconcertar la existencia abolenga.

Seguía entretanto su curso la protección invasora de Rusia. En 1806, el Imperio de los Zares tomaba las armas contra el turco. Habíase entrevistado con Bonaparte el Zar, en Erfurt, y de él conseguido un refrendo para sus aspiraciones de prolongar hasta el Danubio el gran Imperio eslavo; pero rota su amistad el 1812, Rusia se apresura a hacer la paz con Turquía en condiciones tan favorables, por una equivocación diplomática de la Puerta, que retiene una parte de la Moldavia, comprendida entre los dos ríos Pruth y Nistro, territorio que hasta entonces no se había diferenciado del moldavo, y al cual en Petersburgo se bautiza con el nombre de Besarabia, que era el de su región fluvial, antiguo patronímico de una familia señorial rumana. El Tratado de Bucarest, rubricado en mayo de 1812, cercenaba el señorío moldavo de la mitad de su espacio.

El pueblo rumano, *sui géneris* por su historia en Oriente, comienza en el siglo XIX la edificación interior por influjo de dos contactos occidentales, harto desemejantes: el de la Iglesia católica y el de la Revolución francesa. El movimiento latinista que se formó en Transilvania es empellón del ánimo rumano en la literatura y la política.

La mitad de los rumanos sometidos al Austria recibían la influencia catolizadora del Imperio, por la que los prelados y los jesuítas especialmente trabajaron. Ganado a la unión con Roma parte del alto clero en 1700, y abierto el Seminario católico de Blaj, dirigido por la Compañía de Jesús, se aleccionaba allí en los estudios clásicos a los jóvenes conversos, a la par que, en los documentos rumanos que recibía la Santa Sede procedentes de la Transilvania rumana, la Roma del Va-

ticano descifraba la obra, casi borrada por el tiempo, de la Roma de los Césares. En efecto, los primeros documentos llegados de los rumanos a la Propaganda Fide sugestionaron a los monseñores latinistas, por el raro parecido del habla provincial con el idioma de Virgilio.

La Curia Romana, para completar la enseñanza del Seminario, atraía a cursar los últimos estudios en la Ciudad Eterna a lo más escogido de sus seminaristas: de esta suerte, en las hileras de estudiantes de la Propaganda había, entre compañeros españoles y franceses, unos mozos venidos del Oriente, que al pasear por el Pincio, entre los pinos verdes, pensarían con emoción en su origen de la madre Roma, señora del mundo.

El cronista Mirón Costin había aludido a la descendencia románica; hacía falta, con todo, una imagen para embargar las fantasías. Al cabo, mediante estos clérigos, los remotos abandonados habían descubierto la columna de Trajano.

Esta pléyade de tonsurados produjo, vueltos a su país, entusiastas historiadores, poetas y filólogos. El grupo latinista de Clain (1806), Jorge Sincai (1816), Samuel Mico y Pedro Maioz (1821) es acicate poderoso a la unidad de la raza. La primer gramática rumana se publicó en Viena, en 1780, en caracteres latinos. Sofocó el Austria el movimiento con represiones y censuras. Los apóstoles de la nueva causa pasaron los Cárpatos, a fecundar el pensamiento de tras los montes. El hallazgo de Roma granará en libros, discursos y periódicos.

A semejanza del nacimiento de la autoridad en los

Señoríos, que mana de las montañas ardealinas, el raudal de la emoción y del pensamiento nacionales desciende de manantiales alpinos. Lo que movimentará el caudal es la influencia de la Revolución francesa.

El fruto internacional de la algarada de París es la excitación a los pueblos a ser independientes. La raza griega despierta por su influjo. El plan de la revolución griega se fragua en los Principados de Valaquia y Moldavia, en cuyas imprentas se componen millares de alocuciones como la Marsellesa griega: «¡Vamos, hijos de los helenos, el día de gloria llegó ya!» Entre los rumanos era general la irritación contra el meteco que trabajaba por su patria en la ajena, y repetían el boyardo y el popular: «Sea Grecia de los griegos; Rumania, de los rumanos».

Coincidiendo con el desasosiego de las clases elevadas una agitación de aldeanos, tomó cuerpo la revolución en 1821, que dió al traste con el régimen fanariota, restableciendo los Señores locales. Tropas turcas entraron a imponer la calma; el nuevo período de Hospodares nacionales dura hasta 1866.

Vueltos los Principados a su antiguo régimen, siendo los señores elegidos por asambleas de boyardos, a cuyo nombramiento daba asentimiento la Puerta, el Príncipe ordena el caos del país a la manera de una autoridad entonada y paternal, mientras entre algunos de sus súbditos se abre paso trabajosamente el ideal que espolea al siglo XIX, la constitución de las nacionalidades tardías. Ocurre en ambos Señoríos un ensalzamiento del ánimo popular, en alas del idioma, acompañado de una renovación democrática que extrae de las entrañas de la raza buena suma de sus espíritus de

calidad. A la juventud viajera, aficionada a la literatura o la Prensa, impulsaba el romanticismo político en formas francesas, que, aboliendo lo innato, desangraron a la Rumania de la ciudad de su contenido histórico, consumando una desnacionalización para la que no se halla par sino en los jóvenes Estados de la América española.

Motivada por las crueldades de los turcos con los cristianos, sus protegidos, en 1828 Rusia declara la guerra a Turquía, con tan buen suceso que, volcando sus tropas por el Balcán, orillan Andrinópolis. ¿Qué detiene al Tántalo eslavo? La amenaza inglesa. En Andrinópolis se firma la paz, que interesa a los Principados, pues fíjase en ella que sus Príncipes reinarán de por vida. Nuevo y notable paso que, unido al de ser naturales del país, adelantaba en buen trecho a los Señoríos.

Estos, desde el descenso hacia Andrinópolis, hallábanse ocupados por los rusos, quienes estipularon con la Puerta el continuar sobre el lugar hasta que se les indemnizaran diez millones de ducados. Duró seis años la ocupación, que se fueron alegres para los oficiales del Zar, entre bailes y galanteos con las damas y damiselas. La administración y los servicios públicos mejoraron con la estancia rusa, merced a acertadas disposiciones del alto mando, que luego, codificadas en un cuerpo de ley, se llamó el *Reglamento orgánico.* Constituía el *Reglamento,* publicado en 1831 en Valaquia y en 1832 en Moldavia, un sistema de reformas materiales que, emanando de la autoridad, armonizaban el país, extrayéndolo del desbarajuste en que yacía. Apoyados en él, los Príncipes Ghica y Sturdza ri-

gen, respectivamente, la Valaquia y la Moldavia. Entonces es cuando, para estimular el comercio, se favorece la instalación de los hebreos, que acuden de la vecindad polaca. Concebían ambos Señores la autoridad del Gobierno a la manera de la Santa Alianza, y colocaban sobre el pueblo, con serio amor patriótico, sus derechos y una buena administración.

En desacuerdo con ella la impulsión liberal, se propagó en la juventud por la Prensa y la enseñanza. El teatro aumentó su repertorio; el *Mahoma* de Voltaire se expresaba en rumano, como asimismo lo hacen *Pablo y Virginia*, de Saint-Pierre; el *Telémaco*, de Fenelón, y otras obras de Boileau y Montesquieu, no dejando *Don Quijote*, luego, de ser embajador de nuestra alma.

Ejercían los Príncipes la buena tiranía; en 1844, el Príncipe Sturdza de Moldavia, y el Príncipe Bibescu en 1847, en Valaquia, libertaron a los gitanos; ábrense caminos, desécanse marismas, tiéndense puentes y se suprime el cordón aduanero entre ambos Señoríos. Armonizábase el báratro que era la tierra, instalábanse en las ciudades servicios de salubridad, policía y limpieza, se adecentaron los burgos, llenos, a la otomana, de pudrideros y canes.

A pesar de todo, por ser la autoridad formalista y respetuosa del régimen establecido, no ganaba la aquiescencia del liberalismo, compuesto de jóvenes residentes en París, profesores transilvanos, de viajeros y hombres de letras. Atravesaba la autoridad instante de transición; seguían los Príncipes dando los cargos a los boyardos, pero contemporizaban con el movimiento democrático, estableciendo que no se po-

día entrar en las funciones públicas si no se poseía diploma de estudios.

Forjaban los idealistas quimérica revolución que uniera a la raza rumana en un solo Estado, fundiendo en la República Dacia las divididas partes de los Señoríos, con Bucovina, Transilvania, el Banato y la Besarabia. ¡Fácil espejismo el del ideal! Por el 48 tomaron en casi toda Europa revancha las oposiciones, fortalecidas contra las autoridades zozobrantes.

La corriente liberal se oponía al régimen del *Reglamento orgánico* por reaccionario, afirmando su significación nacional contra los tradicionales acusados de rusófilos. Con una magna reunión pública comenzó el movimiento, el mes de marzo, en Yasi, pidiendo la reforma constitucional. El Príncipe Sturdza, oponiéndose a las agitaciones, ordenó la prisión de algunos jefes y el destierro de otros. Mayor fué la gravedad de la revuelta de Bucarest, que comenzó en junio, formándose un Comité radical que organizó una demostración callejera ante el palacio señorial , pidiendo la firma de una Constitución revolucionaria. El Príncipe Bibescu abdicó, asumiendo el Gobierno provisional el Metropolitano, hasta que, entrando las tropas turcas en la ciudad y dando con ello lugar al derramamiento de sangre, envió Rusia otro ejército pacificador. Las dos potencias protectoras nombraron como Caimacan a un Cantacuzeno, produciéndose en desbandada la emigración de los revolucionarios a Occidente.

No era en el país rumano de allende montes la situación más estable. Desde que, en 1699, la Casa de Austria se infeudó del Ardeal, la miseria servil en que padecía el campesino rumano originó asonadas san-

grientas, como, en 1784, la del pastor Horia, que se proclamaba Rey de Dacia, costándole su temeridad la condena al suplicio. Los Obispos de los dos ritos elevaban al Emperador, infructuosamente, peticiones de dulcificar la situación desventurada del pueblo confiado a sus báculos.

Convulsionada Europa entera por la agitación del 48, quince días después de los disturbios de París, Hungría insurgía contra el régimen de Viena, proclamando su Dieta la separación del Estado magiar del de Austria, pero no mencionando, a pesar de que se incorporaba la Transilvania, a la nacionalidad rumana.

Ante el designio de Hungría de reconstruir el reino de San Esteban, cuarenta mil rumanos, reunidos en Blaj, declararon su fidelidad al Emperador, en calidad de nación soberana. La represión húngara a mano armada produjo terribles represalias de los aldeanos contra los feudales magiares, siendo por ello fusilados cuatro mil campesinos, hasta que la intervención de las tropas rusas en agosto de 1849 suspendió la carnicería. Repasaba la Transilvania a la Casa de Austria, hasta 1867, en que se fundó el dualismo del Imperio-reino.

Tornaron los pueblos al respeto de la autoridad. Las tropas de Turquía y Rusia ocupaban los Principados, habiéndose de regir sus Señores asistidos por un Diván de boyardos. Trabajaban en tanto los emigrados rumanos en la opinión de Francia e Inglaterra, presentando a su país ocupado por los centinelas del obscurantismo, logrando insinuarse en el ánimo de Napoleón III. La verdad era que los reinos de los dos últi-

mos Señores, Sturdza en Valaquia y Ghica en Moldavia, fueron modelo de óptimo despotismo.

En la paz que la diplomaciad el tercer Bonaparte firmó después de la expedición de Crimea, en París, en 1856, estipuló con Rusia la libertad de los Señoríos, abogando por la creación de un Estado unitario independiente y libertando a parte de la Besarabia del cautiverio extranjero, por la extensión que media al Sur cerca de las bocas del Danubio.

Quedaban, sin embargo, desunidos los Principados. El apóstrofe del poeta Vacaresco al riachuelo Micof, que separaba Valaquia y Moldavia, decía por todos los patriotas: «Flébil arroyo, ¿cómo osas mantener a los hermanos desunidos?» El soñador imperial Napoleón III, que se alucinaba quijotescamente con deshacer los tuertos internacionales, apoyaba un proyecto de plebiscito de unión para constituir una Asamblea deliberante, a lo que se oponían Turquía y Austria, reputando el deseo aspiración de un grupo de exaltados sin arraigo en el pueblo. Mas el Sultán, cediendo a la presión del electoral ensayo, nombró a dos Bajaes para que lo muñeran, bien servidos por cohortes de agentes, que persiguen y arrestan a los nacionalistas, mientras que redactan listas falsas. Hay entonces un Gobernador de provincia, el de Galaz, Alejandro Cusa, que renuncia a su cargo antes de secundar tales amaños.

Napoleón III consiguió anular el escrutinio; cediendo a Inglaterra, se conformó con un proyecto de otra nueva consulta a las urnas, para la unión restringida de Aduanas y Ejército. El llamamiento constituyó en 1857 dos Asambleas. La valaca votó la unión total con el Principado hermano, bajo la Corona de un Príncipe

de familia reinante en Europa, dando a ello la moldava pleno asentimiento. Mereció su acuerdo el decreto de disolución del Sultán, que las potencias protectoras impiden se consume. Decidiendo de su Gobierno, cada Asamblea elegía un Príncipe para el país respectivo. Exponían su candidatura a los dos Tronos los pretendientes tradicionales, cuando el partido nacional acertó a presentar para ambas candidaturas a un *homo novus*, el Gobernador de Galaz, que renunció a dicho cargo en aras del patriotismo. El 5 y el 24 de enero de 1859, las Asambleas de Moldavia y Valaquia coincidían por unanimidad en el nombramiento del Coronel Alejandro Cusa, en regla con los protocolos, pues que eligiendo cada una un Príncipe no estaba previsto pudiera ser el mismo. Con la añagaza la unión se consumaba.

Artesano de nueva historia, comenzaba el liberalismo nacional a empujar los acontecimientos políticos de su patria; será trazo de su carácter el de allegar una vehemencia inestable a sus adhesiones, que con una decepción se trocaba en ardor no menos apasionado por la conspiración y la rebeldía. Eran almas del movimiento Juan Bratiano y C. A. Rossetti; ambos habían embebido su ideal en el vocabulario agitador de «la joven Francia», del 48. Sus amigos tornaban, como ellos, del destierro de París. Los repatriados empeñáronse en imbuir su afán a las grandes poblaciones, Bucarest, Craiova, Ploesti.

Alejandro Juan I Cusa, Señor de los Principados Unidos, asignábase en tanto la misión de implantar la ley, tarea a la que, por lo general, se aprestan los Gobiernos de temperamento conservador, poniéndose con ello de través al aludido y temible empuje. A medida

que la oposición liberal acrece da cima Cusa a reformas memorables, como la secularización de los monasterios, que guardaban entre las manos del clero griego la quinta parte del terreno nacional. Al año siguiente sancionaba la repartición de dos millones de hectáreas de propiedad de los terratenientes entre sus pecheros, empresa magna a la que se adunó la ley de Instrucción pública, que declaró la enseñanza gratuita y oblitoria en las escuelas primarias, libre y gratuita en todos sus demás grados. La reforma, de las más avanzadas de Europa, produjo una transformación social inmediata, encumbrando a los hijos de los campesinos a la Magistratura, el Ejército y el Gobierno.

Contra el autor insigne se afanaban los rojos, por divergencia de procedimientos, tachando al Príncipe ciudadano de política personal y autoritaria, con el resultado de que, tras sañuda oposicion, que alzó en 1865 una sedición popular, finaliza al año siguiente el reinado abdicando el Señor la Corona.

A pesar del quebranto de continuidad, días serenos empiezan para el pueblo secularmente infortunado. Su lograda unidad quedará a salvo en los Soberanos venideros, quienes, como los últimos Señores nacionales, ponen en cura las heridas de una raza malparada por los siglos, con resultado tal, que aquellos Principados polvorientos o fangosos principian, bajo el sugestivo nombre de Rumania, a figurar entre los pueblos europeos. El neologismo Rumania fué usado por vez primera en la Exposición universal de París de 1867, designando con él la tierra cuyo natural se llama a sí mismo *roman*, rumano.

Abdicó Cusa el 11 de febrero de 1866; un Gobierno

provisional ejerció de autoridad hasta el 10 de mayo de 1867, en que Juan Bratiano, delegado para encontrar entre las familias reinantes un Príncipe, el 30 de marzo, en Dusseldorf, consiguió la aceptación por parte de Su Alteza el Príncipe Carlos de Hohenzollern, hijo del Príncipe Antonio. El 22 de mayo entraba Carlos en la Catedral de Bucarest, y juró promesas que cuarenta y siete años de reinado mantuvieron.

El joven Soberano, que llega a los veintiocho años y morirá en su puesto a los setenta y cinco, con sus dotes de severidad activa, clara comprensión y voluntad rectilínea, rindió casi íntegras a la causa de su pueblo las fuerzas de una vida que cuenta entre las memorables del siglo XIX, y de la que, hasta el postrer respiro, se exhala un aliento de virilidad moral.

La guerra francoalemana del 70 dificultó la estancia de un Soberano alemán en medio de un pueblo que, de un solo ímpetu, se puso al lado de Francia. Sorteó Carlos el riesgo, y hasta el 76, que emprendió una acción exterior, se consagró a la ordenación del país, contrayendo en el 69 matrimonio con una hija del Príncipe de Wied, Isabel.

Sublevados Servia y Montenegro en 1876, el Principado rumano rompe toda relación con el Sultán, y su ejército, compuesto de cincuenta mil hombres, capitaneados por el Príncipe en persona, pasó el Danubio el 77 y se internó en Bulgaria.

Era la ciudad de Plevna punto estratégico de primer orden, en donde estaba refugiado Osmar Bajá con sus tropas; la expedición rumana se encaminó a reforzar el cerco que los rusos ponían a la ciudad. Dirigió los dos ejércitos sitiadores el Príncipe hasta la toma de Plev-

na, admirando, al igual del mando ruso, las cualidades de bravura y sobriedad que de todo tiempo son patrimonio del soldado rumano.

La paz de San Estéfano, de 3 de mayo de 1878, que reconocia la independencia de Montenegro, Servia, Bulgaria, Bosnia, Herzegovina y Rumania, era para la última ejemplo de ingratitud política, pues Rusia la recompensó de la alianza tomándole la Besarabia íntegra, o sea recuperando los tres distritos de la paz de París de 1856, a cambio de adjudicarle la Dobrucha, no sin vivas protestas de la parte de aquélla, hasta que el despojo queda ultimado en el Congreso de Berlín, convocado para liquidar desavenencias.

Los antiguos territorios de la Escitia Menor de los romanos, provincia rumana en días de Mircea, comarca turca luego, poblados por rumanos, búlgaros turcos y tártaros, abrían a los Principados unidos ancho corredor al Mar Negro. Con este respiro, reconocidos en 1880, bajo el nombre de Rumania, como potencia soberana e independiente, el Príncipe proclamóse al año siguiente Rey, con derecho a la transmisión de la Corona.

Desde la colonización romana no se conoce era semejante a la que entonces se abre. Cuanto el suelo producía permanecía en él, revelándose a la vista la opulencia en el establecimiento de una clase bien acomodada, cuyo desarrollo fomentaba el partido liberal, al tratar de nacionalizar la riqueza, situando a sus leales en Bancos, Empresas y Sindicatos, quienes, en alas de las fuerzas mercantiles del siglo, reemplazaron en influencia a los antiguos boyardos.

Equilibraba el poder moderador la saña de las frac-

ciones políticas, que se perseguían con procesamientos en las Cámaras a cada cambio de legislatura, consiguiendo un equilibrio de dos grandes partidos, el liberal, dirigido por Juan Bratiano, y el conservador, por Lascar Catargi. La actividad fecunda iba hacia el desenvolvimiento de la riqueza del país, tras de una imagen sugestiva: hacer de Rumania «la Bélgica de las bocas del Danubio». La máxima, que es, sin embargo, de Cogalniceanu, en días de Cusa, compendia el reinado. Ella supone aceptación de las fronteras, con prudente apartamiento de los ideales de unidad de raza, harto enojosos para los oídos vecinos, intensificando, en cambio, lo chico del reborde fronterizo con una actividad digna del poniente.

Necesitando de una alianza internacional para defenderse del imperialismo balcánico de Rusia, que consideraba a búlgaros y servios como adelantados de su raza, Bratiano, de acuerdo con la orientación conservadora, se entrevista en 1883 con Bismarck para decidir la adhesión de Rumania a la Triple, a hurto de la opinión pública y con oposición de lo más puro de los elementos liberales, representados por Rossetti. Cerraba la nueva alianza, firmada ese año, las perspectivas a reivindicaciones de Transilvania; pero a cambio de ello se acrecentaba, con la ayuda alemana, el esfuerzo económico.

Carlos I presidió una era dorada; agolpábase la riqueza nativa en flamantes edificios: Universidades, Bancos, Ateneos, Museos, cuarteles, ferrocarriles, vapores, acometían la nueva vida; el enriquecimiento general tenía algo de mecánico, presentándose a las horas fijas de las cosechas en forma de rubias avalan-

chas de grano; los negocios ilusionaban con ganancias que no por crecidas dejaban de realizarse; en suma, tornábase a las abundancias de la *Dacia félix*.

Junto a la vigorosa actividad del Monarca, la Reina Isabel, *Carmen Sylva*, bordaba con gentil pluma leyendas populares lugareñas. Era el Real Palacio hogar de la sabiduría, en el que, esquivando los disfrutes mundanos, se vivía, con ejemplo insigne, en el deber cumplido.

Con olvido de la tradición afincada en el suelo, durante el siglo XIX cumplió la raza humana frenético proceso de enajenación, olvidando el romanticismo político: que en los pueblos, como en las almas personales, nadie da de prestado el fuego que ha de encender la chispa brotada del propio seno.

Óptimo Monarca, el occidental Carlos I era germano de sangre y católico. Alzáronse sus excelentes creaciones de milicia, riqueza, enseñanza y administración sin aprestar el cimiento que necesitaba la raza, una reforma moral. Era el rumano un oriental, hijo de miles de años locales, puesto repentinamente a improvisar en su seno productos occidentales. En virtud de ello, se fomentaron apariencias; detrás de ademanes de frontispicio fallaban las raíces del esfuerzo, en las oficinas del ánimo popular, velado para el regio caballero que fué Carlos I.

A la serena corte de Bucarest venían rachas de inquietud de los Cárpatos. Cuando el Austria quedó malparada en Sadowa, Hungría, aspirando a las marcas de San Esteban, absorbía la Transilvania rumana. Dentro del vasto recinto magiar, sólo en el llano occidental del Tisa afincaba el grupo nacional, siendo los

demás pobladores del reino extranjeros, rumanos o eslavos. Propúsose Hungría desleír las razas rivales por medio de una intensa magiarización de Estado. El partido nacional rumano de Transilvania reclamaba un orden equitativo que armonizara la convivencia políglota.

Dolíanse fraternalmente los súbditos de Carlos I de las amarguras de allende montes; pero el dedo de la prudencia sellaba los labios del Gobierno, bajo la máscara del desinterés oficial; deberes de alianza con los Imperios centrales constreñían al mutismo. En cuanto al pueblo, desafinaba, bronco, en la ficción diplomática.

Ya entonces se escindía una separación entre la política palatina, prudente, inmediata, segura, y una vaga aspiración sentimental, fantástica, aventurera, ardorosa, que en la entraña popular arraigaba. Vestía la primera los uniformes galoneados; la segunda se agitaba en las calles.

Alusiones al trabajo civilizador cumplido desde la independencia sosegaban los accesos; largo era, en verdad, el trecho recorrido. Pero esforzábase el conato en la cima de capitalidad que corona la social pirámide, con lo cual no se hacía sino acrecer el alejamiento entre la cúspide y la base aldeana, tan extensa que abarcaba el ochenta por ciento de la población. El afán de lucro de la especulación rebajaba a los campesinos antiguamente propietarios a asalariados jornaleros. En consecuencia, en 1907 se convulsionaron los campos, incendiando los campesinos propiedades y latifundios. Llevó la legislación remedio adecuado e inmediato al rural desequilibrio.

Desde este asomo violento, la juiciosa prudencia de la Pompeya palatina será sepultada por la erupción de la cuestión de Oriente.

Por distraer con un señuelo la atención popular, sensible a la incompleta nacionalidad rumana, brindaba la publicidad la cuestión de los arrumanos, o cusovalacos, los rumanos surdanubianos refugiados en la Tracia. No conseguía apartarse, con todo, al instinto nacional de los Cárpatos. Empero la unión de todos los rumanos se presentaba como hecho tan inhacedero, dada la existencia vecina de dos colosales Imperios, que se ocultaba como lirismo inconfesable. Había que arriesgarse en el albur de un cataclismo sin orillas.

Hacia él Su Majestad el Emperador y Rey de Austria-Hungría dió el primer paso el 4 de octubre de 1908, anexionando a su Estado la Bosnia y Herzegovina, territorios de población yugoeslava. ¡Fermentará enadelante una sorda agitación servia, que con su reguero de bombas volará los polvorines de la guerra grande.

De Viena al Mar Negro y a Salónica se esparcía una vía láctea de núcleos nacionales en constitución, barajados entre sí, ora atrayéndose, ora rechazándose, celosos, desasosegados, y entre los que había, junto a pueblos desmesuradamente crecidos y rampantes, como el magiar, otros suspendidos en su crecimiento.

Los cristianos balcánicos, emancipados del turco, si principian con algo del corazón de Abel, proyectando hermanar en federaciones peninsulares, con el brazo de Caín finalizan.

Pugnaba por dilatar el Austria su penetración civilizadora, en el desasosiego oriental, atraída por el espe-

jismo de llegar a Salónica, y la infeudación germánica de los mercados levantinos, unido a los intereses dispares de los balcánicos, transmitían las inquietudes por el sistema continental de alianzas hasta dejar frente a frente a los dos rivales encarnizados, Inglaterra y Alemania.

Rumania carecía de política balcánica, haciendo de pajecillo en el magno cortejo de Alemania y Austria, sus aliados, con cierto contento de separarse de las naciones de so el Danubio, actitud que, su cristianismo aparte, justificaban, de pleno grado, geografía e historia. Hallábase sinceramente interesada su diplomacia en el mantenimiento de la paz, asimismo que en que no se obstruyera el umbral de su salida marítima, los Dardanelos. Cifrábase, en suma, su *desiderátum* en mantener el equilibrio por bajo del gran río. Inquietaba, roto aquél, el engrandecimiento de Bulgaria, en previsión del cual la opinión pedía compensaciones territoriales. De ahí que ciertos rumores de aproximación rumanoturca carecieran de fundamento.

Puestas a resguardo las grandes potencias de la primera tempestad balcánica, en 1912, Rumania se abstuvo, al igual de los grandes. La declaración de guerra de Montenegro al Imperio turco, en octubre de ese año, seguida por la de Servia, Bulgaria y Grecia, halló a Bucarest vacilante y desorientado, a tal punto que se descontaba la victoria de la Sublime Puerta.

Constituyó penosa sorpresa la consumación del peligro aguardado, el ensanchamiento búlgaro, y empujado por la opinión, que reclamaba «compensaciones territoriales», Bucarest pidió a Sofía la rectificación de la frontera meridional, para salvaguardar el puerto de

Constanza, según límites, en verdad, que, en ocasión del canje de la Besarabia por la Dobrucha, el Congreso de Berlín escamoteó a las aspiraciones rumanas. Aceptada por Sofía la conversación, intitulada amistosa, los representantes búlgaros chalaneaban tozudamente cada pulgada de terreno, con impaciencia de la opinión rumana, hasta que se trasladó el litigio a un Congreso de Petrogrado, el cual acordó a los rumanos la plaza de Silistria con sus fuertes. Bucarest salió derrotado de la liza.

Cuando, a la hora de distribuir el botín, ocurrió la desavenencia balcánica, y el 29 de junio de 1913 atacó Bulgaria a los servios, mientras el turco ensayó el recobro de Andrinópolis, el ejército de Carlos I retardó diez días el vadear el Danubio e internarse por la áspera vecina, deseoso de ocupar a Sofía, quien antes de dar a ello lugar capitula.

Arbitró el Tratado de Bucarest la paz en los Balcanes, que otorgó a Rumania, según sus pretensiones, la rectificación fronteriza en la Dobrucha, según la línea Turtucaya-Balchik. Vulnerada por la conducta quedaba Bulgaria.

Marcábase, en tanto, en la alianza de los Imperios centrales la separación de Rumania, que se rezagaba a visitar al Zar en Constanza. Comparable a Italia, ocultaba Rumania, en el abrazo de alianza a sus poderosos vecinos, la llaga no cicatrizada del irredentismo transilvano. Los Gabinetes de Roma y Bucarest habían estampado cancillerescos sellos sobre las pulsaciones populares. Por eso al primer latido las alianzas se resquebrajaron, cayendo en trozos de lacre. Hubo en Italia y Rumania relevo de aspiraciones. Habían firmado

en una dirección los alcázares, se manifestaron en otra los pueblos. Donde estuvo la prudencia ceremoniosa de los uniformes, el conflicto situó el aventurado bracear de las plazas. Eran dos mundos, dos conductas, dos palabras.

La aventura magna a que lanzó a los Imperios germánicos el irredentismo eslavo, con los hechos de Sarajevo, y que arrostraron Berlín y Viena sin consultar a los aliados latinos, produjo la natural ansiedad en Bucarest, que amenguó en parte la declaración de neutralidad de Roma.

Mientras se celebraba el Consejo de la Corona en agosto de 1914, para decidir la actitud del Estado, y en él, con los Ministros del Gobierno liberal del Sr. Bratiano, estaban presentes los adalides políticos, no habiendo sino Su Majestad y el político conservador Pedro Carp que se manifestaran por la vigencia del Tratado, y en consecuencia por la guerra al lado de Alemania, los grupos, por las calles de Bucarest, coreaban la Marsellesa.

Durante setenta años del siglo XIX fué París, para Rumania, cátedra de sus estudiantes, albergue de sus expulsados políticos, apoyo de sus pretensiones unitarias, oasis de delicia para su aristocracia, término de todos los viajes, Meca, en fin, del gusto y la ciencia. Hablábase el francés en la capital, al menos, tanto como el rumano; descubierta la latinidad de la raza, Francia asumió la herencia de Roma con investidura de hermana mayor. ¿Ha de chocar que, al igual de 1870, el pueblo, de un solo ímpetu, se pusiera en 1914 del lado de Francia? Treinta años de alianza oficial con los germanos no alteraban el sentir público.

La opinión que trabajó por la neutralidad, orientada por dos patriotas conservadores, amigos entusiastas de Francia, Nicolás Filipescu y Take Ionesco, daba un paso más haciendo parar mientes en la ocasión que significaba la guerra para realizar la unidad nacional. En consecuencia, pedía la intervención contra el Austria.

Supremas decisiones que antes se cumplían en el pecho del Príncipe, resolvíanse en el ánimo popular. El corazón calderoniano de Carlos I no pudo conllevar el rapto de soberanía, y viendo latir otro anónimo, grande, el del pueblo, el 27 de septiembre de 1914 se paró, en manos de la melancolía. Al día siguiente, Fernando I, hijo del hermano del Rey, Leopoldo, candidato que fué a la Corona de España, subía al Trono.

Prosiguió el clamor intervencionista pidiendo la intervención, a lo que hubo de responder Alemania enviando un ministro de mano firme y bolsa llena, con la cual se compraron redacciones de periódicos en Bucarest y se aderezaron campañas, haciendo notar que el irredentismo de la Besarabia caía del opuesto lado.

Colocaba esta brega en actitud difícil al Gobierno liberal de Bratiano, cuyo Presidente, nacido en familia que había amasado en su artesa los destinos patrios, no desconocía la coyuntura que se brindaba a la sazón a su raza; pero nadie mejor que él sabía tampoco la inopia de material de guerra en que el Estado se encontraba. Ninguno de los rivales abastecía a Rumania, a trueco de sus cereales y petróleo, sino de residuos y sobras averiadas. Había que tomar una causa en la guerra para abrirse crédito de confianza. Transcurría en esta forma el tiempo: que no en balde se trataba de

asaltar desde el llano una fortaleza como los Cárpatos, descubriendo además la espalda al búlgaro armado, cuya venganza no se aplazaría.

Asemejaba el verano de 1916 entrar la lid en trance decisivo; ocupaban los italianos a Gorizia; reorganizábanse las fuerzas aliadas de Salónica; la ofensiva rusa de Brusiloff invadía parte de la Rumania austriaca, la Bucovina. Imponíase la opción: ¿quizá luego no sería tarde? Llamaba a la prudencia a diario el partido conservador del Sr. Marghilomann, señalando la aventura magna que supone una guerra con preparación insuficiente. Además, la prudente política oficial nohabía dado forma a las aspiraciones nacionales.

Finalmente, el 26 de agosto, la nación, de indefensas fronteras, con escasas municiones y armas, sin cañones de alcance, sin aeroplanos ni material de teléfonos, declaraba la guerra únicamente al Austria-Hungría, aspirando a restringir la contienda a su pleito de irredentismo. Mientras el pérfido Gobierno de Sturmer, en Rusia, falto de celo e identificación con la causa rumana, cometía el error de no sentir la unidad del frente, y oficiales del Estado Mayor ruso consideraban los Cárpatos campo de lucha alejado, retrayendo su interés al Pruth y al Sereth, no obstante de que en el mando rumano se oyó el criterio de que «el camino de Transilvania pasa por Sofía», las hostilidades rumanas se emprenden, en pos de un plan sugestivo por su simplicidad, el de elegir la mejor línea de combate, remediando el arco dilatado de la frontera occidental con el trazo de un cordón militar que ocupara la Transilvania. Cuando llegaba la declaración consecutiva de guerra de Alemania, Turquía y Bulgaria, los soldados

rumanos habían subido a los Cárpatos y avanzaban a campo traviesa por tierra irredenta. El 10 de septiembre recibía Rumania, por la espalda, indefensa, el golpe de maza de Turtucaya, propinado por la venganza búlgara, y desde el cual, durante una agonía de dos años, resistió tambaleando hasta la batalla de Marasesti, en que, ya en tierra, con el espasmo de la muerte, a uñas y dientes defenderá su postrer aliento de soberanía.

Las fuerzas sitiadoras anegaron a Rumania; Mackensen penetró por el Sur y Falkenheim por el Norte. Por las gargantas de los Cárpatos o en las llanuras de Dobrucha, abandonados, hambrientos y casi sin municiones, aun cumplieron los recios montaraces y campesinos hazañas inútiles. Después de violentos ataques de aviones, habiendo evacuado la capital el Estado rumano, el 23 de noviembre ocuparon los adversarios a Bucarest. La doble presión enemiga amenazaba la Moldavia a tal punto, que se pensó en trasladar la corte al interior de Rusia, designando el Gobierno imperial la ciudad de Kherson. En tales angustias, la revolución de Petrogrado desmoronó las tropas de la ayuda rusa.

Era el frente rumano accidente del frente general ruso. Cuando, a principios de diciembre de 1917, entró el ejército ruso en armisticio con el alemán, el acuerdo decidió de la suerte de Rumania. En diciembre se entrevistaron delegados rusos, rumanos y alemanes en Focsani, suspendiéndose las hostilidades. La prudencia aquiescía a la necesidad. Significaba la paz salvar el armazón militar, mientras que el persistir resistiendo en el jirón de Moldavia, librando las espaldas a los revolucionarios rusos en lo que sus partidarios

llaman «el triángulo de la muerte», arriesgaba perder la Monarquía intacta y el armado gendarme.

En la incertidumbre de lo desconocido, no se advirtió que esta grande calamidad sonreía. Disgregábase Rusia en pedazos, y uno era la Besarabia, la cual se afianzaba como República soberana. En enero de 1918, la suspensión del tráfico por los revolucionarios en el vecino país rumano, y el ruego de las poblaciones aterradas, acarreó el envío por el Alto Mando rusorrumano de tropas a Besarabia.

La paz que en la primavera de 1918 imponía Alemania en Bucarest exigía la cesión íntegra de la Dobrucha y una rectificación de la frontera occidental en favor de Austria. Alargábanse las discusiones ante la opinión, desalentada por las condiciones onerosas. Entonces, en la conferencia brilló un rayo de esperanza: Rusia, ¿no había tomado la Besarabia, dando a trueque la Dobrucha?; pues tomada ahora la Dobrucha, ¿no se debía devolver la Besarabia? Mediante la declaración del Consejo del país en Kichiniu, de unirse a la patria rumana, acontecida en 10 de abril, el Tratado de paz de Bucarest, de 7 de mayo de 1918, pillaba a Rumania sus riquezas, mas hacía la vista gorda a la anexión besarabiana.

Quienes buscaban el irredentismo del lado de Rusia, pudieron pregonar unos meses su acierto. Breve fué el plazo; el cataclismo iba a borrar los Cárpatos. La caída del secular Imperio austriaco despedazó sus tierras políglotas. En 27 de octubre, la Constituyente de Bucovina decidió, tras siglo y medio de separación, el juntarse a los rumanos; rehízose la Moldavia en sus límites de 1775; aceptó el recobro la antigua capital, Yasi.

Tornábase, pues, a la política de guerra del ideal nacional, que los Gobiernos del general Coanda y Juan Bratiano reasumieron. Volvieron los reclutas a empuñar las armas. En 12 de noviembre las fuerzas alemanas comenzaron la evacuación; en 1 de diciembre, al transportarse la corte a Bucarest, los rumanos de Transilvania, congregados en Alba Julia, acordaron unirse al reino.

Circuía al Estado el caos revolucionario. Tornó, con apariencias de verdadera guerra, a bombardear el cañón contra los pendones rojos izados por rusos y magiares. Los soldados rumanos, según cantaban las canciones, llegaban del Nistru al Tisa. Su interposición salvaba la amenaza de unión de Moscou y Pest, que se obstinaban, a través de las antenas telegráficas, en destruir el orden de Occidente.

Finalmente, desarmados los ataques húngaros por la ocupación de Budapest, trasquiladas bastantes ilusiones en las zarzas diplomáticas de la negociación de París, en 20 de noviembre de 1919 se inauguraba la primera Asamblea, con los representantes de todas las tierras rumanas. Sus setecientos emisarios venían de la Besarabia, la Dobrucha, la Moldo-Valaquia, Bucovina, Maramures, Transilvania y Banato. Allí estaban, con su aspecto medieval, los sacerdotes de caballeras vírgenes, los campesinos de pelambreras dácicas, con la calma y majestad de una viejísima raza, los monseñores y obispos católicos de allende montes, y asomaba bajo el rojo fez alguna faz otomana. Los descendientes de los *villicus* abandonados por Aureliano recobraban al fin su pleno cuerpo político.

Rumania, merced a la tozudez inverosímil que pone

el campesino en sus empeños, era la supervivencia aldeana de una provincia fiel aún a Roma. Induce a maravillarse del hecho la fanfarria de la Historia, con su brillante cortejo, la cual hace olvidar que lo que dura más que la torre de la ambición es la cabaña que apenas medra del suelo, abrigando la existencia ingenua, que, al igual de la Naturaleza, para nada necesita de brillo y renombre. Por centurias estuvieron las muchedumbres faltas de jefatura, y cuando la tuvieron fué, con heroicas excepciones, pendenciera, ávida y desarraigada. Residía el honor de la aristocracia local en haber salvado la bóveda del Estado hasta asumir en él la raza íntegra.

La nueva Dacia en armas, fiel a los cimientos de una fundación que la destinó a ser el contrafuerte del Occidente ante la agresión escita, llamada a la sazón bolchevique, sostuvo nuestras instituciones momentáneas contra el furor de extramuros.

CAPITULO TERCERO

RUMANIA NUEVA

LA CIUDADELA DE LOS SIGLOS

III

Testigo de la ceremonia en que los rumanos de allende montes se unieron a su nación libre, quise recorrer las tierras que vi traer a la Corona de Bucarest en un documento.

Crucé los llanos verdes de la Valaquia una tarde de estío. Arboledas y prados recordaban el jardín de la Turena francesa; encima anegaba un anchuroso cielo el resplandor de Oriente.

Apenas en el campo, la vida adquiere dejos de una nacionalidad rústica intensa. De fiesta están la retina y el alma. El aldeano rumano, que es el *dandy* entre los aldeanos de Europa, conduce existencia de pobreza elegante. ¿Quién enseñó a los humildes a armonizar los colores con infalible gusto? Molduras pintadas, rosetones exquisitos alegraban la cal de sus casas, como los bordados sus túnicas. En la solana se erguía un hombre con albo atavío, ciñendo cíngulo escarlata, quien se acodaba sobre un tapiz que pendía oreándose.

La contemplación es un deleite rumano.

Precisa ver entonces, so las arcadas de una casa, a una muchacha vestida con el traje aldeano, para comprender esta vida, hecha de lujo, pobreza, poesía y amargura. Descúbrese que este pueblo se da

al color, como otros al vino, para rectificar su desencanto.

Hay, cuando el sol declina en largo ocaso, suntuosas degradaciones de gamas violetas, verdes, naranjas, rosas. ¡Dulces armonías fugaces! Cerca los bordes del cielo, un aro de fuego, del cual parece la Iglesia bizantina robar su pompa cuando en sus ceremonias impone a los desposados la corona que ciñe las sienes del campo de Oriente.

¡Mejor maestro del gusto! Trajes y alfombras están hilados con rayos del crepúsculo.

De las aldeas que la vía enhebraba sobresalía el cuello del tragaluz del templo, con su cupulilla redonda, a modo de tapón, que cubría a los iconos, de cutis tostado, con agobiadas cabezas so tamañas diademas de plata.

Luego, por los montes, suben corporaciones de hayas, cohortes de abetos: empiezan las soledades. Anidan en las cimas conventos de humor hospitalario. Abrióseme el portón del monasterio de religiosas de Susana, sobre el dintel del cual brotaba la torre que suspendía los bronces, el campanario ortodoxo. Y dentro del muro, a las orillas del dilatado patio de hierba, alineábanse moradas de traza campesina. Aposado estaba en mitad del prado el templo, color de rosa. Brindándose a los pies claustrales, iban a él, desde las casas, regueros de losas.

Un convento es en Oriente la plaza de una aldea monjil. Al arrimo del templo las pías mujeres levantaron, cada una por su iniciativa, la casita que, al morir, pasaba a la comunidad. Moran en el legado una o dos madres, sin que ningún atributo distinga la residencia

de la madre superiora, en rumano apellidada *maica staritza.*

Colgaban en la cámara de la priora doradas estampas de iconos y retratos de la Real familia, mezcla muy conforme a lo bizantino, que festeja con igual oficiosidad a Dios y al César. El luto de las religiosas corregía lo animoso del color de alfombras y tapices. Usaban las madres las vestes bizantinas, o sea el talar, en el que van enfundados los brazos en anchas mangas perdidas. Tenían por tocas negros mantos, que ceñían prietamente el óvalo del rostro, dejando por la frente lugar a que asome un birrete de terciopelo, borneado sobre la sien con trazas de picardía.

Quien del otro hemisferio católico viene, halla en los claustros ortodoxos exceso de savia terrenal, y en los rostros corteses y buenos de las profesas levantinas no sorprende el resplandor celeste que desciende a nuestras tocas nevadas.

El convento de Susana era un primor de pulcritud y buen gobierno. Los monasterios de monjes, en cambio, que conocía semejaban nidos de miseria. Los reclusos no tunden jamás sus cabellos vírgenes y tienen tupidas barbas y melenas, formando éstas, en la nuca, gruesa trenza, sepultada dentro del hábito.

Hay que husmear en rincones religiosos o campesinos para descubrir en Rumania los residuos que el curso del tiempo acumuló en este cabo del espacio. Próximo a franquear la antigua frontera, oyendo en la noche el rumor del bosque, antaño de Hungría, concurrían a la memoria imágenes de la tierra que va desde los Cárpatos al Danubio. Pasaban sus caminos polvorientos, verdaderas rutas de Oriente, sin el amparo de

una hoja; la pradera, con el pastor melancólico; el bosque flexible, bajo las bandadas de cuervos; y aquí y allá, una cruz de piedra de brazos bizantinos; una fuente con inscripción en griego; los templos, lujo de los señores; las telas, derroche de los campesinos. Dilatábase por ello un reflejo de Bizancio. Y junto a este Oriente inmediato, griego, sentía en las arcadas y los tapices otro alejado Oriente, de oriundez mahometana, del cual el turco impregnó a este suelo, como a las tierras cristianas de España las impregnó de parecido exotismo el árabe.

Con el alba, una madre, una *maica,* golpeó junto a la puerta del templo con un mazo, un leño en forma de cruz, produciendo unos toques secos. Era la *toca*, según se dice en rumano: el toque de oración. Salmodió la congregación, a poco, un oficio en su lengua, y nadaba en el aire la palabra *Doamne, Doamne*, Señor, Señor.

Es en Rumania traviesa la lengua, y supuestas anécdotas relatan que los hospitalarios monasterios dan posada al niño ceguezuelo. Abandoné a las enlutadas cantoras encaminándose a lo divino por el camino de su piedad lugareña, saliendo al mío, que se retorcía por las quebradas de las peñascosas sierras, entre legiones de abetos, guardianes de los yermos.

Escalábamos, en verdad, bellas montañas. Están los altos valles de Transilvania, a modo de patios de torreón, dentados por estas ingentes almenas. Encaramados en los Pirineos rumanos, borraba la presencia de los soldados reales la antigua frontera imperial austrohúngara. Los boyeros, con sus grandes carros, los campesinos, los pastores con que topábamos, eran

rumanos y vestían como tales. Entre los humildes tampoco había fronteras.

En las claras eminencias que llevaban el nombre clásico de Transilvania o el bárbaro de Ardeal sentíase en el cielo la vecindad de la Italia adriática. El esmero del cultivo realzaba la presencia invisible de una autoridad solícita. La Casa de Austria, que comenzó por empresas de caballería, finalizó por presidir una granja agrícola.

Anchas y robustas aldeas, de tejados agudos, se asentaban en los campos. Evocaba su aspecto la Edad Media germánica, que se divisa por los caminos de Turingia. En efecto, estaban allí establecidas las colonias de sajones traídas por los Reyes húngaros en el siglo XII, en calidad de guardafronteras. Veis aquí a los descendientes hablando, al amparo de sus recias torres, tudesco antiguo. La suave abundancia de su feudo los ha enmollecido. Al cabo, si esta región, durante el día, está indecisa en declarar si es del Occidente o del Oriente, rendido de su disimulo el Sol, al llegar el atardecer fenece en medio de un esplendor faraónico, con lo cual deja escapar el secreto de ser levantino.

Dos recias ciudades bien construídas han levantado los teutones en los Cárpatos, a las que los rumanos llaman Brasov y Sibiú, siendo en alemán sus respectivos nombres Kronstadt y Hermanstad. Brasov intercalaba su caserío en la encañada de unas montañas. Labró allá el germano medieval el panal perfecto de una ciudad en la que las moradas son las celdillas. Los dos anchos claros del caserío están en torno a la Catedral y la Casa de la Villa. Cruzando las calles y paseos se advierte, junto a una fuente que se derrama confor-

me a un tema italiano, que el Austria fué el sistema de dilatar el Occidente hasta los Cárpatos. Penetra la impresión al roce del enlutado gentío.

En pueblos apasionados, como el italiano, lo mejor de ellos se encuentra en soledades señoriales: sus poblados fueron discordia. Pero en lo germánico el genio de la raza está en la aglomeración coral, en la reunión como de pólipo, en la que cada unidad es un hogar, cuyas llamas hablan de intimidad honrada.

Y he aquí que, en llegando, veía encenderse un fuego más en Brasov, puesto que sorprendí el cortejo de una boda que se dirigía al templo.

Erigía la Catedral su recia fábrica de piedra, apenas animada en las cresterías por algunas agujas y los monstruos de las gárgolas. De construcción católica, el templo estaba dedicado a la reforma protestante. Bajo las ojivas, altísimas, pendían algunos tapices que insinuaban el Oriente. El pastor aposaba las manos sobre la rubia pareja desposada, pronunciando una homilía en tudesco. Entre los acordes del órgano sentía brotar savia de Occidente, la virtud de los lares. Fuera, junto a la puerta, la estatua en bronce del reformador local, abierta la Biblia, tendía el brazo, señalando un derrotero. Por el rumbo de su índice correrán los no nacidos cuyos destinos vi urdirse.

El bloque del pueblo, que horadaban medievales pasadizos, reservaba detrás de los umbrios zaguanes la fruición de lo hogareño, flor del sajón, genialmente dotado para la medianía.

La agreste belleza de las montañas vecinas estaba, como en Alemania, municipalizada. Oportunamente se hallaban el banco que conforta, el abeto que da som-

bra, el rótulo que guía. Desde las cimas se contemplaba abajo el caserío de Brasov, tan ordenadamente compuesto que parecía de juguete.

Cuando anochece, retiñen bastantes campanadas, con esa predilección por las armónicas relojerías, de las que el sajón, fiel a su sangre, no podía carecer. ¡Fruición burguesa que se paga el vecindario honesto cerrando la carga del día con un broche de música!

Entonces, ¿quién es rumano en Brasov? Lo que era rumano es el pueblo que venía al mercado o guiaba los carros en el arroyo; además, buen tercio de la población conversaba en romance. Muchos sajones se expresaban en él con holgura. Era visible una buena amistad entre ambas familias.

Los Reyes húngaros daban a los sajones título de cautos y circunspectos. Al mes de acordar la Asamblea rumana del Ardeal, en diciembre de 1918, la unión con la Corona de Bucarest, los sajones decidieron lo mismo, enviando una Comisión que prestó homenaje al Rey Fernando.

Allende el postrer lugar sajónrumano que se divisa desde las montañas, había el islote de otra raza, cuyos cabos van de cerca de Brasov hasta la ciudad de Bistritza. Los seckiers, o secuyos, que ahora en nada se diferencian de los húngaros, mantienen tradición de ser nietos de los hunos de Atila y tener por antepasados los soldados de Gengis Khan. Encerrados en su lengua, muestran sobre los capotes, que hasta los campesinos llevan con cierta majestad, sus semblantes de pómulos salientes y ojos fruncidos. Los seiscientos mil secuyos son fieles a su patria húngara.

¡Dulce comarca, que, como un collado de la Arca-

dia, pide la flauta idílica; blanda región que anegan los trigales, que estrellan las florecillas, sobre las que yacen nevados corderos y transcurren bueyes con corpulencia de monumentos, arrastrando desbordantes carretas; dulce país, hijo, sin embargo, de una amarga historia! Apariencias de pastoral encubren sañudos combates de razas.

La fresca naturaleza, anchurosa y poco poblada, de Transilvania, que se quiebra en boscosas sierras, de laderas cubiertas de peñas y abetos, de fragosas cordilleras, imponentes de altura, espinazo de los Cárpatos, y de dilatadas vegas, que rebordan a lo lejos los montes, a la manera de centinelas, es, en luz, cielo y paisaje, uno de los recodos más armoniosos y felices del Continente.

La embajada rumana que los campos envían revela que, de todo tiempo, junto a la Transilvania brillante y erudita de los documentos imperiales, aquella de sajones, secuyos y caballeros teutónicos, había otra muda y obscura, de aldeas rumanas. Aquí la encontraba alrededor de su sacerdote campesino, cuya testa y barba canas le componían cabeza tan antiquísima que, para imaginarla, un occidental ha de pensar en la de San Jerónimo. Tan a la antigua vivía el pueblo huérfano, que las mujeres se acercaban hilando su copo de lana.

Entre las dos capitales germánicas está la región castiza que fué cuna de la Valaquia. Fogaras es el torreón montañero de la fortaleza transilvana. En su relieve hallaron refugio los aldeanos que abandonó Roma. Cuando los húngaros empezaron a imponerles su yugo, agrestes caudillos descabalgaron en los lla-

nos que van al Danubio, fundando la Corona que recogerá Bucarest.

Cosido el retazo de esta comarca por el pespunte del río Olt a la vecina Valaquia, en los montañeses rumanos, que cazan el oso, el ciervo, el jabalí y el lobo, se creó una índole huraña, que los hace considerarse aparte, en la idea de que el Ardeal comienza desde la otra ribera de su río.

Admiraba en ellos la pureza de su traje rumano. Calzaban pastorales abarcas; usaban pantalones blancos, como las camisas, de mangas y pecho bordados, cuyas faldas les colgaban hasta las rodillas, ceñida la cintura por un cíngulo de seda y puesta sobre los hombros la pechera o *pieptore,* de cuero de cabra, recamado con deliciosos adornos. Las mujeres vestían parecida pechera, llevando el talle envuelto en un brocado. Pendía de su cabeza un velo de largos cabos.

Cuando el pueblo canta, llama a la ciudad regional, Fogaras, que es un pobre caserío arrimado a un castillo, la *ciudad vieja.*

Sorprendía en los campos la escasez de vida húngara. Raramente mostraban algunos magiares, anchos de cara, recios de cuello, la nariz caída sobre la boca despótica. Parecían buitres humanos.

A semejanza de las monarquías bárbaras establecidas en nuestras antiguas provincias románicas, no eran magiares sino los sostenes del antiguo Estado, castillos dueños de la tierra y funcionarios mantenidos en las vías férreas.

En las reliquias de la pasada autoridad se descubrían vestigios de celo. Igual que un superviviente, vi cuadrarse en la puerta de una estación campesina,

vestido con la exquisita librea imperial, como para asistir a un baile, a un jefe que sucumbía con elegancia al nuevo régimen. Aquel rasguño me inoculó la angustia de un pasado inmenso que se hundía.

Confrontaba las razas por la región, de mezcla germánica. Salía del poblado sajón la torre unitaria, que espaciaba abajo el tejado intacto, en defensa del morador, entregado en el seno de la familia a libaciones copiosas.

Desperdigado estaba el caserío del poblado rumano, esquivándose en matas de arbustos, de suerte que las aldeas tienen de lejos aspecto de bosquecillos. A cobijo de la madera de sus cabañas miran los rumanos, desde la puerta, el campo, en el que suena una flauta, a cuyo son vuelven los mozos con piñas de flores en las cintas del sombrero. Dulces de ánima, la Naturaleza es el lujo de estos vagabundos poetas.

Está la ciudad de Sibiú, Hermanstadt, en un alto valle, coronada de centenarios muros, sobre los que culminan torres cubiertas de caperuzas góticas. Por entre las escalerillas y balaustradas que ciñen el caserío medieval sonrójanse las murallas de adobes encarnados, que valieron antiguamente a la ciudad nombre de «ciudad roja», *Civitas rubra*. De lo alto de las casas miran los ojos germánicos de las ventanas, en forma de pupila, que se abren entre las tejas.

Finalmente, sobre el pueblo, la teología de Occidente ensalza la Catedral, que es de un gótico de colonos. De una parte, los tejados agudos ofrecen aspecto de fachadas de Flandes. Por otro costado, la asunción de la piedra adquiere altitud imponente: un chapitel con colores de tapiz rumano remata la torre. Persiste en

esas alturas alguna cruz, proclamando que el edificio fué católico antes de ser luterano.

En el osario, que guarda despojos de Príncipes de Transilvania, están arrumbados, desde principios del siglo XVI, en que el templo cesó de ser católico, los retablos y cuadros, que la raza, prudente, no desbarató al renegar del pasado.

Henchía la ciudad una arcaica honestidad germánica. Hablaban las aceras de las calles el tudesco antiguo; conversaba el arroyo en romance.

¡Propicia ocasión para sorprender un pueblo! El Imperio austrohúngaro había fenecido. Sin embargo, la vida exhalaba su aroma. Pendían los hilos y focos eléctricos con perfección que frisaba en pedantería.

Anochecido, la estática burguesía yacía en los bancos de un parque arbolado, escuchando la orquesta del Stadt Park, que difundía opulentos motivos vieneses. Hacia las afueras, en un colmado popular, un solitario violín sonaba, con apariencias todavía de propaganda política, aires campesinos, recordando que la tierra era rumana.

Sibiú fué sede de una fervorosa institución patriótica. En la época de cautiverio, la Asociación Rumana era hogar del rumanismo, encendido por el Arzobispo patriota Saguna con el fuego de libertad que en 1848 ardió en Transilvania. El hálito de «santa libertad» que recogió el poeta Andrés Marasanu en su bello himno *¡Despierta, rumano, de tu sueño de muerte!* alentó la fe de los patriotas, diciendo: «Muramos en la lucha antes de ser esclavos sobre la vieja tierra que es nuestra». La institución, trabajando sobre una nacionalidad vi-

vaz y efectiva, tomó auge en publicaciones, escuelas, conferencias.

Exponía la colección de su Museo algunas desenterradas cabezas, lápidas e inscripciones de Roma, con rica variedad de pastorales báculos, ruecas, husos, trajes, telas y tapices rumanos. Decapitado por la Historia este pueblo, que sufrió condena de ser el campesino perpetuo, había producido una de las más hermosas civilizaciones aldeanas del mundo. Nuestros rurales de Occidente aparecían en parangón con los rumanos, pobres, obtusos e inartísticos.

La Asociación representaba la época en que los rumanos fueron conspiradores. Mas ahora eran la autoridad: el Consejo dirigente de Transilvania residía en Sibiú.

Hecha añicos yacía la que fué Corona de San Esteban. Cierto es que nada violento dura, porque la opresión húngara de 1868 a 1918 fué ciega, apasionada y debía conducir al Imperio a una crisis de violencia. La revolución de Kossuth, el 48, partiendo de generosos principios, significó el renacimiento del patriotismo magiar, que al heredar el recuerdo de la Hungría histórica acogía una ficción, o sea la Hungría de cruzada contra el infiel, pero no una Hungría étnicamente pura. En la Hungría apostólica, el latín, lengua oficial, abolía el pugilato de razas. Pero en la Hungría de después del 48, al extender el idioma magiar, hecho oficial, y el sentimiento húngaro, cual dogmas de Estado, dentro de las fronteras históricas de Hungría, no dentro de sus fronteras de sangre, se originaba el extraño resultado de que un alma privativa de siete millones de magiares se había de imponer a doce millones de no ma-

giares. Por más que tan errado fuera el camino, con creciente tesón se hundió la guía magiar por él. Había que magiarizar a todos los súbditos de la Corona de San Esteban, decíase, o desaparecer; dilema parecido al otro trágico que se imponía el Imperio tudesco.

Una de las razas más numerosas sometidas a esta sinrazón de Estado era la rumana, que sobre el trozo de su antigua Dacia tenía cuatro millones de hombres. Los checoeslovacos, servios, sajones y rutenos padecían igual detrimento.

Las nacionalidades oprimidas habían de vengarse del pueblo déspota, cuyo orgullo sobrepasaba a su vitalidad. Ciegamente, la reducida Hungría de sangre entraba, dentro de dilatadas fronteras históricas, en la guerra, sintiéndose una nación unitaria con una población compacta tan crecida como la de España. Vióse el desenlace. Allende los límites de su sangre, en todas partes se sacudió el yugo de Budapest. Y el gigante húngaro, desprovisto en un santiamén de los zancos de las nacionalidades sumisas, quedó a pie hecho un enano.

Ante mí estaba el palacio de las autoridades de Transilvania, habitado por jefes nacionalistas rumanos tenidos ayer por conspiradores.

El rumano de tras los montes no desplegaba los labios con la sonrisa helénica de Bucarest. Crecido en la aspereza del combate, contraía su semblante una mueca dura; respiraba salud agreste, emanada del campo, del cual muchos personajes se habían apartado con dos generaciones de tránsito. En cambio, sus compatriotas de allende Cárpatos tenían la conducta sutil, afinada en antesalas cortesanas.

Acentuaba la divergencia la escisión religiosa. Había rumanos católicos, con quienes la compenetración resultaba más íntima. Parecía nacer el fervor y afán de proselitismo de los católicos rumanos del convencimiento de que habían hallado para su raza, aquejada de flaqueza moral, la fuente salutífera.

Pobre, el templo que tenían en las afueras no se diferenciaba en nada del rito griego. La unión a Roma no fué sino en principio; pero por este lazo la Santa Sede había vigorizado su disciplina, en forma que los sepulcros de católicos difuntos conmemoraban vidas insignes por su elevación de conducta.

La opulencia del templo ortodoxo pregonaba que esa confesión ganaba en influencia a la católica entre los rumanos meridionales de Transilvania.

Viviendo en buena compaña con los naturales, alargábanse a mucha distancia de Sibiú las aldeas góticas. Pasaban por los caminos los labriegos sajones en traje festivo, con sus cortas chaquetas medievales. Iban en grupos con las mozas, a cobijo éstas de grandes sombreros de paja, con caras rudas y pies plúmbeos de campesinas neerlandesas. Lucían los interiores bruñidas calderas o tapices, que, a diferencia del tema oriental de los rumanos, representaban al perro y al cordero.

Había que acudir a una vecina aldea rumana, llamada Saliste, antiquísima majada de pastores, para saber lo que es en el mundo elegancia campesina. Extraía el domingo las galas de las arcas aldeanas. A semejanza de toda aquella región, no se empleaba allí sino dos colores para componerse, el blanco y el negro. Suspendía lo magistral del gusto de las delicadas rústicas, vesti-

das con albas blusas que bordaban negros motivos, ceñido el talle blanco entre dos colgantes de luto, enlazada la cabellera con arte en el pañuelo obscuro. Rigurosamente empleaban iguales tonos los mozos. Unos y otros bailaban danzas tan llenas de gracia, al son de violines gitanos, que se hubieran dicho rigodones de aldea. ¡Raza dulce y de sangre gentil, que, apenas se le permite, rezuma distinción y belleza!

Disfrutando el estío en un vestigio de los frecuentes que, a la manera de reliquias de su estancia, dejó el mar que antiguamente rodaba sobre la Transilvania, residían en una salina, convertida en balneario por la obra magiar, muchas familias de esta raza; las más, damas de una altiva belleza. Arlequín de pueblos, había también sajones, judíos, adeptos al patriotismo húngaro y rumano.

En la buena sociedad transilvana escaseaba el último elemento. Este formaba océano en el pueblo. Viéndole en la intemperie, durante las jornadas del viaje, creí no haber conocido antes otro humano tan familiarizado con la adversidad. No había para el humilde ni indignación ni entusiasmo; tenía estado popular la sabiduría. Nunca se abandonaba a la alegría sin la retención de quien no olvida su pena. Los hombres, enjutos, con largos bigotes rubios y lacios, recordaban a los galos vistos en láminas. Subsistía una Dacia decebalina: aunque regado de sangre eslava, el aborigen esculpido en la columna del Foro seguía vivo en la tierra.

Hasta su fondo habían penetrado, empero, gotas de sangre mediterránea. Descubríais muchachas de cabello obscuro, de perfil correcto, negras de ojos, de tez mate,

que eran bellas del barrio más castizo de Roma, el Trastévere. Pues en las montañas de Fogaras vi a un muchacho campesino luciendo su tipo con la arrogancia erótica del latino en vecindad de la hembra. Vestía la blanca túnica rumana. Ni en Roma hallé figura tan cerca de los clásicos.

Cuando, quemados por el sol, hambrientos, derrengados por la fatiga de un viaje de cuarenta horas, hecho en el tejadillo de los vagones, los campesinos asemejaban desfallecer, alguien sacaba una flauta, que era remediapenas. Entonces, a coro, ponían se a cantar. Particulares eran el gusto, la originalidad, la riqueza de tonos, que acreditan a un pueblo singularmente artista. No se sospecha en Occidente que el más alado lirismo sea un estado de alma de ignoradas muchedumbres, que en un habla parecida al provenzal o al gallego dibuja conceptos de admirable delicadeza.

Perdíanse los cantos en los anchurosos valles, escoltados por montañas que se desperezaban en la alborada. Las aves que se levantaban de las aromadas matas rasaban con sus pechuelos el mar de las espigas; los ánades quebraban, entre estremecimientos de blancura, el cristal de los arroyos. Estábamos en la parte predilecta de los soldados de Trajano.

La ciudad que por allí levantó la colonización trajana se llamaba Apolum. Preguntad hoy cómo se denomina; os dirán Alba Julia, nombre traducido en los documentos del siglo XVI, bajo la influencia del humanismo, del nombre húngaro, que es Guliafehervar. De entrada en la antigua Apolum, lo diminuto de las casuchas señeras advierte de la presencia rumana.

En una anchurosa plaza, animada por algunos cam-

pesinos que celebraban mercado, se siente la incapacidad de esta raza para crear unidades. Los dos brazos que fraguaron el Occidente son Realeza e Iglesia. Ahora bien, el rumano no tuvo ni Papa ni Rey. Hasta donde cimientan su obra en Transilvania sajones y húngaros, lo occidental se dilata. Por ellos, desde los Cárpatos tañen hasta el Atlántico las mismas campanas. Donde afinca el rumano, las veletas señalan el Oriente balcánico.

Certidumbre de su presencia era la abundancia de judíos. No sabe el rumano comerciar sino con los frutos de la tierra, como campesino. Por eso los tenduchos eran israelitas, y el rabino tomaba el sol saludado por los horteras.

Tal era la ciudad baja, la del llano; mas había otra, sobre un otero, a la que ceñía una muralla ingente de adobes rojos, a la que se penetraba por un arco de triunfo barroco. La Casa de Austria desplegó con magnificencia del siglo XVIII lo que falta al desheredado Oriente.

Detrás del aristocrático recinto estaban el Obispo magiar, quien era Conde magnate; la Facultad de Teología católica, un Instituto Batohyany, un Observatorio astronómico y una Biblioteca con manuscritos insignes. Amparaba a la ciudadela, a guisa de Occidente, la torre del templo, edificado en 1003, en días del Rey santo, Esteban.

Los dos barrios son simbólicos. Arriba, detrás de la piedra, los favores, la sapiencia, la jerarquía, la Iglesia católica, el poder, la aristocracia, las tradiciones, con una carencia, la vitalidad invasora. Abajo, la orfandad, la incultura ortodoxa, la obscuridad de la fama; pero

en las pobres casas de la hondonada la fecundidad ensancha a la casta. ¡Vicisitudes humanas! En Guliafehervar, una raza forastera hereda de Roma las vislumbres de su alma; en Alba Julia el colono directo del Imperio está de espaldas a Roma, vuelto a la ignorancia balcánica.

La convivencia de rumanos y húngaros no transcurre apacible. La lucha de razas es dramática en Alba Julia. El escenario mismo la pregona. Endeble resultaba la cortesía para reprimir el odio de dos mundos. Al saludarse se cuajaban en las almas espumas de ira.

Condes y magnates, antiguas autoridades de Guliafehervar, cedieron el puesto a rumanos de condición obscura. Señoreaba la ciudad de abajo a la del alto. En resolución, la unión a Rumania equivalía, sobre el lugar, a la más profunda de las revoluciones sociales.

Por tres años fué Alba Julia, a principios del siglo XVI, reinando el Príncipe Miguel el Bravo, capital de todos los rumanos unidos. La disensión de razas había caído en el XX a las calles, de igual suerte que antes estuvo entre damascos palaciegos. Anteveía arrebatos ideales de la propaganda magiar, que soñará hasta con empuñar las armas.

Invitaba la Naturaleza a olvidar el incurable ensañamiento humano. En cuanto se respira el aire libre, yace en aldeas la viejísima raza, adormecida por siglos en el infortunio, y, no obstante, tan fiel a sí misma, que en lo hondo de la Moldavia o del otro lado de Transilvania habla una misma lengua, sin dialectos, y adoba el *talo* de que se sustenta de la misma guisa. Escondía aquí, como allá, sus poblados entre ramos de arbustos, no se sabe si resguardándolos del sol u ocul-

tándolos a ojos de la rapiña. Ello explica por qué todos sus cantos populares principian invocando a la hoja verde.

Junto a la montuosa Transilvania, el llano Banato de Temesvar existió en jornadas aparte. El autónomo Príncipe de la región, el Ban (de ahí el nombre de la tierra), fué vasallo o de los Señores de Valaquia o de los Reyes de Hungría. Al quebrarse en la batalla de Mohacz, contra los turcos, la defensa húngara, señoreó el Banato por dos siglos la Media Luna. Libertóla del infiel la Casa de Austria. Mermada su población por las luchas, Viena trajo al suelo colonos alemanes de la Suavia, fomentando además el trasiego de labradores servios. Sobre esto, durante el dualismo en el Imperio-Monarquía, Budapest colonizó el país para su campesino nacional. Con todo, en dos de los tres condados de la comarca los rumanos son mayoría.

Es el Banato un tesoro agrícola. Cuando la mano del viento acaricia trigos y maíces, embriagan el sentido los aromas. Las campesinas festejan al Mediodía, en esta Andalucía rumana, con sus faldas de agareno blancor, sobre las que suspenden del talle madejas multicolores de seda. En las rinconeras de las blancas casas cuelgan policromados flecos; los tapices derraman el rojo escarlata. Sumiendo en frenesí a un pintor, cientos de ánades, por los campos, baten las alas ofuscantes.

Únicos en no perder su parsimonia enlutada, salen por los senderos algunos suavos, fumando, cachazudos, sus pipas, cuyas boquillas, tamañas como un bastón, rematan en una taza de porcelana.

Timisoara, capital a justo título del Banato, es como

un adolescente crecido de un tirón, a quien le está corta la ropa. Apenas se prolonga una calle o se dilata una plaza, el pasajero roza con los maíces y girasoles. El campo baña las márgenes de flamantes edificios, lujosos teatros y cafés brillantes, así como de los templos de todas suertes: católicos, protestantes, griegos unidos, ortodoxos e israelitas. La rivalidad humana asume ostentaciones de espíritu. El Banco de cada raza está detrás del altar de los antepasados.

Hallábase todo según lo abandonó el Imperio-Monarquía. Fortificábanse en su Banco los rumanos, capitaneados por un barbudo y rústico sacerdote bizantino.

En la traza occidental de la ciudad, con sus viviendas que recuerdan el estilo moderno de Berlín, o sus antiguas moradas pintadas de ocre, del siglo XVIII germánico, el pasado es ajeno al rumanismo. Por eso, frente al elemento oficial rumano, que hacía unas semanas tomó posesión de la capital, teníase la impresión de que era la autoridad emisaria de un pueblo extraño.

En efecto, lo era, y de un pueblo que empezaba en donde acababan los muros de la ciudad. Desde las calles húngarogermanas se le oía cantar en el campo. Las canciones que volaban de sus labios tenían ternura de madrigal:

Floare alba din pahar!	¡La flor blanca de mi vaso!
Badea meu, peste hotar,	Mi novio, allende fronteras,
N' are boi	No tiene bueyes
N' are nici oi;	Ni ovejas tiene;
Numai ochii amendoi.	No tiene más que dos ojos.

Cate fete sunt in sat	A las chicas de mi aldea
Pe toate le-am botezat	Las he bautizado a todas
Le am pus nume di cirasa:	Con el nombre de cerezas,:
Se mi vindece gura arsa.	Que enfríen mi labio, que arde.

Dorul meu s' al dumitale,	De mi pena y de tu pena,
Faca-l Dumnezeu o floare;	Si hiciera Dios una flor;
O floare mirositoare,	Una flor olorosa,
Ca s' o pun la cingatoare,	Para ponerla en el talle,
Unde ínima me doare.	Donde el corazón me duele.

El infortunio le ha congraciado el favor de las musas:

Cine n'are dor in lume,	Quien en el mundo no ha penas,
Se vine la mine anume:	Venga a saberlas de mí:
Ca io am atât dor	Que yo tengo penas tantas
De pot vinde tuturor.	De poder vender a todos.

Se nota la insistencia en usar la palabra *dor, doru, dorul,* intraducible y que no presenta equivalencia sino en el léxico de otro pueblo desventurado. *Dor* es *saudade* en portugués. Sólo que el sentimiento rumano es más intenso, más corrosivo y, por decirlo así, ígneo. El lirismo rumano presenta con el lusitano sorprendente parecido. En ambos romances se desmenuzan las emociones en diminutivos cariñosos, y se revela la misma infinita capacidad de sufrimiento en la *cantinha* del portugués y en el *canticel* del dacio. Separados de las hojas verdes de sus tierras, los dos sienten la misma angustiosa ausencia, que el uno llama «saudade da minha terra» y el otro «doru de tara mea». Lo elegante del dibujo de la emoción, el genio, en suma, indefinible, sugieren la evidencia de una raza poeta. Cuarenta años

antes, el bardo nacional, Alexandri, definió a su pueblo diciendo: *Romanul e nascut poet,* «El rumano ha nacido poeta»: decía verdad en ello.

Entre los hijos de Roma, que son medio mundo, quizá este desconocido y pobre campesino oriental es el que eleva más dulcemente su alma en alas de su romance. Inferior en todo el levantino a los del Poniente sino en una sola cosa, el dolor, hay algo en que nos aventaja, la poesía aldeana.

Merced a esto, dentro de la ciudad de Timisoara, entre muchedumbres de hablas bárbaras, sentía bastante piedad al pensar que un mundo intruso tuviera subyugado al rumano, el pobre paria arropado de blanco que conducía, entre toda la humanidad románica, la palma de la primacía del sentimiento.

Al Norte de la llanura monótona, colmada de mieses, que recuerda las planicies húngaras, había otras dos grandes ciudades, Arad y Oradea Mare.

A un cierto momento, Arad punteaba en el campo su plantel de torres. Sobre el cimiento rumano, el Imperio-Monarquía levantó las urbes con substancia extranjera. Arad es Occidente.

En los públicos edificios se leía, según el estilo, el reinado de Viena o de Budapest. La capital austriaca vivió del préstamo al tesoro artístico de la vecina Italia. La Casa de la Ciudad de Arad, con sus muros de ocre, las ventanas Renacimiento y el campanil, pregonaba lo austriaco, que es un calco de lo latino. De los racionalismos arquitectónicos de Berlín, subsistió a su vez la capital húngara. Así, las fachadas magiares de Arad son erupciones de piedra rígida que hielan los cerebrales perfiles de la pedantería berlinesa.

Estaba la ciudad atestada de letreros en lengua húngara: parecían, más que reclamo comercial, manifestación política. Pasaban bajo ellos, caracoleando los caballos, oficiales del ejército rumano. Entraba gente en un templo barroco a implorar piedad para el destrozado reino de Hungría.

Salían de las tiendas algunas muchachas, sombrero en mano, a la moda de Viena, descubriendo las cabelleras rubias, que flameaban, mejor que una bandera, la evocación del Austria-Hungría. Los varones, en el corte del pelo, la forma del mostacho y las patillas, mostraban el patrón de cabeza de barbería que divulgó el Imperio arruinado. Izaban torres y ventanas el tricolor de Bucarest.

¡Cayó el Austria-Hungría! Sin embargo, a modo de un decapitado que se tuviera en pie un segundo, detrás de la Casa de la Villa, al borde del río Maros, yacía estática la burguesía de Arad, oyendo una charanga que sonaba giros vieneses, como si aun reinara Francisco José. Del cuadro se exhalaba la pena de un fin de época.

Aguardan a Rumania faenas de cíclope. ¿Cómo estas ciudades húngaras y alemanas darán la mano al campo rumano? ¿Habrá medio de acordar las aceras de la ciudad con el suelo aldeano, en el que océanos de aire bambolean al girasol, bajo escuadrillas de cuervos que navegan el piélago? Ahuyentado de los muros urbanos, allí está siempre el natural antiquísimo.

Hasta que entre las mieses descuella la inmediata ciudad de Oradea Mare. De nuevo a las anchas avenidas bordean los edificios occidentales. Sentíase que la ciudad formaba parte de las tierras que están hacia

donde el sol se pone, con las que cuajaba un bloque hasta la Bretaña francesa.

A lo que más se asemejaba Oradea Mare, a causa de su río, era a Budapest. Acribillaban el caserío los letreros mercantiles en magiar, con apariencias de fiebre política.

El gentío, de día de fiesta, ajado de traje y caído de ánimo, buscaba en los paseos un poco de luz y de olvido; abandonaba el odio igual que una carga insoportable. Como los soldados rumanos pasearan una procesión de antorchas, el pueblo, en buena parte húngaro, miraba divertido el despeinarse de los bucles de fuego.

Al Oeste de Oradea Mare adensa su raza la nación húngara. Los rumanos, histórica y líricamente, piden de frontera el Tisa; pero antes de alcanzar la ribera del río, su pueblo se desfleca y espolvorea familias aldeanas sobre un macizo bloque húngaro. El magiar acrece en la llanura.

En las vecindades de Satmar, vueltos al regazo rumano, comienzan las colinas, nuncios de la bella comarca de Maramures.

Sin duda que en el mundo los montañeses formamos masonería. La nueva región daba al alma el santo y seña de los Pirineos. Vaporosos cielos corrían sobre los valles verdes; regatos y torrenteras cantaban en las encañadas; las montuosidades azules se encastillaban en la niebla. Brincaba el corazón de gozo en la bruma y las cimas. ¡Montañas, montañas, guardianas de pureza, sedes de libertad, que ofrecéis al pasado fuyente vuestro regazo, para salvar el arca del recuerdo!

A manera de baluartes, las cordilleras nos cercaban

con sus magnos muros. Tenía la fortaleza transilvana, en Fogaras al Mediodía y en Maramures al septentrión, sus dos torreones. Fueron ambos embriones de gobierno. Del uno descendió la jefatura del Señorío de Valaquia; del otro, la de Moldavia.

Narra la leyenda que un caudillo rumano de la comarca de Maramures, Dragos, cazando el toro salvaje llamado *oroc,* al cual acosaba a uña de caballo desde la alborada de un día del siglo XIII, llegó al acostarse el sol a los montes septentrionales de Moldavia, y encontrando el paraje tan bello, dispuso afincar en el suelo, creando dinastía. Inmortalizando a la res que guió el rumbo, el bucranio de un *oroc* fué el emblema de la Moldavia.

La capital, Siguet, era un quieto poblado, con ancha plaza, a sombra de un templo católico. Hervía en las calles un Jerusalén polaco. Enjambres de barbitaheños semitas, con tirabuzones en las sienes, enfundados en negras hopalandas, se abatían sobre los campesinos, que tenían mercado. Vestían las aldeanas, a semejanza de las de Moldavia, con camisa blanca labrada, ceñido el talle en un paño de colores.

Había a las márgenes casas con zaguanes de hidalgo. Arriba en los aposentos, entalamados al gusto rumano, recitábanse al piano antiguas canciones en el romance de Trajano.

Por una anomalía de las montañas, existían rumanos que no fueron despojados por el húngaro. El documento adjudicaba a sus lares las tierras aledañas, desde el siglo XIII. Derrumbóse en cambio en Transilvania el rumano hasta el estado llano.

Contaba Maramures con la sociedad de cumplidos

hidalgos campesinos de sangre rumana, cuyas casas eran la memoria del suelo. En sus arcas se hacinaban monedas de Roma, desenterradas del polvo de los alrededores. Las hojas de dos lanzas de las legiones imperiales, conservadas por la óptima familia Mihaili de Apsa, atestiguaban que en la región acampó un puesto militar romano.

Flotaba el alma de Moldavia, evocada por los tapices y el tipo femenino, en las cámaras rumanas de Maramures. Algo aliaba a ambas tierras, aunque no fuera sino las legendarias pisadas del *oroc* de Dragos.

Entre estos montes transcurría sus mocedades el río Tisa, allende cuyas riberas se frisaba con el mundo eslavo, invasor del rumanismo, ya que en la antigüedad las aldeas de la otra orilla eran rumanas. Límite de la raza, aquellas menguadas aguas eran el Cantábrico de Rumania.

La carencia de naturales fronteras poblaba los caminos del bello paisaje pirenaico de judíos astrosos, que en su ascensión hacia el bienestar levantino hacían su primer estancia en este lindero. Tan nutridos eran sus grupos, que había hebreos con oficio. Veíase trabajar al semita arriero, herrador o labriego.

Desde los balcones de las casas, de puro estilo rumano, que se alzaban bajo el cielo vaporoso, en un feudo invocado en viejísimos títulos, se saciaban los ojos de absorber las humedades verdes.

Menuda, con esa nativa distinción, hecha de encantadora modestia, que caracteriza a lo rumano, acogíase detrás de un vallado patriarcal la casa terrera, a lo largo de cuya fachada, de un piso, corría la galería, sostenida en sencillas columnas de madera. Rodeábanla

fronda suntuosa, llena de almas ausentes, los árboles plantados por los muertos. Dentro, sobre tapices rumanos, había muebles y recuerdos oriundos de la brillantez cortesana. En los ocios del campo, allí se habían hilado dos grandes tapices, que ahora pendían el uno en la iglesia arzobispal de Blaj y el otro, transportado por una peregrinación rumana a Roma, en una estancia de la Santa Sede.

Quien me guiaba por las melancólicas avenidas decía unas palabras antiguas: «Aquí, si no siempre ilustres, siempre honrados». Recogí aquel brote de Maramures para transportarlo a Bucarest.

¿Y el pueblo? Detrás de una montaña, contigua a la selva, había construída en madera, con sus tejados llenos de musgo, una silvestre aldea. Resultaba su vetustez incomparable. No era otra su edificación que la de los aborígenes dacios, según la describen los clásicos. La corteza de choza guardaba dentro un seno menudo y lindo como el de un cofrecillo. El dueño no comprendía el dividir su techo con las bestias de trabajo. Por lo cual, el animal doméstico tenía su diminuto establo cerca del portillo de la valla.

Ardía, de entrada, el hogar de leña con el horno para cocer el *talo*. De un lado se pasaba a un aposento colgado de platos y jarros de cerámica. Levantinas telas disfrazaban los lechos. De la otra parte estaba el telar. Mostrábanse allí la rueca y los telares para tejer la urdimbre. Era la crisálida del lujo familiar, en donde se aderezan las ropas del *barbat* (barbado), del hombre, quien en el monte o heredad trabajaba. Finalmente, respaldando la casa, había un angosto pasadizo con tinajas, ánforas y sartas.

A cuantas cosas me acercaba las designaba una voz gemela de la de mi lengua. El fuego que ardía era el *foc;* la leña que se quemaba, *lemne;* la ceniza, *cenusa;* la olla que hervía, *oala;* la espuma, *spuma;* lo hirviente, *fervinte;* la leche, *lapte;* el vino, *vin;* el pan, *puine;* el agua, *apa;* el suero que goteaba de las mantequillas, *seru;* a la puerta de la casa le llamaban *póarta de la casa,* y, en suma, cuando una viejecita me invitó a probar un poco de condumio, me exhortaba diciendo ser *carne de vaca gustoasa,* con las mismas palabras que una española. Al encenderme un cigarrillo con un rescoldo, exclamaba: *Vai de mine, nu prinde!,* «¡Ay de mí, no prende!»

Sentía la rara semejanza de aquel habla popular con el romance de Castilla. A cuanto les pedía, las buenas mujeres decían: *Cum se nu?,* «¿Cómo no?» Contando sus cuitas, principiaban: *Cand a inceput batae...,* «Cuando comenzó la batalla». La guerra grande no era para ellas sino la batalla. Notaba sus sentencias y refranes: *E Santu Tomá, de ca nu vede nu crede,* «Es como Santo Tomás, ver para creer». *Cine fura azi un ou, muine fura un bou,* «Quien hurta hoy un huevo, mañana hurta un buey». *Totu i nou si totu i vechiu,* «Todo es nuevo y todo es viejo».

Atardeciendo, se buscaba a los animales caseros con nombres conocidos: la cabra era la *capra;* la vaca, *vaca;* el buey, *bou;* la gallina, *gaina;* el pollo, *puiu.* Un español se creía en Asturias oyendo el dialecto.

Tornaban algunos labradores de la selva. Eran figuras altas, de montañeses fuertes, enjutos de rostro, vestidos con la túnica blanca, ceñida en la cintura, que les pendía hasta las rodillas. Usaban cabelleras de un ru-

bio descolorido, que no recortaban sino por la frente, para desembarazar de ellas los rostros. Saludaban con tristeza altiva, diciendo: *Mult ani fericit*, «Muchos años felices».

Impresionaban al modo de un jirón puro y anciano de una raza salvada en los montes. Como junto a otra ancianísima raza de Europa, los vascos del Pirineo, tenía entre aquellos rústicos la sensación de eternidad. ¿Qué supieron estos hombres, hundidos en su tierra, del Versalles de Clemenceau, ni del de Luis XV, ni del poder del turco, ni de la corte de los Reyes magiares o Emperadores bizantinos? Las invasiones resbalaban allende sus montañas.

Contra las afirmaciones del húngaro, hay algo en la presencia del hombre maramureseano que inculca la certidumbre de ser indígena en su suelo desde hace miles de años. Tallando troncos midieron los días: *luni, marti, mercuri, joi, vineri, sambata, duminica.* Calcularon los meses, que en su lengua pastoral se llaman como el astro: *luna de april, luna de mai, luna de octombrie.* Mucho antes de los romanos, su sangre estaba, como ahora, sobre el paraje.

Al aparecer la luna, que ellos llamaron *frumoasa luna,* hermosa luna, viendo a su resplandor aquellos semblantes duros y libres, ajenos a lo latino, me parecía estar rodeado por los soldados de Decebal.

Se oye en el pavoroso silencio de la comarca la cantinela de las aguas; siéntese en la lobreguez de sus bosques un espanto de cuento, creyendo ha de venir por el sendero el lobo, o ha de asestarnos, subido en un risco, el oso sus ojos ensangrentados. Es un país de balada.

En manos está el pandero que lo sabrán bien tañer. Produjo Maramures, en efecto, poesías que son joyeles de las literaturas populares románicas. Es en ellas el rumano consecuente consigo: erótico y tierno, cariñoso y sabio; alma, en conclusión, transida de pena, como la portuguesa.

En baladas como *El amantiño infiel,* que deja a su novia aldeana por hacer fortuna; *La señorita casada con un gitano,* que narra la odisea de una enamorada de los ojos de un vagabundo, y *La mujer escapada de su marido,* suspende la frescura de la escena: huele la tierra, sopla el viento, cantan los gallos, y la voz del romance sube con la sencillez de una columna de humo campesino. Cuantas figuras aparecen están en ruta, y el cuento se pasa andando. «¿Qué se oye, qué se ve?», dice una voz, y la narración responde. Lo mismo que en las *Florecillas de San Francisco* se asiste a un mundo cándido y pío, en las baladas rumanas se está, por decirlo así, dentro de un auténtico universo aldeano. No pende la espada al cinto, ni pesan los arneses, sino que a la mano se viene el báculo y a los pies las abarcas de los sencillos. Estriba en ello su originalidad preciosa. Esta poesía es el más hermoso Romancero campesino del mundo. Otras razas brindan en la mano piñas de flores difíciles: Rumania trae manojos de flores silvestres.

No eran tales canciones las que se entonaban en los pianos de la sociedad de Siguet, sino las zardas húngaras. Alguna bella muchacha se condolía de lo ocurrido: «¡Antes todo estaba tan bien aquí en Hungría! Ahora al pobre húngaro nadie le quiere», decía. Para consolarnos bebimos vino magiar de Tokay hasta el

alborada. En una mañana llena de nieblas, brisas y reflejos despedí, con pesadumbre, a aquella región de los Cárpatos, hermanos de los Pirineos. Viendo alejarse los montes azules de Maramures comprendía la pena de ausencia que decía una tonada de *doina:*

Fa-me, Doamne, o radunea,
Se ma duc in țara mea!
Fa-me, Doamne, puiu de cuc,
In țara mea se ma duc!

¡Hazme, Señor, golondrina,
Con tal que vuelva a mi tierra!
¡Señor, hazme hasta cuclillo,
Con tal que a mi tierra vuelva!

En las minas de oro por que pasamos están instalados los romanos modernos, los ingleses. Adelante, distanciábanse las cimas, enrondecían sus taludes los montes, esparcíanse las vegas con mucha suavidad, como si las hubiera minado y roído el roce de fondo de un mar disipado.

Dej era la chica capital provinciana, en la que, a pesar de la presencia rumana, los Hoteles imponían el húngaro como sola lengua admitida. Paseaba por las calles el Vicario rumano, vestido a modo de un monseñor del Vaticano. El catolicismo prepondera por el Norte de Transilvania.

Un concierto rumano se celebraba en la sala de fiestas erigida por el Reino de Hungría. Llenaba el testero del salón triple hilera de tamaños cuadros, entre los cuales descollaba el del Rey Francisco José, rodeado de magnates. Corría otra hilera de retratos por las paredes laterales, hasta espaciar en el muro zaguero otra pléyade de magiares ilustres, Kossuth el revolucionario entre ellos, quien tenía en la pintura más del patricio que del descamisado. El carro del Estado no conducía en Hungría sino semidioses.

Entre el auditorio, el Vicario de los bellos hábitos me presentó a su señora y a su hija. ¡Extraño cuadro el de ver los atributos de la Santa Sede ostentados por un esposo y padre!

Iba un joven pálido en su coche, guiado por un auriga de chaqueta corta, cuajada de galones de plata. A pesar de todas las revoluciones, un hombre del pueblo declaraba con respeto ser un Conde, ¡un Conde!

El campo, blando, tenía apariencias tan idílicas, que sentía lo imposible de que la mano de Don Quijote empuñara el lanzón de la caballería andantesca sobre aquel suelo. ¡Señalada ocasión, empero, la que se brindaba a la triste figura del compatriota de Trajano para enderezar el tuerto que se hacía por siglos al natural de la tierra, que, vestido de blanco, se descubría al paso!

Altisonante portalada barroca, coronada por ingente corona condal, se ostentaba en el camino.

Diseminaban a lo lejos, por las colinas, sus granitos de arroz los rebaños; cerca de la ruta, el pastor viejo apegaba al báculo un cuerpo cubierto de harapos. Mostraba en su inmovilidad absoluta lo decisivo de su desesperanza. ¿A qué volverse, si ningún ruido sonaba a ilusión? Despegado de las cosas, no parecía interesarle sino la luz que anegaba el campo. Era úna figura de antiquísimo dolor, a la manera de viñeta del Antiguo Testamento. La existencia suponía hambre, desnudez, congoja; pero ¿podía ser de otra suerte? No había en sus limpias pupilas de anacoreta, contemplador de estrellas, el rayo de la envidia o del rencor. Tenían rostros sublimes. Y con esto, una rara nobleza, como si los miles de años que de padre a hijo se transmitie-

ron el cayado hubieran investido de rara majestad su miserable oficio.

Posee una de las bienaventuranzas el pueblo rumano: la de ser manso y humilde de corazón. La fortuna le abandonaba a su verdugo de mil años, el húngaro. Los eslavos, germanos y magiares mismos, allende fronteras, asaltaban los palacios. Los campesinos rumanos pasaban junto a los feudos magiares con asosegado pecho.

La pirueta de Transilvania, que de acostarse magiar se levantaba rumana, inspiraba al aldeano desconfiada alegría. A este respecto se narraba un sucedido. Entraba en Transilvania, procedente de París, el poeta Goga, quien al detenerse el tren en una estación de pasaje se acercó a cambiar la palabra con un campesino que en el andén aguardaba: «¿Qué haces? ¿Qué tal es ahora tu vida?» «Buena; pero un caballo que tenía me lo han secuestrado.» «¿Por lo demás...?» «Bien; en nuestra aldea no mandan los húngaros.» «Ni mandarán más.» «¿Cómo lo sabes?» «Porque vengo de donde eso se hace, de París. Dílo en tu pueblo a todos: el húngaro se ha marchado para siempre.» El aldeano se ensimisma y está mudo. «¿No lo crees? ¿En qué piensas?» «Sí, yo creo; pero si quisieras poner por escrito lo que dices, con tu nombre, en un papel, para mostrarlo al padre cura y al juez y que lo vean ellos mismos...»

Acampaban tribus de gitanos orillando el camino, que cerca de su tienda, de lienzo color de tabaco, manchaban con vivos guiñapos, animosa paleta. Los jóvenes saludaban con entusiasmo a los remolinos de nuestras ruedas. Para ellos un automóvil era quintaesencia de su carro nómada. Brincaban los mucha-

chos en pelota, divirtiéndose en ofender nuestra modestia; a su guisa, las caravanas prolongaban la edad de oro: lecho les daba la tierra, contento el sol, diversión y delicias el agua.

Reposa Cluj, según el idioma rumano, Kolosvar según la lengua magiar, en el seno de un alto valle, al que descienden las rutas que rayan los oteros vecinos. La ciudad culmina en una catedral gótica, que abre a su alrededor ancha plaza, con lo cual dicho se está que a esta capital, edificada por los dos brazos de Realeza e Iglesia, cubrió en su origen el cielo teológico de Occidente.

¡Magno poder civilizador del catolicismo! Aquí había un pueblo de filiación asiática puesto a tutela de la autoridad de Roma. ¿Podía parangonarse su resultado de obras con el rumano sin establecer la inferioridad del no católico? El desnivel de Oriente empieza en donde acabó su influjo la Iglesia romana. Oriente y Occidente son dos hemisferios religiosos.

Las reposadas viviendas, de zaguán umbrío, exponían vestigios germánicos, aunque sumergidos por una magiarización flamante.

Cumplíase por aquellos días una revolución considerable, cual era la toma de posesión de la ciudad por los rumanos. Los patricios que fueron autoridades se desterraban a la sazón al campo o se retiraban en sus casas de la ciudad. A cuantos visité nombraban su régimen la época en que mandaban los señores. Rigurosa era la crítica que ejercían sobre la administración importada de Bucarest; esforzada su serenidad de considerar cuanto ocurría como interregno en la historia de su propia nación; vehemente su dolor patriótico, que

a su hora acudiría a las armas; imborrable su visión del mapa magiar, rebordado por los Cárpatos, y, finalmente, unánime su incomprensión de que mil años de Historia los tachara de lleno, no una batalla recia y bien librada, que esto parecía lo natural, sino la taimada pluma de un abogado, Julio Maniu, quien decidió en su bufete ofrendar el feudo de San Esteban a Fernando I de Rumania. Al decir Bucarest alzaban sus hombros hasta el techo.

Notábase esmerado ambiente material en sus moradas, de igual suerte que en sus discursos pruritos de ciencia. A sus impulsos románticos trataban de rebordarlos de erudición. Vivían y pensaban como occidentales: lo raro del caso es que lo ostentaban. Lo recio del carácter acusaba al tirano. Junto con ello, mostraban la brusca rectitud del habituado al mando, con esos trazos de veracidad, desdén y estímulo para el honor que compendia el ser caballero en el alma.

En mitad del campo rumano, pisando la ciudad, tenía la impresión de estar en el corazón de Hungría. «Para ser equitativos—dije a un rumano—podrían ustedes dar tiempo a los húngaros para que levantaran sus ciudades y las transportaran allende el Tisa: no digan que, como crías de cuco, se instalan en ajenos nidos.» «Las ciudades—respondió él—se edificaron con la riqueza de nuestra tierra; mediante el rescate nos cobramos el valor de un despojo de mil años.»

El Kolosvar húngaro era el Cluj rumano. Los magiares parecían obedecer a una voz de mando de abstención. Sólo en la plaza de la Catedral los bronces de la pía mole sonaban, rechazando con sus bocanadas católicas al invasor Oriente.

Por el campo delicioso se desperezaban las aldeas rumanas con esos sones de alborada del gallo que canta, la esquila que tiembla, y aljofaraban, como el rocío, el manojo de rumores aldeanos las notas de la flauta. Salían niños pastores a la hierba florida, más felices que hijos de rey entre cojines de alcázar.

Íbamos a la ciudad rumana de Transilvania, Blaj, a la que llegamos después de parpadear en el polvo. Las calles, trazadas por casitas semejantes a las niponas en lo diminuto, que daban espacio a un anchísimo cielo, vacío de obra humana, clamaban el Levante. En una plaza presentaba un templo barroco su frontispicio occidental, al que acudían feligreses rumanos.

Es, en efecto, Blaj la metrópoli del catolicismo rumano. En 1700 la conversión de varios Primados de la Iglesia ortodoxa unió a Roma dos millones de almas rumanas. De esta ciudad salieron los jóvenes que, merced a la Santa Sede, descubrieron en la columna trajana el origen de su pueblo. Frontero al templo estaba el palacio antigua residencia veraniega de los Príncipes de Transilvania, que, cedido por la Casa de Austria, servía de vivienda al Arzobispo.

Ya que los católicos rumanos están por la fe con Roma y por el rito griego con Oriente, atalayan las perspectivas de las dos vertientes cristianas. Afablemente, el Prelado, entre los muros poblados por los catorce retratos de los que le antecedieron en el báculo, satisfizo mi curiosidad, conduciéndome a conversar después por los arbolados senderos del parque.

Los cristianos del meridiano helénico hacían el signo de la cruz a la inversa que los del meridiano romano. Es que los del poniente recitaban las palabras en latín,

y, según lo reclamaba el idioma, que coloca la substancia antes del atributo, al llegar al Espíritu Santo recaían la mano hacia el corazón, diciendo: «Espíritu», o sea la siniestra, para terminar diciendo: «Santo», en el costado derecho. Los del Oriente, en cambio, que recitaban la cruz en griego, según la naturaleza de ese idioma, que coloca el atributo antes de la substancia, al llegar al Santo Espíritu pasaban la mano al lado diestro primero, al decir «Santo», para tocar el corazón luego al decir «Espíritu». En la separación está la divergencia de las capitales Roma y Bizancio.

Con la caída de la última bajo los turcos comenzó un movimiento de regionalismo piadoso por las latitudes orientales; las Iglesias nacionales emplean la lengua de su pueblo, y entre ellas, la rumana. Pero, ¿qué ocurre? Al hacer el rumano la cruz en su idioma, según el carácter de su habla, heredada de Roma, debiera, como en latín, anteponer la substancia al atributo; mas, conforme al uso de Oriente, practica lo contrario, y al trazar su mano el gesto de derecha a izquierda infringe las reglas de su rigor prosódico. ¡Qué hondas cosas removía el sencillo ademán milenario!

Cifrábase en ese ademán la lucha que se libra en el alma rumana, palestra de la pelea entre Oriente y Occidente. Fieles a Roma en historia y creencia, los católicos románicos han hecho la paz en sus almas. En cambio, el corazón rumano de un bizantino es una antítesis. Cuando late patrióticamente, exclama: *Latina ginte e regina,* «Soberana raza latina», pronunciando *latina* como palabra llana, según acento de Roma; cuando vibra religiosamente, dice: *Látina spurcat,* «Impura latinidad», pronunciando *látina* como esdrújula, ya que

así aprendió a pronunciarla del heleno. La batalla histórica de dos mundos está en su pecho.

El sacerdote católico rumano es el único en el mundo que oficia en su lengua materna. Ningún atributo exterior diferencia al rito católico unido del ortodoxo; sus ceremonias no son las de Roma, sino las de Bizancio; sus trajes rituales griegos son los primitivos cristianos, de los cuales en Occidente no se conserva sino la capa pluvial. Ora el sacerdote católico rumano ante el altar único, el *iconostasio*, o sea el retablo que expone los iconos. De abajo arriba, contiene el iconostasio tres hileras de cuadros piadosos: en el primer rango, escenas de la vida de Jesús y la Virgen; en el segundo, los Apóstoles; en el tercero, los Profetas, o sea, de arriba abajo: los que anunciaron, los que realizaron el Evangelio y los temas de la Redención. La disciplina del catolicismo rumano es la ortodoxa. Dicho está con eso que el sacerdote puede contraer matrimonio.

«De haber nacido en España en el siglo VIII, no le sorprendería esto. Quien en Occidente, como en Oriente, no estaba casado, fué el monje. En el siglo XI, la Iglesia occidental unificó su legislación imponiendo el celibato a los tonsurados. Duran en Oriente las antiguas prácticas. Para llegar a las dignidades se requiere carecer de esposa, por no haberla tenido o haberla perdido por muerte o retiro a un monasterio», díjome el prelado.

Gracias a dos siglos de contacto con Propaganda Fide, por mediación de Blaj, había recibido la raza rumana inmortales dádivas. El moderno renacimiento rumano tiene origen católico. A pesar de ello, mantenía el clero ortodoxo terca intransigencia y una arrogancia

combativa que frisaba con la simpleza, al ver con desconfianza los viajes a Roma, por estar allí la residencia del Pontífice. Se engaña quien por el momento abrigue esperanzas de uniones religiosas.

En las fervorosas aulas de Blaj, que descubrieron la columna de Roma, la cual a su vez me envió a los Cárpatos, decidí acudir al paraje en el que Trajano talló el inmortal trofeo.

Yace en los montes meridionales de Transilvania la que fué antigua capital de los dacios, Sarmisagetusa. El Monarca abrupto que desafió al Occidente, Decebal, eligió por residencia el cabo Sur y occidental del cerco de media luna que los Alpes rumanos trazan sobre el Danubio. Apostado en ese borde, asomaba a presenciar el resplandor de Roma, que, misteriosamente, atraía a su alma de bárbaro.

Cubría el nítido cielo de estío uno de los parajes más agrestes de Europa, virgen, por fortuna, para ser amado, del impuro manoseo del excursionista. Por frondosas laderas, bordeadas de robles y de hayas, levantaba el viento manso ruido: la soledad, la hora, el rumor de las hojas, suspendía el ánimo, como en un pasaje de *Don Quijote:* Alcanzaba, en fin, un momento señalado del mandato que cumplía en Oriente, por haber asumido un cabo pendiente de la Historia.

Sonábame en la memoria la profecía que Plinio el entusiasta hizo en su panegírico de Trajano: «Un tiempo vendrá en que nuestros descendientes visitarán los campos que fueron regados con sus sudores, los árboles que prestaron sombra a sus ágapes militares, las rocas que abrigaron su sueño, los parajes, en fin, que tan gran huésped llenó con su presencia.»

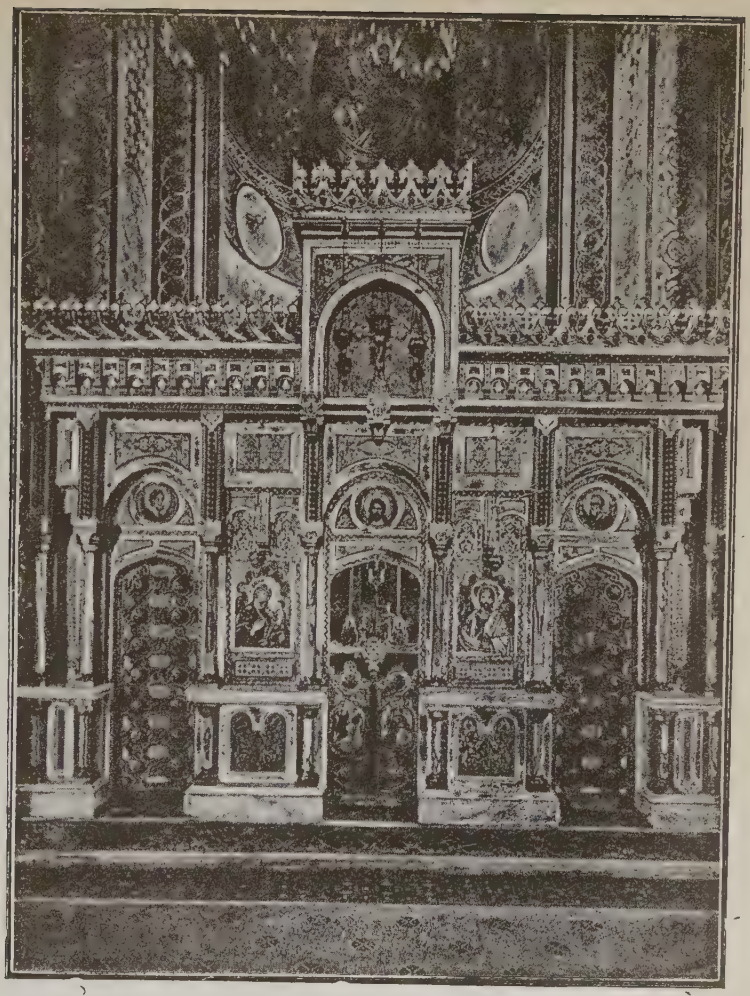
Descubrió en un recodo un luenguísimo valle, rebordado por corpulentas montañas, y asentada en su primer término estaba una menuda ciudad, llamada Hazeg; no lejos se hallaban las ruinas y mármoles que es cuanto queda en la tierra del paso por ella de un varón insigne.

¡Cuán bello país conquistó para Roma el hijo de España! ¡Bien pudo la Metrópoli festejar su hazaña y erigirle el trofeo del Foro!

A aquel valle había descendido el Soberano del antiguo mundo. Era aquella hondonada el óvulo de la nación rumana. Tenía uno de sus extremos hacia donde el Sol nace y el otro hacia donde se pone. Anticipábase ya en él, como en el germen el fruto, el singular destino de un pueblo como el rumano, cuya suerte será participar de Levante y Poniente. Pero la antigua capital dacia y trajana se enclavaba, simbólicamente, en su límite de Occidente.

Ascendía la cordillera, al Mediodía, hasta imponente altura; agolpábanse allí las montañas a manera de un rebaño de cumbres; entre ellas descollaba el monte Ratasatu, arrebujado en las nubes. Es difícil imaginar escenario que a éste aventaje en majestad para consumar proezas. Brindábase de palestra la hondonada del valle, tan dilatada que se perdía de vista en la bruma azulada que de las montañas se descolgaba; un caballo al galope tendido no hubiera empleado menos de hora y media en surcarlo. Del lado del naciente ondulaban las colinas por las que descendieron las legiones.

Al lugar abrupto y virginal inflamaba con su magnificencia, cuando le sorprendí, un ocaso encendido, suntuosísimo, que derramaba en el cielo tonalidades a



El altar del templo de Corte de Argés.

mitad orientales, a mitad italianas, de venecianas púrpuras y bizantinos oros.

Comparaba el ánimo absorto este canto de epopeya de la Naturaleza con el otro heroico poema que se admira en Roncesvalles, y hallaba en las gargantas de los Cárpatos mayor armonía en la grandeza.

A sombra de estos montes se desplegaron con oprobio los estandartes de Roma que los bárbaros arrebataron a las legiones derrotadas. A salvar las doradas águilas de las astas acudiría Trajano.

Dos veces anunciaron los vigías su presencia. La primavera del año 101, el Emperador venía del Banato por la garganta occidental. Los emisarios de Decebal acorrieron a prestarle homenaje. De grado, el conquistador, piadoso, entraba en la capital sin verter gota de sangre. El Motezuma de los Cárpatos humillaba la frente a sus plantas.

Es entonces, en el triunfo apacible, cuando aparece su figura más viva que en los mármoles. Viéronle estas pendientes alto y tranquilo. Emperador, conducía los atributos del Imperio con modestia; soldado curtido en las batallas, llevaba con dulzura las armas. La serenidad de un alma justa resplandecía en la noble cabeza, que se inclinaba a un lado para desproveerse de arrogancia. Sonreían con bondad los labios sobre el mentón firme; transparecían en la mirada los movimientos de un alma supremamente correcta y dueña de sí, que a la prestancia varonil del cuerpo revestía de la serena majestad de la razón, a cuyo influjo las dotes del sabio se aliaban con las del guerrero, de suerte que aparecía modesto y firme, prudente y enérgico, sencillo y magnánimo.

El perjurio de Decebal le trae cuatro años después rodeado del espanto de la guerra. Atacaban sus huestes el puerto del Banato en tanto descendían los montes del Norte las legiones. Al ocupar el vencedor la ciudad la halló cubierta de cadáveres, muerte de la que brotaría la vida imperecedera de un pueblo.

El empeño que aquí funda y lega el provinciano es, a semejanza de la obra cumplida ya con etruscos, celtíberos y galos, articular a una raza esclarecida por Roma. Su gloria es ser el César de los Cárpatos.

Sobre el lugar, una pobre aldea, llamada Gradiste, mostraba en sus peldaños y columnas piedras de labra romana. Habían mudado el haz del suelo las ráfagas del tiempo. Sin embargo, a orillas del camino había una magna reliquia, el imperial anfiteatro.

¡Cuántas nubes, por siglos, lloraron el olvido sobre la arena y las gradas tupidas de maleza! Sin embargo, los asientos y pasadizos, que en sus días suspendían a sesenta mil espectadores, dibujaban sus filas, y aun se destacaba el balconcillo presidencial en que se sentaba el Legado de la Dacia.

Acudían a la mente las ruinas hermanas que están en el Sur de España, sepulcro de la que fué ciudad natal de Trajano. ¡Qué lastimero acorde componían en el mundo aquel montón de escombros bajo el sol de Transilvania con el otro hacinamiento de ruinas bajo el sol de Andalucía! A la voz que de una parte clamaba «¡Cayó Itálica!», respondía de la otra «¡Cayó Ulpia Trajana!» La voz de la elegía española que lloraba el hundimiento de la ciudad madre del Emperador celtíbero extendía su sollozo hasta su aniquilada ciudad hija.

En ambas era el circo calavera insepulta de la capital muerta. Con otros soles palpitó en las cuencas difuntas del de Ulpia Trajana la muchedumbre de la Dacia feliz. Procuradores de la provincia, regentes de las minas de oro y de las salinas, ricas familias dacias murmuraron en latín, entre dos combates, de las andanzas políticas que se cumplían en el Foro. Desde los vecinos montes, banderolas y fuegos comunicaban con la capital del mundo. Brincando las cimas, una nueva salida de los Cárpatos, llegaba en doce horas al Capitolio.

Sobre unos oteros amurallados por pobres bardales aldeanos se descubrían, en algunas hoyas, tabiques y pasadizos emparedados de adobes. Así imagino antaño, al pie del Palatino, las ruinas de Roma. De allí sacaba el vulgo vasijas, candilejas de arcilla que, alumbrando las noches de los romanos, se nombraban *lucerne*, losas inscriptas y bajorrelieves de legionarios. Testimoniaban los bloques un arte colonial rudo, pero nutrido de riqueza. Tomé en las manos un satirillo impúdico a cuya procaz desnudez el tiempo arropó de cardenillo.

Ante la espada conquistadora huyó la raza indígena a las afueras. En las aldeas encaramadas en los montes se pretendía que es donde se conservaban puros los trazos de la raza dacia. Toda prudencia en tales afirmaciones es poca. En el fondo, además, ¿importan tanto las razas? Confieso sentir alguna indiferencia por las sangres, un poco de materia, y bastante interés por las civilizaciones, un poco de alma.

La humanidad local por los aledaños de la antigua Sarmisagetusa era de tipo recio, bien construída, ancha

de pecho, el mentón cuadrado y los pómulos ligeramente salientes. Sin duda que el antiguo dacio fué hombre robusto, de cuya aspereza dejó vestigios en la lengua, contractando en sus consonantes el latín con son brusco y guijarroso.

En virtud del fabuloso poder de conservación de una raza aldeana, las mujeres conducían, según uso inmemorial, cuernos en la cabeza. ¿Procedía la tradición de los dacios? ¿Fué costumbre de alguna de las invasiones bárbaras que se repartieron la Dacia?

Lo cierto es que un grupo de mozas de un lugarejo de la sierra, a quienes pregunté por la antiquísima moda, respondieron, con muy buen humor: *Coarne? Acuma nu poarte decat muiere batrine.* «¿Cuernos? Ahora no los llevan sino las mujeres veteranas» (ancianas). En resolución, me presentaron en un corral a una viejecita aechando trigo. Destocada la cabeza del pañuelo, el pelo, dividido en dos crenchas, se hacinaba en innumerables hebras, que tendían a enroscarse en el nudo del moño, cubierto por una funda, debajo de la cual, tamaños como unos dedos, estaban los cuernos. Prestaban las astas a la buena anciana, asomándole del colodrillo, apariencia entre capril y demoníaca.

Ver a un segador por los campos era cosa de sorprenderse. Con su túnica y sus cabellos largos, su mancha blanca, ¿en qué se diferenciaba de la de los colonos de Roma? El traje popular rumano es el que mejor conserva la antigüedad clásica.

Mas no es sólo el traje. Tocad en la espalda a ese hombre para que se incorpore, y dirá, fiel a los Césares, mil años ha destronados: *Io sunt Roman.* ¿Tuvo a bien caer Roma? Él no se ha enterado; de espaldas a

las catástrofes, guardó los ojos clavados en la hierba.

Cuando el Palatino desaprobó la fundación trajana y las autoridades imperiales evacuaron la provincia, el segador, el labriego, el hombre arropado de blanco quedó sobre el suelo, sumiso a la ley derogada. Si en Transilvania se guardan los nombres de los ríos, como Prut, Seret, Olt, Maros, desde la antigüedad, y se pierden en cambio los de las ciudades, ¿no es esto la mejor prueba de que se extinguió la vida urbana, durando sólo la existencia campesina?

Pensando en la singular riqueza de las tierras de la antigua Dacia, creí descubrir la causa de lo que se presenta como hecho misterioso: la duración de la raza rumana sobre el suelo. En un país de colonos consagrados a la agricultura, el amor a la feracidad de sus tierras puso a prueba de todos los peligros a muchedumbres de pequeños propietarios, que optaron por sufrir cautividades antes de arrastrar el dolor de despegarse de sus huertos. ¡Labradores de las márgenes del Olt y de las llanuras de la Dacia superior, robustos leñadores de las cordilleras, vosotros preferisteis no acompañar en su destierro a las autoridades de Roma, que decidieron el traslado a una tierra áspera y fragosa, según era la Dacia Aureliana, hoy ocupada por los búlgaros; vosotros quedasteis apiñados alrededor de los Cárpatos en un paraje agrícolamente insuperable! ¡Si hubierais podido saber que el porvenir de los siglos estaba con vosotros! Quienes se fueron, a pesar de conducir consigo estandartes y banderas, desaparecerán tragados por los bárbaros.

Mas vosotros, pobres humildes que no dispondréis sino de penas y de miseria, seréis fuente inagotable de

una raza que al cabo de diez y ocho siglos rehará la Dacia malbaratada.

La Edad Media rumana fué sufrir en silencio morando en los montes con las alimañas. Desde esa ciudadela selvática se defendieron los supervivientes con peñascos y pastoriles porras.

¿Qué podía recordar a aquellas muchedumbres inmémores y abatidas la dignidad antigua, si ahora mismo nada lo atestigua? Borró la hierba la ambición más alta que alentó en la tierra.

Iluminaban los oblicuos rayos del sol cadente la desastrada ruina del anfiteatro. ¿Qué se hizo del designio de Roma de construir para la eternidad? ¡Cayó Ulpia Trajana!

Corrió en esto por el camino una turba de niños, diciéndose: *Vieni on qua.—Ascúltame.—Asta nu se poate.* He aquí vivas aún en los Cárpatos las palabras que importó Trajano.

Ofrece de conmovedor el destino rumano la ciega y heroica adhesión al afán del fundador. El mundo y la Historia abandonaron al caudillo, y, lo que es más, Roma misma le abandonó; quien no le abandonó nunca fué el humilde abandonado. Rutas y valles, desde las más afligidas centurias hasta nuestros días, lucieron el nombre al que la tradición aludía como al de un héroe nebuloso: *Calea Trajanului, Valea Trajanului,* el camino o el valle de Trajano.

Si saliendo del Paraíso, que mereció el gentil piadoso, hubiera venido a visitar en la Edad Media los parajes de su hazaña, ante el martirio de sus montañeses, la piedad le arrancara lágrimas. Durante miles de años su plan produjo la desgracia de un pueblo. Éste, con

todo, vive de su memoria, y en los alborozos de haberse libertado del húngaro, un compatriota obscuro y alejado le oía de labios campesinos aclamarse a sí mismo como el «pueblo de Trajano».

Con las brumas de la tarde, veía levantarse del valle la imagen de una nación nueva. Y era cierto: en la Rumania unificada se reincorporaba la Dacia rediviva, embargada de un amor por su fundador tan vivo, de un entusiasmo y un reconocimiento por él tan entrañables, que, a pesar de casi los dos mil años que nos separan de su venerable figura, no habrá probablemente en el mundo iglesia que celebre el culto de su patrono con el ardor que Rumania adora a Ulpio Trajano.

CAPÍTULO CUARTO

LLANOS DEL DANUBIO AL MAR

IV

Lo mismo que al remontar las llanuras que a Bucarest ciñen por el Norte se topa a la postre con oteros y montañuelas, nuncios de la gran cordillera, resbalando por las planicies del Sur descúbrense lagos y bahías dulces, heraldos del gran río. Unos y otros, cortejos son de los dos naturales soberanos del Levante: los Cárpatos y el Danubio.

Sube la raza rumana por el septentrión hacia las perspectivas alpestres, avecinándose al Occidente; desciende por el Mediodía hacia las costas danubianas y marítimas, en las que roe y agujerea su tierra el desborde de aguas.

Por el Oriente extremo de Rumania se respira la proximidad asiática. De este cabo son los rumanos, los Países Bajos de agua dulce orientales. Mas la Neerlandia levantina tiene una diferencia con la otra de Occidente, y es que, a trueque de la hacendosidad laboriosa con que el hombre ha dominado en el Rin la Naturaleza, está en el Danubio exenta de obra humana, y sus extensiones recuerdan los despoblados del continente americano.

Súrcanse aquí espaciosos llanos, por lo general hueros de árboles, colmos de cosechas; inducen los campos, tan feraces y dilatados, a creerse navegando en la

alta mar de un océano de tierra. Agítanse en superficial temblor los trigos y el verdor de las eras, cuyos tallos arraigan en entrañas tan fecundas, que la cizaña brota en las cunetas del camino, aventajando la estatura de un hombre.

Las perspectivas de Jauja no se interrumpen sino hasta el sitio y punto en que, rodeado de lagunas e inundaciones, como de alguaciles y corchetes, separa el Danubio, juez equitativo, la propiedad rumana del patrimonio búlgaro.

Apasionada y parcial muéstrase la Naturaleza en el reparto de ambas orillas: mima y acaricia en una al rumano, dándole posesión de una granja en la que habita regaladamente, como en el seno de un fruto blando y sabroso: que si madrastra fué con él la Historia, ella le compensa con predilección manifiesta. Del otro lado del río dió al búlgaro escabrosa tierra, que descarna ceñudamente su roca, con traza casi castellana, anacorética y guerrera, extremada en el corazón del antiguo Imperio de los Zares, en las Montañas Viejas, donde corre en una cava honda rocosa, a la manera del Tajo, el río Yantra y está asentada Tirnovo, ciudad que, en rústico, es lo que más se parece en el mundo a la imperial Toledo.

Merced a la desigualdad, distintos son los hombres a una y otra vera: el rumano, rumboso y festivo, amigo de tumbarse a la sombra florida de sus huertos; el búlgaro, ahorrador y taciturno, enérgico. También distintas son las cosas, porque los vestigios islamitas del Imperio turco asoman en la orilla búlgara, con melancolía dulce y elegantísima, en la aguja de los alminares, desde cuya baranda pregonó la voz del almuédano.

Llegado a estos parajes un viajero español que nos precedió en narrar sus pasos, el preclaro general La Llave, sorprendíase de que separara tamañas disparidades la barrera del Danubio, angosta a trechos, cuando, a juzgar por las diferencias que se advierten de una a otra orilla, se creería haber franqueado las espaciosas márgenes del Océano Atlántico.

Para un románico y occidental, la lengua y la escritura de la otra orilla balcánica, el tipo humano, los usos, todo aparece distinto, mientras que en Rumania nunca se tiene sentimiento de total extrañeza. Desde la margen búlgara, el poso oriental que hermana a los Balcanes se adensa. Tras la retirada de las autoridades otomanas que rigieron las provincias peninsulares, pobres creyentes en el Profeta quedaron por ellas rezagados. Así, hasta el embarcadero se acercan los cocheros de tez broncínea y barbas argentinas, ceñidas las cabezas, que en Alá fían, de vistosos turbantes. Rodando guiados por sus manos, contémplase la orilla rumana como un Occidente casi puro.

Si el Levante se acentúa en Rumania comparándola a Hungría y Polonia, parangonada con Servia y Bulgaria se intensifica en ella el Occidente. El tinte oriental rumano consiste simplemente en su arquitectura, que acoge motivos de Levante, como las blancas túnicas del popular aceptan los bordados orientales; en el bizantinismo religioso y en una cierta corrupción administrativa, oriunda del Bósforo. Justificada es la pretensión rumana de que debajo del Danubio comienzan los Balcanes. Alimentan, en consecuencia, los rumanos el prurito de estar desprendidos de ese racimo de pueblos; englobar a su nación en el dicho grupo es herir-

los en el amor propio. Niéganse, en suma, a acogerse a la cordillera, que no es suya, del Balcán, y se tienen a sí mismos por Carpáticos.

Tenía el Danubio por los días en que frecuenté sus márgenes, que eran los desastrados de la guerra, inhumano aspecto: no parecía sino que manaban las aguas en remotísima edad, cuando el hombre ahorraba su presencia en las cuevas; el barroso venaje del río se vertía virgen de toda quilla. Había junto al arruinado y desierto muelle de Giurgiu embarcaciones postradas sobre su flanco, en el que se picó con explosivo una vía de agua; otras barcas, completamente sumergidas sobre las aguas, trazaban borrosamente en el fondo la forma de su arruinada carroña.

En las márgenes, los pescadores hunden sus redes, remontándolas a contracorriente, cargadas de saltarines y menudos cautivos. Son hombres sobrios y silenciosos, que revelan una fortaleza hecha de parquedad anacorética y de resignada paciencia. De esta región, en buena parte, provienen la pesca óptima y el caviar que, en cantidades ingentes, consume Rumania, viviendo de frutos de agua dulce, ya que los del denso y no batido Mar Negro son de calidad desabrida.

Entre los golfos existen bahías, ensenadas, lagos y canales, predios temporalmente inundables. Al retirarse el caudal fecundante, en ellos mana la hierba, flor y nata del pastoreo, y los cereales opulentos. Miles de hectáreas, por la región de Calarás, abarca la húmeda vega. Serían estas regiones, sometidas a cabal cultivo, fuente de considerable riqueza. Falta, sin embargo, a Rumania el tomar posesión racional de este suelo, reglamentando el curso de las corrientes, suspendiendo

o acelerando los derrames y amurallando las pesquerías. En otros rincones del mundo intensamente explotados, obras de desecación y riego señorean con provechoso artificio a la Naturaleza. Pero son las del Danubio comarcas vírgenes.

Dilátase la vena del río por primavera y otoño y en la época del deshielo. De marzo a junio las lluvias primaverales esparcen las aguas por los vecinos llanos, hasta mojar los muros de las casas aldeanas, de cuyo interior salen los moradores en lancha, como en una Venecia campesina.

El borde del Mediodía rumano remata en apoteosis acuática. Orillan las riberas cañas, juncos y nenúfares, de los que se ensalza tupida volatería lacustre al atracar cerca la lancha larga del pescador con su aire desastrado e inolvidable.

Danubio abajo, la costa rumana no alcanza el Mar Negro, del que la separa la espaciosa lengua de tierra de la Dobrucha. La corriente del río, en vez de orientarse recta por el Mediodía al mar, remonta al Norte, dibujando los límites de la Valaquia. En consecuencia, veríase la nación privada de desahogo marítimo hasta la lejana costa de la Besarabia, de no poseer la Dobrucha, adversidad que los antiguos Principados unidos conocieron, siendo país exclusivamente terrestre, y que se renovó con ocasión de la paz alemana de Bucarest, en 1918, no contando el antiguo Reino, por unos meses, con otro respiro que el fluvial danubiano.

Lugartenientes del mar son los dos puertos de Braila y Galaz: ambos acogían la avalancha de granos que descargaban las cosechas rumanas. Agitaba el semicírculo del embarcadero de Braila el trajín de los

mercaderes que confiaban la mercancía a los ondeantes lomos del Danubio.

Es Braila ciudad nueva, que en la rivalidad de vecinos con el cercano y antiguo puerto de Galaz, le aventajaba ostensiblemente. Atrajo la feria de los muelles a numerosas familias judías, griegas, armenias, pues, en el Sur como en el Norte, el rumano, fiel a sí mismo, no cuida sino de intereses de propiedad rural, reduciéndose a expedir sus cosechas, sobre las que, apenas llegan a puerto, levantan los intermediarios fiebres de especulación. Toda labor se suspendió con la guerra: yacían a la sazón en desastradas vacaciones las maquinarias y los silos de los muelles, que el Gobierno rumano instaló en fecundos días.

A breve distancia hállase el antiguo puerto de Galaz, eclipsado un tanto por la juventud brillante de Braila. Ornanle antiguas memorias. La ocasión solemne que era en la existencia de los Principados la entrada de los Señores, venidos del Fanar, con destino a los Tronos, acontecía sobre los muelles gálatas, desde los cuales, en medio de la ceremonia bizantina que allí tenía lugar, el cortejo de los acompañantes del Príncipe exploraba con mirada ávida las tierras a las que confiaban sus esperanza de fortuna. Con sobrada frecuencia se renovaba la fiesta; las casas de Galaz se han empavesado de colgaduras y han saludado sus antiguos moradores con el oficial parabién a un nutrido desfile de Príncipes.

Portón por el que penetraba en la raza rumana la influencia oriental es la orilla del Danubio, y en ella especialmente el puerto de Galaz, que al ojo de la cerradura puede ser comparado.

Harto sabido es que en el Mediodía levantino no había otra claridad civilizadora que la griega o bizantina, de índole refinada espiritual y secreta, porque los griegos, que habían perdido su armazón política con la conquista del turco, se limitaban a sentir y mantener el legado religioso y civilizador, antiguo patrimonio de su deshecho Estado. Autoridades otomanas secuestraban los territorios que teatro fueron de las proezas clásicas o de las tradiciones cristianas, territorios descaecidos a la sazón de su renombre e independencia.

Cosa es por cierto notable que en la dilatada extensión del Levante, anterior a Rusia e inferior a los Cárpatos, la sola familia que se gobernaba por jefes cristianos era la rumana, con la particularidad de que en los últimos tiempos los Príncipes eran griegos de Constantinopla. Aconteció, en consecuencia, que apenas los arraigados patriotas griegos tenían ocasión de desplegar su poderío, a la manera de los israelitas en el destierro, rememoraban la perdida patria, muerta por los alfanjes, y apenas vadeado el Danubio, rodeábanse de la pompa, el rito, las palatinas ceremonias típicas de Bizancio antes de caer bajo la tiranía del turbante. Las postreras cortes bizantinas que en el mundo han sido no estuvieron instaladas a orillas del Bósforo, sino en los Señoríos de Valaquia y Moldavia, cuyos cargos, protocolo, hábitos, tradiciones, lengua, trajes, muebles, eran los de Constantinopla antes del turco. Hasta principios del siglo XIX duró, en resolución, este casual y extraño reflejo del Bajo Imperio. Al producirse brotes de vida rumana demuestran forzosamente haber embebido el oro litúrgico y cortesano del bizantinismo.

Misión no tan brillante aguardó al muelle gálata,

lonja de mercancías, en los días contemporáneos. A diferencia de Braila, que era sede de exportación de cereales, Galaz absorbía los importados productos, faena menos trabajosa, que bien se compagina con la serenidad que exigen los años.

Ábrese de nuevo a Rumania el Mar Negro merced al recobro de la Dobrucha y la Besarabia: el Danubio no delimita su mapa; las dos orillas del río pertenecen a la joven nación hasta donde el mar se descubre. Producen las llanuras por esta parte sensación de inmensidad; sin la intervención del viento aparecerían inmóviles; es en ellas el cielo protagonista; sus variaciones arrastran el alma, que se siente resignada, engrandecida y triste.

Por entre juncales se atisban herbosas y desiertas islas, al meterse el tren en el puente de Cernávoda, el mayor del mundo cuando fué construído, aventajado solamente por otro de la América del Norte, con posterioridad tendido.

Aguarda en él una sorpresa: recorrido por entero, se advierte que sus cabezas se aposan en dos tierras que geografía e historia quisieron desemejantes: de un lado están las jugosas hierbas y las aguas fecundas, por donde mora una población de cristianos viejos; del otro lado, la reseca vegetación esteparia, por la que se esparce un gentío otomano, habitantes de tez broncínea y trazos asiáticos, abandonado residuo de los días en que colmaba estos bordes el Imperio turco.

En efecto, esta faja oriental constituye unidad geográfica e histórica. Fué hasta 1878 provincia sumisa al Sultán, con autoridades, empleados, ejércitos, familias, colonos y templos mulsumanes. Estriba en esto

el que, a los soles de ahora, el alminar balcánico allí se incorpore entre agazapadas chavolas turcas y chozas tártaras.

Tiene además esta comarca un nombre que la Naturaleza y las andanzas humanas le confirieron, aparte de los terrenos vecinos: denomínase, en resolución, la Dobrucha. Y el puente de Cernavoda ata y ciñe al pecho bizantino de Rumania este colgante oriental.

Es la Dobrucha una altiplanicie esteparia que, del lado del Mar Negro, hacia el Oriente, desmaya en bancos de arena de poca altura, que el agua desmorona e invade en grandísimos lagos. Hay en su Norte una cadena de montañuelas o colinas, a la cual se le da a veces el excesivo título de Balcán de la Dobrucha, mostrando en sus cimas poco altaneras el granito descarnado, en tanto que sus laderas se pueblan de copudas encinas. A la derecha mano de estas regiones, acercándose al mar, dilátanse los caudalosos lagos que del síncope que tiene el río, al prevenirse de su acabamiento inmediato, se forman. De esta manera, aunque los lagos comunican con el vecino Negro por naturales puertas, como el aprisionado Ponto Euxino es mar curioso, que carece de flujo y de reflujo, los lagos, no barridos por las mareas, contienen sólo agua dulce.

En fin, es hacia el Sur la Dobrucha planicie estéril y monótona, con catadura de terrestre desierto exento de árboles y no regado por un hilo de agua, a cuya tierra quebradiza le basta el roce del viento para desprenderse en corpúsculos de polvo, que ciegan a modo de saháricas rachas.

Tierra de fogosa sequía el verano, sin embargo, en época de primavera suele recibir descomunales agua-

ceros, tras cuyo curso pueblan los llanos las silvestres plantas, tan lozanas y frondosas, que acreditan la rica substancia del abandonado suelo—cubriéndole de vistosa proclama por leguas y leguas, que en oleadas se agita—violetas, amarillas, o malvas.

Pero la humedad es el sueño de unos instantes y la sequía el despertar que dura meses. Junto a los poblados descuella la máquina de madera de una polea y de un torno, al que voltea el paso de una caballería, rodeando con sus cercos el brocal del patín, que atesora, a hondura inusitada, el agua, más preciada que la plata.

Hubo un Gobernador de esta provincia, bajo el régimen turco, que, comisionado por el Sultán para hacer la descripción de cuanto contiene, se expresó en términos dignos de recuerdo. Decía, pues, el señor Gobernador o Bajá, llamado Said:

«La Dobrucha entera ofrece caracteres de estepa: no se da con agua sino a sesenta u ochenta metros de hondura. La vegetación, casi por completo no existe; en cuanto a la que hay, es flora esteparia; accidentado es el terreno, y las colinas están cubiertas de roca. Hasta tan lejos como alcanza la vista, no topa con un árbol, por lo cual la atención solicitan innumerables rebaños de toda suerte de bestias, las más de las veces de caballos, de cabras y de otros animales cornudos, en especial de ovejas, de variadas especies.

»Soplan los vientos, por así decir, continuamente y con la mayor furia: comenzado el invierno en octubre, hasta fines de marzo no cesa de soplar el viento del Norte. Raramente cae nieve, pero cuando se abate tempestad de ella no pueden los pobres franquear los um-

brales de sus casas. Es durante el verano el viento del Sur el que se ensaña, y aunque algo menos fuerte, sopla con inusitada violencia, a punto tal, que derroca los alminares de los templos; la temperatura de la racha es tan cálida, que a través de ella se respira difícilmente. Dícese que durante las recias tolvaneras hase visto caer de la atmósfera granos de arena semejantes a los del africano desierto. Llaman los rumanos, en fin, a este viento *pobreza*, porque basta que sople media hora en mayo para que quede agostada toda la cosecha.»

Está la Dobrucha ceñida por el curso del Danubio y el Mar Negro casi en su entero contorno, de suerte que se halla a punto de ser una isla; mas se lo impide la faja de tierra que en su base la apega al Balcán, con lo cual geográficamente es península búlgara.

Por las regiones pesqueras del Norte, ora al borde de los lagos, ora en los oasis agrícolas que se encuentran en las peladas estepas, ya en pastoriles llanos, habita abigarrado mosaico de razas. La accidentada suerte del Oriente, en parte alguna dejó tantos testimonios como en Dobrucha, en la que dispares y aventureras tribus conviven sin renunciar a su propia familiar herencia. Hay en ella aldeas de variadísimas sangres, irreductiblemente fieles a los antepasados. A su vez, en las ciudades separa a las razas un curioso instinto, que forma sendos barrios: aquí, el tártaro; allí, el turco; acullá, el gitano; más lejos, el armenio, el búlgaro o el rumano. En Dobrucha se atisba la inclinación misteriosa de la Naturaleza, que cohesiona la sangre una, rechazando las varias.

Tópase por la región pesquera de los lagos con po-

blados que de la red y del anzuelo viven, pertenecientes a la curiosa familia de los lipovanos, de origen ruso, y separados del patrio océano eslavo por disensiones religiosas, ya que, a raíz de la renovación que en el Imperio fomentó Pedro el Grande, estos herejes del bizantinismo representaban el rigor ignorante y arcaico, debido a lo cual fueron perseguidos por la Iglesia oficial, persecución contra la cual los heterodoxos pusieron tierra de por medio.

Están arropados al pescar con las prendas típicamente rusas: los gorros de pieles y la blusa aldeana ceñida en la cintura, que la revolución ha divulgado por ser la guerrera de los soldados rojos. Cuentan a veces en sus aldeas con sacerdotes propios, y cuando de ellos carecen es el jefe de la familia quien mantiene el culto. Acérrima desconfianza sienten por lo extraño: para nada se fían del Estado, al cual procuran substraer los hijos, a fin de que no cumplan los deberes escolares, escondiendo cuidadosamente su nacimiento a los libros del registro, acto de inscripción que de mal agüero reputan, además de abusivo e intolerable.

Muestras hay, en la variada feria de sangres, tan vetustas como los gagauz, de quienes se dice ser descendientes de los Cumanos, mezclados a través de los tiempos con los rumanos.

Chamuscados por el sol, los acérrimos habitantes de la Dobrucha muestran en los rasgos del semblante, harto mejor que en un pasaporte, la procedencia asiática. ¡Cuán moza y hasta superflua aparece la civilización occidental en presencia de estos semejantes que no reaccionan sino a las cardinales emociones del hambre, la sed o la fatiga! La civilización es un capricho

divino, pero tan capricho como colgarse un aro de la nariz: ninguno de los dos es necesario para nutrirse, procrear y respirar con gozo.

De ver es una aldea tártara. Están sus casas, diminutas, por cierto, como tiendas de gitanos, amasadas con barro y cubiertas con techumbre de maleza o paja. Frecuente es hallar, asestados en el barroso muro, un palo enhiesto que sostiene la monda calavera de un caballo, alusión viejísima a la vida nómada, personificada en el animal conquistador y errabundo que, a manera de proa del guerrero, abría paso a la caravana en que las mujeres y los niños acudían. Están ahora los tártaros quietos, y la descarnada osamenta que fué arrogante y móvil cabeza del bruto es mausoleo de su grandeza muerta.

¡Los tártaros! Blande este nombre un poderío terrorífico, ante el cual los cristianos viejos de Europa huían en las perspectivas incendiadas de la Edad Media. El pueblo que obedecía a los Emperadores o Khanes, el que empuñaba el azote bélico, cayó en cerril ignorancia y esclavitud. No guardan sus hijos sino la tozudez de vivir, mezclada a imborrables resabios: continuadores son de la edad antigua; ajenos están a los movimientos y los vaivenes de los modernos imperios, incrustados en la tierra de su postrer aventura, bajo el cielo abierto de la asiática planicie, procreando hijos. A un cierto momento, sin embargo, dentro de sus casitas, tan pobres y sobrias, hechas como para ser abandonadas, igual que el cobijo de una cueva, al lucir de la escampada, escuchan la voz de los difuntos errantes y salen de la aldea, yerran y se van a establecer lejos. Vagan a la sazón pacíficamente, sin armas; el mudar

de los tiempos hizo que en vez de trasladarse en señores trashumen como siervos. Rige sus pasos la autoridad de la raza rumana, antaño caída ante sus aceros y hoy levantada hasta la civilización y la hermandad con los occidentales.

Junto a los poblados tártaros, que asemejan edificación de trogloditas, hay en la Dobrucha robustas aldeas, que hacen perfecto bloque en torno de la torre, pregonera del Occidente cristiano, y del arraigado hogar del poniente, en el cual los hijos se mantienen católicos o protestantes, según la ley de los muertos, siendo todos ellos germanos de sangre. Bordean los sajones con sus hacendosas viviendas, bien construídas y bien abastecidas de manjares, el litoral del Negro, prolongándose por todo el Sur de Besarabia, hasta Rusia, de donde a la Dobrucha entraron durante el siglo XIX, y especialmente a partir del año 1840. Encontrábanse, a su vez, en Rusia los germanos, a consecuencia de acudir a la invitación que les hizo Catalina II; mas descontentos del trato recibido en el nuevo país de elección, emigraron en grandes grupos con rumbo al Danubio, afincando en Besarabia, de la cual se propagaron a la vecina comarca danubiana. Allí se los encuentra, tan germanos como a sus abuelos los alumbró la antigua Germania, cuyo culto conserva su ensimismado hogar, en medio de la luminosa intemperie del Oriente.

Arlequín de pueblos es la Dobrucha: a los anteriores hay que añadir otros retazos: de armenios, griegos, judíos y gitanos.

Rozando con esta confusión se considera cuán baladíes son las divergencias étnicas en Occidente, amasa-

das como están las razas, de por siglos, en la artesa nacional de cada gran Estado.

La indigente estampa de un pastor rumano congregando con su dulce silbo a las ovejas resalta entonces sobre un fondo de imágenes de desastre, con horizontes fogueados, por los que corren ensangrentados los hombres. Umbral para bárbaros, la Dobrucha fué corredor o pasadizo de invasiones.

Adrede se dejó de enumerar entre los pobladores de Dobrucha a dos familias cristianas que entre sí mantienen rivalidad de derechos sobre su posesión: rumanos y búlgaros. Trátase de una disensión testamentaria, ya que al ir haciendo entrega de sus bienes el moribundo turco entró Rumania en posesión de la estepa vecina al Mar Negro, a trueco de la cesión de su Besarabia, íntegra, al Imperio ruso.

Ocasión fué ésta en que el ánimo del joven e inexperimentado Estado se puso a prueba de las humanas ingratitudes. Su ejército, capitaneado por el Príncipe Carlos de Hohenzollern, habíase conducido brillantemente durante las hostilidades, y en recompensa el aliado moscovita le desposeía de las provincias de Besarabia que permanecían en poder rumano: ¡ingrata paga de generosa conducta!

Fué aceptado el canje por Rumania con lágrimas y con secreto despecho: estado de alma poco propenso a considerar los beneficios que la aguardaban al prolongarse hasta la orilla marítima.

Habíase para entonces demostrado la importancia que en la vida de los modernos Estados tenía la desembocadura al océano, boca de respiración al mundo. En los nuevos destinos de los recién unidos Principa-

dos de Valaquia y Moldavia, encerrados hasta entonces en tierra, abríase una era nueva, en la cual la joven nación, a lomos del mar, esparciría el alud de sus cereales.

Alguna voz solitaria se levantó, sin embargo, invitando a la conformidad, como la del clarividente patriota Krezulesco, quien puso ante los ojos los harto ricos dones que la nueva provincia traía en las manos. ¡Cuánto erraron los descontentos! Inagotables fueron los beneficios que Rumania obtuvo de este su nuevo borde levantino, que el Asia invade, vagando a sombra de los alminares, en sangre de tártaros, turcos, kurdos y gitanos. No manteniendo ninguna de estas razas pretensiones manifiestas sobre la Dobrucha, queda la cuestión reducida a los Estados vecinos, herederos del otomano.

Años después de la posesión de la Dobrucha por Rumania, profesores y publicistas búlgaros aludieron a los derechos y aspiraciones que su renaciente nación tenía sobre el contiguo país dobrucheano, aspiraciones que no tomaron tono desabrido hasta las alarmas del comienzo del siglo xx, que se despejaron con las guerras balcánicas.

En efecto, exacerbadas en Bulgaria las pasiones, definióse el ideal de la Bulgaria grande, consistente en amurallar con sus fronteras los territorios conquistados por sus Zares. Abarcaba este ideal la íntegra Dobrucha, reivindicada contra los rumanos; la tierra macedónica, arrancada a los griegos, así como las regiones de Nish y Timoc, recuperadas de la ocupación servia. El régimen secular de paz en que habían vivido búlgaros y rumanos cesó por causa de la provincia en discordia.

Vióse en otro rincón de estas hojas el desencadenarse de los hechos, que permitió a Rumania ensanchar la Dobrucha con la anexión del cuadrilátero, acto que, por haber herido en lo vivo al sentimiento búlgaro, originó atroces represalias al invadir las tropas del Zar de Sofía el Mediodía rumano.

Adjudicó la paz germánica de Bucarest, de 7 de mayo de 1918, una buena porción de la Dobrucha a Bulgaria, la cual divulgó a campana herida sus derechos seculares, recrudeciéndose más que nunca sus pretensiones y haciendo valer, como de pasada, la preponderancia política e intelectual, varias veces secular, de los búlgaros ejercida sobre los rumanos. Es juicio del búlgaro Sr. Ychircov que «todo lo que es balcánico en la vida religiosa, social y económica de los rumanos es, ciertamente y sobre todo, búlgaro». Antes de conocer la expuesta opinión, por algún recodo de la jornada tuvo el amable leyente ocasión de encontrar nuestro modesto juicio.

Separemos, sin parcialidad, las verdades que en esta reyerta andan mezcladas. Para comenzar, parece lo natural saber cuál de las poblaciones de las distintas razas que moran en Dobrucha está a la cabeza por su numérica importancia. Responden los números a esta cuestión con certeza que ni los búlgaros ponen en entredicho. La población más numerosa de la Dobrucha es rumana, siéndolo a extremo tal que se equipara sola y sobrepasa a la de todas las demás nacionalidades reunidas, o sea a la suma de turcos, tártaros, búlgaros, lipovanos, sajones, judíos, gitanos y demás moradores. Cífrase la población en cuatrocientos veinte mil rumanos, junto a sesenta mil búlgaros, lo que decir quiere

que el sesenta por ciento es rumano, desproporción que asimismo se observa en el área de expansión de ambas razas, no llegando el terreno ocupado por los búlgaros a un cuarto del habitado por rumanos. Un plebiscito de elección nacional, en consecuencia, daría una votación triunfal a la opción rumana. De ahí que los búlgaros rechacen tal solución, esgrimiendo el argumento de que la actual mayoría rumana es artificiosa, como creada por el Estado ocupante de la Dobrucha a partir de 1878, año en que el Congreso de Berlín le descorrió las puertas de allende el Danubio, penetrando él en país de colonización ni más ni menos que en un Argel o Tripolitania vecinos.

Habla en parecidos términos la opinión búlgara, haciendo resaltar la diferencia de lo que, en cambio, para ella significa la Dobrucha, que no es una parte cualquiera de la Bulgaria grande, sino precisamente la cuna del Imperio, pues cuando llegó la invasión de su raza a Europa, en el año 679, la primer organización de Bulgaria se fundó en el Norte, que geográficamente constituye una unidad de topografía y clima con el resto búlgaro.

Recogidos con limpia intención los argumentos búlgaros y puestos sobre el mapa de razas de la Dobrucha, compuesto, por cierto, en Alemania, se observa que la mayor parte está tachonado del color indicador de la nacionalidad rumana, que forma extensiones dilatadas y macizas. Por otra parte, la mancha anunciadora de la sangre búlgara no compone sino apenas tres grupos, que a poco espolvorean su población, la cual aparece en el mapa representada por rayitas transversales. Con los ojos fijos en el documento etnográfico,

es de preguntarse si es posible que un país de colonización se encuentre, en menos de medio siglo que dura la instalación del ocupante, tan lleno de la población de éste, que constituye la indiscutida mayoría de la tierra. Sería en los anales de la colonización un prodigio. Con ser importante, no llega a tanto el hecho al que los búlgaros prestan tamaña consideración, cual es el de la extensión administrativa y política del Estado rumano por la Dobrucha. Puede esto haber alterado el asiento profundo de las razas de la provincia; pero cuán anterior es el rumano a este incidente contemporáneo lo demuestran pruebas de que desde la remota Edad Media la Dobrucha fué desahogo natural de pastores y agricultores rumanos. Atenidos a las declaraciones búlgaras, chocamos con el absurdo de que un pueblo improvise en cuarenta y cuatro años su estancia en una tierra de ocupación, con tanto acierto, por otra parte, que presente al viajero lejanas tradiciones locales, añejas canciones del país y proverbios que le acreditan de morador antiquísimo.

Acudiendo a imparciales testimonios, como el del Gobernador ruso de la provincia, jefe del ejército de ocupación de la Dobrucha en ocasión de su liberación del turco, se encuentra que en la estadística que compuso incluyó mayoría rumana. Sobre esta base apuntada por el militar eslavo, no falseada, sin duda, por los manejos del Estado, es de pensar en el resultado a que llegaría la raza humana, teniendo en cuenta su fecundidad, en parangón de la cual los conejos son estériles, fecundidad que es un poco la del pobre, para quien el único mueble de uso gratuito es el lecho. Sin duda que el crecimiento de población del reino se derramó, en-

tre otras direcciones, hacia la Dobrucha, con el resultado de que desde 1882 subió allí el nivel rumano. Finalmente, el año de gracia de 1915 los rumanos eran, incontestablemente, cuatro veces más numerosos que los búlgaros.

Más grata de escuchar que las controversias es la sosegada voz del viajero, quien, ajeno a nacionalismos, narra escenas de andar y ver. En libros de tal laya, desde el siglo XVII se apunta la presencia en Dobrucha de aldeas populosas de valacos. Luego, el monje Parthenius, griego de raza, después de haber residido en Moldavia, se internó el año 1839 por la Dobrucha, en ruta para el Vaticano bizantino de Oriente, el monte Athos, y a medida que peregrinaba apuntaba en sus papeles que las regiones de tránsito hallábanse habitadas por «aldeanos llamados rumanos que hablaban la lengua valaca». «Son estos aldeanos—agrega—buenos y acogedores, como no encontré iguales en el curso de mis viajes.»

Impresionaba al buen fraile la pobreza de los campesinos. Las iglesias de sus aldeas eran «barracas de madera embadurnadas de fango»; su agujereada techumbre «no estaba coronada por una cruz»; no existían en el interior otras imágenes que «iconos de papel».

Sorprendido Parthenius de hallarlos tan indigentes, les preguntó la causa de su espantosa pobreza, y obtuvo de ellos esta respuesta, que consigna: «Dios nos castiga: desde hace siglos *nuestro país* está en la frontera, y las guerras son frecuentes en estas regiones: cada diez o doce años tenemos una nueva». Terminaban de hablar los aldeanos de Dobrucha con un

rasgo de esperanza: «Dios tendrá piedad y enviará a la Rusia para salvarnos del yugo turco».

Coinciden las impresiones del monje viajero con la de otros excursionistas del siglo XVII, y todas ellas se avienen con las de los modernos viandantes.

Ofrecen el porte y tipo del campesino rumano de Dobrucha aire de viejísima raza, indígena secular en el suelo, lo mismo que acontece en los países de tras los montes, antaño rebordes de la Corona húngara. Sello de ancianidad es lo que le distingue del resto de colonos de otros pueblos, sajones, rusos o búlgaros, quienes en trajes y costumbres no se remontan sino a un ayer poco alejado de los contemporáneos. Abundan las tonadas populares rumanas que aluden a sucesos acontecidos mucho tiempo atrás, corroboradas por tradiciones y proverbios.

La toponimia rumana, que es, después de la turca, la más extensa e importante de la Dobrucha, presenta en los nombres de varios pueblos, colinas y valles desinencias arcaicas de la época de las infiltraciones eslavonas en el rumanismo, con lo cual dicho se está que el bautizo de los lugares ocurrió bastantes siglos hace.

Los alcores, bosques, caminos y arroyos, las aldehuelas y vegas que ostentan nombres rumanos pasan de un millar, mientras que el número de sus equivalentes búlgaros alcanza apenas la treintena. Precisando el punto de toponimia, espejo leal del pasado, hay en Dobrucha dos mil trescientos treinta y ocho nombres tártaros, mil doscientos sesenta rumanos, ciento cuarenta y cinco rusos y veintiocho búlgaros.

Estimulan los pasados hechos a desentrañar las genuinas andanzas de la Dobrucha. Reposando en su uni-

dad geográfica, este país tuvo desde el origen personalidad distinta, y el nombre que los antiguos le dieron, de Escitia Menor, aislábale de las tierras aledañas en días del auge grecorromano, y con ese título está en los anales de los clásicos.

A fe de ruinas y documentos, por los siglos en vísperas de la Era cristiana, colonias jónicas y dóricas establecieron sus factorías en la costa que orillaba el Negro. Tales familias griegas, guardadoras de sus tradiciones, ajustábanse al comercio de la mercancía, no mezclándose con el bárbaro lugareño, quien desde la venida del escita, como después, a la llegada del dacio, no debió diferir sensiblemente en sangre del resto de los aborígenes rumanos.

Al ensalzarse el poderío de Roma, la Escitia Menor fué sistematizada en el metódico armazón cuya cabeza reposaba en las siete colinas. En parte alguna del territorio rumano se halla como en la Dobrucha, excavando el suelo, profusión tal de monedas, inscripciones, estatuas y sepulcros de la época romana. Acreditando el talento organizador de la Metrópoli están las murallas de tierra que cercan a Costanza, tradicionalmente llamadas murallas de Trajano, las cuales dan tema a la controversia de si por el Emperador español fueron alzadas o por alguna horda invasora, según pretenden los búlgaros. Lo que no da lugar a dudas es que junto a una reducida aldea turca, llamada Adam Klisi, que se encuentra enclavada a treinta kilómetros de Mejedie, encuéntrase el ingente monumento fraguado en honor del conquistador Ulpio Trajano, del año 108 al 109, que los rumanos conocen con el nombre de *Tropaeum Traiaini,* el trofeo de Trajano. Herma-

no gemelo de la columna del Foro, homenaje es a una fama que llenó el mundo, y consiste en una rotonda de piedra, con aires de gran mausoleo, que quizá sirvió algún día de espantajo a los bárbaros. Los muros estaban enlosados con metopas que representaban motivos de lucha, y a la cima coronaba una cúpula, en la que se erguían, signo de dominación, los arreos del legionario, coraza y casco, atravesados por un aspa de lanzas. En la actualidad la obra está descascarada y maltrecha.

Al contrario de los griegos, que se limitaron a bordear de mercaderes las riberas, los legionarios romanos ocuparon la íntegra provincia, desposándose con las mujeres del lugar y esparciendo los hábitos y la lengua de Occidente. De bastante más tiempo dispusieron en la empresa que no el que tuvieron sus compañeros de armas en la vecina Dacia, pues cuando el oficial abandono de ésta quedaron años asaz los milicianos de Roma guarecidos detrás de la trinchera acuática que les brindaba el Danubio.

Cuando la abridora de rutas, la fundadora de poblados, que regía en el litoral a una población que conversaba en griego, cuando la Metrópoli, en suma, abandonó la partida a los bárbaros, aconteció, de un lado como del otro del Danubio, la escena de que, mientras los asaltantes pillan e incendian, se desparraman los moradores de las capitales, dejando a las urbes con sus muros vacíos de aglomeraciones urbanas, conchas hueras. Fué en el campo donde el natural se adhirió a la tierra de sus sufrimientos. Los humildes romanizados del lado del Danubio al Negro, hermanos de los otros herederos clásicos, caídos en orfandad, de la parte del

Danubio a los Cárpatos, debieron de mezclarse, en el rigor de las adversidades, a través de ambas orillas.

El año 678 las hordas búlgaras de Asparuj quebraron los vestigios de la dominación imperial; la expedición de asiáticos, que transcurrió por la Dobrucha como a través de un corredor o pasadizo, se internó en la antigna provincia romana de la Dacia aureliana, o sea la Mesia, ocupando la parte Noreste de la península, donde radica hoy la Bulgaria.

Los tres Imperios fundados por los búlgaros, seguidos de los síncopes que postraban a la raza en la impotencia, según las pretensiones búlgaras, alcanzaban desde el Mar Negro al río Tisa, mas no han dejado evidencia alguna en Dobrucha. De ser cierta la pretensión de que en esa comarca, su cuna nacional, se aposó el embrión de su Estado, ¿en dónde está la antigua toponimia, en qué parte los arcaicos poblados, y, si no las toscas piedras, al menos el pobre puñado de monedas en ese suelo desenterrado que lo acrediten? Porque esta desaparición absoluta del testimonio búlgaro es inexplicable.

Harto mejores títulos al dominio de Dobrucha exhibe en sus crónicas el Imperio bizantino, dueño que fué en la Edad Media del litoral del Mar Negro, en beneficio de sus diligentes mercaderes, para seguridad de los cuales enviaba regularmente expediciones de soldados, que salvaguardaban las rutas y encrucijadas del pillaje, apoyando, en resolución, la tal empresa en su flota poderosa, pujanza de que siempre carecieron los búlgaros.

Al perder el Imperio bizantino su flota el año 1200, cedió el litoral de la Dobrucha a los activos y a la sa-

zón flamantes genoveses. Tierras adentro de esa región, los archivos de Bizancio dan fe de que ya en el siglo XI, cuando el poder imperial decae, existían jefes indígenas de nombres esiavos y valacos, semejantes a los de los otros Señoríos rumanos de allende el Danubio.

Habiendo, pues, el Imperio bizantino cedido titularmente la región de la costa a la República de Génova, otorgó el interés de la provincia en feudo, en 1350, a Dobrochich, déspota dependiente directamente de Bizancio, quien la poseyó y gobernó por el espacio de cuarenta años, legando para siempre su nombre al territorio apellidado por los clásicos Escitia Menor, y que desde Dobrochich se llama Dobrucha. Tiempo ocioso el perdido en disputar sobre la etimología de la provincia, pelea hasta hace poco indecisa, atribuyendo el nombre, quién a filiación turca, y quién a búlgara.

En pos de la dominación de Dobrochich entró en propiedad de la Dobrucha, por la fuerza de las armas, el señor valaco Mircea el Viejo, para reinar sobre ella breve tiempo, mientras por ese año de 1393 se aniquilaba el Imperio búlgaro, desmoronado por los alfanjes turcos; muerte civil de la cual no resucita la nacion sino en 1878, como fruto de las guerras de liberación de los cristianos balcánicos.

A finales del siglo XIV izó, pues, sus enseñas el Creciente otomano en la Dobrucha, aprestándose su dominación militar a encastillar fortalezas de defensa en las vecindades del Danubio, para asegurar sin enojosas alarmas el trasiego de los soldados que iban a hacer rostro a sus enemigos del Norte. Fué la Dobrucha para el turco muralla en que paseó la guardia; para asegu-

rar las rutas colonizó los lugares de tránsito con elementos propios y con tártaros mahometanos traídos de la Crimea. De resultas de ello, los vestigios románicos de la provincia, a quienes diezmó la remoción bárbara, fueron ahuyentados hacia el Occidente danubiano, a cuyas praderas, desde edad remota, descendían los pastores rumanos de lo alto de las vertientes carpáticas; trashumantes llamados los *mocani,* que, a semejanza de lo que en días contemporáneos acontece, se acomodaban a vivir sobre el suelo con carácter estable, constituyendo poblados que del pastoreo y la labranza vivían.

En los documentos rumanos, apenas éstos se producen, o sea en los siglos xv y xvi, se mienta a los señores reinantes, que volvían de sus incursiones a la otra orilla de Dobrucha con numerosa grey de rumanos, salvados así del cautiverio turco.

Lejos de ser una empresa moderna de Estado la rumanización de la Dobrucha, según pretenden los búlgaros, es, pues, un derrame natural y antiquísimo de la fecundidad de esta raza, que cuenta, según queda dicho, entre las más fecundas.

Cuando acreció la emigración rumana hacia el otro lado del Danubio fué durante el siglo xvii, a consecuencia de las contribuciones abusivas, que agotaban al popular, quien allegaba los recursos con que pagar el atropellado desfile de señores, que al abrigo del Trono granjeaban caudalosas fortunas.

En rigor de verdad, todo parece ocurrir en Dobrucha como si el búlgaro estuviera de ella ausente hasta el siglo xix. Viajeros que por ella transitan antes de esa época no mencionan a esta raza. De suerte que ori-

gina sospechas, al menos, la aspiración nacional de Bulgaria a reivindicar la provincia como fragmento de un territorio que desde el 679 hasta 1393 señoreaba el Zar de manera constante, íntegra, total, y no con autoridad titular, sino efectiva. Parece seguro que con frecuencia las armas búlgaras se derramaron por la provincia dobrucheana. Pero menester es recabar el que las armas no pueden ser título suficiente, si detrás de las espadas no ocurre el asentamiento, humilde, pero duradero, de los hogares de una raza que arraiga en un suelo.

Ahora bien: el establecimiento de los búlgaros en la Dobrucha es casi contemporáneo, según testimonios incontrastables. Afirma el Sr. Miletitsch, autor búlgaro, lo siguiente: «Creer en la existencia en Dobrucha de una antigua población búlgara sería querernos engañar nosotros mismos». En el Norte de la comarca, donde los nombres de toponimia búlgara son escasos, sucedió el advenimiento por lindar la región con la frontera de la Besarabia, a la cual provincia, entonces rusa, habían los búlgaros acudido en calidad de colonos agrícolas, al calor de las afinidades eslavas, que el Estado ruso cultivaba como procedimiento para desnacionalizar la Besarabia, de todo tiempo rumana. Por la parte del cuadrilátero, o sea al Sur, penetraron, procedentes de los Balcanes, antes de 1878. Mas el grueso de la inmigración búlgara se internó en Dobrucha a partir de 1882, como resultado de la aplicación de la ley rumana del reparto de tierras entre los campesinos residentes en el país, sin distinción de razas, que hizo propietarios a los búlgaros allí moradores. Los lotes adjudicados fueron tan espaciosos que, resultando im-

posible para el cultivador dar abasto con la faena, solicitó brazos entre sus deudos o conocidos de la aldea de sus orígenes, de la cual los aspirantes a propiedad se trasladaban, al tentador llamamiento.

Esos parajes de agrupación búlgara lucen apellidos de procedencia turca o tártara: que al ocurrir el decaimiento político de la Media Luna y la dispersión consiguiente, que clareó vacíos de despoblado, produjose la superposición búlgara sobre el solar de los antiguos vecinos: éstos dejaron como vigía de protesta y mantenedor del ayer muerto el nombre extranjero.

¡Fatal desgracia la que aqueja al Oriente, de ser aún por muchísimos años el rincón del cielo de Europa en que se amasen las tempestades! Porque la carencia de Estados secularmente constituídos hace que toda linde sea indecisa, dando con ello lugar a la aglomeración de apetitos, que se desgarran, apenas ocasión medie, en conflictos y guerras. Y no es permitido fingirse un porvenir más risueño que el pasado.

En fin, para rematar la disensión enojosa: asisten al búlgaro razones de hermandad geográfica y de vicisitudes históricas entre su patria y la Dobrucha, subyugadas ambas al turco, además de ciertas pretensiones imperiales casi indemostrables; mas del lado rumano está la mayoría gigantesca de su raza.

En 1878, internándose las tropas y los funcionarios de Rumania por la Dobrucha, tomaron posesión de una estepa. Colonizar al polvoriento desierto, desbaratado por la incuria de quinientos años de ocupación turca, era empeño para arredrar a cualquiera. No así a Rumania. Como quiera que uno de los esenciales rasgos del rumano es la esplendidez, gastó el Estado, a mano

abierta, sumas colosales en obras de ingeniería, en el levantamiento de puertos, habilitación de puentes, apertura de escuelas, trazado de caminos y vías férreas, urbanización de barriadas orientales y creación de públicos edificios. Una antigua nación hubiera procedido con menos brío y juvenil confianza. El resultado fué que años antes de la guerra grande el Occidente prolongaba por los caminos de hierro, hasta el borde del Mar Negro, en Costanza, sus opulencias y refinamientos. Especulando sobre cereales o importando manufacturas, levantábase en esta parte riquezas sólo comparables a las adquiridas en países coloniales. El auge que en Dobrucha se produjo no tiene par en sus anales.

Cierto es que en la empresa de adecentar el legado del turco el rumano no pudo calar muy hondo, y que apenas el viajero se aventura más allá de las líneas de trenes, brinda el cuerpo de pasto a la voracidad de indómitas fierecillas.

Mimó con especial esmero Rumania, en la colonización de Dobrucha, al puerto de Costanza. En días del turco llamóse el poblado Kustinje, y fué mísera barriada de pescadores la que hoy, con el nombre latinizado, es capital de la Dobrucha. Ahí, con mozos bríos, aderezó Rumania un semblante de vida moderna. Ninguno de los países de so el Danubio hubiera acertado a hacerlo con gusto tan sincero de Occidente, y, por añadidura, en tan breve tiempo. Acertadamente está elegido el sitio como respiradero al mundo. En consecuencia, para el puerto zanjáronse comunicaciones, alineáronse calles, dragáronse bajios, amurallóse el mar, aprestáronse grúas, ahoyáronse silos para embol-

sar cereales, con lo cual la antigua barriada turca se trocó en el segundo puerto comercial del Mar Negro, que de lejos, pero con aliento, seguía las arrogantes huellas de Odesa.

Penetrando en Oriente en el tren directo Bruselas-París-Costanza de antes de la guerra, había que reconocer que con la dirección rumana en Dobrucha triplicóse la extensión del haz cultivado de la estepa; germinaban ya los primeros brotes de industria, y especialmente cundía, a la manera de inundación, el oro, espumado de los cereales.

No era que Rumania fuese de los pueblos de Oriente, con excepción de Rusia, el más rico; es que además gozábase, gastando para Dobrucha, en quebrarle los ojos a algún envidioso que en la vecindad tenía.

Frecuente es en el rigor del crudo invierno que las ciudades de Braila y Galaz entumezcan sus puertos, por causa del hielo del Danubio. La ruta desembarazada entonces hacia el exterior es Costanza. Interés, ambición y estímulos de rivalidad aguijaron al ánimo rumano a hacer obra en la antigua Escitia Menor, por lo cual la existencia de esta región giró en redondo, y de estar de espaldas al mar, distraída, amodorrada en el régimen militar turco, su vida se encaró hacia la costa, trocándose en la portalada marítima de Rumania. Las ventanas de la morada rumana se abrieron de par en par, por Oriente, hacia el Mar Negro.

Diéronse cita en la ciudad las razas de la comarca. Miniatura del país, componen Costanza barriadas en las que junto a rumanos y griegos y armenios y albaneses hay tártaros, gitanos, turcos y kurdos. Por los arrabales, la decaída turba de asiáticos desplegaba an-

tes de la guerra sus blancas telas y sus multicolores guiñapos, entre tufos de aceitosa cocina e inmundicia, que olfateaban, a la husma, igual que en Constantinopla, los perros vagabundos. No sin razón el proverbio reza: «Donde hay muchos turcos hay muchos perros».

¡Arrabal de Costanza! ¡Langaroso Oriente que gusta de los colorines! Con todo, por vía de afinidad románica, el señoreo de los rumanos nos introduce en el seno de un mundo remoto, y no sin rara delicia se escucha a un romance hermano sonar familiarmente junto a las aguas tristes del Mar Negro.

Los deliciosos cantares del pueblo rumano son inspirados en los llanos, como lo son en las montañas. De esta suerte expresa su dolor un viudo:

Vara vine, iarna trece,
N' am cu cine mai petrece
Si cu cine am avut;
Vai de mine! l' am perdut;
L' a mancat negrul pamint
La biserica 'n mormint.

Viene estío, marcha invierno,
No he con quien gozarlos más
Que aquella con quien solía;
¡Ay de mí! que la he perdido;
La ha comido el suelo negro
Del sepulcro de la iglesia.

A pesar de mil años de catástrofe, aun vive Roma en el Ponto Euxino.

El dulce Ovidio lloró en Costanza, nombrada entonces Tomis, el abandono de las elegancias de la ciudad y corte del mundo. Quien encareció los primores del sabio amor, los esmeros del corporal cultivo, el cantor, en suma, de los «cosméticos», conoció la desolación de los yermos. De esta suerte lloraba con voz lamentable: «Yo, que languidezco en las desembocaduras del Danubio. ¡Ah!, no se ven sino tierras desnudas, sin som-

bra, sin verdura; no se conoce aquí primavera ni otoño, ni se cosecha ni se vendimia. No se oye jamás el gorjeo de los pájaros; el campo no parece sino continuación del océano. Que se mire el Mar Negro o la tierra firme, no se ve sino la llanura desnuda y ondulada. ¡Cuán triste espectáculo para los ojos hechos a la graciosa naturaleza de Italia y a gustar del ramaje de las quintas romanas!»

Identifícanse las descripciones de Ovidio cruzando el erial enjuto que ciñe a Costanza. Tampoco a la sazón con nada topa la vista en la llanura del mar ni en el océano de tierra. A los bárbaros de antaño, peludos dácios, reemplazan otros venidos del corazón de Asia, de tez cobriza y pupilas de ébano. Nada de esto sorprendería a Ovidio; lo que sí habría de intrigarle es que al cabo de años mil se mantenga en pie un pueblo que con amor recaba su descendencia de Roma, y, sobre todo, lo que al autor de *Los Tristes* dejaría perplejo es que en la comarca de su destierro, de la cual dijo que a ella «ningún mortal feliz debiera nunca acercarse», se le haya levantado una estatua, desde cuyo pedestal sigue contemplando el paisaje de sus tribulaciones. Hay amores excesivos, cariños que comprometen.

El flujo de civilización occidental, que por intercesión rumana bañó la blancura agarena de las bajitas casas de Costanza, disturbando con su brusquedad a los alminares pensativos; el tropel financiero de Occidente, que sacudió los polvos de Levante, malhumorando al turco, que cubre su cabeza tozuda con el bermejo fez y enrosca sobre las anchas bragas su luenguísima faja roja; la pléyade de elegantes a la moda de París, que paseaban con las vistosas cortesanas; el mundo, en fin,

de antes de la guerra, que asomaba a contemplar los barrios de Costanza, como si fueran las entrañas de la Arabia, evaporóse, desapareció con la retirada de las tropas rumanorrusas en 1916.

Grande sería la saña con que acometerían a Rumania los invasores del Sur, los Imperios aliados de Alemania, Turquía y Bulgaria, cada uno de los cuales creía guardar una afrenta que reparar a brazo armado. Caldeaba al resentimiento búlgaro la pretensión de recobrar la Dobrucha, tomando una revancha de dulce venganza contra la guerra de 1913; no menor era el encono de los alemanes, ocasionado por lo que ellos reputaban la deserción de sus antiguos aliados; reforzaba a ambos odios el de los turcos, ansiosos de pisar la marca del Imperio de sus abuelos.

Están los sufrimientos de Costanza entre los más rudos de la guerra en Oriente. De labios de familias fugitivas en el triste verano de 1916 recogí la descripción de la huída de los aviones germánicos, que desde el cielo arrasaban con fragor espantoso el caserío del pueblo. Parece que al huir por las rutas, a pie y en carro, conduciendo muchas veces a cuestas lo que llevar podían del ajuar, la aglomeración era tan densa, que los vehículos, durante largos trechos, tenían que seguir el paso de los caminantes.

El anterior rodar de la artillería y de las máquinas de guerra de tal suerte había desnivelado las carreteras, que hociqueaban los automóviles por ellas a la manera de faluchos en mar brava, parándose a veces, empotrados en una charca. A todo esto, cerníanse pavorosamente en un rincón del aire las escuadrillas aéreas del enemigo.

Refugiados los fugitivos en Yasi o en otras partes de Moldavia, mal alojados, sin ropas, sin muebles, ocasión tuve de presenciar la desgracia, que el humor y la costumbre hacían pintoresca. Cuadro era que no se olvida. Había que ver a aquellas familias de comerciantes, ayer en relativa opulencia, habituadas al alarde de alfombras, tapices y ropas, y a la sazón alojadas en una cabaña aldeana, vestidas con burda lana militar y no teniendo otro lujo en la vivienda que cuatro sillas, una mesa, un armario y unos pocos paquetes de comestibles.

Conocemos de cierto a qué sabe pobreza cuantos pasamos en Oriente la guerra grande.

Hondo quebranto dejó su zarpa en Dobrucha, cuya capital quedó arruinada, chamuscada, saqueada y casi desierta. Durante la ocupación búlgara y turca, la soldadesca arremetió a pillar las moradas, de suerte que al cabo de un año quedaron las estancias interiores como hoyas de gruta, hueras de todo mueble, polvorientas, despojadas de los batientes de puertas y ventanas.

Aniquilóse el comercio: el puerto renombrado del Mar Negro yacía difunto. Restañóse la vena que regaba en Dobrucha el lujo del Poniente; el puente monumental de Cernavoda continuaba roto; vacaban, llenos de hierba y con los postes de telégrafos talados, los caminos de hierro; rodaban, empujados por pobres locomotoras asmáticas, escasos trenes de pesadilla, en los que abatidos viajeros soportaban descomunales retardos y todas las inclemencias del cielo. Apenas faltaba a la sazón sino que el hombre hubiese perdido el resorte del mutuo respeto civil, para que el Oriente de

principios del siglo xx se sumiese en miserable barbarie.

Mal podía, por el momento, acorrer en alivio de estos males el Estado rumano, cuando se encontraba sin recursos y descaecido. Pero la impotencia no será inacabable. Al cabo, ha de consagrarse a hacer que se recobre la pobre provincia de su desmayo. Enclavada la Dobrucha en las fronteras marítimas de la Rumania unida, su valor acrece. En efecto, a pesar de que la Besarabia dispone de costa espaciosa, la ribera presenta reparos a la navegación, ya porque las bocas del Danubio, descargando limos y arenas, dilatan sin tregua el suelo de Europa en bancos movedizos, ya porque anchas bahías y ensenadas rezagan del mar libre la costa firme a través de extensiones de poco fondo, por las que resbalan las embarcaciones ligeras, pero no bajeles de mayor porte.

Encarece, finalmente, el valor de la Dobrucha la consideración de que aun fraguando un puerto en Besarabia, la producción rumana, de acudir a él, tendría que dar un gran rodeo, en rigor ocioso si se repara en la vía recta que brinda Costanza hacia el Bósforo y los Dardanelos.

Prosperidades aguardan a la antigua Escitia Menor que le harán reputar indigentes sus vísperas de la guerra. No vendrán a ella solamente los cereales de Valaquia y Moldavia, sino las mieses de la Besarabia, el Banato y la Transilvania, con leña de los boscosos Cárpatos y petróleo de los pozos valacos, para zarpar al mundo desde las costas del Negro.

En el plazo de unos años, sobre los paralíticos muelles de Costanza se aglomerará el tumulto del agio.

Será la Rumania unida uno de los países opulentos del mundo.

Dotada por la Naturaleza de todos los dones, se la puede comparar a una cornucopia desbordante. La Dobrucha es la boca de ese cuerno de abundancia, que volcará sobre el Mar Negro sus frutos.

CAPÍTULO QUINTO

RUMANIA UNIDA

V

Mortales angustias y asolamientos y quebrantos fueron el holocausto que Rumania ofrendó para merecer que a su raza, íntegra, cobijara un solo Estado. El fuego de la guerra grabó el color de la flamante nación unida, que representa doscientos setenta mil kilómetros cuadrados de área y diez y seis millones de pobladores, en el nuevo mapamundi.

Después de la unión de los Principados de Valaquia y Moldavia, en 1859, invitaba a este pueblo la lógica de los hechos a consumar su unión completa. Costó la realización del empeño amontonar sangrienta pila de ruinas y cadáveres: que a tal punto el hombre es conservador de lo que hereda, y no abre paso al porvenir sino malbaratando el presente.

Ciñe el reborde fronterizo el trazado casi entero que dibuja la sangre rumana en los campos de Oriente, aunque por algunos cabos quedóse corto, no alcanzando a los límites de las aspiraciones nacionales. Tal ocurre hacia el lado del río Tisa, invocado por los cantos populares como medianero con los húngaros, y a cuya orilla, sin embargo, no desemboca Rumania. Pero es lo cierto que por aquellas llanuras la población magiar se adensa, bañando islotes rumanos que quedan allende fronteras.

De igual suerte, más allá de las lindes de la Besarabia dilátanse las aldeas rumanas hasta la vecindad de Odesa; pero es legítimo considerar el hecho a la manera de una colonización internada de la raza eslava. Por último, al Norte, en la región de Maramures, la confusión de los poblados eslovenos y rumanos dió pie a que el sesgo de la línea fronteriza contrariara algunas pretensiones de los rumanos, como la omisión de una provincia del Banato de Temesvar, otorgada a los servios en el Mediodía; mermas todas de poca monta, retazos, además, de adjudicación dudosa, que puede el pueblo rumano no tener en cuenta ante la magnitud de lo alcanzado.

Quedan fuera del mapa nacional, sin remedio, los rumanos del Mediodía balcánico, los arrumanos o cusovalacos, habitantes de las montañas de Macedonia, siendo imposible sumarlos al resto nacional, separados como están por la Bulgaria y Grecia.

Curiosas novedades nos trajo al atlas de Europa el año de 1920. Sin embargo, aquel que disfrutando de erudición histórica repare en el dibujo de la carta rumana, advertirá que el redondel que abre en torno a los Cárpatos no es sino el cerco provincial de la colonización trajana, corrido ligeramente hacia el mar. Transparéntase debajo de la Rumania del Rey Fernando la Dacia del Emperador Trajano.

Condición fué para que reapareciera la borrada fundación el hundimiento de los dos imponentes Imperios vecinos, el ruso y el austrohúngaro. La descomunal patria de los Zares, apoyada en la Besarabia cautiva, aspiró secularmente prolongarse hasta Constantinopla; la poderosa Potencia de los Habsburgos soñaba con

dilatar su entrada en la Bosnia y la Herzegovina hasta el mar tentador de Salónica. Disgregáronse las pirámides que amagaban aplastar al grupo romance del Danubio, y de entre los escombros imperiales brotó la nación unificada, isla de orden en medio del caos ribereño.

Es insuficiente para explicar el hecho atribuirlo a particular intervención de la buena suerte. Marcaron los guiños de la buena estrella el fatal cumplimiento del espíritu del tiempo; las desoídas aspiraciones rumanas iban en el rumbo de la nueva historia, porque, como se ve, hubieron de cumplirse en el preciso instante en que mordió en los dos organismos medievales que eran el Austria y la Rusia la levadura de la revolución que fermentó al mundo moderno.

Al componerse la Rumania unida no hubo solamente, ni fué lo importante, ayuntamiento de territorios, sino fusión de hombres hermanados por entrañables afinidades, que a sí mismos se llamaban, en todas las comarcas, *romani,* rumanos. En consecuencia, tampoco fué necesario aderezar un nombre inventado para designar al país unido, por convenir el de Rumania a todos sus hijos y regiones. La unidad nacional existía latente, y con ella la palabra que la simbolizaba.

Reposaba dicha unidad en la hermandad aldeana. Aunque en el reino antiguo existían brillantes reliquias de la antigua boyardía, no eran en él tan numerosas como en Occidente las familias que, en diferente grado, participaran de la vida superior del Estado. Igual que hace dos mil años, en que a estas muchedumbres abandonó la dirección de Roma, lo que padecían los campos decapitados era penuria de jefatura.

Agravábase el mal en los territorios anexionados, substraídos a la autoridad ajena. Constituían en ellos mayoría los rumanos, pero formaban el pueblo, sumiso a la oligarquía extranjera.

En el fragmento del Principado moldavo, llamado la Besarabia, subyugado durante ciento seis años por el Imperio ruso, hallábanse repartidas las tierras, conforme a la tradición del mencionado Señorío, entre los grandes propietarios tradicionales, de sangre rumana. A los antiguos *boyardos moldavos* se los atrajo sistemáticamente a la Corte de San Petersburgo, rodeándolos de consideraciones y honores, que les movió a encontrar grata su situación en el Imperio. Trocó el Señorío el habla nativa rumana por la lengua rusa. Permaneció fiel el aldeano de Besarabia a la herencia histórica, hasta el punto de que, durante la entrada en 1917 de las tropas rumanas en el país, mientras los jóvenes boyardos no comprendían el idioma de sus abuelos, los campesinos lo conservaban en toda su pureza. Narran testigos presenciales que, ajenos los pobres paletos de Besarabia a las modernas creaciones nacionales, en presencia del ejército del vecino reino manteníanse desconfiados y huraños, afirmándose a sí mismos, frente a los intrusos, como *moldavos* y siendo muy grande su extrañeza de que el nuevo invasor, heredero del rúso, participara de su lengua, de sus usos, y hasta vistiera en lo civil el mismo traje suyo.

Los rumanos de Besarabia, habitantes del país propio, carecieron en el régimen zarista ruso de derechos para sostener templos y escuelas en su habla, cuando los tenían las otras nacionalidades extranjeras en el suelo. Durante la primer algarada rusa de 1905, algunos

grandes propietarios elevaron al Emperador el ruego de que se estableciera en la comarca un régimen equitativo para el pueblo rumano. Secundó entonces esta obra el esfuerzo de los jóvenes de la naciente burguesía besarabiana, hijos o nietos de labriegos, quienes, conservando la lengua de las caserías, redactaron en ella los primeros periódicos rumanos.

Puso la guerra universal en contacto a soldados del antiguo reino rumano con sus compañeros de armas de la Besarabia, lo que, unido al movimiento irredentista y a la sacudida vigorosa de la revolución rusa, que arrancó de las entrañas populares a los hombres que asumieron el mando, en consecuencia, de un fondo rumano, originó en 1917 la proclamación, en la Asamblea de la capital besarabiana, de la República democrática moldava, que adoptó por idioma nacional el rumano y terminó a la postre por reunir la comarca a su vecina patria. El quebranto originado por un siglo de régimen zarista abandonó a las dilatadas llanuras de Besarabia con una aristocracia casi despegada del popular, vuelta al recuerdo de los cortesanos días desvanecidos, y con una ignorante masa, de la que apenas brota la clase apta para la existencia civil, con la cual se padecen hartas dificultades al intentar cubrir las plantillas de las administraciones. Incorporó Rumania a su seno, en este territorio, a un jirón de su raza en vísperas de muerte.

Durante ciento cuarenta y cuatro años duró el otro retazo del Señorío moldavo, la Bucovina, subyugado a la Corona de Austria. Por tan largo espacio resistió la provincia a la sabia y metódica disolución de Viena, que realizó la doble labor de agasajar con honores a los

antiguos *boyardos moldavos*, atraídos a la corte imperial del Danubio, y de trasegar al mismo tiempo a los campos rumanos numerosos grupos de campesinos rutenos, substraídos de la Galicia.

No obstante, algunas familias de propietarios de tierras, relacionadas por lazos de sangre con otras de la Moldavia, acogieron en sus casas a los proscriptos políticos de su anterior patria, propagándose con ello en Bucovina el ideal nacional, que desde mediados del siglo XIX alentó en la porción independiente, y que, atemperándose a las circunstancias, se mostró en Bucovina a la manera de ansia autonomista, con reducida producción literaria. Escaseó el movimiento aludido de jefatura, fe y eficacia en su cometido de salvar «la individualidad histórica y política del rumano de Bucovina».

En rigor, allende los bordes del antiguo reino fué el Partido nacional de Transilvania el único organismo que por más de setenta años articuló la conciencia irredenta. En esa región, a diferencia de lo acontecido en las arriba nombradas, cuya sujeción al extranjero duró el lapso de tres o cuatro generaciones, se dilató el dominio extranjero por muchos siglos, robusteciéndose en los rumanos el sentimiento de defensa, que llegó a ser tan vigoroso en las letras como para, no obstante hallarse los transilvanos cautivos del Austria, empuñar a veces, en rumbos de cultura, la guía de la raza íntegra.

Extinguióse en el Ardeal casi totalmente la arcaica boyardía rumana, absorbida por los magnates húngaros. Los jóvenes estudiantes rumanos, nacidos en el regazo aldeano, se hicieron un deber de mantener los

derechos de su pueblo al acudir a las ciudades extranjerizadas, en las cuales, al reflejo de una esclarecida civilización alemana y húngara, ilustraron su carácter para luchar, en lides ideales, contra sus adversarios de raza. Prelados rumanos de las Iglesias católica y bizantina asumieron, contra la autoridad Imperial y Real, la abnegada misión de velar por los fueros de su casta, presidiendo el nacimiento y la organización del Partido nacional Transilvano.

Calentábanse al amor de ese hogar patriótico los rumanos de la Bucovina, de Maramures y el Banato. Por esas regiones, aunque algunas familias propietarias de tierras conservaban el idioma abolengo, fué apacible e inofensivo para las instituciones de la Casa de Habsburgo el sentimiento rumano.

Finalmente, nunca, ni en ningún país, adoptaron los rumanos, en esta pugna de razas, los métodos de violencia de que echaron mano, en su forcejeo por romper las cadenas, los eslavos servios.

Sensible es la diferencia de fisonomía de las nuevas tierras en la reciente unidad amalgamadas. De todas ellas quizá sean la Besarabia y Maramures aquellas en que la existencia presenta el mayor hueco de clases intermedias sobre el sólido apoyo popular rumano. Son los transilvanos los más occidentales entre sus compatriotas, precisos y exigentes; por lo tanto, los más aptos para las exigencias modernas.

En corto plazo, la unidad fundirá a bastantes de los trazos dispares. Porque es de considerar el indistinto bloque que en sesenta y un años de unión fraguaron la Valaquia y la Moldavia, componiendo el joven reino de Rumania. Hanse de conservar, sin duda, los rasgos

naturales de un provincialismo elaborado por el tiempo.

Pónese esta verdad de manifiesto en la persistencia de los caracteres valaco y moldavo, debajo de su entrañable enlace político. Es el valaco aparente, dado a la vida exterior; el moldavo inclínase con preferencia a la vida interna; el uno muéstrase osado y emprendedor, menos respetuoso del pasado; el otro, poco amigo de crear usos nuevos, se atiene a la conducta heredada; aquél es brusco y versátil; éste, tardo en la decisión, pero más persistente; aquél, ardiente; éste, melancólico. Fué brillante, pero de número reducido, la boyardía valaca; fué numerosa y acaudalada la moldava, de igual suerte que los tesoros de arte son más brillantes, pero más escasos, en Valaquia, y abundan, sin deslumbrar tanto, tales obras en Moldavia. Por las regiones valacas, en especial a lo largo del curso del río Olt, que remontó la excursión de Ulpio Trajano, se topa con perfectos tipos del moreno meridional, de perfiles semejantes a los acuñados en las monedas romanas, hermanos de sangre de españoles, italianos y franceses de la Aquitania; por los parajes moldavos se descubre a veces una humanidad rubia pariente de los eslavos. Por último, son los campesinos valacos independientes y altaneros; los moldavos, resignados y dóciles. De ahí que, en días contemporáneos, la Valaquia, activa y audaz, ocupara el primer puesto en la vida pública, mientras que de la arrinconada y lírica Moldavia extraían los rumanos sus pujos de hidalguía, así como las virtudes antiguas del hogar desposándose los mozos cortesanos preferentemente con las dulces y reservadas muchachas moldavas.

Sostiénese el edificio de la Rumania grande en cimientos de afinidad campestre. La obstinación rural de conservar los usos de los mayores identifica a los campesinos rumanos desde los bordes del Nistru hasta orillas del Tisa, quienes conservan de la época romana los utensilios y usanzas de la vida, celebrando el culto de los muertos, las ceremonias del matrimonio, previo el rapto de la prometida, que es arrancada, en un simulacro de robo, del hogar paterno, según prácticas descritas en el derecho romano. En punto al traje, que en lo esencial es el mismo en todas las regiones, las prendas que lo componen derivan de las usadas por los legionarios y los colonos traídos al lugar mediante el edicto del fundador Trajano.

La cerrada existencia que por miles de años condujeron los campesinos en los llanos y montañas del Oriente indujo a esta raza, excepcionalmente dotada para el sentimiento, a rodear de belleza y de decoro su menester humilde. En parte alguna hallé nada comparable a la elegante y sencilla majestad, al arcaico talante que ostentan sus campos.

Preséntase el natural antiquísimo con silenciosa reserva; muévese poco, tendiendo a la inmovilidad; pero puestos a conversar con él, los rasgos de agudeza se suceden; tan rápida es su penetración, que fuerza a sorprenderse. El clima de su ánimo es la melancolía afable que en un buen natural producen las penas de la vida. Ni en la alegría ni en el dolor se deja conducir a extremo. Mantiénese en serena resignación; no parece sino que en el delicado patán tomó estado popular una filosofía sonriente y dulce. Si la herencia bizantina y aristocrática equiparaba a Rumania con la Rusia im-

perial, la diferencia de ambos Estados estriba en el sostén del pueblo. Porque en nada se parece al eslavo el juicioso campesino rumano, sutil y desconfiado, poco aficionado a lo ilusorio. Largos años de desventura le han familiarizado con la adversidad; en el fondo de las edades se forjó su carácter sufrido y resignado, tan frugal que unos puñados de maíz y unos sorbos de agua le bastan para el sustento. El rasgo que impresiona oyéndole con frecuencia repetir: *Asta nu se poate*, «Esto no se puede», es su tendencia a lo razonable, la cual se revela en el empleo de las palabras *cuminte (cu-minte,* con-mente, sensato) y *nebun (ne-bun,* no-bueno, loco), vestigios preciosos del latín, en castellano intraducibles, y que constituyen los términos de juicio del hermoso océano popular rumano. Este lastre campesino salvará a Rumania en las zozobras de los borrascosos tiempos a que avanzamos.

Hay, sin duda, en el suelo del nuevo mapa rumano un alma histórica, visible en una tradición auténtica, en la que pueden abrevarse de espíritu las generaciones. Merced a esa afinidad, sentida por inclinación de los corazones, se consumó la unión antes de los viajes diplomáticos y los cabildeos del tapete verde.

No viene la rumana al lado de las cinco grandes tradiciones continentales, italiana, francesa, española, inglesa y germana, pero tiene una originalidad exquisita. En primer lugar, lo copioso y profundo de su contenido es una civilización campesina.

Atavíase el pueblo por todas las regiones con la brillantez que la Naturaleza presta a algunas de sus aves; las campesinas lucen notas tan ricas e iguales en los sendos valles, que cada grupo local asemeja una fami-

lia de mariposas. Proclaman los pobres utensilios que acompañan sus horas artesanas un gusto insuperable e instintivo. En la tosca industria rural parece durar el impulso de los primitivos, desviado por la intervención de Trajano. Continúa humildemente lo prerromano en los trabajos de madera, los adornos y las vasijas, que tienen algún parecido con sus similares etruscas. El arte oficial de la Metrópoli suspendió el crecimiento de la civilización indígena, imponiendo sobre ella sus piedras de labra imperial, sus estatuas, bajorrelieves, arcos y, sobre todo, el corpulento trofeo de Trajano que está en la Dobrucha.

Mas, con todo, aun en la actualidad movido se siente el pastor a adornar con rasguños de talla el cayado que, en unas horas transcurridas a la sombra de un haya, sale de sus manos convertido en curioso objeto prehistórico. Asimismo hay hondo parentesco con todas las comarcas en el labrado de la rueca, los respaldares de los bancos, las columnas que sostienen los pórticos, en las jambas de las puertas, sin batientes, que encuadran el aire de Transilvania a modo de rústicos arcos de triunfo y que no cumplen otra tarea que la de deleitar a los ojos. Trabajaron con especialidad los romanos la piedra y los dacios la madera, según sus descendientes lo atestiguan.

Elaboran, en suma, las campesinas colmenas rústica miel de arte, y de las profundidades del mar aldeano brotan obras que el hombre culto recoge a modo de consumados joyeles. En la composición de telas y brocados, a que se dedica todo el Oriente, aventaja el gusto de los rumanos al de todos sus vecinos inmediatos.

Donde descuellan las dotes de los rústicos inspira-

dos es urdiendo palabras. A semejanza del español, que hasta el siglo XVI elaboraba el Romancero, por todos los países rumanos sigue en nuestros días el pueblo componiendo un Romancero campesino, en el que se graban, junto a huellas de una pasada existencia, las de la guerra última; porque tan notable fecundidad anónima no se ha extinguido.

Hay en el Romancero oriental canciones tradicionales, tonadas de fiestas, estribillos de bodas y entierros, églogas, leyendas heroicas, cuentos de aventuras, por los que cruzan el bandido valeroso, el hijo del Príncipe enamorado, la hermosa raptada por el turco; patrimonio oral sin duda, algún día, de los bardos que cantaban en las cortes y las casas de los boyardos, los *lautari,* los loadores o troveros, que así se les llamaba, quienes desde muy antiguo tenían noción de la unidad rumana, pues, ajenos a las fronteras de la Valaquia, la Moldavia y la Hungría, recorrían toda la *tara romanească,* la *tierra rumanesca,* país que era uno por la unanimidad de su lengua.

Suspende en los recitados el aliento lírico, la sabia estimación de la fortuna, el llano buen sentido, la paciencia que sonríe entre lágrimas, el rapto del ánimo por cuanto es delicado y gracioso, que así recoge, al paso, la florecilla como el pájaro, con lo cual probadas quedan la mente fina y el corazón que despide vislumbres de ternura, del cual no están, empero, desterrados los arrestos enérgicos, aunque sí los tránsitos del misticismo a una vida invisible. Mientras a la Providencia no se alude sino para la mejor administración de las cosechas, ronda los cuadros de cerca Eros todopoderoso, por los hechizos de morenas y rubias tan esbel-

tas que, según la hipérbole nacional, «sus talles pueden atravesar una sortija». Desconoce la amena naturaleza rumana las desolaciones de la Arabia y de Castilla, en las que el hombre, desengañado de lo temporal, se remonta hacia lo divino; hay por los campos demasiados ramos verdes para ponerse a orar, según a ello invita un suelo enjuto y ardiente.

Fruto es la poesía popular sazonado mucho antes de que los cultos descubrieran la latinidad del rumano. En el habla castiza del pueblo no se injertó ningún neologismo. Es su idioma un romance hermano de los otros romances. Hecho el acopio de todas las palabras que contiene se hallan en él un quinto de latín, otro tanto de turco, otro tanto de heterogéneo, con el menos dos quintos de eslavo. Entonces, ¿la afirmación de que es lenguaje romance vacila?

En modo alguno. El corazón de la lengua, que es románico, capitanea a una red numerosa de palabras extrañas. De ahí que, separados del centro esencial, latino, se hace la noche en el rumano para un occidental. Lo que hay en él de turco y de griego penetró por la vía cortesana, orientada hacia Constantinopla; su eslavismo se remonta a la absorción del jirón eslavo, influencia, de otra parte, sostenida por las Santas Escrituras de los templos y los documentos oficiales de los Señoríos, redactados por centurias en aquella habla.

La turbamulta de voces exógenas no acata sino a una oficialidad de palabras latinas, jefatura heredada desde la elaboración de la lengua en los trabajados siglos IX y X. Cuanto es substancia de la acción, la osamenta del verbo, procede de Roma, a la manera que en

el inglés la contextura esencial deriva del mundo germánico, no obstante estar bañada esa roca isleña en un mar de latinismo.

En suma, los *verba prima necesitatis* en rumano, aquello que aun en la desnudez y el lodo subsiste, transmítese del fondo latino, antiquísimo; pero cuanto es adjetivo, lo que no adquiere su ser sino en el establecimiento civilizado, está tomado a préstamo, por los pobres campesinos, de los inmediatos pueblos, echando mano para designar las novedades de voces extranjeras.

La Historia descubre sus tramas ocultas en las lenguas. Cuanto averiguamos del pueblo rumano está presente en el idioma, fiel espejo del carácter. Lo exclusivo de su vida aldeana hace que la lengua no posea en el trato sino el *tú* y carezca del *vos;* así es cómo un rumano dice a otro *Domnea-ta,* «Tu señoría», práctica que no se infringía ni aun al dirigirse al Príncipe, a quien se le invocaba diciendo *Marea-ta,* «Tu Grandeza». Modernamente se ha inventado el *vos,* diciendo *Domnea-voastra,* «Vuestra Señoría»; pero es un remedo importado de lo que en otras lenguas acontece.

Produjo además la raza rumana rudimentos de arte culto. Como quiera que, desde Esparta hasta los Cárpatos, fué, entre los pueblos cristianos, el solo que mantuvo en parte de su suelo organización de Estado, aventaja en riqueza de estilo a sus vecinos del Danubio abajo, excepción hecha, por supuesto, del griego. Algún interés ofrecen las casas fuertes del país, llamadas, con nombre turco, *kulas,* que erigen hasta la altura de la pica de un caballero muros ciegos rasgados por aspilleras; muros que a la postre se horadan bajo

techumbre en una solana festoneada por arcadas orientales. Reside el arte en la confección piadosa: sus depósitos son iglesias y monasterios.

Ojeando con espacio un templo bizantino, esté en Bulgaria, Servia, Rumania o Rusia, llega un momento en que la mirada lo escamonda de aquello accesorio y caedizo, cual son las torrecillas tragaluces, reposando en su esencia, el cuerpo oblongo del edificio, por dentro de cuyos muros se adivinan las columnas de un antiguo templo griego. La arquitectura ortodoxa reposa en un fondo que es lo clásico según canon de proporciones peculiar a Atenas, mientras que en aquella católica las anchurosas naves parecen prolongar la arquitectura de arco de triunfo y de acueducto, o sea lo clásico genuino de Roma.

En lo religioso seguimos los europeos al amparo de los dos pueblos maestros. El protestantismo quizá sea la forma cristiana de los germanos, ariscos siempre con la autoridad de la Ciudad Eterna. ¿Quién sabe si no entrará por mucho en nuestra separacion de Occidente y Oriente la arrogancia irreductible del carácter griego contra el romano? ¿No influiría en la consolidación de la fe bizantina la complacencia del espíritu heleno, contraponiendo al Imperio de las almas de Roma otro no menor, desde el Adriático hasta los Urales?

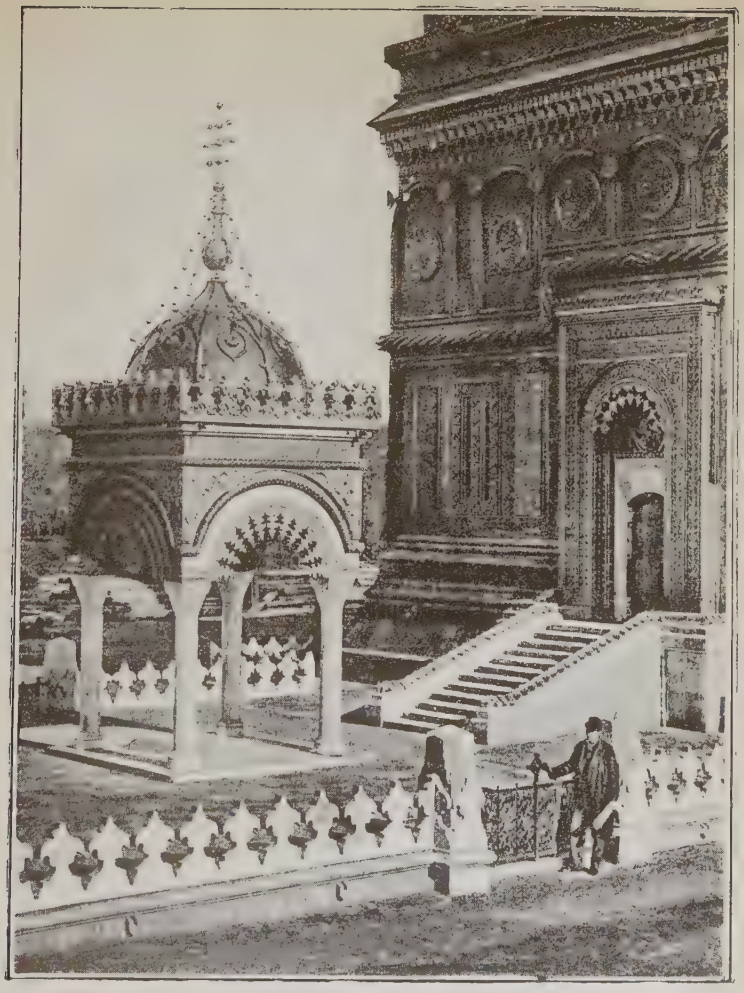
Los templos de Rumania, si absorben algo de la tierra en que afincan, son, con todo, bloques de cultura bizantina. Lo bizantino, es bien sabido, fué la entrada del Divino Pastor en la corte del Bajo Imperio, engalanada con las vistosidades del Asia vecina.

La primitiva edificación rumana es un reflejo del auge producido durante el siglo XIV en la República

de monjes del monte Athos, Vaticano de Oriente. Por todas las tierras de fe ortodoxa, artificiosos griegos ganaron el sustento decorando píos monumentos según preceptos del *Manual del pintor sagrado,* compuesto en el siglo XI por Pauselinos de Tesalónica. Los operarios de la Teología persignábanse antes de empuñar las brochas que compondrían las actitudes y los colores, dictados por recetas seculares. Los climas, diferentes, adulteraban la rigidez de sus fórmulas. No tiene duda que entre los pueblos pupilos del monte Athos es el ruso el que pone, sobre el común sostén bizantino, mayor riqueza y originalidad, con las torrecillas cuellierguidas, que ensalzan raras cúpulas a la manera de cebollas de oro, de raíz al cielo. Mas a espaldas del moscovita viene el rumano, antes del búlgaro y del servio.

Los cielos extremos de Rumania alargaron los pescuezos de las claraboyas, prolongando el desgarrón de sus ventanas. Presentan los templos sello ligeramente distinto en Valaquia y Moldavia. Ofrecen los de Valaquia cuerpo ancho y cuadrangular, encima del cual las torrecillas se encasquetan cupulones vistosos. Con ser más rica la corriente valaca que la moldava, se traiciona en ella de preferencia el influjo de maese monte Athos. La iglesia de Targoviste cuenta entre las lujosas, pero el primor está en Corte de Argés.

Narra la leyenda que, para levantar la delicada fábrica, el arquitecto, cumpliendo un sueño, enterró viva, entre los cimientos, a su esposa, de quien estaba prendado, hallando él la muerte al desplomarse de lo alto de su obra. La belleza cobró en dolor el rescate. Sobre el lugar se muestra una fuente, el amargor



El baptisterio del templo de Corte de Argés.

de cuyas aguas sabe, según el vulgo, a lágrimas de artífice.

En las iglesias de Moldavia, el cuerpo se alarga, erigiendo dos torrecillas con cúpulas pequeñas o sin ellas. Discretas, reducidas de proporciones, con su simplicidad desguarnecida de fantasía, tienen apariencia de buques desarmados de su arboladura. La iglesia de los Tres Patriarcas, de Yasi, con sus pacientes filigranas trabajadas en la piedra, es la obra rumana que se interna más lejos en el Oriente asiático.

Iluminan el interior de los templos las pintadas figuras religiosas, instaladas en zonas superpuestas, que van del pie de las columnas hasta el cuenco de las claraboyas, en donde, bañadas en resplandor verdaderamente celeste, están las imágenes del Salvador y la Virgen, siendo éste, en nuestro parecer, supremo éxito de la ornamentación bizantina. En el muro de la puerta de entrada es frecuente hallar representada a la familia del boyardo o Príncipe fundador, vestidos con ropaje poco diferente de los usados por el señorío moscovita y polaco, o luciendo mantos y coronas oriundos del Bajo Imperio. Descúbrense en los detalles de las obras capullos del carácter artístico rumano, que adversas rachas de historia mantuvieron plegados.

Fué en obra literaria más explícita el alma inexpresada. Cuenta entre los curiosos anales ver brotar el aliento de un pueblo trascordado, al contacto de un trofeo de piedra. Nuestros conocidos clérigos descubridores de la columna del Foro Trajano, en Roma, al inaugurar en las letras de su raza la escuela latinista, señalaban detrás de la noche de desventura el sol nobilísimo de su origen. Con esto se escindía la duplici-

dad que existe en el pueblo rumano, brote de una semilla occidental que prende en levantino suelo.

Algo anormal hay en su literatura, que destacándola del pavimento en que convive con los naturales vecinos del Levante, la aproxima a la de los otros pueblos romances, con extraño parecido a la expresión de las jóvenes naciones de la América española, señalándose las páginas escritas a orillas del Danubio, de igual suerte que las compuestas a orillas del Atlántico, por la vehemente absorción del romanticismo francés, que se revela en lujo de sílabas cadenciosas y fuegos de metáforas en las excesivas cosechas de versos.

Agraciada con el don lírico, había esta raza de culminar, durante el siglo XIX, en dos poetas. Ambos moldavos, fué el uno Basilio Alexandri, el aristócrata que recorre Europa en misiones diplomáticas, y que en el concurso poético de Montpellier conquistó la palma para un desconocido romance del Mar Negro con su delicioso poema *Latina ginte e regina.*

Prestando a las aspiraciones de su patria fácil y elegante lira, quiso además enriquecerla con motivos de Roma, Nápoles y Venecia, del Mediterráneo, de las tierras de Francia y, finalmente, de Granada y las estrelladas noches de la Alhambra. Bardo nacional, optimista y longevo, uno de sus mayores méritos es haber emprendido el primer acopio de los cantos populares, hasta entonces nunca coleccionados. Significó, por añadidura, Alexandri, propagada la latinidad de los rumanos, el primer ademán de gran estilo que hizo esta raza para saludar, con amor, a la muchedumbre de pueblos que vivimos de la herencia de Roma.

Fué el otro Miguel Eminescu, sin brillo alguno de

fortuna; viajero que apenas si alcanzó Viena y Berlín mediante sus cortas becas de estudiante; Icaro que se desploma en la locura a los treinta y cinco años y sucumbió a la muerte a los treinta y nueve. Semejante al artífice del templo de Corte de Argés, le costó la felicidad el lograr un poco de belleza.

Aparece su poesía, modesta y limpia, a la manera de vena de agua que se siente manar de un mundo de profundidad. El cristalino chorro de su lirismo, antes de asomar a la luz, pasó por estratos hondos de pensamiento, y a ellos sabe, de la manera que hay fuentes que gustan a hierro. Tal dejo, que no empaña su diáfana palabra, es lo que en Eminescu conmueve, independientemente de lo que la expresión declara, por hacer presente la hondura a la que la fuente alude, y que no se descubre. Dióse en él la tragedia auténtica de un héroe en lucha contra el destino. Partía su corazón, en puro y juvenil rapto, hacia las cosas, hasta caer exánime en presencia de que todo se disipa y huye. La vida resonaba en su alma al modo de una torre que apenas iniciado un repique de gozo lo mudara en largo tañido de duelo.

Es la de Eminescu la tragedia del siglo XIX, siglo sin Teología, en el que las almas perdieron el centro de atracción de lo divino. Nada satisfacía en el suelo a este celeste aspirante, que no hacía rostro a la nada con sosiego del pecho.

En su efigie de los últimos años, dolorosa imagen, seguía aspirando algo del niño, y en las facciones, reducidas de materia al haber sido lavadas con llanto, veíase, hecha espíritu, la cara del campesino rumano.

¿No es raro que, lo mismo que al oír cantar al pue-

blo, al escuchar a este divino mensajero suyo haya que emparentar a la lírica rumana con la portuguesa? Poesías hay de Eminescu, como *A la Bucovina* o *Dulce Rumania,* en la que las palabras, la ternura, la tonada, todo es lusitano:

Ce ti doresc eu, dulce Romania,
Tara mea de gloria, tara mea de dor?

El *dor* de Eminescu podría sentarse junto al Atlántico, como la *saudade* de los amargos líricos portugueses estaría en su puesto a orillas del Mar Negro.

Cercan a estas dos espigas, las más altas de la producción rumana, otros muchos haces de ingenios de las letras: que, dado el que la literatura no empezó a florecer en el romance del Danubio hasta las postrimerías del siglo XVIII, cabe dar títulos de fecunda a la cosecha. Traicionaron en un principio las obras el patrón extranjero y la declamación latinista, marcándose, a base de la descripción de costumbres y la narración de leyendas y cuentos locales, una reacción de lo genuino y propio, que en su seno la muchedumbre inculta atesora. El ideal civilizador de la primera etapa ingenua perdió, por la crítica de las siguientes generaciones, el postizo ademán declamador, y conducido a la literatura por nuevas plumas, requirió en la expresión el habla del pueblo, y hasta rebuscó las voces y los giros arcaicos, desentrañándolos de los cronicones y antiguas versiones de los Libros Santos, con lo cual el verbo se ha teñido de color medieval y, por ende, eslavo. Quizá ambos movimientos encuentren el equilibrio en una producción clásica que enlace el espíritu popular del idioma con su filiación del Foro.

Asimismo, en la pintura dió el pueblo rumano durante el siglo XIX su primer latido auténtico. Fuéronse sin dejar traza de cuadros ni alegorías las antiguas cortes de los Principados. Claro es que en los muros de las iglesias locales habitan pintados arcángeles, santos y vírgenes que tienen un donaire que es flor del clima rumano; pero ningún pintor destacó su personalidad de la anónima obra.

Hubo de empuñar los pinceles a fines de la pasada centuria, mientras había abundante producción de retratos anodinos y cuadros de ocasiones históricas, un costumbrista de los campos, apellidado Grigorescu, y de extraer de su paleta, falta de extraordinarios recursos y amable por su misma simplicidad, la levantina naturaleza, bañada en luz ofuscante y surcada por las carretas de los majestuosos bueyes. Es la interpretación de Grigorescu, al modo de las églogas de Alexandri, sistemáticamente risueña; mas sus colores han captado un aspecto tan vivo, que en presencia del original se detiene el viajero, entre los resplandores de la campiña, para decirse: he ahí un rincón que parece un cuadro de Grigorescu.

En los delicados zagales y las gráciles mozas que brotan de una mancha campestre logró exponer el maestro la nativa distinción de su raza, que da como flor propia la elegancia. No poseyó, en resolución, absorbente paleta, sino que su nota, con ser intensa, es reducida. Innumerables reflejos de la naturaleza de Oriente y del existir rumano aguardan, en mudez de siglos, la revelación del arte.

El país rumano es por excelencia pictórico. Los lujos bizantinos, la fastuosidad de los trajes, la blancura de

sus telas, el derroche de centelleantes brocados, las gayas tintas de los geométricos tapices, las arcadas que festonea el Oriente y, en suma, los matices de las verduras y de los cielos, brindan una embriagez de tonos que al ademán humano ciñe de los prestigios de la leyenda. Además de esto hay en Rumania una emoción sóbria y patética que espera los ojos de su artista. En los cabreros de los Cárpatos, como en los pescadores del Danubio y en algún solitario labrador de los páramos, se congela un dolor de siglos.

A principios de la pasada centuria, un artista francés, viajando, en el séquito de una Embajada, por las llanuras valacas, trazó un aguafuerte que es un grito en las soledades. Bajo un horizonte ceñudo, se ensancha el desierto, tostado por los soles y a tandas aterido por los hielos, y en un menudo ribazo, zahondada en tierra, no dejando ver sino su cubierta de cabaña, hay una vivienda humana, de la que asciende una columnita de humo. No lejos de ella descollaba un tronco torcido por las adversas rachas, como herido por el rayo, y que, no obstante, lucía en uno de sus desnudos brazos un brote vivo. ¡Qué soberana tribulación se cernía sobre aquella tierra de tragedia! Parecía que del confín iban a salir las hordas de Gengis Khan o las falanges de los sanguinarios jenízaros. Resistiendo a todo, de igual suerte que el vecino árbol mártir, allí daba fe de vida un humilde jirón de la raza humana, prendido en tierra y vencedor de los desastres de la Historia.

El patrimonio rumano se guardó en 1918 por primera vez en el arca de la nación unificada. Realizóse la unión en condiciones de insuperable dificultad: a prueba de tantas adversidades, ya con la hacienda arruina-

da, la administración deshecha, las vías férreas paralíticas, disuelto el ejército, abatida la opinión y, finalmente, trabajado en sus cimientos lo poco que en pie quedaba del social edificio, por las huelgas y aspiraciones obreras, que, tras de manifestarse en desfiles a lo largo de la capital, enarbolando rojos pendones, interrumpían los públicos servicios del agua y del alumbrado; estado de cosas, en fin, que, a fuer de universal y comentado con tristes augurios por los refugiados rusos, inducía a creerse en el ocaso de la civilización europea.

Por los anexionados territorios, subyugados hasta entonces a las esmeradas administraciones imperiales, internábase la improvisada e inexperta burocracia rumana, levantando continuo clamor de quejas. Dificultábase el abastecimiento con la ruina de las vías de comunicación. Padecían las poblaciones los agobios de la carestía, acusando a los funcionarios de dilapidar los haberes comunales, mientras explotaban la escasez bandas de acaparadores y matuteros.

Perdióse con tanto sobresalto el arqueo del Erario; viviendo al día, iba tirando el Estado sin regular presupuesto. Declaróse la guerra en mitad del año económico 1916-1917, renovándose ese ejercicio, temporalmente, hasta el 31 de marzo de 1920. Omitió el cobrar sus contribuciones el Fisco durante dos ejercicios en más de la mitad del reino, por causa de la ocupación alemana. Remediaba la Hacienda sus ahogos de numerario agotando los recursos y recurriendo a contratar empréstitos interiores. Dada la riqueza del país, la deuda del Estado rumano no era exorbitante, y dicha en moneda propia, que se llama en singular *leo*, león, y

lei en plural, leones, por tener a este animal impreso las piezas de plata, que equivalían a la peseta española, se elevaba, en suma, a la cifra de dos mil novecientos ochenta y siete millones de lei.

El Tesoro público de la nación, consistente en cuatrocientos cincuenta millones de lei en oro amonedado, más buena suma de cuadros, objetos de arte e históricas reliquias, como el caudal de áureas copas y platos abandonado a su paso por un Rey visigodo, durante la edad de las invasiones bárbaras, fué transportado al principio de la guerra, para mayor seguridad, a Moscou, donde le aguardó el riesgo de la revolución rusa, que, cumpliendo quizá la amenaza de Trotski, en propias palabras suyas, habrá expropiado a la oligarquía rumana de su patrimonio para repartirlo entre el pueblo.

El área del nuevo mapa nacional quedó, en consecuencia de haber sido palestra de la guerra, en algunas partes chamuscada, en muchas saqueada y en todas paralítica de comunicaciones. La región que sufrió con preferencia fué el reino antiguo, donde los bombardeos, la tala de los telégrafos, el derrumbamiento de puentes, el rapto de las locomotoras y automóviles, el desfondamiento de buques y gabarras del Danubio y la destrucción de las industrias habían disipado su feliz imagen de antes de la guerra. Renacía la hierba entre los travesaños de los caminos de hierro.

Tales estragos produjeron general miseria; si las clases acomodadas sufrieron harto, en las pobres, durante el invierno de 1918, ocurrían muertes por inanición y frío. Perdió el dinero su capacidad de cubrir necesidades; imponía la carestía la continencia ascética, y

aun para lo necesario se pagaban precios inauditos, merced a la abundancia de moneda en papel, exageradamente inflada por la emisión de billetes decretada durante la ocupación alemana. Obscurecían los horizontes las vecinas catástrofes de Rusia y Hungría.

Sobre tantos escombros acumulados por la guerra, el solo eje que se mantuvo en pie fué la institución dinástica del antiguo reino, que se refugió en Yasi. La Monarquía se dilató desde el estrecho rincón moldavo hacia todos los ámbitos de la Rumania mayor. Por obra del exquisito tacto, del talento nada común y de la bienintencionada modestia del Rey Fernando, asumió la dinastía las ansias nacionales y las aspiraciones de renovación del pueblo, quedando los ideales rumanos encarnados en el Trono, enseña de la repartición de tierras entre aldeanos y de la unidad de la patria. Sin la vil lisonja que es uso pagar a los Soberanos, cuadra decir que en el carácter sencillo del Rey que reunió en su cetro la herencia de Trajano anidan algunas de las virtudes de éste.

En el resto del social edificio de Rumania no dejó la tormenta pasada sino brechas abiertas y escombros, que lentamente restaurará la labor del siglo. Uno de los primeros derrumbamientos fué el de los antiguos partidos políticos.

Imperó en la Rumania chica el sistema del equilibrio turnante de dos grandes grupos, el liberal y el conservador. Durante el reinado del Rey Carlos el aparato funcionaba casi automáticamente, no necesitando en las crisis sino la intervención de un dedo del Soberano, que oprimiendo un resorte elevará una báscula con todo el personal dispuesto para las jefaturas. Era un

mundo restringido y civilizado el de esa política. Escaso y avezado al mando era el número de personas que participaban de la cosa pública; aquilataba el plantel de directores una acendrada experiencia; las nuevas figuras que el mérito conducía a la menuda cima de capitalidad, presto adquirían el vocabulario y el talante convencional; vivía este mundo mediante viajes, periódicos, amistades y modas, en estrecho contacto con los países de Occidente. Quedó ese cerco, a raíz de la guerra, sumergido por la ascensión de nuevas capas sociales al haz parlamentario, extraordinariamente ensanchado por el voto universal y la incorporación de las nuevas provincias. Donde antes no aparecían sino los vestidos urbanos y hasta las prendas irreprochables cortadas por los sastres de París y Londres, se situaron las ropas blancas de los campesinos, que usan largas melenas y tienen antiquísima y majestuosa traza.

Representaron los partidos históricos el aparato de civilización burguesa del siglo XIX. Los jovenes imbuídos de romanticismo político crearon el partido liberal; los propietarios y la antigua boyardía fraguaron la otra rueda conservadora: sobre ambas marchó el carro del Estado.

Señalóse el bando liberal por la disciplina y cohesión sorprendente que en él supo imprimir la jefatura de D. Juan Bratiano, padre del siguiente adalid liberal, quien a la par que vertía en la lengua indígena la ideología de su tiempo fomentó la nacionalización de la riqueza, procurando empresas y direcciones a sus adeptos, de suerte que se compuso un bloque doctrinal y mercantil, numeroso y disciplinado, del que se excluía a las personalidades brillantes, y que ejerció su

influjo mediante las propagandas oratorias y la manipulación de los Bancos.

Dentro de la resistencia señorial, o simplemente hacendada, que significaba el partido conservador, colocó la exclusión del personalismo, que imperó en la agrupación liberal, a los jóvenes de excepción, mejor dotados y originales. Reinaba la independencia económica en las filas conservadoras, y, en consecuencia, la desunión de caracteres. Descollaban en este segundo grupo Pedro Carp, espíritu recio y genuino, mofador genial, respetado por todos y por pocos seguido, intrépido y altanero, forjado, en fin, en el ambiente de un propietario de tierras moldavo; Filipescu, representante también de la entereza boyarda; Take Yonescu, sugestivo, voluble, buen europeo, artífice de la oratoria, y finalmente, Alejandro Marghiloman, sutil, realista, quien, atento a exigencias económicas, se expresaba en discursos de una irreprochable elegancia parlamentaria.

El trance de la guerra, que, sorprendiendo al partido liberal en el Poder, suspendió su juicio hasta su declaración de beligerancia al lado de los aliados, disgregó al grupo conservador, optando Carp por las hostilidades en pro de Alemania; Marghiloman, por la neutralidad, y Filipescu, con Take Yonescu, por la vehemente adopción de la causa de Francia. Las diversas fases de la campaña emplazaron en el Poder a casi todos estos políticos, según, por el momento, su significación los amoldara mejor a los acontecimientos. En la sazón adversa de las hostilidades padeció el rigor de las pasiones enemigas D. Juan Bratiano, por su declaración de guerra al Austria. Visitándole entonces,

en la casita de su refugio en Yasi, recuerdo haber pensado en que la Historia, caso de tener el ex Presidente, conforme pretendían sus detractores, alguna responsabilidad, le absolverá de culpa, por ser su alma de naturaleza magdalénica, de las que el gran amor salva, y en la del adalid liberal era indudable había honda pasión por su raza.

Renovó la victoria aliada el crédito en la opinión de los gananciosos liberales. Sin Cortes, por decretos-leyes, se consumaron las dos grandes reformas prometidas por el Monarca en sus alocuciones a los combatientes: el voto universal y la repartición de tierras entre los campesinos. La conducta exclusiva del partido liberal, asumiendo sin explicaciones a la nación la representación secreta en la Conferencia de la Paz; el cansancio originado por los desacreditados procedimientos, y el estar harto usados muchos de los personajes de esa política, encontraron en las primeras elecciones generales, por voto universal del Reino unido, revelación del extenso disgusto que en el pueblo latía, absteniéndose, en son de protesta, de acudir a las urnas el partido de la Liga del Pueblo, patrocinada por el General Averescu y los adeptos de Take Yonescu.

Hicieron su entrada en la palestra parlamentaria en noviembre de 1919 las falanges de las nuevas fuerzas: el numeroso grupo nacional transilvano, ajeno a las antiguas luchas de partido; el nacionalista demócrata, del insigne historiador y literato Nicolás Yorga; el aldeano, que a poco se unieron en bloque, amparándose del Gobierno, bajo la presidencia del transilvano señor Vaida Voda, con despliegue de parte de la Prensa libre de acompañamiento de comentarios en torno de

la nueva y la antigua política de los nuevos y antiguos partidos.

La inexperiencia gubernamental del bloque, probada en la declaración de su programa, parto de plumas transilvanas templadas en arengas de pueblo oprimido; en los proyectos, temerarios por su radicalismo, de los intelectuales enmascarados de aldeanos; de una parte y de otra, la aglomeracion informe del Parlamento, sin agilidad de movimiento, sin el rumbo de una mayoría sólida, sin hábitos de trabajo, sumían al país en discursiva anarquía, cuando las ruinas pedían manos que empuñaran los útiles del trabajo. Con los partidos transilvano nacionalista y aldeano apareció la nueva izquierda nacional, que, hecho su aprendizaje de mando en las oposiciones más o menos turbulentas, tornara, bajo una u otra forma, a regir el Estado.

Recibió el Poder en marzo de 1920, por el indicio de popularidad de unas elecciones parciales, el General Averescu, presidente de la Liga del Pueblo. La abstención de dos partidos en las pasadas elecciones hacía defectuoso al primer Parlamento. Procedióse a la elección de nuevas Cámaras, que mediante la reducción del número de representantes fueran instrumento mejor de trabajo. La mayoría, bastante numerosa y compacta, traída a las Cámaras por el General aseguró a la situación estabilidad política.

Con economía de palabras e intención de obras aplicóse el nuevo Gobierno a la tarea de reconstruir lo destruído. Produjo violencias de oposición la nueva izquierda del bloque, sin admitir la realidad de que en las fuerzas acaudilladas por el General Averescu hacía su aparición política una forma del continuo ins-

tinto conservador, con contenido social y democrático, que para llevarlo a práctica invocó el patriótico trabajo de vigorizar las energías productoras, condicionando las reformas agrarias al equilibrio entre las clases sociales.

Quedaron de vacaciones los partidos históricos, sin apenas representación en las Cortes. Pero una nación no se puede permitir el lujo de desdeñar la experiencia de cincuenta años de los partidos avezados al mando, que sin duda han de acrecer o servir de contrapeso a las fuerzas nuevas ricas de porvenir. De esta ebullición de voluntades mana en Rumania audacia reformadora, anticipo de lo que no ofrece duda, y es que en breve plazo esta nación, acortando la distancia que la separaba de las vecinas democracias eslavas, se desenvolverá en una constitución eminentemente avanzada. Con juvenil brío toma rumbos que costarían serias cavilaciones a los antiguos países de Occidente.

Hasta el siglo XIX, que del poniente francés se trajo la levadura innovadora, los Principados existieron en las formas rígidas del bizantinismo, prolongando la Edad Media en trazos feudales, a la manera de la vecina Rusia. Desde los orígenes, a raíz del abandono de la provincia por Roma, en el vivir, exento de documentos, que el rumano condujo durante los mil años en que carece de Historia, los campos que rodeaban a cada pobre aldea, llamada en rumano, como en albanés, *sat,* con palabra que es vestigio trácico, pertenecerían a los campesinos, hasta que al fundarse los Señoríos, los artífices de Estado se distribuyeron los feudos, con propiedad titular, a la que prestó anuencia el Príncipe, como galardón a servicios de corte y guerra.

La transformación de propiedad estaba ya consumada por los siglos XVI y XVII, habiendo eliminado al poseedor antiguo, que cayó en vasallaje, y a quien se denominaba en Valaquia el *rumano* y en Moldavia *vecino*. Rodeados de boyardos, en cuyas manos se apiñaba el país, ceñían los Señores fugazmente sus diademas bizantinas.

A este uso añejo no atacó sino la filosofía de Occidente, importada por jóvenes viajeros, mediando el siglo XIX, filosofía a la que dió ardor de ejecución la revolución francesa, exportadora de principios a la vida interna de todos los países. Atacó el fermento doctrinal la herencia de las costumbres viejas. Pero la polémica no entró en vías de obra, distribuyendo tierras entre los campesinos, hasta el reinado del Príncipe Cusa, quien, ganado a las nuevas ideas, enajenó a la repartición aldeana dos millones de hectáreas de suelo cultivable.

Nadie se atrevió a secundar el osado rasgo del Príncipe Cusa. Pero en los campos, antiguos patrimonios feudales, absorbía la propiedad la especulación de los aventureros balcánicos e israelitas. Cayeron con ello en mayor postración los aldeanos colonos. Hízose presente su descontento en la frustrada revolución campesina de 1907, en pos de la cual todos los partidos aceptaron en principio una nueva repartición de tierras, demorada, sin embargo, con perezosos expedientes.

Extrajo la guerra grande de sus aldeas, conduciéndolos a los cuarteles, a millares de labriegos, a quienes el Rey Fernando alentó en los trances del sacrificio con promesa de hacerles dueños de las heredades. Sa-

tisfizo el Monarca su palabra firmando en 30 de diciembre de 1918, siendo Gobierno el partido liberal, presidido por D. Juan Bratiano, un decreto-ley de reforma agraria. Otorgaba la real disposición a la propiedad campesina todos los campos pertenecientes a la Corona, a las personas morales, a los súbditos extranjeros y absentistas, en virtud de reducida indemnización, además de dos millones de hectáreas de la propiedad privada. En los primeros días de 1919 detalló la ejecución de la empresa un nuevo decreto, acordando que la expropiación comenzara en las propiedades privadas cuya extensión superara a cien hectáreas, cercenándolas conforme a determinada escala y disponiendo preferencia en la adquisición a los movilizados en la guerra y sus descendientes, así como la indemnización a los propietarios, pagadera en títulos de la Renta.

La medida, que aplicada dentro de las lindes del reino antiguo equivale a una sucesión de clases, extendida a la Besarabia y el Ardeal equivale a suplantación de nacionalidades, pues los propietarios de ambos cabos eran extranjeros o extranjerizados, y sus herederos en propiedad, los colonos, son rumanos. El curso de los hechos dispone que el desenvolvimiento nacional de Rumania y las nuevas exigencias populares del mundo entero se den la mano.

Una de las originalidades del patrimonio rumano es su forma religiosa. Rumania es de los países que existen en regionalismo místico. Asimismo, remozó este aspecto la unificación del reino, congregando los báculos bizantinos, dispersos hasta entonces en tres naciones, en una sola Iglesia nacional, bajo la tutela del

Metropolitano Primado, primer Papa de todos lus rumanos. A semejanza de los otros cristianos del Oriente, los latinos del Danubio no reconocen más cabeza en su escala eclesiástica que el Jerarca de su patria.

Profesan regional cariño los rumanos a esta organización piadosa, que oficia en los templos en su propia habla y que en el curso de la Historia se mezcló a sus dolores y aspiraciones seculares. Pero más de una vez, recorriendo los claustros del sencillo palacio metropolitano de Bucarest, en compañía de Su Santidad el Primado, pensaba en los caudales de arte atesorados por la Iglesia universal en Roma, junto a los que aparecía menesterosa esta capilla provinciana. En vez de los archivos del mundo y los inmortales lienzos vaticanos, no se hallaban en la Metropolía sino escasos y lugareños retratos de los Arzobispos de plateadas barbas, empuñando en la diestra el cayado, que coronaba un signo parecido al caduceo de Mercurio: dos retorcidas sierpes enfrentando sus cabezas doradas.

Ilusoria es la esperanza de una conversión bizantina al catolicismo. La incorporación de la mitad transilvana al reino antiguo producirá otros frutos, mas no éste. El rigor de las adversidades empapó al corazón del pueblo en el consuelo de su credo local, siendo hoy su religión un matiz, más bien que de su propiedad, de su patriotismo.

De ahí que, al girar una visita de inspección por el Oriente, a principios de 1919, el Arzobispo católico de Westmínster, el Cardenal Bourne, observando a las Iglesias nacionales en Levante, que quedaban un poco en el aire tras el hundimiento del poder religioso de Rusia, concluía que era más hacedera la conversión

de los servios y de los búlgaros a la fe católica que la de los rumanos.

En verdad, a pesar de crear a fin de 1920 el Estado rumano una Legación cerca de la Santa Sede, la unión vigoriza al bizantinismo. Es la Iglesia lugareña tradicionalista y huraña; su sacerdote se reputa hijo castizo de su raza, por cuyas aspiraciones luchó contra la política del Vaticano, protectora del Austria enemiga. Menester es respetar el sentimiento de un pueblo, tanto más cuanto que al mostrarse el alma rumana en el arte, lo hace entre arcos orientales de los claustros y al pie de las ventanas de los templos ortodoxos.

De parecida suerte, la unión inauguró nuevos destinos en la convivencia de razas. Húngaros y sajones, de una parte, rusos y búlgaros, de la otra, amén de turcos y tártaros, afincan sobre el suelo de la Rumania unida. La hora de la alborozada libertad de un pueblo no parece debe coincidir con la del aherrojamiento de sus históricos convecinos.

Por eso, en el acto mismo de la incorporación transilvana al reino, en la asamblea de Alba Julia, hiciéronse presentes los deseos rumanos de no herir la autonomía isleña de los núcleos nacionales, capaz de culto y enseñanza en el propio idioma, dentro del lago nacional rumano. Harto habría de cambiar el carácter de este pueblo, embriagado por su buena suerte, si de tolerante y afable de corazón como es se trocara en perseguidor despiadado de extraños. La familia humana, que, advirtiendo cuánto hay de gentil en la vida, a cada momento exclama: *Ce dulce est!*, «¡Qué dulce es!», no es de esperar tenga también las fibras que requiere el despotismo. Pero si, por una de esas imprevistas

anomalías, la Rumania unida no se mostrara condescendiente con los ajenos pueblos que el pasado colocó en su seno, entonces frustraría uno de sus originales destinos.

Ordena, en efecto, el pasado que a cobijo de las arcadas de la Rumania grande se abran a conciencia extraños pueblos, entre ellos alguno mudo y misterioso, realmente inédito. País que conoció en varias de sus regiones los dolores del cautiverio, invitado está a la tolerancia. Entre las razas que anidan en el regazo rumano, una de las más numerosas es la de los gitanos. Rumania, unificada, es la gran metrópoli gitana, porque todas las tribus que poblaban los valles de la Transilvania húngara, en virtud del ensanchamiento de fronteras, están ahora dentro de Rumania.

Cruzando los pueblecitos del antiguo reino o los de la Transilvania, a poco que el sol luzca, descúbrense, vagando a la intemperie, grupos de mujeres cobrizas y corros de tostados rapaces. Los músicos de aldea, que animan los regocijos y los bailes por los campos, suelen ser gitanos. Encuéntraselos, al azar del callejeo, degustando beatíficamente la luz, sazonada por la pereza y la libertad, que tan bien les sabe, que parecen tener la miseria por un bien más. En apariencia, acaban de llegar de la India; detrás de sus siluetas, a trueque del paisaje rumano, estaría adecuado un fondo de palmeras y bambúes.

En una ocasión, ascendiendo el sendero de una montaña, hallé a un grupo de estos hombres, que por su continente, la marcha altiva, la esbeltez elástica, recordaban los tipos que, el turbante sedeño ceñido a las sienes, en Londres se ven, procedentes del Imperio

índico. Pasaron conversando en una lengua gutural, extraña.

Diferéncianse en esto los gitanos de Rumania en que bastantes de ellos, los gitanos rancios, conservan su propio idioma, de oriundez asiática, mientras la mayoría, disuelta y esparcida en el pueblo en que flota, no conoce sino el habla local, cosa que no sin halago sienten los rumanos, testimoniándolo en bromas afables y caricias a los rapazuelos nómadas, como en la ocasión en que, haciendo un viaje con un rumano insigne, pasó éste la mano sobre la cabeza de un gitanillo, diciendo: *E dei nostri,* «Es de los nuestros».

Son los gitanos del Danubio hermanos de los del Sacro Monte, de Granada. Pero estas razas internacionales se impregnan de los caracteres de los pueblos en cuyo seno residen, y así, sobre el color común aparecen servidas las cualidades distintas, flor de los varios, territorios. Los gitanos de Hungría, por el riego de sangre de los naturales magiares fortalecieron sus cabezas robustas, perdieron sus cuerpos esbeltez, tornándose macizos, y al rasgar con los arcos los violines adoptan, sin sospecharlo, ademanes despóticos. Los gitanos rumanos son menos jacarandosos que los andaluces; ignoran las mujeres los resalados piropos de la buenaventura, y no arrancan a bailar con el garbo del Guadalquivir. No parece sino que en el Danubio han recogido por los valles y las colinas dulces la discreta reserva, la natural suavidad que hace que algunas muchachas tengan los ojos tiernos de gacela, así como la simplicidad y la modestia que al viajero brinda de peculiar la raza rumana, unida a una cierta resignación distinguida.

Habitan algunos grupos gitanos, vagabundeando, en carros y acampando a trechos bajo tiendas de lienzo o en moradas excavadas en la tierra, que de su paso anterior les quedan dispuestas en el itinerario. Los más residen, sedentarios, en las aldeas y poblados rumanos: forman en ellos un barrio de las afueras, fácil de distinguir, como la gitanería, de lejos y a simple vista. Cada rumano edifica su casita aislada y campeando en medio del vallado de una cerca; demuestra la edificación rumana manifiesta repulsión a apegar sus muros; lucen piñas de flores en el huerto y en las ventanas y azoteas. En cambio, en el barrio gitano se aglutinan las viviendas, formando pobres manzanas envueltas en polvo y en miseria.

Huéspedes antiquísimos son de Rumania los gitanos, guardan en sus usos de tribu costumbres del lejano pasado local. Durante siglos fueron siervos de los monasterios y de los boyardos. Entréganse familias de ellos a componer carros y vasijas, fabricando utensilios, y son llamados en rumano los *calderari*, los *caldereros*. La tarea brillante la desempeñan los músicos, apellidados en el romance local *lautari*, *loadores*, quienes en el pasado asistían a las reuniones boyardas, amenizando al son de sus instrumentos los banquetes con canciones en loor de la concurrencia. Ahora celebran en las aldeas las bodas y los bautizos. Aun hoy guardan sus voces un recio dejo gutural, que suena a asiáticas gargantas. Clave del regocijo de los invitados, esbeltos de talle, broncíneos de tez, brillándoles como ébano los ojos, entre la abundancia de manjares y de vino, producen los *lautari* alucinación. Como quiera que inyectan sus miradas con vehemencia febril en los

presentes, y que a esto añaden lo inagotable de una voz que se vierte densa, a la manera de un hechizo melancólico y sensual, que da con el juicio en tierra, se apetece a la sazón gozar sin término de aquella suerte de brujería monótona y enloquecedora. Muy sensibles a esa especie de sortilegio, los boyardos de los Principados desprendíanse en las fiestas de cuanto contenían sus escarcelas, por entretener la inspiración de los filarmónicos morenos.

No evapora esta raza expresión alguna hacia los ámbitos civilizados de Rumania, en voz de libros, diputados u oradores. ¡Extraña raza, que apasiona por sus singulares destinos! ¿Qué tendrás, bella familia asiática, descarriada en las brumas de Europa, tras de tantos años de aventura, qué tendrás que narrar a los humanos?

Ignorantes de política y de la propia defensa, ninguna inquietud produce su estancia en el seno rumano. En cambio, habita en Rumania otro pueblo asiático que, por su curiosidad despierta, sus enlaces internacionales, el sabio manejo de su pujanza bancaria y periodística, suscita hartas dificultades.

Opuestos de índole son gitanos y judíos; abundan éstos en las dotes de que aquéllos carecen: comprensión, egoísmo de casta y asentamiento en la primacia de los destinos. Ciertamente que hay bastantes judíos que moran en el subsuelo humano; pero a los israelitas descaecidos los salvaguardian sus hermanos de raza encumbrados en las cimas del pensamiento y de la hacienda.

No se mienta a los judíos en el ayer rumano. Su instalación ocurre durante los postreros reinados de los

Príncipes, y, sobre todo, a mediados del siglo XIX. Procedieron las muchedumbres invasoras de las juderías polacas, las cuales, merced a las extrañas vicisitudes por las que pasa el asendereado pueblo de Israel, usan una jerga germánica, residuo de larga estancia en Alemania. Basta contemplar el tipo rubio y los rostros barbitaheños de este jirón israelita para comprender que es judío de tradiciones, ley y rito, es decir, judío histórico, pero no de raza, pues guardan sus venas escasísima sangre oriental, anegada bajo una inundación de sangre mongólica o eslava, accidente ocurrido en un azar de violencia de los que es pródigo el desasosegado Oriente.

Al cebo de la prosperidad, llegan tales judíos de los contornos eslavos, sobre todo de la frontera Norte, enfundados en negros balandranes, bien bastecidas las sienes por copiosos tirabuzones; miserable pinta, de la que los hijos y los nietos se apartan con vergüenza, apenas el viento del auge sopla en popa al negocio de la familia.

Es el rumano pueblo esencialmente agrícola, poco aficionado al arte de la mercadería, y el hueco mercantil que de tal suerte en él se abre lo colma la especulación judía, dueña de los almacenes, fondas, tiendas y bastantes Bancos, además de numerosas empresas. Trajo consigo lo crecido del trasiego la apropiación por manos judías de las fuentes de riqueza nacionales, aparejando con ello hondo recelo y enemistad en la opinión rumana.

La pacífica invasión de un elemento extranjero tan activo y ambicioso hostigó a la sociedad rumana a adoptar actitud de defensa; en su pasión antisemita

para nada intervinieron móviles religiosos. El hogar judío conservaba la tradición y la lengua de su origen, despegado del interés local. Optaba el hebreo por ser la clase intermediaria, improvisando el personal de que precisamente carecía la constitución social rumana. En consecuencia, percatóse la jefatura del joven reino de que corría riesgo la nación de caer, mediante la concesión de derechos de ciudadanía a los intrusos, en manos de una oligarquía hebrea, no distinta, a pesar de que ésta no empuñaba armas, de las de los tártaros o los pacenegos de la antigüedad. Encumbrados los israelitas a las magistraturas públicas, temíase que, dado su poder de cohesión, se apoyaran entre sí, con olvido de la causa nacional. La sorda y poderosa máquina de protección internacional que Israel posee se agitó más de una vez, en vengadora ofensiva, contra el pueblo rumano.

Peripecia fué de este duelo entre pueblos la favorable acogida que muchos hebreos de rito alemán dispensaron en Rumania a los enemigos ejércitos imperiales durante la guerra grande, originando al recobro del territorio por los rumanos breves represalias de encarcelamiento contra los sospechosos de trato con el adversario.

Notorio es que el tráfico mercantil en las ciudades está sostenido por la asistencia israelita. Amparándose en esto, recurrían los judíos, en los peores trances, a esgrimir su amenaza Aquiles, que consiste en abandonar el país, abandono que, a su juicio, marchitaría el florecimiento económico de Rumania. Aluden los versados en Historia al desmedro industrial de España a raíz de expulsar su enjambre judío. De buen grado ac-

cedían a la baladronada los vehementes antisemitas, y no daba a ella crédito la mayoría de tibios.

Tan sólo el tiempo, agente de profundas mudanzas, puede ir suavizando las asperezas del mencionado desacuerdo. En tanto que fuera reciente la incorporación hebrea, se explicaba la extrema dificultad con que el reino antiguo concedía a los judíos la accesión a la ciudadanía rumana. Cuando para atacar el que estuviera la muchedumbre judía fuera de las leyes nacionales se aducía el ejemplo de Francia o de Inglaterra, no se era rigurosamente justo, pues no existía semejanza en el ejemplo, ya que en aquellos países los hebreos eran habitantes de antiguo y además su número resultaba insignificante en parangón con la humanidad nacional, mientras que en la nación de Oriente, además de ser recién venidos, alcanzaban alarmantes proporciones, dada la exigüidad de población rumana.

Maduró el transcurso de los años la asimilación por parte de los judíos de la lengua y los usos indígenas. Con ocasión de la paz impuesta por Alemania en Bucarest, la primavera de 1918, presentóse en el Parlamento, entonces reunido en Yasi, un proyecto de admision nacional de los judíos, que era una secreta imposición del Imperio germánico, obra de recompensa a las amistades judías por los servicios prestados durante las hostilidades. Desbarató la imposición la victoria aliada. Mas el esbozo de arreglo dejó sus huellas de inquietas ambiciones y protestas en los judíos, y aunque vacilante el Estado unido, ensanchó por decretos sucesivos la concesión de derechos hasta términos de tolerancia.

En conclusión, puede cual nunca acceder a ciertas

pretensiones israelitas la Rumania grande, con población doblada, que ensancha su capacidad absorbente, y con menester de apartar de su camino los estorbos de las minorías nacionales, implantando un sereno régimen de convivencia. Mas es ilusorio dar la materia por completamente resuelta. Índice del recelo hebreo es la pluralidad de afanes que trabajan su ánimo cauto. Junto al de los asimilistas, partidarios de fundirse en la vida nacional, está la rebeldía arisca de los defensores de Israel, que, al estímulo de la universal boga patriótica, sustenta, a base de oro, algún órgano de opinión mantenedor de nacional independencia, para la que piden representación de minoría dentro del Estado. Disgregados en grupos tácticos, para ensayar políticas varias, une a los israelitas la afinidad imperecedera de raza, cuya conciencia alimentan templos y asociaciones.

Sufría sin motivo de la tirantez de relaciones una familia de judíos reducida de número y completamente distinta. Diferenciábase de la anterior muchedumbre por su procedencia, que es del Sur; por la anterioridad de su llegada, a fines del siglo XVIII, al Principado de Valaquia, desde Constantinopla, y la diversa estima que de ella hacía el ánimo rumano; residía únicamente en Bucarest este millar de hebreos, a quienes se da el nombre de su lengua: llámaseles españoles. Los descendientes de antiguos moradores de España aun nombran a Rumania, Valaquia, y a los rumanos, valacos.

Proclama su aspecto a una vieja raza soleada, habitadora del Mediodía: en modo alguno tiene semejanza con los otros hiperbóreos judíos. Los primitivos trazos de Rebeca y Saúl rebozados están a veces en talante

español espolvoreado de carácter turco. Sin ser advertido, oí en una ocasión conversar en una fonda a un grupo de damas judías que se expresaban en un español meloso, en el que aludían al «señor padre», al «señor esposo» con tal dulzura y sentido del hogar hispánico, que yo creía escuchar a damas españolas de las regiones americanas.

Acudí otras veces en Bucarest a la Calea Spaniola, en donde, en sus hogares, familias que se nombraban Sevillano, Levy, Alcalá, Bejarano, guardaban encendido, sin saberlo, algo de la España de Isabel y Fernando. Las ancianas decían junto al rescoldo consejas y refranes, romances populares que trajo por patrimonio oral al Levante el Israel desterrado de Zaragoza, Sevilla y Granada. Radicaba allí la casita de un viejo sapientísimo que, al fondo de ella, socavada en tierra, tenía una biblioteca cuajada de libros, en la que reinaba un profundo silencio de pozo. Nos sepultábamos en aquel maravilioso mutismo, no sin antes pasar por el resto de la morada, en el que la anciana esposa, con otras vecinas, levantaba animada charla castellana. Leíame el anciano sus Libros Santos, en español escritos; deteníase al nombrar la Divinidad, que él leía *Dió* y no Dios, porque su «pueblo santo» no adoraba al Dios plural, sino al *Dio* único, y al llegar a este punto me lanzaba maligna mirada, como si yo, a fuer de español, fuese politeísta. Propendía a ratos a la confidencia el buen anciano: «Cuando fuí joven, estudiando en Viena en 1860, una tarde en que leía en el banco de un parque mi libro preferido entonces, *Don Quijote de la Mancha,* un señor sentado a mi lado trabó conversación conmigo y fué desde entonces mi protector y amigo. ¡Tenía una hija

más hermosa! Aquel caballero resultó ser el Embajador de España».

Cosa es, por cierto, maravillosa el que los judíos españoles que hablan en los ventanillos de los Bancos las hablas lugareñas digan su intimidad en el español dulce de antes de romper España las columnas de Hércules, habla que aun no se había embarcado en las carabelas de Colón, trocándose en imperial y colonizadora, después de dar, en todas las latitudes, soberbias voces de mando.

Lo mismo que cuando volvían a sus hogares en Toledo, después de encorvarse sobre la piedra del puente, a mirar pasar la corriente del dorado Tajo, recibían estos judíos, de manos de las mujeres, en sus casas de Bucarest, guisos y adobos de la rancia cocina española, bautizados con nombres castizos. Májanse y se aderezan junto a los fogones las gustosas *albóndigas;* desmenúzanse las berenjenas o calabacines para confeccionar el *almodrote;* prepáranse las *quesadas* y los *tomates llenos;* amásanse nueces, harina y miel para disponer las *roscas,* habiendo en las pastas gran variedad castiza (así alguna que, por sabroso que sea su dejo, no lograría gustarnos lo que su nombre de *voltadicas),* reservando para las grandes ocasiones a la reina de ellas, que denominan *mazapán*, con la que regalan sus horas de regocijo y fiesta.

Es todo lo anterior un jirón anticuado que, mucho antes en Bucarest que en Sofía y Salónica, disolverá el tiempo. Harto más resistente que en la capital rumana será la influencia de los judíos españoles en Bulgaria, donde moran en tan crecido número y gozan de tal libertad que, penetrando en la nación de los

Zares danubianos por Rusciuk, el español se encuentra sorprendido de escuchar en el andén del ferrocarril, en el compartimiento y los pasillos de su carruaje, a gente que emplea su lengua igual que en Puerto Rico o Manila. A tal punto llega ahí su preponderancia, que al acercárseme el revisor de billetes, a quien juzgaba un incomprensible búlgaro, le pregunté algo por señas, respondiendo él con afectuosa sonrisa: «Hable en español, porque también yo lo sé. Sí, soy español xudío». Confieso haber sentido entonces, en medio de los ceñudos valles búlgaros, la impresión de la grandeza hispánica, que salpicó su historia a los cuatro puntos cardinales.

En cambio, perdió el grupo de Bucarest el sentimiento de defensa; ya no se apartan los jóvenes españoles, en sus matrimonios, de las israelitas de la otra casta alemana; descuidan los niños el habla de los padres, desgranando un eslabón que los enlazaba a ochocientos años de herencia; finalmente, en virtud del poderoso influjo rumano, truecan el antiguo romance del Tajo por el nuevo del Danubio.

Según se ve, en fuerza de haber tantas razas dispares, impónese en Rumania una tregua de nacionalismos. Puede ahorrarse la rumanización oficial, y hasta adoptar como sistema de gobierno la neutralidad de razas, el Estado de un pueblo que, perseguido durante la dominación magiar, impuso su lengua, como la diplomática de las ferias campesinas, entre todos los pueblos de Transilvania.

¿Qué puede unir a tantas sangres rivales? La riqueza del suelo une a los pueblos de la Rumania grande por el provecho de sus inagotables fuentes de riqueza. Sa-

bido es que Rumania, en sus antiguos límites, era el país más rico del Oriente cercano, hecha excepción de la nación rusa. Son tan abundantes los yacimientos de petróleo sobre el suelo, que están en mínima parte explotados; los aludes de cereales, con cada estación, descendían de las llanuras valacas y moldavas a los puertos danubianos y del Mar Negro, colmando a hileras de barcos que salían, sumergidos hasta la línea de flotación, por los Dardanelos. Cuentan los territorios anexionados entre los más feraces y ricos de Europa, por la producción de granos, como la Besarabia, apellidada el granero de Rusia; por esta misma abundancia, la Transilvania y el Banato, antiguas trojes de Hungría; por las minas de toda suerte, incluso de oro, de las que hay descubiertas trescientas treinta y cinco, con alguna, como la de Brad, que es la más rica de Europa, y de plata, de las que se conocen setenta y cinco; de plomo, de cobre, de hierro, de carbón de piedra, de lignito y de manganeso; por sus numerosas y riquísimas salinas; riquezas todas a las que hay que sumar la producción inagotable de maderas de construcción, que se centuplica en el nuevo mapa. Pensando en el auge venidero, se concluye que el nuevo país latino es, entre todas las potencias del mundo, quien los beneficios territoriales más señalados ha obtenido de la guerra. Baste decir, con lo que ello representa, que por su influjo ha logrado la posesión completa de los Cárpatos y de todas las bocas del Danubio.

Los años últimos de trajinar armas en Europa han cambiado muchas cosas en Oriente, emprendiendo nueva era. El mercado rumano era feudo industrial germánico. Alemania, todopoderosa, se ausentó de él por

fuerza de los acontecimientos. Tal ausencia de los dos Imperios que en el Danubio latino gozaban de hegemonía mercantil, cuales eran Alemania y Austria-Hungría, abrió ancho hueco, que no podía ser llenado sino por la intervención económica de naciones que habían frecuentado la plaza con desventaja dentro de la competencia internacional. En efecto, intervinieron con sus productos de esta suerte Italia, Suiza, Francia, los Estados Unidos y España.

En tanto sacudía Rumania el yugo económico de Alemania, por las tortuosas encrucijadas de la Conferencia de la Paz en París, el capitalismo aliado amagó varios asaltos de intervenir en sus venideras abundancias. Rindió entonces histórico servicio a su patria la política cejijunta de Bratiano, con su criterio cerrado de independencia económica, sostén de la política, que guardó intactas las riquezas mineras del suelo y, en especial, percatado de la importancia comercial, y sobre todo militar, del petróleo para servicios de combate, esencia de la aviación y el automovilismo, salvaguardando la entrega a manos extrañas de los yacimientos codiciados. Fuerza a la admiración este rasgo de dignidad huraña en país destartalado y ruinoso.

De momento, la preponderancia del elemento rumano en su hacienda daba lugar a que, abandonada la nación a sus propios recursos, padeciera de general parálisis. Yacía en las Bolsas internacionales la moneda rumana por tierra, en medio de la inquebrantable confianza nacional de que por más baja que cayera se levantará, en su día, empujada por las espigas de las cosechas.

La renuncia al bienestar inmediato aseguraba el cre-

cimiento de la industria con medios personales. El petróleo, monopolizado en parte por el Estado, con las corrientes de agua de los Cárpatos y el carbón, podrá dar auge a una industria nacional que manipule minerales y maderas. En plazo de breves años, por otra parte, la emisión rumana de cereales contará entre las primeras de Europa.

La feliz situación geográfica de Rumania, en la portalada danubiana del tráfico centroeuropeo, y la singular capacidad productora de su suelo, abre perspectivas de maravillosas riquezas en la Argentina del Mar Negro; pronto ha de tener curso de nuevo el antiguo dicho de los romanos cuando, explotando la región, la apellidaban *Dacia félix*.

El índice de su economía, la moneda, se ennivelará en plazo no muy largo con las altas del Continente. El desmedro del cambio rumano se debió a la suspensión de la emisión exportadora, a la deuda de su Estado, contraída durante la guerra, y al hundimiento de su crédito, comparable al de un bajel que hiciera agua por sus dos costados, pues a estribor, en Besarabia, circulaban los rublos rusos, como a babor, en el Ardeal, las coronas húngaras. A fines del año 1920 se impuso por decreto la unidad monetaria en todos los territorios.

Tiene la riqueza rumana un aspecto natural que casi excluye la intervención del hombre. Para el resurgimiento económico de este paraíso agrícola, de las desbordantes mieses, de los bellos ganados, de las cisternas de petróleo, de las selvas innumerables en los boscosos Cárpatos, bastaría un centenar de locomotoras que, a modo de afanosas hormigas, acarrearan los productos al litoral marítimo.

Heredó Rumania allende Cárpatos, en las regiones antaño sometidas al Austria-Hungría, perfectas granjas y fábricas irreprochables, y hay varias fundaciones manufactureras en el reino antiguo. Con todo, la industria está en ciernes, y, dada la xenofobia mercantil que ha impreso a sus destinos el partido liberal, no queda a la nación otro camino, para poner en valor su riqueza, que el que acometan sus genuinos esfuerzos.

Por tanto, requiere el ensalzamiento mercantil la consolidación interna. Menester le es a Rumania, para incorporarse de la ruina en que yace, vigorizar sus nervios administrativos con una jefatura sólida, activa y eficiente.

Sutiles elementos de crítica se han infundido en la vida rumana con las anexiones de la Unión, al traer a vida nacional a millares de súbditos habituados a las cumplidas burocracias imperiales de Austria-Hungría y Rusia. El enlace de la nueva mitad occidental con la antigua mitad levantina, que compone el Reino Unido, corregirá bastantes de las deficiencias. El régimen de la burocracia, refugiada un momento en Yasi, que, a manera de mancha de aceite, cundió hasta alcanzar los límites del nuevo mapa, era víctima de las seculares adversidades padecidas en el Oriente. Acerbos reproches contra su funcionamiento se levantaban en los cuatro cabos de los Cárpatos.

En verdad que Rumania unida estaba fundada; lo que no estaba es fundida. Bulliciosas corrientes que desmoronen lo antiguo han de entrechocar en su seno.

De este advenimiento depende el porvenir del Oriente. Porque campearán en Rumania las frescas fuerzas, sanas, fecundas, prevaleciendo los tesoros de

energía que abriga la raza en su entraña campesina, o la señorearán, como aguas de muerte, las heces corruptas que un mal pasado depositó en las aglomeraciones urbanas. Flotante está todo e indeciso, en licuefacción, por así decir, hasta que cuaje su nueva forma la nación, que no será, ciertamente, la del presente.

El hecho es que rumanos que antes obedecían a Viena, Budapest y Petersburgo acuden ahora al nuevo foco de su vida nacional, al poblado anchuroso y sin unidad de Bucarest, capital que, sobre una raza sobria y dolorida, levanta infinitas muecas de placer, en un remedo de alegría que el vicio acibara de tristeza.

Dispone Bucarest de dotes de capital, pero de capital pequeña, a la manera que antaño lo fué de la Valaquia y del reino antiguo; cuentan entre ellas su aterciopelada cortesía y su amabilidad voluble y fácil. Es Bucarest tierra de amigos, como lo es Madrid, ciudad a la cual hasta en el aspecto material se asemeja; un Madrid levantino, sin Guadarrama, alta cortesanía ni monumentos. Hay en Bucarest el espíritu y hasta la petulancia de la cabeza de un cuerpo pequeño; su gracejo consiste en una superioridad indiscutida sobre una provincia rural vacía de ciudades. Cuando alguna manifestación de aldeanos pasó por las calles de la corte, oí a los cocheros, de lo alto de los pescantes, saludarles, zumbonamente, los oídos con la palabra *mamaliga*, que es el nombre que en rumano designa al talo, de que se sustentan los campesinos.

Mas a la sazón acuden a Bucarest habitantes de las grandes ciudades enclavadas en el nuevo Occidente rumano: Arad, Oradea Mare, Timişoara. La pretendida supremacía bucarestina, que recoge superficiales vis-

lumbres sobre fondo presuntuoso y balcánico, será por ellos puesta en entredicho. Los hábitos y gustos de la herencia oriental de Bucarest no hallarán acatamiento entre los súbditos occidentales.

En enero de 1919 asistí a un interesante contacto del Occidente con el ambiente levantino de Bucarest, con ocasión de la llegada de las milicias aliadas. Los hijos de las añejas comarcas del poniente, al rozar con la muchedumbre cortesana, que enmascaraba el fondo huero de las almas con superficiales remedos del Occidente, sentían que su antigua seriedad civilizada hacía dentro el gesto silencioso que no aprueba.

Una tarde, pasada a orillas del Danubio con oficiales y patrullas de soldados occidentales, como departiéramos sobre las cualidades hondas del carácter, recuerdo que estábamos de espaldas a Bucarest, encarados con los búlgaros. Es que inspira la sencillez respeto: recorre el occidental Sofía y Belgrado, y cree ver en las capitales cómo toman expresión natural los campos circunvecinos. Alardea en cambio Bucarest de postizas urbanidades. Debajo de ellas yace la auténtica herencia local, y en presencia de una aglomeración de concurso hípico con ademanes de París y Londres, lucía siempre en mi memoria un cuadro que cuelga en el salón del Palacio del Metropolitano, representando el bautizo ortodoxo del río de Bucarest en 1856, y en el cual la concurrencia hallábase vestida a la oriental, con telas de vivos y pintorescos colores. En medio siglo no ha podido efectuarse cambio tan radical que de vivir a la turca se pasase de lleno a existir a la francesa. Ha sido una muda de ropa, pero no de costumbres; confióse la empresa a los sastres, pero no a los moralistas.

En resolución, Bucarest es el *Boulevard* parisiense en trajes y el Bósforo en usos.

Durante ese medio siglo, la cima social, que siempre vivió al reflejo de una civilización forastera, eligió por Bizancio adoptivo, para patrón de su conducta, al Occidente, distanciándose de la base campesina, que pacientemente continuaba la impulsión de los siglos. Igual que en los jóvenes Estados españoles de América, ejerció sobre el novel pueblo fascinación irresistible la sugestiva y siempre admirable raza francesa. Afluía el mundo viajero al París babilónico, juntándose allí los fugitivos del Danubio con los del Atlántico. El ejemplo trashumante procedió de la gran boyardía, que al perder el manejo de la cosa pública prefirió pasar sus vacaciones en el extranjero. Buena parte del año, bastantes de los grandes propietarios de tierras ausentábanse de sus feudos, los cuales, faltos de espaciosas y bien fundadas mansiones, a ejemplo de los castillos de Occidente, no inspiraban el gusto de la residencia campestre, consagrada a las agrícolas faenas.

Orillando un bosque, acaso con algún próximo jardín, peinado y acicalado a la occidental, sin portones, muros ni blasones altivos, sin otro anuncio que una torrecilla de iglesia, que no anda nunca lejos, y que es la capilla del panteón familiar, hállase la vivienda boyarda, casa de pequeñas proporciones, especie de casería aldeana, entonada y crecida, de espesos muros que componen habitaciones anchas y frescas, en muchas de las cuales, por estar el pavimento so tierra, la contemplación por las ventanas abiertas va a ras del suelo. Los espaciosos divanes orientales invitan a abandonar modales y posturas de Occidente, mientras can-

tan telas y tapices armonías de tintas exóticas. No son las alfombras rumanas, en parangón con las persas, de urdimbre refinada y, por así decir, cortesana; pero junto a sus similares búlgaras, servias y griegas alcanzan brillanteces y maestrías que les dan el primer rango del Oriente cristiano. Resaltan en los tejidos rumanos valientes y crudos colores: el verde, el encarnado, el negro, el violeta, dispuestos en geométricas figuras. Es notable observar cómo en el Levante europeo, sumergido por el Asia vecina, está en su puesto y encaja a tono lo mahometano. Así imagino al otro cabo del continente a España, a raíz de la reconquista contra los árabes. En Rumania hay a la sazón un equivalente del arte español mudéjar, y donde esto se advierte es en las casas de boyardos, memoria del suelo, llenas de mesitas y utensilios otomanos. Nunca, como en esos rincones, están en su punto las pastillas y cucharadas de almíbar de la refinada confitería turca, que en Rumania se conserva y con la cual se hace cortesía y agasajo a los visitantes. Penden de los muros litografías de algún Hospodar, retratos modestos del postrer abuelo, ataviado con el traje de la época; guárdase en una rinconera la pipa de larga boquilla, junto a alguna porcelana o cristalería regaladas por el Sultán de Constantinopla. No se puede pedir ornamentación más simple.

El lujo del boyardo era la Naturaleza; su fruición, el pensar en lo dilatado del dominio, paseando la mirada por el lago, el río, la pradera y los bosques que le cercaban, siendo suyos, hasta perderse de vista. En suma, pónese de relieve en estas propiedades el contraste entre la grandeza territorial, que es, por desco-

munal, desconocida en el Occidente, y la modestia de la edificación humana.

Una emigración de alto vuelo daba, pues, a Rumania estado social en el mundanismo. La conducta fué imitada por jóvenes calaveras y hasta por aventureros que, faltos de solidez en las rentas y picadas de grandeza las fantasías, con el trasplante a medio tan alejado como el Occidente se hacían pasar por boyardos, asociando brillantes títulos a medios de vida poco recomendables. El resultado fué que, en novelas y comedias occidentales, a un cierto momento, cuando en una reunión internacional alguien hacía una trampa en las cartas, se le suponía Príncipe valaco.

Pero no es permitido ofender con juicios injustos al pueblo rumano, cuando, a diferencia de Yugoeslavia y Bulgaria, que no la tienen, posee una continua y multisecular aristocracia, que fué su amparo y guía. Ya que los cargos de las antiguas cortes principescas eran personales y consistían en ser Copero, Tesorero o Guardián de los sellos, no hay en Rumania ningún título hereditario, a semejanza de marquesados o condados de Occidente. No confirió a la Corona, por otra parte, la Constitución del reino la opción de crearlos de nueva planta, ni a los súbditos rumanos el derecho de usarlos. En la vida, a pesar de la prohibición legal, se da tratamiento de principescas a aquellas familias que tuvieron alguien de su casa en el Trono de Valaquia o Moldavia. Conocido el desfile innumerable de Príncipes de los últimos años, es de suponer la muchedumbre de familias que se encuentran en el caso. Finalmente, acontece que junto a históricos nombres del pasado netamente rumanos, como Brancovano, o de la

alta tradición bizantina, como Cantacuzeno, hay apelativos del archipiélago heleno que apenas nada tienen de ilustre ni de rumanismo.

La aludida sociedad ejerció antes de la guerra misión de influencia cosmopolita, divulgando en los grandes casinos, balnearios y hoteles internacionales los recuerdos clásicos y las bellezas del país de Trajano. Pero existe, no obstante, una boyardía chica, afincada en el suelo, que cultiva los heredados bienes, en sus casas campestres, hacendosa, realmente hidalga, y que escapa a la mirada del viajero apresurado.

Dispusieron los acontecimientos que buena suma de las gentes en que se apoya la nueva vida liberal del Estado careciera del carácter que se forja en el templo, el hogar y la escuela, dando con ello lugar a una existencia flotante y frívola. En sociedad constituída a base aristocrática, cual es la rumana, el remedo de los altos modales terminó por desnacionalizar a toda la parte de la nación representativa. El teatro en Bucarest, igual que en Buenos Aires, escuela de costumbres; las librescas golosinas, los credos filosóficos, las modas del cuerpo y el alma, en suma, importábanse de París. Los productos quintaesenciados de un pueblo antiquísimo y complejo ofrecían para otro sencillo y, por así decir, impúber, máximos peligros.

En Rumania, a diferencia de lo que aconteció en la América del Sur, cuyo hogar, por español, estaba labrado en piedra, la intoxicación disolvió la familia. El desasosiego del divorcio arrojó por tierra a los penates caseros.

La incomunicación entre los brillantes nómadas extranjerizados y el fondo autóctono del pobre popular

aparejaba un estado febril: el sarcasmo brotaba con sólo aunar los extremos.

El fondo campestre, residuo de la verdadera vida local, consistía en una simplicísima comprensión del mundo, dibujada con perfiles cristianos; sabía el alma rumana, hablando en imágenes, al huerto y la montaña, rebordados por el oro de la decoración bizantina.

El legado moral de los campos es en Rumania un cristianismo medieval, de formas ortodoxas. Las estampas populares y los frescos de algunos pobres templos campestres representan la vida futura del jaez primitivo que el Occidente se la imaginó en el siglo x. El dragón que exhalando bostezos de humo se traga a los protervos en el atrio de la iglesia de la ciudadela en Yasi, como el paraíso cuajado de discos de santos que exhibe la rigidez bizantina, son perspectivas que el Poniente contempló en su edad gótica. De ahí que en los espectáculos populares, por ejemplo, los del Circo, se husmea la pueril espontaneidad del pueblo, recabando atención la extraordinaria popularidad del diablo, quien al aparecer con sus cuernos y su cola en el ruedo originaba descomunal regocijo: *Draco, draco!*, gritaban los espectadores, «¡El diablo, el diablo!». Al mismo tiempo que me parecía aquella muchedumbre retardada en un estado medieval, noté que a Satanás trataba con un humorismo y una familiaridad desconcertantes, que hacían adivinar en el aldeano puntas y ribetes de escéptico.

Por otra parte, el caudal de refranes rumanos, copiosísimo, está compuesto a base de experiencia pastoral y labriega, fiel en un todo a lo que ya nos advirtió de este pueblo su Historia.

Campesinos rumanos.

La unidad nacional dislocó la estabilidad antigua. Puédese decir que Bucarest es la capital provisoria de la Rumania unida. La mitad occidental, amalgamada con la otra mitad del Oriente, que componen el nuevo Estado, acarrea una absorción de destinos hacia el Poniente, rumbo al que por instinto tiende la raza. La Unión significa prolongación territorial de muchos grados hacia el Occidente. Consideraciones de la mala situación estratégica de la capital antigua, Bucarest, sita a cincuenta kilómetros llanos del Danubio búlgaro; anhelos de correr la capital hacia la vecindad suiza y francesa; pruritos de encontrar lugar de armisticio entre la dualidad de Poniente y Levante, que se entabla ya en la conciencia nacional, así como necesidades de armonizar las nuevas líneas de comunicación del mapa rumano, producirán el traslado de la capital rumana a la vertiente occidental de los Cárpatos. Fué éste uno de los primeros deseos que hizo su aparición en las altas esferas, apenas la Unión fué hecha. Pero el desmayo de fuerzas que siguió a la guerra limitó el propósito a ser un anhelo romántico de asentar en cimientos de orden la nueva jefatura, acometiendo la reforma moral del reino, mientras se abandonaba a Bucarest la dirección bancaria y mercantil del Mediodía danubiano.

Además, se ha trocado en amante solicitud la desatención secular por el legado humilde de los campos. Según acontece en las reacciones, se ha puesto en máximo valor la herencia del rumanismo que dormía en las campiñas. Asumen las juventudes la tradición original, arraigada en el suelo, en forma que, si a mediados del siglo pasado los muchachos afrancesados, por darse los buenos días en francés eran llamados los *bon-*

jouristes, hoy a los jóvenes del XX que recalcan el saludo en el propio idioma se les puede llamar *buonaziuistas*. Fuente es a la sazón de emociones, de purificación y hasta de prestigio el aldeano. Mermóse la ejemplaridad de la antigua boyardía, y hasta parte de ella, sobre todo en los rangos mozos, toma el camino de la nacionalidad que pasa por las campiñas. Autor fué, en buena parte, de esta influencia el viviente ejemplo de las grandes capacidades del pueblo rumano, el historiador y literato Nicolás Yorga.

A manera del hurgón que agita a la brasa, la guerra parece extraerá llamaradas de energía de la nación rumana, cargada de nuevo combustible occidental y campesino.

Cuando estos materiales libren al ánimo nacional su entraña inconsumida, se sentirá en Rumania un estímulo de fortificación moral. Misteriosa es la fidelidad de las razas a su primitivo carácter. Repitiendo la suerte del pueblo dacio, que se distinguió en los Anales, tras postración deleitosa, habrá de renacer, con mérito en la Historia, el fénix rumano, sobre cenizas de la misma disolución previa.

Acaso parte del mundo en que se elaboraba la conciencia nacional, la nación representativa; en suma, no templó los ánimos conforme a diapasón de sacrificio. Las lesiones de que se puede resentir este pueblo caen del lado del carácter y no del de la inteligencia, que, por don natural, es singularmente lúcida. Por lo cual, la vehemente sed de cultura con que se desecaron los labios del pueblo, en el pasado siglo no fué de tanto provecho para una raza sutil, gran asimiladora, como hubiera sido el empeño de hostigarla a empresas de

conducta, encerrando en un horizonte limitado su finura voluble.

Rasgo de los países rumanos es su indómita inclinación al deleite, que en los campos congrega, cual en Holanda y Flandes, las recias humanidades de montañeses y labriegos en torno a festines que al amor incitan, mientras en las ciudades idéntico influjo se acompaña de empurpurados labios, afeites y ojos insomnes, cuadro de las decadencias.

A guisa de correctivo, la piedra angular que ha de sostener la construcción de la unidad rumana es un propósito de vigorosa conducta. Parece que el bloque esencial ha de ser encajado en el edificio por las manos de un hijo de la raza, que, a imitación de aquel de los antiguos tiempos, nombrado por los griegos Zamolxis, inventor del magno remordimiento que ensalzó a los dacios, divulgue la eterna temperancia y el valor eterno.

Lo mismo que antiguamente las prácticas supersticiosas en honor del Baco indígena disolvían los lazos sociales, las supersticiones contemporáneas del materialismo resultan destructoras. Los presuntuosos motes del siglo XIX, que llama a la disolución lo moderno o el nuevo estilo, no impedirán en el siglo XX ni en el XXV, como no impidieron en días de Babilonia y Nínive, el que, franqueados ciertos límites de la vida, se suman los hombres en los resbaladeros de la muerte.

Asemeja que la Iglesia nacional, en vísperas de era nueva, bajo el primer pontificado de la Unión, se apresta a ejercer patrocinio popular efectivo. Antes de la guerra los templos bizantinos eran lugares ornamentales, sedes de la liturgia, sin que apenas ejercieran tu-

tela moral sobre el barrio. Abríanse sus portones para rodear de ceremonia y pompa los fugaces caprichos de las parejas, que llegaban seguidas por los cortejos mundanos de las bodas. Ejecutaban entonces los sacerdotes de las bellas barbas, de las capas pluviales y de las brillantes coronas el ceremonial bizantino. Según el rito, imponían a los desposados las simbólicas diademas, y tomándolos de las manos, así como a los padrinos, trazaban con todos ellos los cercos de rueda del baile en torno al facistol que sostiene abiertos los Libros Santos. Desplegábanse tales vistosidades a ruego del primer aspirante, sin que la Iglesia, hija rendida del Estado, estorbara los desasosiegos del divorcio. No apareja bien la complicidad del templo en la disolución del hogar con el espíritu de una institución, cual es la Iglesia, guardiana de unidades a la conservación útiles. Probable es que, en consecuencia, la rumana ensaye el enarbolar autoridad, sometiendo las temerarias frivolidades a mandatos difíciles, llamadas a la imperecedera realidad de que la existencia es dolor, y mementos de que la prueba definitiva que exige de individuos y de pueblos es el sacrificio. Quizá el primer acto de la Iglesia rumana en tal dirección será el de recibir los cortejos de la poligamia, tirando el cerrojo a las puertas de sus templos.

A la par, en la idea de la directa descendencia de Roma, que ilustra a la joven nación, hay provechos de carácter que recogerán las nuevas y más hondas interpretaciones. En efecto, soplado el desperdicio de oratoria que esa verdad espuma, la substancia que contiene es exigencia de conducta. Cuando se importó al Danubio romance el descubrimiento de la filiación del Foro, se

explotó la nueva con fines de vanagloria. Propagóse la noticia del *somos latinos* en medio de infantil regocijo. Era gratuito regalo para el orgullo, que caía sin ser esperado, a modo de aerolito, en los campos de Oriente. Acogiósele sin exigir ningún esfuerzo al ánimo, y se bordaron fantásticas declamaciones sobre la realidad de los campesinos del Danubio.

Aconteció, en resumen, que la verídica descendencia de la fundación trajana se echó a vuelo conforme al ideal de latinidad, presuntuoso de derechos, y no al de romanismo, exigente de deberes. Ocasión es de afirmar que latinidad es una concepción confusa que supone la circulación de una fabulosa sangre latina. El Lacio, comarca en que brotó la lengua rústica de los romanos, fué manantial campesino de una empresa que acomete, regulariza y a la que da cima una ciudad, Roma. Vacío está el nombre de Lacio, entre los arbustos rurales que evoca, del ejemplar drama que se cumplió en la Urbe. Menciona, en cambio, el nombre de Roma la magna aventura que por escenario tuvo las murallas ciudadanas. Roma fué un experimento de gobierno, una cultura; fábrica, en fin, organizadora del mundo. Holló tan fornida empresa política con vestigios perdurables la Tierra. Lo que de ella queda son fragmentos de la obra rota, un día concorde: ruinas de cultura, materiales y espirituales, fuentes y derechos, anfiteatros y usos; mas sobre todo, a la manera del pétreo acueducto que se ensalza en algunas ciudades, lo que dura en pie en el alma de algunos pueblos es la fábrica esencial de la civilización, el idioma, que retocó en una parte el árabe, en otra el germano, y el eslavo más allá, pero que en todas, Italia, España, Francia y

Rumania, luce en lo alto las picas de las legiones civilizadoras. Los pueblos romances son los vencidos para siempre por el empeño romano, que siguen en rumbos distintos una secular aventura de civilización, la cual tomó su origen, de igual manera que todas las calzadas del Imperio se unían en el Miliario Áureo, del Foro común.

La lejana Rumania no es sino el postrer pueblo rezagado que acude a la meta. El grande hecho que aconteció en los países de Occidente del siglo VIII al X, la absorción por las muchedumbres indígenorromanas de las oligarquías germánicas que las señoreaban, no ocurrió en Rumania sino en el siglo XIX, anegándose los dos bajeles cortesanos, cargados de boyardía helenizante, en el océano popular románico.

La latinidad es una quintaesencia de elaboración erudita. Nunca el morador del deshecho Imperio en provincias se llamó a sí mismo latino, sino romano; la prueba popular de esta verdad se halla en los dos extremos, España y Rumania. Al nacer en Castilla la lengua nacional española, el natural la llama el *román,* o *romance,* como aun la llamamos nosotros, de igual suerte que llaman a la suya el campesino del Danubio y el montañés de los Alpes suizos. Á idéntica causa obedece el que venciendo, en fin, el elemento románico en la nación del Danubio, ésta no se llamara Latinía, sino Romanía, nombre que durante la Edad Media usaron para designar su Imperio los bizantinos, que, no obstante ser griegos de sangre, eran romanos políticamente.

Hasta tal punto coloca la pretensión latina en equívoca postura a la realidad, que de optarse por el pa-

rentesco de la sangre veríase forzada a detenerse la pluma que esto escribe, ya que quien la mueve, a fuer de vizcaíno, no tendrá probablemente en sus venas gota del licor fabuloso y franquearía la entrada de hogar que no es el suyo. En cambio, la certidumbre románica, aunadora de razas en un origen de cultura, le permite derrochar simpatía por una causa a la que la herencia auténtica le prepara, ya que quienes le otorgaron vida le transmitieron lumbres encendidas, al fin y a la postre, por Roma.

Sin que la perpetua enseñanza de la ciudad que agotó buena suma de las experiencias humanas sea patrimonio exclusivo de nadie y a la contemplación esté abierta de eslavos y germanos, parece que especialmente solicita a aquellos pueblos que, prolongando su pasado hacia el origen, desembocan en los muros del Capitolio. El ideal de latinidad apenas indica este rumbo con lo vago de sus alusiones. Con el románico se dibujan claras las Puertas emisoras de nuestra civilización y transcurren por los caminos los héroes de las empresas: Escipión va hacia Hispania; César, a las Galias; Trajano, a la Dacia. Detrás de sus excursiones contemplamos, en común, la imperecedera lección de los riesgos y de las andanzas humanas, de los ensalzamientos y los yerros, de que alto ejemplo fué Roma. Por lo cual, además de que en el ideal románico se alude con mayor justeza a las afinidades que existen entre determinados pueblos, hay en él un patrón inmortal de conducta, por señalar la aventura romana la postración y el acabamiento, en consecuencia, de ciertas costumbres y el florecimiento y el auge, en las ocasiones de los vigorosos usos, en la capacidad del sa-

crificio, el culto de la morada, que los penates presiden y en la que, con dignidad perenne, reina la mujer de un solo varón, la esposa univira.

Las reservas vigorosas que atesora Rumania quizá en breve apuntalen las flaquezas, a las que el viajero superficial da excesiva importancia, por advertirlas en el recinto ciudadano.

Aguija a este esfuerzo a la nación unida lo peligroso de su reborde fronterizo. Cuando recorriendo las abundancias de la espaciosa Dacia acude a la mente la imagen de sus límites, que apenas un accidente natural ampara y que por miles de años desbordaron razas inquietas, la convicción se impone de que tesoros de prudencia, de inteligencia y de valor han de salvaguardar la unidad finalmente lograda. El nuevo mapa, que es perímetro perfecto según la sangre, no lo es según la geografía, pues brinda por todas partes llanuras abiertas a vecindades peligrosas. El postrer asentamiento de fronteras, traído por la guerra europea, comprime a pueblos que han de intentar reacciones. No es de olvidar el que Hungría y Rusia, bajo Gobiernos revolucionarios, asaltaron arma en mano los nuevos bordes rumanos, con apariencias de verdadera guerra. Depende en parte el porvenir del Oriente de la voluntad exterior que mañana domine en el pueblo ruso. Hungría, de su lado, no abandona sus aspiraciones territoriales a la herencia de San Esteban, ambicionando recobrar sus antiguas lindes hacia Checoeslovaquia, Yugoeslavia y Rumania. Lo mismo que el Partido nacional fué la organización de la conciencia popular rumana, alimentando la resistencia contra el húngaro durante más de medio siglo, cuenta ahora Hungría con

una Liga para la integridad territorial, divulgadora de propagandas al extranjero y, especialmente, a los países desmembrados.

No obstante el que Hungría quedó reducida en su población hasta no comprender sino ocho millones de habitantes, por la indiscutible experiencia del mando que tiene su jefatura, la situación fluvial de primer orden del puerto de Budapest, enclavado en el centro de Europa, entre ambas manos de Levante y Occidente, y debido a ser la capital, además, residencia de la Comisión Internacional del Danubio, es factor importante en la vida de Oriente. A poco de tener lugar el armisticio, Inglaterra, y algo después Francia, implantaron bastantes intereses en la capital magiar, considerando al puerto húngaro como aquel que centraliza la navegación internacional del gran río. Es, por otra parte, Rumania la desembocadura y la entrada fluvial del comercio centroeuropeo. De suerte que el fomento de la riqueza en el arruinado Oriente solicita el acuerdo de los Estados ribereños.

Mas Rumania se encuentra, como Yugoeslavia y Checoeslovaquia, en la situación de ser heredera del disuelto Imperio austrohúngaro. Esto es estorbo a la comprensión rumanomagiar y constituye, en cambio, poderosa afinidad de intereses con los jóvenes Estados consolidados por el derrumbamiento Imperial. Los tres pueblos herederos necesitan desmentir, siendo elementos del orden levantino, el reproche de inmadurez política que contra ellos se esgrime.

Tiene en su vecindad Rumania una nación, que es Polonia, a la que entrañables afinidades la enlazan. En el pasado, las letras de los cronistas rumanos se depu-

raron con la asistencia a las Universidades polacas. Ambos pueblos sienten idéntica aspiración hacia el Occidente y, salvando la distancia, viven en espiritual contacto con los pueblos románicos. La boga de la cultura francesa es en los dos parecida. Debióse a ello el que, fieles a la situación de espíritu del Poniente, sirvieran en el anárquico Oriente, a fines de la guerra grande, de común baluarte de las instituciones occidentales contra la revolución rusa. Faltos de ocasión de rozamiento, careciendo de posible motivo de disputa, si hay dos pueblos en Oriente llamados a entenderse, son el polaco y el rumano.

Extrema el engrandecimiento rumano la delicadeza de la misión del Estado unido en la convivencia oriental, por ser uno de sus principales factores. Secundando la obra de una organización superior de justicia internacional que por la paz vele, o, en su defecto, mediante acuerdos locales con poderes levantinos, a Rumania interesa alejar los arrebatos posibles de violencia.

Según acontece con toda obra cuya resistencia no se acreditó por la prueba de los días, respecto al mañana de la Unión no cabe sino anticipar conjeturas. De igual suerte que, medio siglo hace, la unidad italiana originaba encontrados pareceres en punto a su duración, la rumana abre la misma interrogación ante lo venidero. Aunque la raza italiana mantenía una civilización que no ha lugar a comparar con la de los románicos del Danubio, en menor escala que en Italia, se produjo en la Dacia un resurgimiento que despertó al ánimo nacional trascordado. Fué éste uno de los hechos notables del siglo XIX. Bastantes de los peligros que los

desconfiados veían en la unión itálica se descubren en la rumana. Pero no se omita de considerar el hecho, que no se sabe o se olvida, de que el pueblo rumano es uno de los pocos del Oriente que ha conseguido salvar las instituciones propias de gobierno por un espacio de más de quinientos años.

Aun en los peores riesgos, el peligro que amenace a Rumania se reduciría a pasajeros y parciales eclipses de su unidad política perfecta. Atacar puede la suerte su armazón externa, mas no herir su entraña. Los posibles quebrantos no harán mella en una raza que resistió invicta, por largos períodos sin Estado, durante más de dos mil años. Un pueblo semejante no puede perecer. La romanización de los dacios, operada por Trajano, cuenta entre las empresas inmortales del mundo. No harían adversas vicisitudes sino tocar más y más al fondo valeroso, del cual la batalla de Marasești dió heroico testimonio, sacando a luz la fibra campesina, que permanece sana.

¡Cuántas veces, viendo desfilar, en apartadas regiones, a los soldados rumanos, de los más admirables de Europa, por su vigor valeroso y su dócil sobriedad, el instinto me advertía que duerme en el seno nacional su capacidad de antiguo y constante heroísmo, que a Roma alarmó en días de Decebal y que al turco hizo gallardamente rostro! Parecíame, oyendo resonar sus pasos, escuchar la voz de los cronistas antiguos. Decía Sebastián Munster en 1550: «Son los rumanos duros en la pena; están llenos de energía; son hombres guerreros y bravos, dispuestos siempre a entrar en liza». En el mismo siglo escribía Gratiani: «Se baten con tanta audacia, con tanto desprecio de la muerte y tal confian-

za en sí mismos, que en muchas ocasiones un puñado de sus hombres han hecho retroceder a ejércitos de sus vecinos». Finalmente, el polaco Arzechowischi consignaba: «No hay en la tierra otro pueblo que, afanándose por el amor de la gloria y el heroísmo, defienda un país tan chico contra tantos enemigos».

Tales pruebas, que la presencia del soldado evoca, ocurrieron en días en que la rancia boyardía empuñaba heroicamente los destinos del pueblo. Se comprobó en el transcurso de estas páginas que uno de los trazos esenciales de los rumanos es su docilidad para acoger las empresas del mando. Si muchas capacidades populares no dieron señales contemporáneas, fué por la flaqueza de directiva. Es inútil ocultar que late un hondo divorcio entre la frívola civilización urbana y el océano rural, del que, como nubes, se levantan periódicamente obscuras aspiraciones, que son las rogativas de los campos pidiendo una guía profunda. El siglo quizá prepara en los jóvenes, por reacción, el temple de vigorosos conductores.

No sabré nunca bastante aconsejar la suspensión del juicio sobre esta raza, a la que reputo capaz de producir notorias sorpresas. Un Obispo rumano, D. Pedro Pablo Aron, que conocía su índole, decía en 1785 palabras que, por esenciales, no perdieron actualidad: «Hay un resto de los colonos de Trajano y de Adriano en el Oriente; son por naturaleza dulces e inclinados a las artes de la vida; tan capaces son de vicio como de virtud». Entre ambos extremos osciló el corazón de este pueblo por dos mil años; a sus blandos instintos combatió con vigorosos mandamientos. Ello hace que describa soberbios altibajos entre la postración y el

auge, y que, sensible e inquieto como es, resulte siempre emocionante, harto más que si se acomodara en la medianía honrada.

La fase que a la sazón vive es una de las culminantes en sus destinos: la Unión ahonda el sentimiento de vida nacional en parajes casi vírgenes del mar aldeano. Con ello emprenderá esta anchurosa familia en el Oriente su edad moza; fué su infancia el ayer del reino antiguo: acaso su mayoría empiece cuando con naturalidad se afirme a sí misma.

Por su nacimiento, su lugar de habitación y el alma que a golpe de peripecias inauditas le forjó el yunque de las edades, está la rumana entre las más originales razas del mundo; adeuda, en verdad, un matiz personal de expresión a la civilización humana. Su fisonomía es para nosotros la más interesante de las tierras en que el sol nace. Pasando un occidental romance, en Levante, a través de raros pueblos que le ajan las entendederas, goza de viva sorpresa cuando en mitad de aquella exótica gente halla a una muchedumbre de hombres menudos y morenos, cordiales, expresivos, que conversan en un habla parecida a las del Mediodía del Poniente. La viveza de su inteligencia, que adivina por gestos, y su refinamiento instintivo, los hace incomparables en aquellas latitudes. Mas es, sobre todo, la claridad con que a ratos se transparenta su lengua lo que al occidental aludido le llena de estupefacción. Sin el menor esfuerzo sorprende intenciones al paso; oye aquí: *Ce frumoasa!,* «¡Qué hermosa!», y poco después: *Lásame in pace!,* «¡Déjame en paz!». Disfruta entonces de haber encontrado imprevistamente una Provenza o Portugal en los Cárpatos. A medida que su estancia se

alarga, observa que hay allí las dotes brillantes y los defectos volubles de los demás parajes romances: la oratoria, el amor de las ideas generales, tema de elocuencia, y el gusto de destacar la personalidad propia. Algo une, sin duda—herencia antigua de civilización—, a los románicos de la parte en que el sol nace con aquellos de la parte en que el sol se pone.

Sobre lo que tenemos de común, resalta el ornamento distinto que el ambiente impone a unos extraviados latinos del Levante. Hay novedad en hablar una lengua que, por su naturaleza, parece debió estar relegada a las brumas occidentales, dentro de una decoración de Oriente, cargada del fárrago del Bósforo, en el cual triunfa el Asia mahometana. Tampoco es corriente el presenciar en los rigurosos inviernos a unos latinos polares enfundados en densas pieles, calados los descomunales gorros, mayores aún que los de Rusia, rodando en trineos por los caminos nevados, y, con todo, soltar en el vaporoso aliento, que la helada condensa, una bravata de buen humor digna de Andalucía y Nápoles. Parece que al decir lo latino se alude al Poniente y a climas soleados. El que bien lejos de las bahías mediterráneas y atlánticas existan las herencias que el nombre de *latino* recuerda, se debe a los imperecederos fastos que la columna de Trajano pregona en la Ciudad Eterna. Olvidóse el Occidente de la remota empresa oriental, desmemorióse el Oriente de su occidental origen y durante cientos de años el solo recuerdo que en tierra existía era el trofeo de piedra en Roma.

Tuvo que llegar el siglo XIX, tendiendo sus férreas vías, a libertar a los pueblos de la esclavitud local, para

que orientales y occidentales afines comprobaran con su presencia la duración de un remotísimo pasado. Así, la nueva Historia confirmó a la más antigua.

Dentro de la semejanza, el occidental encuentra con los románicos del Danubio señaladas divergencias de carácter. Fraguóse el nuestro en unidad de mando, casi siempre a base de una realeza poderosa o de una constitución de ciudades-Estados, como en Italia, amasadora de divergencias, mientras el rumano se elaboró en ausencia de dirección, amalgama de elementos que la suerte combina: el escita y el dacio, la cultura romana, los influjos eslavos y griegos; así, el producto resulta complejo, sutil, voluble, escurridizo y, para nosotros, casi inasequible. Faltó en el pasado tesón y arrojo a un elemento que señoreara a los demás, fundiendo las divergencias, y, por tanto, no hubo orientación permanente. Tan sólo hace poco, con el descubrimiento de la filiación romana, se halló en definitiva principio conductor, guía del rumbo.

Nació entonces en la Dacia, de la idea del origen, que a Occidente la arrima, y de su situación local, que en el Oriente la sitúa, una dualidad que forja la originalidad preciosa de un pueblo cuya alma constituye la antítesis. A guisa de símbolo, la Rumania unida se formó por la fusión de una mitad occidental, cobijada durante siglos al amparo de la Casa de Habsburgo, y de una mitad oriental, abierta durante centurias a las influencias asiáticas y bizantinas. Es por su historia fiel a Roma; por su religión, fiel a Bizancio; por su lengua, de Occidente; por su costumbre, de Oriente; su hacienda está donde el sol nace; su curiosidad va hacia donde se pone.

De esta singular coyuntura deriva una excepcional misión que a la raza rumana tocará cumplir en los Cárpatos y las bocas del Danubio. Los antiguos países de Occidente no se dan cuenta del papel singular que puede representar el joven pueblo en Levante. Acaso en el porvenir se considerará a Rumania como una potencia occidental anclada en el Mar Negro. La Dacia puede llegar a ser el gozne de dos hemisferios, y su suelo, incomparablemente fecundo, la plaza de la feria de Oriente. De una parte, los intereses materiales la arraigan en el confín de Europa; de otra, su pensamiento se alía con el Occidente. Predestinada está a ser foco de poderosa irradiación de cultura occidental en aquellas latitudes. Y sazonada, en fin, su madurez, advertirá que la primera interpretación que hizo su espíritu de lo occidental era, a fuer de infantil, muy vana. Lo que caracteriza al Occidente no es el poseer un código artificial de ademanes, sino el haberse impuesto una seria actitud del carácter ante la vida, que consiste en subrayar con la conducta los dictados de la mente. Rumania, adoptando la interpretación hondamente occidental, fabricará en su seno el producto que es esencia del Poniente, el sentimiento de dignidad. Fiel al Occidente, será su centinela en las orillas del Mar Negro.

Cuando la raza cumpla los vaticinios de sus poetas, luciendo en el cielo de Oriente a modo de nuevo planeta, y exprese su dulce y lírico corazón en el habla heredada del Imperio, reflejo del sol latino, destellará luminosa amistad hacia la íntegra humanidad romance. Data de hace un siglo la predilección rumana por Francia, a la que da títulos de hermana, que mantendrá con

parecido afecto en lo venidero; semejante tratamiento de amor confiere Rumania a Italia, madre de la antigua empresa colonizadora, y aunque España, enlutada por grandes duelos, no asistió apenas en los últimos siglos a los lugares de frecuentación de los pueblos, y era en Oriente punto menos que desconocida como nación del presente y no gran potencia del pasado, también a ella invoca Rumania como a *noastra soara, nuestra hermana.*

Al recobro de la conciencia de su origen, el joven pueblo se ha ido presentando a los deudos y allegados que en el mundo tenía. Mensajes de curiosidad afectuosa partieron de Oriente a las ciudades francesas, a las capitales italianas; día vendrá en que peregrinaciones llegarán de él a Sevilla, a visitar en sus arrabales el lugar, a la sazón ruinoso, sobre el que se meció la cuna del fundador hispano. Mas el Occidente español no es el borde de los pueblos herederos de Roma. Aun Rumania no ha cambiado su palabra con el nuevo mundo romance que está del otro lado del Atlántico, y que es la América española. Al recitar el himno encantador que compuso su poeta Alexandri a la raza latina, el pueblo rumano puede elevar el corazón al Extremo Occidente, allende el Océano, hasta el continente que descubrieron y poblaron las carabelas hispánicas.

Diferéncianse las altas glorias de los románicos del Occidente europeo en ser, preferentemente, las de Italia y Francia, de jaez espiritual, y las de España, de índole esforzada. La única de las provincias que, después de Roma, llevó más allá de sus fronteras las lindes heredadas del Imperio fué España; en el Oriente, con Trajano, el conquistador del Danubio; en el Occidente

atlántico, con Hernán Cortés, Pizarro y Almagro, los Trajanos del Mundo Nuevo. De esta suerte, hay una humanidad afín desde las orillas del Pacífico hasta las del Mar Negro.

La figura que une a tantos millones de hombres es la inmortal de Ulpio Trajano, por consagrar como frontera romance el Rin para Francia, contra los germanos, por servir desde el solio de Roma a la causa de Italia, entonces sede del Imperio, y por ser, finalmente, el hijo de la esforzada tierra española, el fundador, en el otro extremo de la Dacia, quien, más viva hoy que nunca, late con corazón latino bajo las arcadas de Oriente.

Sin embargo, en relaciones de generoso trato parece por el momento han de quedar las afinidades romances. Afinidad es ésta, en efecto, de naturaleza espiritual, incorpórea, y así son de tenues, aquí abajo, las cosas del alma, no más sólidas que la sombra que cae de la columna inmortal que está en el Foro.

FIN

FE DE ERRATAS

Página.	Línea.	Dice.	Debe decir.
110	9	señorito	Señorío
111	20	*boeir*,	*boier*
147	11	humana	rumana
150	20	rumanoturca carecieran	rumanoturca no carecieran
151	25	Zar en	Zar ruso en
214	13	sobre	bajo
235	9	el interés	el interior

ÍNDICE

Páginas.

PRÓLOGO.—El recuerdo de piedra..... 7

CAPÍTULO I.—Rumania antigua. La tierra en que el sol nace..... 35

— II.—Perspectiva humana..... 83

— III.—Rumania nueva. La ciudadela de los siglos..... 159

— IV.—Llanos del Danubio al mar..... 209

— V.—Rumania unida..... 247

8 pesetas.